Familia líquida

Reflexiones sobre los nuevos vínculos familiares

Eduardo Amadeo

Familia líquida

Reflexiones sobre los nuevos vínculos familiares

GALERNA

xxx

Tirada de esta edición: xxx

Diseño de tapa: xxx

© 2019, Eduardo Amadeo
©2019, Queleer S.A.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopias, sin permiso previo del editor y/o autor.

PALABRAS PRELIMINARES

> «El héroe principal de este libro son las *relaciones humanas*. Los protagonistas de este volumen son hombres y mujeres, nuestros contemporáneos, desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos, es decir, desesperados por "relacionarse". Sin embargo, desconfían todo el tiempo del "estar relacionados", y particularmente de estar relacionados "para siempre", por no hablar de "eternamente", porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que pueden limitar severamente la libertad que necesitan —sí, usted lo ha adivinado— para relacionarse».
>
> Zygmunt Bauman, *Amor líquido*.

Aquí y ahora, en la Argentina de 2019, es muy difícil escribir sobre la familia sin que cualquier argumento se tiña de las polémicas que han sido el centro de nuestras conversaciones durante el año pasado y que —sin duda— continuarán por largo tiempo.

No sabemos qué sucederá con el aborto y otras cuestiones relacionadas, tales como la identidad de género, los derechos sexuales y reproductivos, etc., durante los próximos años. Seguramente se construirán nuevas instituciones y surgirán nuevas demandas; habrá avances y retrocesos en varios sentidos y —esperamos— se lograrán soluciones que contribuyan al desarrollo pleno de las personas

Pero por encima de esos problemas los seres humanos vivimos en instituciones y relaciones que son parte esencial de nuestra vida y que definen de manera profunda la manera en que nos desarrollamos como personas y como sociedad. Me refiero a la familia, a sus nuevas formas, y los problemas y soluciones que enfrenta cotidianamente la vida de relación. Ella será el centro de nuestras reflexiones en las páginas que siguen.

Cuando miramos a nuestro alrededor, es muy fácil darnos cuenta de la importancia que la familia tiene para nuestra vida cotidiana y para nuestro desarrollo personal y el de nuestros hijos. Pero se requiere una reflexión adicional para comprender cuántas repercusiones tienen los problemas de pareja en el crecimiento intelectual y afectivo de los hijos en otros fenómenos cotidianos, tales como el delito y las adicciones y aún en variables macrosociales como la calidad del desarrollo. A esa mirada más compleja también queremos contribuir en estas páginas.

Es un tema que resulta difícil de abordar, porque estamos hablando de procesos que reconocen múltiples causas; porque se consolidan en el tiempo y resultan muy difíciles de revertir; y porque es un campo en el que se puede caer fácilmente en la tentación de tratar de imponer en el análisis las propias opciones morales o religiosas.

Pero, además, vivimos en un tiempo caracterizado por lo que Zygmunt Bauman ha definido con la idea de «modernidad líquida», en la que las relaciones humanas se han vuelto tan vulnerables que, ante los conflictos de pareja, las personas se comportan como si tuvieran un artefacto que falla: lo descartan y consiguen uno nuevo.[1]

1- Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Más precisamente, Bauman utiliza el concepto de «modernidad líquida» para hacer referencia al estado fluido y volátil de la sociedad actual, sin valores sólidos, en el que la incertidumbre por la vertiginosa rapidez de los cambios debilita los vínculos y afecta no solo a la familia tradicional tal como la conocíamos, sino también a las nuevas formas que toma la vida de pareja.

Frente al surgimiento de esta nueva cultura afectiva —la de los vínculos casuales—, el noviazgo único o «serio», que terminaba en el altar o en el registro civil, es una especie en extinción, a diferencia de lo que sucedía para mi generación cuando la idea del amor estaba asociada inevitablemente al ritual del matrimonio y a la conformación de familias estables y duraderas. Pero hoy las parejas funcionan la mayoría de las veces como uniones temporales que, ante la menor dificultad, deshacen el trato. El amor no se asume necesariamente como una responsabilidad a largo plazo y la posibilidad de estar relacionado para siempre con alguien parece haberse transformado, de hecho, en una especie de carga que cada vez menos personas se sienten capaces de soportar, como lo veremos en las estadísticas que mostraremos en el primer capítulo.

Más allá de las felices cuatro décadas que llevo casado, no pretendo analizar estas nuevas realidades desde mi propia experiencia y menos aún desde una suerte de mandato ético. Mi objetivo central es brindar evidencias sobre un aspecto de la vida social que se hace cada vez más complejo por el impacto que tiene sobre la vida individual y comunitaria; y que en muchos casos marca para siempre a quienes no pueden manejarlo adecuadamente.

Cabe aclarar desde el comienzo que, al hablar de familia, estoy haciendo referencia al grupo cooperativo que desarrolla planes conjuntos, entre ellos el de tener hijos y

cuidarlos. La familia a la que me refiero en el texto no necesariamente involucra a parejas constituidas a través de la institución civil o religiosa, y por ello —teniendo en cuenta que existen diversos tipos o modelos familiares—, al referirme a «la familia» no estaré haciendo alusión a una estructura rígida e inmutable, sino más bien plural.

Por ello, frecuentemente se habla de «familias», como un plural que involucra a las diversas formas que puede adoptar ese grupo, y que representan las respetables opciones que toman las personas para vivir juntos. De modo que, a efectos de analizar lo que más nos importa, que es cómo lograr que las parejas construyan una vida feliz para ellos y sus hijos, en el texto (salvo indicación de lo contrario) estaremos hablando indistintamente tanto de la familia tradicional como de las nuevas formas de relación entre las personas.

Sin embargo, intentaremos probar que algunas formas de familia son más eficientes que otras para consolidar la vida de sus integrantes, sin que ello implique una calificación moral.

Si queremos avanzar más en las definiciones, la siempre útil Wikipedia ofrece una aproximación a los diversos modos de familia:[2]

Las familias están clasificadas en los siguientes tipos:

- Familia nuclear: formada por los progenitores y uno o más hijos
- Familia extensa: abuelos, tíos, primos y otros parientes consanguíneos o afines.
- Familia monoparental: en la que el hijo o hijos cuentan con un solo progenitor (ya sea la madre o el padre).

2- https://es.wikipedia.org/wiki/Familia

- Familia homoparental: aquella donde una pareja de hombres o de mujeres se convierten en progenitores de uno o más hijos.
- Familia sin hijos por elección: en la que los conformantes de la familia toman la decisión de no tener descendientes.

Y, más específicamente, al hablar de familia nuclear:[3] «La familia es un grupo social caracterizado por una residencia común, la cooperación económica y la reproducción. Contienen adultos de ambos sexos, los cuales mantienen una relación sexual socialmente aprobada. También incluye uno o más hijos, propios o adoptados, de los adultos que cohabitan sexualmente». Actualmente la distinción según el sexo de los convivientes se ha ampliado a lo que arriba se denomina como familia homoparental.

Es obvio que no solo la conformación de la pareja ha cambiado con el tiempo, sino también se ha transformado la manera en que la institución familiar básica contiene a sus miembros. Dice Harari: «Antes de la Revolución Industrial, la vida cotidiana de la mayoría de los seres humanos seguía su curso en tres marcos antiguos: la familia nuclear, la familia extensa y la comunidad local. La mayoría de las personas trabajaban en la empresa familiar: la granja familiar o el taller familiar; o trabajaban en las empresas familiares de sus vecinos. La familia también era el sistema de bienestar, el sistema de salud, el sistema educativo, la industria de la construcción, el sindicato, el fondo de pensiones, la compañía de seguros, la radio, la televisión, los periódicos, el banco e incluso la policía».[4]

3- https://es.wikipedia.org/wiki/Familia_nuclear

4- Harari, Yuval, *Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*. Buenos Aires, Debate, 2014.

Esa familia omnipresente (que en muchos sentidos duró hasta el siglo pasado), en la que no solo se desarrollaba la vida económica, sino que también se definían las normas morales y las costumbres aceptadas, ha dado lugar a una relación que los hijos abandonan mucho más temprano y en la que lo más importante debiera no ser la «absorción» de las personas, sino darles la capacidad para construir su propio destino; o sea, levantar vuelo.

Sin embargo veremos a lo largo del libro que uno de los aspectos más preocupantes —y tristes— de la actual situación de las familias es que pasamos de la familia «total y permanente» a otra en la que la volatilidad en los vínculos se ha convertido en un freno a las posibilidades de desarrollo de los padres y los hijos, a tal punto que se hace muy difícil superar posteriormente esa suerte de ancla que deja a las personas sin capacidades para construir un destino mejor.

Bauman se preguntaría incluso si con semejante volatilidad en las relaciones humanas tiene sentido creer aún en la posibilidad de construir proyectos familiares sólidos.

Mi convicción es, en cambio, que es un esfuerzo que tiene muchísimo sentido realizar, no solo para las parejas individuales, sino para toda la comunidad; y por ello debemos pensar y actuar para encontrar los caminos que ayuden a que ellas se sostengan y desarrollen.

Estoy convencido de que la estabilidad en las parejas se traduce en fortaleza afectiva en los hijos y en mejores perspectivas para su vida futura, que la esencia de una buena pareja es el respeto y el amor como condiciones indispensables para llevar adelante un plan conjunto, que los factores que inciden en el fracaso de una pareja pueden analizarse y que el resultado de ese análisis puede traducirse en políticas

públicas que aspiren a reducir el daño que ese fracaso causa a los más débiles: los niños.

Y, en estas relaciones, el amor tiene un lugar central. Introducir el amor en esta cuestión puede parecer antiguo y poco académico, pero es esencial, pues, en sus diversas graduaciones, es el amor por el otro lo que permite sostener y potenciar la relación.

Por ello, educar a nuestros niños para el amor implica procurar que internalicen la necesidad y el valor del respeto, adquiriendo hábitos de convivencia en los que el otro es apreciado como alguien con quien es posible construir una vida en común. En esto la escuela tiene un papel central, para ayudar, aun yendo a contrapelo de un mundo en el que, como dice Bauman, el amor parece estar hecho a la medida de la moderna vida líquida que fluctúa cada vez más rápido. Como veremos, trabajar sobre la dimensión del amor en la educación, y aun desde las políticas públicas, es un desafío apasionante pero que vale el esfuerzo.

Este libro se propone indagar en torno a estas preguntas. No con la intención de teorizar, sino buscando centrarse en las implicancias que ellas tienen en el ámbito de las políticas públicas y las iniciativas sociales, como herramientas que permiten neutralizar los potenciales efectos negativos y mejorar la vida de una sociedad.

Otro aspecto apasionante de nuestro interés por la familia es una dimensión académica: tomarla como un «analizador»,[5] o sea, un elemento de la realidad social que permite comprender cómo interactúan sus componentes e instituciones. De tal manera podremos mirar lo que sucede en el interior de la familia como el resultado de las realidades económicas que la circundan y de aspectos culturales que la

5- https://catedrafuks.wordpress.com/2010/10/24/analizador/

impactan, y tratar de entender los modos en que son procesados por las personas con las herramientas que tienen para construir juntos sus proyectos de vida.

Ello nos lleva también a extendernos a varios encadenamientos —hacia delante y hacia atrás (el antes y el después de la conformación de la pareja)— que nos permitirán comprender los porqués del éxito o fracaso y de tal manera actuar con mayor efectividad y economía de esfuerzos, si es que los podemos trabajar con una perspectiva sistémica.

En síntesis, nos preguntaremos por qué las familias son como son aquí y ahora, de qué manera la historia reciente las ha afectado y de qué modo podemos trabajar sobre ciertas variables para que se mejore la vida de relación de las personas.

Se trata de un proceso intelectual que no está exento de nuestra propia óptica motivada por razones ideológicas, religiosas y aun nuestra experiencia de vida; pero que resulta apasionante cuando descubrimos cómo y cuánto las relaciones humanas y los afectos están detrás de tantos fenómenos sociales.

Sin embargo, el tema «familia», considerado como un ámbito de relaciones humanas, no figura entre las prioridades más evidentes en el mundo, salvo algunos ejemplos puntuales. El mayor porcentaje de las investigaciones y de las acciones se centra en los individuos y en sus condiciones económicas, en especial el acceso al trabajo y a los bienes públicos de calidad; y en los efectos que la ruptura de la pareja tiene sobre sus integrantes; pero sin entrar habitualmente en las causas.

Y tampoco se ha difundido suficientemente la relación que existe entre la dinámica micro de las familias y las condiciones macro de la sociedad; esto es, la hipótesis que

dice que las familias que funcionan bien e interactúan con los hijos de manera positiva generan una sinergia que favorece a todo el grupo y son un capital importante para cualquier comunidad.

En principio, tener una población en crecimiento es un activo fundamental para las sociedades, e implica que las personas hayan decidido juntarse y reproducirse. Obviamente, la cantidad de personas que viven en común es relevante. En efecto, como asegura el informe publicado por el Social Trends Institute, «los países que desean disfrutar de un crecimiento económico robusto y de un estado de bienestar viable a largo plazo deben mantener la tasa de fecundidad lo bastante alta como para evitar la disminución de la mano de obra y poder soportar el envejecimiento de la población».[6]

Pero no se trata solo de cantidad, sino también de calidad: la cantidad, sin la calidad, no suma.

En el mundo encontramos los extremos. Por un lado, los países y espacios más pobres, con la tasa de fecundidad descontrolada sin los recursos mínimos para acompañar a sus hijos en todas las dimensiones del crecimiento; por otro, en los países más desarrollados las tasas son tan bajas que comprometen no solo la sustentabilidad del crecimiento a largo plazo sino que también afectan la dinámica social, tal como lo vemos hoy en Europa con los problemas de integración de los inmigrantes.

Además vemos, en los países más desarrollados, problemas gravísimos relacionados con la disfuncionalidad familiar, como los que hoy está produciendo el consumo de sustancias adictivas en Estados Unidos, donde la epidemia de opiáceos genera 70.000 suicidios por año por causas don-

6- Dividendo demográfico sostenible», Social Trends Institute, 2015. Este informe recopila datos de la situación familiar en veintinueve países de los cinco continentes.

de se combinan fenómenos sociales complejos y una política perversa de los laboratorios;[7] y cuyas víctimas son personas que cayeron en el sobreconsumo sin contar con un espacio de afecto familiar que pudiese contenerlos.

Las sobredosis mataron a más personas el año pasado que las armas o los accidentes de tráfico, y las cifras aumentan a un ritmo más rápido que en pleno apogeo de la epidemia del VIH a mediados de los años 90. Para ser más exactos, aproximadamente el 2% de las muertes —una de cada 50— estaban relacionadas con las drogas en 2015. Según la últimas cifras ofrecidas por el Gobierno[8] más de dos millones de estadounidenses tienen problemas con los opioides; y en un porcentaje altísimo de ellos la falta de amor y contención han sido determinantes en la destrucción de sus vidas, demostrando que no alcanza con la riqueza del conjunto si ello no logra expresarse en la calidad de las relaciones humanas.

Pero llegados a este punto valen también, a modo de introducción, algunos datos que desarrollaremos in extenso luego sobre las tendencias en las relaciones que tanto preocupan a Bauman (y a nosotros mismos) y sobre los beneficios de estar juntos.

Mientras que en buena parte del mundo —sobre todo en Europa, las Américas y Oceanía— aumenta el índice de divorcios, el matrimonio tardío y la maternidad fuera del matrimonio, también se comprueba que los niños educados en un contexto familiar bien constituido tienen más probabilidades de tener éxito en la escuela, graduarse en la universidad y conseguir un empleo que los que no tienen ese apoyo afectivo. También se constata que el matrimonio fomenta una actitud financiera prudente, incluyendo un mayor nivel

7- https://bit.ly/2FgetUn

8- https://bit.ly/2TFQkiL

de ahorro y acumulación de bienes; y que se dan más casos de violencia contra las mujeres y los niños en las parejas que no han formalizado su vínculo que en aquellas que sí lo han hecho.

Las cifras que presentaré a lo largo del texto demostrarán también que, para muchos aspectos de la relación, estar casado es mejor que la cohabitación en sus diversas formas. No obstante, es tan fuerte la presencia de la cohabitación como modo de convivencia que pensar la familia únicamente desde la perspectiva del matrimonio tradicional no tendría ninguna utilidad práctica.

Las familias son un importante generador de capital social, humano y financiero para las economías en todo el mundo. Además de los efectos positivos que la estabilidad tiene para sus miembros, hay un impacto probado en términos del conjunto social.

Al efecto benéfico que tiene para una pareja sumar sus capacidades en favor de un proyecto común, que incluya invertir en el desarrollo de sus hijos, se agrega el hecho de que la sociedad se beneficia cuando hay menos personas con problemas de fracaso escolar, adicciones o violencia. Y muchos de estos impactos están causados por la disfuncionalidad familiar y el abandono afectivo.

Está claro que no corresponde al Estado involucrarse en la intimidad de estas relaciones, sino brindar las condiciones para que se desarrollen en plenitud. Por ello, este libro aspira a ofrecer una visión panorámica que inspire políticas públicas e iniciativas sociales capaces de promover el desarrollo positivo de dichas condiciones, abriendo nuevos campos de pensamiento y acción e incentivando a todos los actores sociales a trabajar en conjunto para hacer frente a lo que hoy vemos como un desafío muy complejo.

CAPÍTULO I

Nuevas configuraciones familiares

En la «modernidad líquida», las relaciones humanas se han fragilizado a tal punto que es costumbre ver en el casamiento una carga a evitar antes que un deseo a cumplir. La familia se ha consolidado como una estructura voluble en la que los aspectos institucionales —la formalidad del matrimonio, civil o religioso— tienen cada vez menos importancia, y la característica principal y objetivable es la corta duración.[9]

Las tres dimensiones de la definición clásica de familia —sexualidad, procreación y convivencia— se han transformado y evolucionan en direcciones divergentes, que resultan en una creciente multiplicidad de formas de convivencia y en nuevas configuraciones familiares.

Agreguemos a ello un marco global caracterizado por la compleja situación económica, los problemas derivados de la inequidad en la participación de hombres y mujeres en el ámbito laboral, las nuevas pautas de sexualidad y reproducción y la velocidad y fragilidad de las comunicaciones entre las personas en el marco del internet y las redes sociales para configurar un nuevo escenario en el que la familia tradicional ha dejado de ser un ámbito estable para el desarrollo

9- Bauman, Zygmunt, *Amor líquido*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

vital, convirtiéndose en cambio en un espacio mudable e incierto.[10]

Comencemos por considerar las estadísticas que sustentan lo que plantea este libro.

Familias informales

En líneas generales, Latinoamérica es parte del conjunto de países en el que las cifras de informalidad en las relaciones son más elevadas. Las personas se casan cada vez menos, tal como lo indican las tasas de nupcialidad —la cantidad de matrimonios cada 1.000 habitantes—, y los pocos que se casan se separan más que antes. En contraste, las tasas de nupcialidad en Asia y Oriente Medio son altas, y países como China y Egipto cuentan con tasas que están por encima de la media (7,2 y 9,9 respectivamente).

En cambio, países como Argentina, Chile, Colombia, Perú y Sudáfrica registran tasas de nupcialidad en disminución —en torno a 4—, en parte debido a que cuentan con una población relativamente más joven, y también al aumento cultural de la cohabitación como tendencia.[11]

En México, entre los jóvenes que tienen entre 20 y 30 años, se observa una disminución sin precedentes de matrimonios: el porcentaje que decide casarse pasó de 40% a 27,9% en las últimas décadas; en cambio, hubo un aumento del porcentaje que opta por la unión libre: de 15,2% a 23%. En líneas generales, de 2000 a 2010 los divorcios se incre-

10- Fleischer, Débora, *Clínica de las transformaciones familiares*. Buenos Aires, Grama, 2004.

11- Pliego Carrasco, Fernando, *Tipos de familia*. Edición del autor, 2013. Disponible en https://goo.gl/jCKXFV

mentaron de 7,4 a 15,1 casos por cada 100 matrimonios; un aumento superior al 100%.[12]

En Colombia, en 2015, la población de 15 años o más que vivía en cohabitación libre —25,9%— equiparó a la que había contraído matrimonio, y la sobrepasó en los últimos años. Al igual que en Perú, cuya población de 15 años o más, en 2007, optaba por el matrimonio en un 31,3%, en tanto el 26,8% cohabitaba en unión libre.[13]

Una encuesta dirigida por la socióloga Susana Torrado afirma que, en las últimas décadas, en Argentina, se modificó radicalmente el proceso de formación y disolución de uniones:

a) disminuyeron las primeras nupcias entre solteros como consecuencia del incremento de uniones consensuales en detrimento de las legales y del casamiento a edad tardía, sobre todo de las mujeres;

b) la cohabitación, como mecanismo de ingreso en la unión, comenzó siendo «de prueba» entre parejas que convivían cierto tiempo para decidir si legalizaban su situación, pero fue extendiéndose como elección de vida;

c) aumentó aceleradamente la incidencia de los divorcios como efecto del mayor número de parejas que disuelven su matrimonio y de la mayor precocidad de las rupturas.[14]

El casamiento, en líneas generales, está devaluado. En nuestro país, la tasa bruta de nupcialidad —la relación

12- México, Censos de Población y Vivienda, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2000-2010.

13- Pliego Carrasco, Fernando, óp. cit.

14- Encuesta de Situación Familiar en el Área Metropolitana. Cátedra de Demografía Social de la Facultad de Ciencias Sociales, dirigida por Susana Torrado, 2000.

entre matrimonios ocurridos en un año y la cantidad de población— desciende sin freno. Entre 1990 y 2016, bajó de 7,3 a 3,8 matrimonios por mil habitantes: en 26 años experimentó una disminución del 48%.

Tal como surge de datos de la Dirección General de Estadística y Censos porteña, en la Capital se divorcia una pareja cada hora y media; y para siete de cada diez de ellas eso significa la ruptura de un vínculo legal que duró una década o más. Por cada dos parejas que contraen matrimonio en la ciudad otra se divorcia. En 2017, mientras se registraron 8217 separaciones legales, hubo 10.511 matrimonios; lo que contrasta con los 21.966 inscriptos en 1990: se trata de una caída del 53% en veintidós años; que se aceleró en 2017;[15] probablemente en relación con el nuevo régimen del Código Civil que establece que para que la relación legal se termine alcanza con que una de las partes diga delante de un juez que ya no quiere seguir casado o casada con la otra.

Otro dato notable es que la cantidad de divorcios de parejas de larga duración ha crecido notablemente (los divorcios de parejas de veinte años y más de duración superan ampliamente el promedio con un aumento del 68%), probablemente debido a que había muchas parejas separadas de hecho que no se habían divorciado antes porque el llamado «divorcio controversial» implicaba una barrera que no podían superar.

Además, muchas más parejas se divorcian en los primeros cuatro años de matrimonio. El número de relaciones efímeras casi se duplicó en solo tres años: mientras que en

15- Informe de la Dirección General de Estadísticas y Censos. Disponible en www.estadisticaciudad.gob.ar

2014 fueron 562, para el 2017 ascendieron a 1.007. La mayoría de los miembros de estas parejas tienen de 30 a 34 años de edad.

Otro dato llamativo es que aumentaron las "segundas rupturas", en especial en las mujeres**.** Entre las que se divorciaron en 2017, unas 582 ya se habían divorciado anteriormente, mientras que en 2016 fueron 351. Es decir que las doblemente divorciadas se incrementaron en un 65%.

Uno de los cambios más relevantes que se han producido en los últimos veinticinco años en la estructura familiar argentina es el crecimiento de los hogares monoparentales, es decir, aquellos en los cuales una mujer o un hombre residen con al menos un hijo/a, pero no convive de forma habitual con un cónyuge o pareja.[16]

Según afirma Victoria Mazzeo, investigadora del Instituto Gino Germani y jefa del Departamento de Análisis Demográfico de la ciudad de Buenos Aires:

> … entre los porteños creció la unión consensual o convivencia como la forma de entrada a la vida conyugal. En la Ciudad, según datos de la Encuesta Anual de Hogares, en 2011 más de la tercera parte de la población alguna vez unida usó esta modalidad en su primera unión. […] Mientras el matrimonio constituyó el camino usual entre las generaciones anteriores a 1970, entre los nacidos a partir de esa década la vía más frecuente de formación de la primera unión pasó a ser la consensual […] si bien en otras ciudades del mundo son muchos más los divorcios con relación a los matrimonios, esto no significa que en Buenos Aires haya menos rupturas: simplemente no quedan registradas ante

16- Lupica, Carina, «Formación familiar y nacimiento de los hijos: una etapa clave en la transición de los jóvenes a la vida adulta», *Newsletter del Observatorio* [Observatorio de la maternidad], n.º 75, abril de 2014.

> la ley, porque las uniones que se disuelven no se habían formalizado.[17]

También el contexto en el que se conciben, dan a luz y crían a los hijos ha cambiado significativamente en las últimas décadas. El matrimonio ha dejado de ser la única institución socialmente aceptada para la concepción y la crianza. Actualmente, algo más de uno de cada dos nacimientos ocurre fuera del matrimonio en la mayoría de los países de la región. En la Argentina, entre los años 1980 y 2010, esta opción, que contabilizaba un 29,8%, alcanzó un 57,6%.[18]

No obstante, el nacimiento de un hijo o hija induce a algún nivel de formalización. El 11,2% del total de las madres jóvenes y el 10,3% de los hombres jóvenes que conviven con hijos están casados formalmente, mientras que lo están el 6,2% de las mujeres jóvenes y el 4,5% de los hombres jóvenes que no tienen hijos.[19]

Entre el amor y el amorío

En el mundo, en general, la edad en la cual los hombres y las mujeres se casan por primera vez alcanzó mínimos históricos, y cada vez son más los que buscan experimentar, estar más seguros de sus elecciones y tener la vida un poco más armada antes de pensar en concretar un matrimonio.

17- Mazzeo, Victoria, «Divorcios: hay uno cada hora y media en la Capital», *La Nación*, 17 de septiembre de 2013. Disponible en https://goo.gl/JFZSiD

18- Para obtener más información en torno de las estadísticas de nupcialidad, se puede consultar el excelente trabajo de Mazzeo, Victoria, «La nupcialidad como objeto de estudio de la demografía». Cátedra Demografía Social FCS-UBA, Serie Apuntes de Clase n.° 6. Buenos Aires, 2015.

19- Lupica, Carina, óp. cit.

En la Argentina, entre los varones la edad promedio para casarse pasó de 29,3 años en 1990 a 34,2 años en 2016; es decir que quienes se casaron en 2016 son, en promedio, casi cinco años mayores que quienes lo hicieron en 1990. Entre las mujeres, el paso fue de los 28 años a los 33,2, o sea que el aumento es proporcional.

Pero más allá de estos cambios formales, lo que realmente llama la atención es la inestabilidad de los vínculos. No solo las parejas se separan más que antes, sino que los vínculos son más efímeros y —en muchos casos— esto resulta en hijos sin padre o en hijos de distintos padres que conviven generalmente con la madre. Muchas mujeres encabezan el hogar, en un alto porcentaje están solas o tienen varios compañeros consecutivos y nuevos hijos.

La socióloga Georgina Binstock, especialista en este tema, asegura que en la Argentina

> … mientras entre las mujeres nacidas en la primera mitad de la década de 1930 solo un 1 y un 7% habían disuelto su matrimonio por separación antes de cumplir 5 y 20 años, respectivamente, entre las mujeres nacidas un cuarto de siglo más tarde dichas proporciones ascienden a 8 y 27% respectivamente. Esta tendencia de aceleración y aumento de la disolución matrimonial por separación se observa sucesivamente para cada una de las cohortes en todas las duraciones observadas.[20]

Según concluye un estudio de la CEPAL, «las uniones consensuales son más frágiles que los matrimonios y se separan con mayor frecuencia».[21] Pero esto no debiera sorpren-

20- Binstock, Georgina, *Cambios en las pautas de formación y disolución de la familia entre las mujeres de la Ciudad de Buenos Aires*. Dirección General de Estadística y Censos, Buenos Aires, julio de 2004, pp. 8-15.

21- Cerrutti, Marcela y Georgina Binstock, *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*. Santiago de Chile, CEPAL, 2009.

dernos dado que, como bien explica Rodríguez Vignoli, el propósito inicial de la unión para muchas de estas parejas no es la de una convivencia para toda la vida, expectativa que usualmente sí acompaña al matrimonio.[22]

En Uruguay, las chances de disolución de las uniones consensuales son tres veces mayores que las de los matrimonios. Situación que se da también en el área metropolitana de Buenos Aires, donde la brecha entre las tasas de disolución de matrimonios y uniones se ha incrementado entre las generaciones más jóvenes.[23]

En 2010, el economista argentino Sebastián Galiani, utilizando datos provenientes del Censo y del Registro Civil para la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, calculó la probabilidad de supervivencia de un matrimonio a lo largo del ciclo de vida. Su estudio muestra que apenas el 46% de las parejas que se casaron a los 25 años seguirán casadas en su primer matrimonio al llegar a los 60.[24]

Según el sociólogo Andrew Cherlin, en EE. UU. las tasas de inestabilidad conyugal son mayores que en otros países de similar nivel económico.[25] Un análisis reciente en torno a la dinámica de las parejas llevado a cabo en este país señala que la mayoría de las relaciones no duran: en el momento en el que el primer hijo tiene 5 años, solo un tercio

22- Rodríguez Vignoli, Jorge, *Unión y cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión, diversidad?* Santiago de Chile, CEPAL, 2005.

23- Santillán, María M. y Constanza Street, «La primera unión y la ruptura conyugal en el curso de vida femenino. Algunas evidencias a partir de la ESF», en Torrado, Susana (dir.), *Trayectorias nupciales, familias ocultas*. Buenos Aires, CIEPP, FCS-UBA, Miño y Dávila, 2005.

24- Galiani, Sebastián, «Matrimonio: distinto tiempo», *Foco Económico*, 20 de julio de 2013. Disponible en https://goo.gl/b6vtPo

25- Cherlin, Andrew, *The marriage-go-round: the state of marriage and the family in America today*. Nueva York, Vintage Books, 2010.

de los padres no casados siguen juntos, en comparación con más del 80% de padres casados. Y gran parte de estos padres han formado nuevas alianzas y tienen hijos con nuevas parejas.[26]

Asimismo

> … más de la mitad de las madres no casadas han experimentado al menos un cambio en la pareja con la que viven —ya sea alguien que llega al hogar o una partida hacia un nuevo hogar—. Un 39% ha experimentado uno o dos transiciones, un 15% ha experimentado tres o cuatro y un 3% ha experimentado cinco o más […] El nivel más alto de inestabilidad se da entre las madres que viven solas al tiempo del nacimiento […] *En el momento en que su hijo tiene cinco años, el 23% de las madres solteras ha tenido un hijo con al menos dos padres diferentes, 16% ha tenido un hijo con tres padres diferentes, y 8% ha tenido un hijo con 4 o más padres*.[27]

El problema no solo tiene que ver con la frecuencia y rapidez con la que se rompen las parejas, sino con el impacto que tiene en los hijos el hecho de que se forman nuevas alianzas y se tienen hijos adicionales con parejas nuevas.

> Tener hijos con padres diferentes es un problema grave, ya que crea lealtades divididas y falta de compromiso para con esos niños. Sabemos, por ejemplo, que los padres no residentes son a menudo reacios a pagar la manutención de los niños, porque no pueden controlar cómo se gasta su dinero. Cuando un hogar contiene hijos de otros hombres, este problema es peor. Del mismo modo, los padres enfrentan

26- Sawhill, Isabel V., «Why marriage is the best environment for kids», in *Brookings*, 17 de octubre, 2014.

27- Rodríguez Vignoli, Jorge, óp. cit., el subrayado es nuestro.

> dificultades al tratar de programar visitas entre los niños y los padres no residentes, lo que aumenta exponencialmente cuando varios padres están involucrados.[28]

Las cifras muestran que en EE. UU. la gran mayoría de los niños nacidos de padres no casados —más de las tres cuartas partes— viven en hogares inestables o como mínimo complejos. Solo el 18% vive en familias con dos padres estables, y solo el 4% vive en familias de madres solteras estables.[29]

En ese mismo país, existe un riesgo del 15% de que el hijo de una pareja casada sufra la separación de sus padres durante sus primeros cinco años de vida, cifra que se eleva al 50% al hablar del hijo de una pareja en cohabitación. Y en Europa se da el mismo fenómeno. En Francia, por ejemplo, el porcentaje de niños cuyos padres se separan antes que ellos cumplan 12 años es de 18% para parejas en cohabitación y de 9% para parejas casadas —las que se cuentan entre quienes tienen mayor nivel educativo—. En tanto en Noruega, país en el que la mayoría cohabita, la relación es de 21% para los que cohabitan y de 11% para los que están casados.[30]

El matrimonio es, según se deduce de los datos referidos, un buen predictor del futuro de las parejas: cuando estas están cohabitando se separan más que cuando están casadas. En principio, entonces, el matrimonio pareciera reforzar la estabilidad. Quizás a causa del ritual que im-

28- *Ibidem*.

29- McLanahan, Sara, *Fragile families and children's opportunities*. Washington, Princeton University Press, 2012.

30- Smock, Pamela J. y Wendy D. Manning, «Living together unmarried in the United States: demographic perspectives and implications for family policy», *Law and Policy*, n.° 26, 2004, pp. 87-117. Smock Pamela J., Wendy D. Manning. y Debarum Majumdar, «The relative stabiblity of cohabiting and marital unions for children», *Population Research and Development Review*, n.° 23, 2004, pp. 135-159

plica, de las normas de compromiso, fidelidad y permanencia asociadas a la institución, o de una combinación de estas cosas. Es probable que, al aceptar constituir un vínculo formal, las personas hayan superado una primera etapa y por tanto estén más dispuestas a «pelearla», como se dice, cuando aparecen situaciones críticas —sobre todo cuando hay hijos de por medio—. En todo caso, esta sería una hipótesis posible.

Pero la inestabilidad es lo que predomina y, cabe suponer, hace más daño. Como bien dice Cherlin, la inestabilidad familiar es motivo de preocupación «porque puede incrementar los problemas emocionales y de comportamiento de los niños, [ya que] algunos parecen tener dificultades para adaptarse a una serie de padres y parejas de padres que entran y salen de su casa».[31]

El resumen de un estudio hecho en Colombia, que evalúa si existen diferencias en las variables de desempeño entre los miembros de hogares casados y hogares en unión libre, afirma que

> … los hogares en unión libre están peor que los hogares casados en varias dimensiones, incluidas la tenencia de bienes duraderos y el bienestar infantil. Además, intentamos entender las razones por las cuales estas diferencias emergen y encontramos que los hogares en unión libre exhiben comportamientos menos estables, con menor planeación del futuro, se caracterizan por menor especialización y riesgo compartido entre la pareja, y exhiben comportamientos menos saludables y peores prácticas parentales.[32]

31- Cherlin, Andrew, óp. cit.

32- Amador, Diego y Raquel Bernal «¿Unión libre o matrimonio? Efectos en el bienestar de los hijos», *El Trimestre Económico*, vol. lxxix, n.° 315, julio-septiembre 2012, pp. 529-573

Este estado de situación se completa con la paradójica relación que, según Bauman, se da entre los miembros de una pareja:

> … desesperados al sentirse fácilmente descartables y abandonados a sus propios recursos, siempre ávidos de la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que puedan contar en los malos momentos, es decir, desesperados por «relacionarse». Sin embargo, desconfían todo el tiempo del «estar relacionados», y particularmente de estar relacionados «para siempre», por no hablar de «eternamente», porque temen que ese estado pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no se sienten capaces ni deseosos de soportar, y que pueden limitar severamente la libertad que necesitan —sí, usted lo ha adivinado— para relacionarse.[33]

Si tomamos como referencia el modelo de «familia tradicional», ante este panorama podríamos considerar que enfrentamos una crisis de difícil salida. Sin embargo, la palabra crisis —que tiene su origen en el verbo «crino», del griego κρίνω—, significa investigar, valorar, juzgar. Y es en estos términos en los que me propongo analizar la situación, y pensar estrategias que tengan como objetivo fortalecer las relaciones en el interior de las parejas, de las familias, con la convicción de que esto mejorará la vida del grupo en sí y del conjunto de la comunidad de la que forme parte.

Menos matrimonios, más carencias

Si nos atenemos, entonces, a la evidencia, confirmamos que, al tiempo que en nuestras sociedades crece el número de co-

33- Bauman, Zygmunt, óp. cit.

habitaciones en detrimento de los casamientos formales, los vínculos de pareja son más frágiles y aumenta el porcentaje de divorcios, las uniones duran cada vez menos y aumenta además el número de relaciones que los padres tienen a lo largo de su vida, y por lo tanto el número de padres no-biológicos con los que los niños y niñas conviven durante su etapa de crecimiento.

Las nuevas familias, según venimos constatando, son de fácil disolución. Y en un porcentaje elevado el peso de esto recae sobre las mujeres, que se hacen cargo de los hijos. Además, el aumento en el porcentaje de madres solas al frente del hogar se traduce en padres ausentes que son reemplazados por nuevos hombres de manera permanente o durante períodos más o menos largos. Todo lo cual impacta en los hijos. En este sentido, cada vez son más las señales de alerta que advierten acerca de las consecuencias negativas en el rendimiento escolar, en el desarrollo emocional y en ocasiones incluso en el desarrollo físico que puede tener la falta de uno de los padres en el hogar.

Una vez más las cifras dan cuenta de lo dicho.

La soledad de las mujeres

Un estudio del BID realizado para América Latina señala que en todos los países analizados se encontró un declive pronunciado en el porcentaje de niños viviendo en hogares con ambos padres, y que más del 90% de los niños que residen en un hogar monoparental viven con sus madres. En Brasil y Ecuador, por ejemplo, donde la caída en los últimos veinte años fue más fuerte, el porcentaje de niños que viven con dos padres bajó de 78% a 69% y de 80% a 73% respectivamente.

Asegura este estudio que

> El incremento de hogares de un solo padre en Colombia, Ecuador y Panamá es motivado por la separación de los padres […] La cohabitación de los hijos menores de 18 años con sus madres biológicas es estable en Colombia, Ecuador y Panamá. El porcentaje de niños que cohabitan con sus madres en hogares monoparentales se mantiene en un 88% a través del tiempo en Colombia, y no hay una disminución de las proporciones en Panamá y Ecuador, donde los porcentajes fluctúan entre 88-89% y 91-92%, respectivamente. […] El resultado global de esas tendencias es un crecimiento constante del porcentaje de madres que enfrentan las responsabilidades cotidianas sin contar con el apoyo de una pareja en casa.[34]

En la Argentina también crece el fenómeno de los hogares encabezados por mujeres solas. Según datos ofrecidos por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), en nuestro país uno de los cambios más notables que se han producido a lo largo del último cuarto de siglo en la estructura familiar ha sido el crecimiento de los hogares monoparentales. Y el dato más relevante es que el 90,3% de esos hogares están encabezados por mujeres solas con hijos/as a cargo, y solo en un 9,7% de los casos están encabezados por varones. Se trata, entonces, de una realidad femenina.

La encuesta refiere que

> En los últimos veinticinco años se duplicó la proporción de hogares monoparentales femeninos con presencia de hijos. En 1985, se hallaban sin pareja estable y a cargo de sus hogares el 6,7% de las madres de 14 a 49 años de edad, mientras que en 2012 lo estaban el 16,2% de ellas. Hoy estas familias se originan principalmente como resultado de la separación o

34- DURYEA, Suzanne y Marcos ROBLES, «Pulso social de América Latina y el Caribe: realidades y perspectivas», Monografía del BID, 2016

> divorcio y la maternidad en soledad […] Entre las madres, se duplicó la proporción de las que están divorciadas o separadas y se quintuplicó la proporción de madres solteras […] En Argentina, las madres jóvenes sobrellevan casi exclusivamente las responsabilidades de crianza y cuidados cotidianos de los hijos/as cuando se separan, divorcian o son madres solteras: el 10,8% de las madres jóvenes están solas a cargo de hijos/as mientras lo están apenas el 1,3% de los hombres jóvenes.[35]

Según se deriva de las cifras, el peso del sostenimiento de la familia monoparental, posterior a la separación, no está igualmente distribuida entre padres y madres. Con el agravante de que para las madres solas es más difícil asumir esa responsabilidad: vivir con un solo sueldo claramente no es lo mismo que hacerlo sumando dos, y las remuneraciones de las mujeres en nuestras sociedades siguen estando, en líneas generales, por debajo de las de los hombres.

Por otro lado, el tiempo del que dispone un solo padre no es el mismo que el que suman dos, y esta situación puede afectar la relación de las madres con los hijos en términos de escucha, cercanía, afecto y estímulo, impactando esto sobre el bienestar de los hijos. Las madres solas en estas circunstancias corren el riesgo de ser, en lugar del eslabón de crecimiento de los hijos y muy a pesar de sus esfuerzos, parte de un proceso de deterioro vital en el que los niños no reciben todo lo que necesitan para fortalecer su crecimiento afectivo, intelectual y en algunos casos físico.

El número de mujeres separadas que optan por permanecer solas también aumenta. ¿Por qué?, se pregunta la periodista Carolina Arenes, y la respuesta que propone combina cuestiones prácticas con marcas culturales:

35- Lupica, Carina, óp. cit.

> Las mujeres suelen quedarse con los hijos, con lo cual su vida diaria es más complicada y, por lo tanto, también su posibilidad de conocer a alguien; además, en el caso de una nueva relación, ellas llegan con sus cachorros, lo que agrega cuestiones delicadas para cualquier relación de pareja. Y el imaginario social con respecto al amor y al erotismo no es igualmente gentil para ambos sexos: en las mujeres el paso del tiempo está asociado a la idea de vejez, en los hombres a la de madurez. [Pero, además,] muchas mujeres manifiestan su poco deseo de volver a un modelo de matrimonio que les exige demasiado; de hecho, la modalidad cama afuera va ganando adeptos.[36]

Esto último se da sobre todo en las clases medias y medio altas, con mayor poder adquisitivo y, sobre todo, educativo y profesional: la soledad como opción voluntaria, nacida de la frustración producto de experiencias previas; y el miedo a otra experiencia que vuelva a frenar la posibilidad de desarrollo personal juntamente con un fracaso afectivo.

El impacto sobre los hijos: estar y estar bien

El estudio del BID antes citado profundiza aun más sobre las ventajas de crecer en un hogar en el que están presentes ambos padres. «Los niños que conviven con dos padres en el hogar se beneficiarán de ingresos familiares más altos y pueden tener acceso a recursos adicionales tales como la educación de los padres y actividades supervisadas», asegura.[37] Además, según este estudio, en América Latina y el Caribe los adolescentes que conviven con ambos padres alcan-

36- Arenes, Carolina, «Las nuevas familias», *La Nación*, 7 de diciembre de 2003 (el subrayado es nuestro). Disponible en https://goo.gl/sKHrTC

37- Duryea, Suzanne y Marcos Robles, óp. cit.

zaron mayores niveles educativos que los adolescentes que habitan hogares con un solo padre.[38]

En nuestro país, según el Operativo Nacional de Evaluación 2013, esto es lo que sucede con el rendimiento escolar en función de cómo se comportan las familias:

> La convivencia con los padres promueve mejores desempeños. Numerosas investigaciones han demostrado que la presencia de los padres ofrece mayores oportunidades de apoyo y acompañamiento de las actividades escolares del alumno y, por tanto, mejores niveles de aprendizaje de los saberes curriculares. Los datos del Censo 2013 indican que *los alumnos que no conviven con alguno de sus padres muestran niveles de desempeños inferiores a los que conviven con ambos padres.* […] Esta desigualdad se verifica en todas las asignaturas. En lectura, por ejemplo, el 22,4% de los alumnos que conviven con dos padres exhiben altos desempeños, mientras que, entre los que no conviven con ningún padre, ese porcentaje desciende a 13,5%.[39]

Esto se repite en muchos países. Tomando como referencia el Tercer Estudio Internacional de Matemática y Ciencias —TIMSS por sus siglas en inglés—, se determinó que las calificaciones eran más altas en los estudiantes que informaron que convivían con ambos padres que en los casos de aquellos que dijeron vivir con uno de sus padres o con ninguno de ellos.[40]

En otro trabajo de investigación llevado a cabo en EE. UU., analizando las declaraciones de impuestos se descubrió que la participación en la distribución del ingreso de la gene-

38- *Ibidem*.

39- Operativo Nacional de Evaluación, Ministerio de Educación de la Nación, 2013, p. 50.

40- Schiller, Kathryn S., Vladimir T. Khmelkov y Xiao-Qing Wang, «Economic development and the effects of family characteristics on mathematics achievement», *Journal of Marriage and Family*, n.° 64, 2002, pp. 730-742.

ración más joven, nacida entre 1980 y 1991, era de 4,6 puntos porcentuales mayor en los casos de jóvenes que habían crecido con ambos padres y estos estaban casados. También se detectó que la movilidad entre generaciones era más baja en áreas geográficas en las que había un porcentaje más alto de padres que nunca habían formalizado su vínculo.[41]

Ahora que la política social juega un papel más protagónico en nuestra región —con mayores transferencias monetarias hacia las mujeres más pobres—, podríamos esperar que la estructura familiar tuviera poco o ningún impacto en los resultados educativos de los hijos. Sin embargo, el análisis de los resultados en educación y salud en Ecuador y Brasil, por ejemplo, sugiere que crecer sin los dos padres sigue representando un obstáculo para el desarrollo del capital humano aun cuando se reciba algún ingreso.

En Ecuador se examinó la relación entre el avance de los niños en la escuela, las vacunas y el retraso del crecimiento. Aplicando filtros según el nivel de educación de la familia, según los ingresos del hogar per cápita, según la residencia urbana y la edad, el género y etnicidad del niño o niña, se detectó que aquellos que convivían con ambos padres tenían menos probabilidad de sufrir un atraso en su desarrollo escolar en función de su edad. Asimismo, los niños que convivían con un padre soltero estaban más atrasados en su desarrollo escolar que aquellos que lo hacían con una madre soltera.[42]

Por otro lado, se detectó que, entre los niños que convivían con ambos padres, la posibilidad de estar al día con las

41- Chetty, Raj, Nathaniel Hendren, Patrick Kline y Emmanuel Saez, «Where is the land of opportunity? The geography of intergenerational mobility in the United States», *Quarterly Journal of Economics*, n.° 129, 2014, pp. 1553-1623.

42- Ecuador, Encuesta de Condiciones de Vida, 2014.

vacunas era significativamente más alta que entre los niños que convivían solo con uno o bien con ninguno.

> Para niños de dos a cuatro años de edad, la probabilidad de saltarse una vacuna obligatoria es más grande para los que conviven con una madre soltera que para los que residen con los dos padres. La probabilidad de que menores de cinco años estén atrasados en su crecimiento —una medida que indica malnutrición crónica— también es más baja para los niños que conviven con los dos padres.[43]

Otro estudio llevado a cabo en Brasil entre niños que conviven con madres solteras también arroja resultados negativos. En este caso, se descubrió que los niños menores de cinco años que vivían con madres solteras tenían más probabilidad de tener un nivel de altura con respecto a su edad más bajo que los niños que convivían con ambos padres.[44]

El consumo de drogas es otro de los problemas que puede derivarse de la disfuncionalidad familiar que muchas veces trae aparejada la ausencia de uno de los padres.

Según la Encuesta Nacional de Consumo de Drogas en la Escuela Secundaria de nuestro país, los estudiantes que sienten que sus padres tienen actitudes de mayor atención y cuidado respecto de su vida tienen una tasa de consumo de drogas ilegales del 4%, frente al 18,1% de los hijos de padres que están en el punto más bajo de esta escala, es decir, que tienen actitudes de descuido, indiferencia o desatención. [45]

Por otro lado, las tasas de consumo de drogas son mayores en los casos en los que se da un menor desempeño

43- *Ibidem*.

44- Ayllón, Sara y Natalia Ferreira-Batista, «"Mommy, I miss daddy". The effect of family structure on children's health in Brazil», *Economics & Human Biology*, vol. 19, diciembre de 2015, pp. 75-89.

45- Amadeo, Eduardo, *País rico, país pobre*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

escolar —repetición de cursos, ausentismo y problemas de disciplina—. Por ejemplo, la prevalencia de consumo de marihuana es del 13,3% en los estudiantes que tuvieron problemas frecuentes de disciplina; del 6,9% entre quienes tuvieron problemas pocas veces; y del 3,6% para el grupo que nunca tuvo problemas de disciplina en el colegio.[46]

Se crea así una suerte de círculo perverso: menos apoyo familiar genera más problemas escolares, que al mismo tiempo aumentan la percepción de fracaso y falta de proyecto de vida, que por tanto induce al consumo de sustancias adictivas como un modo de escapar a una realidad no deseada… y así sigue.

Asimismo, un estudio de la Universidad de Princeton descubrió que quienes crecen separados de sus padres tienen entre dos y tres veces más probabilidades de terminar en la cárcel antes de cumplir los 30.[47] Y otro estudio determinó que las niñas cuyos padres desaparecieron antes de que ellas tuvieran seis años eran cinco veces más propensas a terminar embarazadas en la adolescencia que sus compañeras criadas con sus padres en casa.[48]

En México, entre los adolescentes que viven con ambos padres, la deserción escolar es de 9%. En cambio, entre aquellos que viven en familias encabezadas por mamás divorciadas o separadas la deserción es del 17,4%. La diferencia estadística se mantiene incluso cuando esta problemática se intenta controlar mediante modelos multivariados.[49]

46- Un estudio dirigido por el Dr. Hugo Míguez indagó en la relación entre la estructura afectiva de las familias y el uso indebido de drogas (UID). Los resultados se muestran en el Anexo.

47- Wilcox, Bradford, «Children are better off with a father than without one», *The New York Times*, 16 de diciembre de 2013.

48- *Ibidem*.

49- Pliego Carrasco, Fernando, óp. cit.

En EE. UU., la deserción escolar es menor entre estudiantes que forman parte de familias integradas por ambos padres biológicos.

En Noruega, entre los niños y jóvenes que viven con ambos padres biológicos, un 8,9% del total ha cometido delitos, en tanto que entre aquellos que viven en familias que han sufrido la separación de sus padres —por divorcio, nuevas nupcias, presencia de padres solos y otras situaciones—, el problema es notoriamente mayor: 21,5% de los casos.[50]

Estos datos confirman algo que muchos de nosotros intuimos desde nuestra experiencia: la presencia activa de los padres es esencial para construir una vida feliz, y su ausencia genera lo contrario. Y no se trata solo de ser o no feliz como una dimensión psicológica; se trata de poder cumplir adecuadamente con funciones elementales como la educación y la salud, lo que implica no incorporar hábitos dañinos como el consumo de drogas o la violencia.

Insistimos, entonces: una familia que funciona bien permite el buen desarrollo de sus miembros. Y funcionar bien significa, además de estar físicamente, prestarse atención y apoyo, potenciarse, poder imaginar planes conjuntos y llevarlos a cabo. Cuando estas dimensiones se realizan, todos ganan.

Y ello nos lleva entonces a remarcar la importancia de la relación; o sea, tomar conciencia de lo importante que es para los hijos (y obviamente también para los padres) que haya armonía en la relación.

Recientes estudios muestran sin ninguna duda que esa armonía es vital para el desarrollo de todos los miembros de la familia.

50- *Ibidem*.

Es muy interesante ver cómo en el Reino Unido, que ha puesto a la familia como el centro de su política social, se adjudica igual importancia a la resolución de los problemas individuales que a aquellos generados por las relaciones conflictivas en el interior de ella. Un estudio[51] muy interesante dice que:

- La reciente revisión de evidencias por la Universidad de Sussex y la Fundación por la Intervención Temprana descubrió que la calidad de las relaciones con los padres y el funcionamiento familiar tienen un impacto significativo en la salud mental y el bienestar de los niños (tanto en familias intactas como separadas) y concluyeron que la calidad de la relación entre padres es una "influencia central" en el desarrollo de los niños. Demostró también que los padres/parejas que sufren conflictos interparentales frecuentes, intensos y pobremente resueltos ponen en riesgo la salud mental y las oportunidades de vida a largo plazo; y que los niños de todas las edades pueden verse afectados por conflictos destructivos entre padres, con efectos que se evidencian durante la infancia, la adolescencia y la edad adulta.
- Niños que crecen con padres que tienen pocos conflictos de pareja (sea que los padres estén juntos o separados) disfrutan de una mejor salud física y mental; mejor bienestar emocional, logros académicos más altos, y una menor probabilidad de involucrarse en comportamientos riesgosos.
- Los altos niveles de conflicto entre parejas se asocian con una menor disponibilidad emocional y

51- https://bit.ly/2TODUo3

menos calidez de los padres hacia los niños, y también resulta en que los padres sean percibidos como más hostiles y rechazados por los niños, y que los niños cuyos padres tienen una calidad de relación más pobre tienden más a externalizar sus problemas de comportamiento (por ejemplo, hiperactividad, agresión)

- La evidencia demuestra que es probable que el conflicto parental persistente e irresuelto tenga un impacto negativo en la salud mental materna, que a menudo conduce a la depresión y que los niños que tienen un padre con problemas de salud mental corren un mayor riesgo de tener ellos mismos problemas emocionales y sociales.
- El conflicto entre los padres puede resultar en relaciones deterioradas entre padres e hijos y puede afectar el bienestar y el desarrollo de los niños y adolescentes, y lleva a un aumento de ansiedad, abstinencia y depresión y a problemas de comportamiento que incluyen agresión, hostilidad y comportamiento antisocial y criminalidad.
- Muchos de los problemas de salud mental que presentan los niños que están bajo apoyo psicológico son síntomas de problemas en el hogar: una encuesta de más de 4.500 niños atendidos por los servicios del Servicio de Salud inglés en 2015 encontró que Problemas de relaciones familiares es el mayor problema que se presenta. Del mismo modo, un análisis de las evaluaciones de asesoramiento psicológico en escuelas secundarias del Reino Unido encontró que los problemas familiares fueron el problema más presente (casi el doble de la siguiente causa).

- Las personas que viven en relaciones angustiadas y problemáticas tienen tres veces más probabilidades de sufrir trastornos del estado de ánimo (por ejemplo, depresión) y dos veces y media más de sufrir trastornos de ansiedad que las personas que no experimentan tales angustias.
- Algunos estudios han encontrado que más del 60% de quienes sufren depresión consideran que los problemas de relación son la causa principal de su enfermedad.
- Los estudios indican que el tratamiento de las angustias producidas por las relaciones pueden tener el potencial de aliviar hasta el 30% de los casos de depresión mayor.
- Otros estudios señalan los vínculos entre la angustia de relación y el abuso de alcohol, depresión y mala salud en general, así como una asociación con más efectos tales como enfermedad coronaria y presión arterial elevada.
- Las relaciones de baja calidad también pueden conducir a un aumento de los comportamientos de riesgo para la salud, como fumar y el abuso de sustancias, así como generar malestar emocional como la depresión y ansiedad.
- El análisis de los datos de la encuesta Understanding Society (usando una muestra de casi 21.000 personas) encontró que casi una de cada cinco (18%) personas (2,87 millones de personas) en pareja adulta en el Reino Unido están en relaciones que podrían caracterizarse en la práctica clínica como “angustiosas”.

Otro trabajo[52] afirma que

> El conflicto interparental también se ha asociado con el rendimiento académico de los niños. Se han desarrollado varias hipótesis para explicar estos resultados, incluyendo interrupciones tempranas en los patrones del sueño con las consiguientes implicaciones para el desarrollo neurobiológico (cerebro temprano) y la capacidad y desempeño académico asociado, relaciones negativas entre pares generadas por la exposición a relaciones interparentales hostiles.

La primera de estas explicaciones se centra en los problemas de sueño de los niños como resultado de conflictos interparentales, y que predicen dificultades con la atención y la concentración en la escuela (con evidencia que sugiere patrones muy precoces, es decir, niños de menos de 3 años, que aun pueden sufrir impactos sobre el desarrollo del cerebro a través de alteraciones neurobiológicas específicas de las áreas del cerebro asociadas con la cognición, la comprensión y el aprendizaje). Por ejemplo, un estudio encontró que las dificultades para dormir explicaron el impacto del conflicto interparental en el rendimiento académico de los niños de primaria, y que los niños de hogares de alto conflicto obtuvieron puntajes más bajos en matemáticas, lenguaje y escalas de habilidades escolares verbales y no verbales.

Si bien hay muchísima bibliografía que se refiere a la importancia de las relaciones entre padres e hijos (primordialmente madres e hijos) como factor esencial para el desarrollo de los niños, toda esta evidencia nos abre un camino de abordaje a la vez muy interesante y muy complejo: el de las relaciones *entre* los padres, que no son necesariamente aquellas más críticas marcadas por situaciones de divorcio

52- Gordon, Harold, Daniel Acquah, Ruth Sellers y Haroon Chowdry, «What works to enhance inter-parental relationships and improve outcomes for children»; University of Sussex, 2016.

o separación temporaria; sino también las que se dan en la vida cotidiana cuando las parejas siguen viviendo juntas, pero hacen del conflicto su modo habitual de relación.

Los conflictos nacen y se potencian por múltiples razones, que van desde los antecedentes de los miembros de las parejas (que tienden a reproducir las historias de sus propias familias) hasta las dificultades para procesar situaciones de estrés económico o de acontecimientos inesperados (como la llegada de un nuevo hijo); y aun la carencia de herramientas y experiencias necesarias para evitar que los conflictos escalen o que se puedan resolver los existentes. Muchas veces la falta de contención comunitaria o de familias ampliadas deja a las parejas sin los recursos más básicos, como el consejo o el acompañamiento, y llevan por tanto a generar nuevas etapas más violentas de las que es muy difícil retornar, con el consiguiente daño para todos los miembros de la pareja.

Anticipándonos entonces al capítulo final de las propuestas, es posible imaginar caminos de apoyo a las parejas en crisis; aun cuando siempre es más fácil trabajar sobre las causas externas de las mismas que aquellas que surgen del deterioro de la relación humana, ya que esto significa entrar dentro del hogar, dialogar, seguir, escuchar. Pero como veremos en el momento de las propuestas, ello no es imposible. Hay muchos ejemplos interesantes, tales como terapias de familia y apoyo comunitario a través de las miles de organizaciones sociales —incluyendo las religiosas— que tienen como principal capital su capacidad de cercanía.

Los padres ausentes

Ya hablamos de la importancia de la presencia e influencia de ambos padres durante el crecimiento de los hijos. Pero

vale la pena remarcar lo significativo que es el rol del padre; en especial cuando tomamos en cuenta el alto porcentaje de abandonos que muestran las estadísticas y el impacto funesto que ello tiene sobre aspectos esenciales del desarrollo de los niños.

Además de la necesaria contribución económica, los padres ayudan a los hijos a construir su propia imagen, y les dan seguridad en la relación con los demás. «Existe una estrecha relación entre un papel activo del padre y una mayor capacidad de los hijos para administrar positivamente los éxitos y los fracasos, defender los derechos y posturas propias, atender de manera positiva a sus necesidades y enfrentar efectivamente las dificultades», asegura la especialista María Elena López.[53]

Todos los que somos padres deseamos, *a priori*, que nuestros hijos tengan una imagen positiva de sí mismos, que se sientan capaces, valiosos, merecedores, que sean sanos y equilibrados, dando por sentado que esto los preparará para una vida de éxito. En este sentido, numerosos estudios sugieren que de la presencia activa del padre y de la relación que este sea capaz de entablar con sus hijos depende en buena medida la formación de la autoestima de estos.

> La imagen que un niño tiene de sí mismo está muy vinculada con el concepto que el padre tiene de él. En general, los padres son más pragmáticos y tienen una imagen más realista de sus hijos, con sus cualidades y limitaciones. Cuando los padres se toman el tiempo suficiente para hablar y escuchar a sus hijos y están conectados emocionalmente con ellos, estos se sienten valorados, importantes y tenidos en cuenta, y experimentan una sensación percibida de apoyo y soporte. […] De otro lado, el padre también imparte disciplina con más

53- López, María Helena, «La figura paterna aporta seguridad en los hijos», *El Tiempo*, 10 de junio de 2014. Disponible en https://goo.gl/YpQAoV

> firmeza que la madre —los niños perciben inconscientemente a su padre como una figura con mayor autoridad—. Si esta se ejerce de manera equilibrada, los hijos asimilan claramente las normas de comportamiento, tienen más autocontrol y tolerancia y sobrellevan mejor la frustración.[54]

Estas demandas y roles tienen mayores tensiones a medida que nuevas tendencias culturales, como la sobreexposición a la tecnología, afectan la frecuencia y profundidad de los vínculos. El celular y la computadora pueden funcionar no solo como una barrera para el diálogo, sino también como una excusa bienvenida para no tener que ocuparse de establecer el vínculo y hacerlo con calidad afectiva. Pero la posibilidad de desarrollar ese vínculo también está influida por las carencias objetivas que tienen los mismos padres, y que van desde su propia historia personal hasta el cansancio y las incertidumbres generadas por la vida laboral cotidiana.

Dice Miguel Espeche:

> La familia no es una fábrica de gente; es un espacio sagrado donde no solo hacés la forma de barro —como en el Génesis—, sino que después soplás y le das la vida. Hay padres que se ocupan mucho de la tierra y poco del soplo, y ese soplido es el que a los chicos les da ganas de vivir. Al estar presentes gozosamente, los padres pueden ser un horizonte apetecible. Con angustia, en forma de ausencia o de sobrepresencia, quedan a merced del mercado y de la pavada. El alimento verdadero vendrá de la mano de la presencia y de encontrar puntos de disfrute con los chicos.

Todo esto, que es muy importante en los primeros años, tiene una enorme trascendencia a medida que los hijos crecen y se abren los interrogantes, se despliegan los contactos, aumentan los peligros y surgen los miedos. Los adoles-

54- *Ibidem*.

centes se enfrentan a preguntas que muchas veces no saben contestar, a circunstancias que no imaginan cómo resolver, a reglas que desconocen o, muchas veces, que no quieren respetar, y a amigos que no saben elegir. Salen del mundo protegido a la calle, y se encuentran con códigos de pertenencia que entrañan riesgos. Y es entonces cuando cobra importancia la paternidad a modo de caja de herramientas, con la que los chicos pueden contar para surfear este tiempo.

Si un chico ve en su padre un modelo en el que encuentra seguridad, si tiene una imagen positiva de sí mismo y ha podido internalizar ciertas normas de comportamiento e interacción, entonces podrá iniciar el camino con más seguridad. Para seguirlo, necesitará también de padres atentos que sean capaces de ponerse en su lugar en vez de juzgarlo, de escuchar y contestar preguntas y, sobre todo, de promover responsablemente su libertad para crecer.[55]

Por estas y otras razones, los padres importan. Contar con un padre en el que verse, en el que confiar, con el que sentir algún grado de identificación para poder afrontar la vida, es algo valioso y difícil de suplir. Sin embargo, las cifras dan cuenta de que ha aumentado el número de padres que no ven a sus hijos, o que no lo hacen con la frecuencia que se necesita para sostener relaciones afectivas y materialmente sólidas.

En general, cuando una pareja se rompe y hay hijos de por medio, los padres no desaparecen de inmediato. Por diversas razones —entre ellas cuestiones legales—, estos deben mantener cierto nivel de contacto. Pero en un alto porcentaje de casos, las relaciones padre-hijo se diluyen con el tiempo, en perjuicio de los hijos; y no solo

55- «Guía para padres de hijos adolescentes», Programa Vivamos Responsablemente. Disponible en https://goo.gl/BWWviY

disminuye la presencia física, sino que pierde densidad la relación, lo que afecta la imagen paterna que, como decíamos, es muy importante para propiciar un crecimiento armónico.

Según investigaciones recientes, el contacto con los hijos de los padres no-residentes —aquellos que han abandonado sus hogares dejando al hijo o hija a cargo de la madre— declina en su intensidad con el correr de los meses a la vez que aumentan las prestaciones —principalmente alimentos—, como compensación formal por las implicancias judiciales del abandono, y psicológica por el rechazo social que eso genera. Al quinto año de la separación, solo la mitad de los padres toma contacto con su hijo o hija al menos una vez por mes.[56]

Este es el panorama norteamericano en números:

	Año 1	Año 3	Año 5
Vieron al hijo durante el último año	88%	78%	72%
Vieron al hijo durante el último mes	66%	55%	51%
Apoyo formal al hijo [alimentos]	11%	41%	57%
Apoyo informal al hijo [dinero]	72%	42%	37%
Apoyo en especie [ropa y otros]	56%	47%	43%

Las cifras también informan que, en el periodo que abarca el embarazo y el parto, más del 90% de los padres que cohabitan con las madres —que son un 50% del total de parejas no casadas— las acompañan, proveen dinero y están dispuestos a asentar con su nombre a sus hijos. Sin embargo, la relación tiende a declinar con el tiempo, dando lugar en muchos casos no solo a una situación de

56- McLanahan, Sara, óp. cit.

ausencia parental, sino también a la presencia de nuevos padres con los que el hijo o hija deberá convivir.

Si bien no existen trabajos exhaustivos de este tipo en América Latina, sí hay evidencias de que la contribución económica de los padres hacia sus hijos posterior a la ruptura de una unión o matrimonio es limitada.[57]

En Uruguay, «el 60% de los menores de 21 años que ya no conviven con su padre no ha recibido transferencias económicas luego de la ruptura».[58]

En cuanto a la Argentina, un estudio realizado por Georgina Binstock encuentra resultados similares basándose en una encuesta en zonas urbanas llevada a cabo en 2008.

Este estudio revela que

> *Solo la mitad de los menores de 18 años que no convivían con su padre recibían manutención económica de forma regular*. […] El resto, de acuerdo con el reporte de la madre, nunca lo hace o muy de vez en cuando. Asimismo, solo cuatro de diez ven al padre al menos dos veces a la semana, y un 15% adicional una vez. Y, peor aún, un cuarto de los menores solo se encuentra con el padre unas pocas veces al año o prácticamente nunca lo ve.[59]

Y en los sectores más pobres los resultados son más angustiantes, pues los recursos que tienen las madres para compensar la ausencia de los padres es mucho menor.

57- Castro Martín, Teresa, «Consensual unions in Latin America: persistence of a dual nuptiality system», *Journal of Comparative Family Studies*, n.° 33, 2002, pp. 35-55.

58- Bucheli, Marisa, «Transferencias y visitas entre padres e hijos no corresidentes», *Nuevas Formas de Familia. Perspectivas nacionales e internacionales*. Montevideo, Udelar-Unicef, 2003.

59- Cerrutti, Marcela y Georgina Binstock, óp. cit., el subrayado es nuestro.

Hace unos años, a través de la Fundación Observatorio Social,[60] se llevó a cabo un trabajo de investigación y acción en las villas 01, 11 y 14, con jóvenes de entre 10 y 18 años. Este apuntaba a entender de qué modo las condiciones ambientales y familiares incidían en la propensión al consumo de sustancias adictivas, para formular propuestas de prevención. En el marco de ese trabajo, se desarrollaron una serie de *focus groups* para hablar con estos jóvenes sobre temas relacionados con la estructura familiar en la que vivían. En general, se trataba de familias con un alto grado de fragmentación y disgregación, en las que los roles se desdibujaban y buena parte de las responsabilidades paternas recaían sobre las madres y sobre los propios hijos. Estas familias estaban compuestas mayormente por:

- un padre que era prácticamente una figura ausente, porque no estaba o no cumplía con su función;
- una madre que sostenía tanto afectiva como económicamente el hogar, y muchas veces se mostraba imposibilitada de hacerlo de forma adecuada;
- un hermano mayor que tenía un rol importante en la familia y era quien aconsejaba, protegía, intervenía y encarnaba la función paterna.

De los diálogos sostenidos con esos grupos familiares surgía con mucha claridad el precario equilibrio en el que se iba construyendo la vida de todos los miembros. La madre y el hijo mayor abrumados por las responsabilidades de todo tipo; la imagen de padre desdibujada; la «esquina» en la que los amigos brindaban la socialización y la contención que no existía en el hogar; la enorme di-

60- www.observatoriosocial.com.ar

ficultad para construir aspiraciones por falta de modelos dentro y fuera del hogar.

A ello debe agregarse la angustia que genera en los hijos la incertidumbre acerca de la errática presencia física y afectiva del padre, que hace que se pierda la posibilidad de un contacto y diálogo sostenido, tan necesario para la construcción de la identidad. En muchos de estos casos —como lo muestra la Encuesta Nacional de Adicciones que mencionamos más arriba—, la droga funciona como un refugio ante la carencia de otros anclajes afectivos que den seguridad.

Otros estudios demuestran que la carencia de presencia y afecto en la relación con el padre incide también en la aparición de situaciones de depresión en la adolescencia.[61]

El bienestar de los hijos depende no solo del tiempo, sino también de los recursos financieros y de la calidad de la crianza que sus padres les puedan ofrecer, todo lo cual se potenciará en una familia en la que haya dos ingresos y una pareja que comparta la atención de las necesidades del nuevo miembro.[62] El abandono paterno funciona, por tanto, como puerta de entrada a la carencia. Un hogar sin padre es un hogar que cuenta con la mitad de todo lo que se necesita para promover el desarrollo de los hijos: educación de calidad, contención afectiva, acceso a bienes culturales, eventual acceso a la Universidad, apoyo en caso de problemas de salud, etcétera.

Por estas razones es tan importante encontrar las vías para que los padres puedan estar más presentes en

61- https://bit.ly/2F59rc9

62- «Más habilidades para el trabajo y la vida: los aportes de la familia, la escuela, el entorno y el mundo laboral». RAF-Programa RED, 2017.

la vida de sus hijos; lo cual obviamente no es simple porque esa carencia responde a cuestiones culturales y económicas difíciles de resolver en el corto plazo. Pero debe encararse con una mirada integral, que incluya desde un aumento de las licencias laborales a los padres hasta un trabajo sistemático de diálogo en las diversas esferas en las que los padres se conectan con sus hijos, ayudándoles a mejorar la calidad de las interacciones.

La relación con las actividades asociadas a la escuela y el deporte[63] han demostrado su impacto positivo en encontrar espacios de interés común que refuerzan la imagen paterna. Y, obviamente, aquellas cuestiones que ayuden a los padres a reducir el impacto negativo de los problemas económicos en la dinámica del hogar.

Es muy interesante ver que en varios países se esta poniendo énfasis en las diversas maneras en que los padres se conectan con los hijos en actividades cotidianas.

En los EE. UU., el Centro Nacional de Información para la Paternidad Responsable (NRFC, por sus siglas en inglés) es un programa federal administrado por la Oficina de Asistencia Familiar (OFA, por sus siglas en inglés) para padres, profesionales, programas federales, estatales y el público en general interesados en apoyar a padres responsables y familias sólidas. A través de su página web (www.fatherhood.gov) provee ideas e iniciativas para promover el acercamiento de los padres a sus hijos a través de actividades como, por ejemplo, jugar, hacer chistes, cocinar, participar en actividades escolares de maneras muy creativas, etc.

63- El caso del Virreyes Rugby Club es un magnífico ejemplo sobre los beneficios de la interacción entre padres e hijos alrededor de un objetivo deportivo, que además ha impactado directamente sobre la terminalidad educativa de los jugadores y sus hermanos: http://vrc.org.ar/

En Chile, el Programa Chile Crece Contigo tiene una sección de «paternidad activa», llamada Empápate, que provee ideas e incentivos bajo la idea de que «criar es una oportunidad única y maravillosa de conocer y disfrutar a tus hijos/as, de ser mejor persona, de fortalecer tu relación de pareja, de pasarlo bien, de maravillarte, de enamorarte. Cuando los hombres se involucran en la crianza, ¡TODOS GANAN!».

En Canadá, el programa My Dad Matters (Mi Papá Importa) brinda una serie de herramientas, enfocadas en ayudar a mejorar la relación entre padres e hijos, que pueden ser utilizadas por operadores sociales y líderes comunitarios para difundirlas en sus espacios.

De todos modos, pareciera que hay algunas tendencias culturales muy profundas por las que muchos padres —con distintos matices según el caso—, buscando su propia felicidad, olvidan la de sus hijos. Como dice el sociólogo Robert Bellah, vamos de «una familia centrada en los hijos hacia una familia centrada en los adultos […] en lugar de que el individuo "pertenezca" a la familia, es la familia la que está al servicio del individuo».[64] Modificar esta tendencia es un desafío mayor.

Violencia

Lamentablemente, todos los datos dan cuenta de la intensidad con la que se ha instalado la violencia de género —fundamentalmente en el hogar— entre nosotros.[65]

64- Bellah, Robert, Richard Madsen, Steve Tipton, William Sullivan y Ann Swidler, *The good society*. Nueva York, Random House, 1992, p. 46.

65- Uno de los trabajos más completos y profundos sobre la violencia familiar y su tratamiento en la justicia es el de la Dra. Graciela Medina: http://www.gracielamedina.com/

Como dice la Dra. Graciela Medina en el trabajo que acabamos de citar: «La violencia doméstica es un modo patológico de comunicación humana instalado en la familia, la que, pensada como un sistema, no funciona adecuadamente. En ella se producen constantemente comportamientos que comunican el rechazo y la descalificación del otro, y aun la desconfirmación (cuando el otro es "invisible"); siendo este comportamiento "crónico, permanente y periódico"».

Alguien puede afirmar que vemos tanta violencia contra la mujer porque ahora la medimos, hay más conciencia y los medios le prestan más atención. Pero lo cierto es que, desde que se mide con métodos científicos, esa violencia no para de aumentar.

La última gran encuesta hecha por el Indec, tomando fuentes provenientes de todos los ámbitos en los que las mujeres denuncian, piden consejo o acuden para restañar los efectos de la violencia, nos da datos francamente preocupantes.

Veamos a continuación lo que dicen esos números:

- Los femicidios pasaron de 208 en 2006 a 290 en 2017.
- Entre 2013 y 2017 se recopilaron 260.156 casos de violencia de género.
- El 60% de las víctimas son mujeres entre 20 y 39 años.
- En el 82,7% de los casos, el vínculo de la víctima con el agresor es el de pareja (45,8%) y expareja (36,9%). Esta situación se da en todos los grupos de edad de las mujeres, lo que muestra una patolo-

assets/Uploads/libro/indice/i-vision-jurisprudencial-de-la-violencia-familiar.pdf

gía que se expresa con fuerza en el seno de la convivencia.

- A la relación de parentesco entre víctima y agresor se suma la condición de convivencia entre ambos. La víctima convive con el agresor en el 76,8% de los casos cuando se trata de la pareja, en un 69,1% cuando es el padre, en el 67,3% en el caso de la madre y en el 66,3% cuando son los hijos.
- Los tipos de violencia no son excluyentes. Las mujeres declaran que sufren más de un tipo de violencia en forma simultánea, lo que se informó en el 70,0% de los casos.
- La información del Indec da cuenta del predominio de la violencia psicológica (86,9%), seguida de la física (67,4%), la simbólica (25,1%), la económica y patrimonial (19,4%) y la sexual (7,9%).
- La modalidad de violencia más informada al Registro Único de Violencia Contra la Mujer (RUCVM) es la doméstica (97,0%).
- La frecuencia de la violencia y el tiempo de maltrato constituyen dos variables que dan cuenta de la gravedad de la situación de violencia que soportan las mujeres antes de decidirse a concurrir a un centro en busca de ayuda. En el 93,3% de los casos registrados e incorporados al Registro, las mujeres mencionan que han sufrido situaciones de violencia más de una vez. En cuanto al tiempo de maltrato padecido, el 40,5% de los casos refiere a un período de 1 a 5 años y el 23,8% de los casos a más de 10 años de maltrato.

Pero además de los efectos destructivos que la violencia genera sobre la relación, tiene otros impactos gravísimos sobre la misma vida de las víctimas.[66] Un estudio realizado por la Organización Panamericana de la Salud (OPS) de 1993, titulado «La violencia contra las mujeres y las niñas: análisis y propuestas desde la perspectiva de la salud pública», subrayó que los intentos de suicidio son doce veces más frecuentes entre las mujeres que son víctimas de agresiones que entre las demás, que las mujeres golpeadas tienen mayor riesgo de caer en el consumo de alcohol y drogas y en estados depresivos. También disminuye el rendimiento laboral y de esta manera decrece la productividad. Según un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), uno de cada cinco días de ausencia en el trabajo responde a problemas de salud derivados de la violencia familiar.

Esta oleada de violencia doméstica está lejos de ser exclusiva de los más pobres. Por el contrario, como lo ha demostrado la Oficina de Violencia Doméstica de la Suprema Corte de Justicia,[67] el 76% de las denuncias corresponden a hogares de ingresos medios, una cifra que nos ilumina sobre la necesidad de evitar lugares comunes que asocian violencia con marginalidad social y concentrarnos en cambio en entender qué está sucediendo en el interior de esas relaciones para que se produzcan hechos tan aberrantes.

Estas cifras demuestran que trabajar para mejorar el funcionamiento de las familias no está relacionado solo con aumentar los niveles de felicidad en las parejas o evitar que los hijos sufran en su desarrollo socioemocional por los conflictos en el hogar, sino que tiene también implicancias en un campo tan crítico como el que muestran estas cifras.

66- *Ibidem*.

67- https://bit.ly/2UBECSJ

Es cierto que quien llega a agredir al otro de manera brutal debe ser, probablemente, sujeto de tratamiento psiquiátrico; pero es no menos cierto que existe toda una graduación de formas de violencia que responden a la dificultad para procesar cuestiones cotidianas, que deberían poder prevenirse y trabajarse en el tono en el que proponemos en este libro.

Avanzando un poco más en la búsqueda de orientaciones para tratar este tema, aparecen datos que relacionan la violencia en la pareja con el grado de formalización de la relación.

Hay estudios que demuestran que las parejas en cohabitación tienen menos tendencia a desarrollar aspectos de la vida de relación que ayudarían a su consolidación, como por ejemplo el acceso a bienes durables, la propensión a invertir en el futuro de los hijos, el manejo conjunto de eventuales crisis de uno de los miembros a raíz de la pérdida del empleo, los cambios inesperados en los salarios, las enfermedades, etcétera.[68]

Pero este no es el único aspecto que preocupa.

La evidencia también dice que, en las parejas en las que no se ha establecido un compromiso fuerte, hay más propensión a que existan situaciones de violencia de diverso tipo. Según información recabada por investigaciones realizadas a partir de expedientes judiciales sobre violencia, se ha determinado que hay más posibilidades de que haya agresiones físicas o psicológicas —que mayormente impactan en mujeres y niños—, en hogares que no están conformados sobre la base de vínculos formalmente constituidos.[69]

68- Waite, L., «Does marriage matter?», *Demography*, n.º 32, 1995, pp. 483-507. Gallagher M., *The case for marriage*. Nueva York, Doubleday, 2000.

69- Estas cifras provienen de una búsqueda amplia realizada en expedientes judiciales, en los que se indagó la mayor o menor formalidad de las parejas, con los resultados aquí

En la III Conferencia de la Asociación Latinoamericana de Población llevada a cabo en la ciudad de Córdoba en el año 2007, cuyo tema central de debate fue el matrimonio versus la unión consensual, se llegó a la conclusión de que

> … las mujeres unidas consensualmente sufren mayores niveles de violencia emocional, física y sexual que las mujeres casadas. En concreto, la probabilidad de experimentar algún tipo de violencia es 25% superior entre las mujeres en unión consensual en la República Dominicana, 31% superior en Colombia, 34% en Nicaragua y 23% en Perú, respecto de las mujeres casadas. En resumen, varios de los indicadores que presentamos apuntan a que la calidad de las relaciones familiares es más deficiente y la convivencia en pareja más problemática en las uniones consensuales que en las uniones matrimoniales.[70]

En México, 7,9% de las mujeres casadas padeció violencia física de pareja. Pero el problema empeora entre las mujeres que viven en unión libre: un 14,5% del total, lo que equivale a casi el doble, declaró haber sido agredida por su pareja en el último año. Por otro lado, en este mismo país, según estudios realizados en adolescentes de entre 12 y 17 años de edad de ambos sexos, se observó que el riesgo de haber sufrido abuso sexual era 5,2 veces mayor en los menores que no vivían con ambos padres biológicos, sino con madres o padres solos o que habían formado nuevas parejas. [71]

En Perú, los niños que viven con mamás solas presentan el triple de quemaduras, 2,9 veces más fracturas de

mostrados.

70- Castro Martín, Teresa, Teresa Martín García y Dolores Puga González, «Matrimonio vs. unión consensual en Latinoamérica: contrastes desde una perspectiva de género». iii Conferencia de la Asociación Latinoamericana de Población. Córdoba, Argentina, 4-6 de septiembre de 2007.

71- Pliego Carrasco, Fernando, óp. cit.

huesos y 2,1 veces más lesiones graves, en comparación con los niños que habitan con ambos padres biológicos. Se trata de una diferencia dramática en un tema social tan sensible como la seguridad física infantil.[72]

En EE. UU., en familias conformadas por un padre o madre biológico y un padre o madre adoptivo, se da una proporción de abusos sexuales 8,4 veces superior respecto de lo que ocurre en aquellas familias que están compuestas por padres biológicos formalmente casados; en familias con ambos padres en cohabitación libre, el porcentaje es de 4,6%.

En familias compuestas por un padre biológico o legal y otra persona en cohabitación libre el porcentaje es de 19,7%. Y en familias compuestas por padres o madres solos es del 4,7%, en tanto que en aquellas familias en las que los niños viven con personas que no son sus padres, el porcentaje es ocho veces superior.[73]

En Holanda también se ha comprobado que los pequeños que no viven con su papá y su mamá biológicos tienen una mayor probabilidad de sufrir maltrato físico. El abuso es 2,6 veces mayor en los casos en los que estos viven con padres solos, y tres veces superior cuando viven en familias mixtas compuestas por mamá biológica y otro adulto, o en compañía de padrastros o madrastras.[74]

Estas cifras no pretenden producir generalizaciones ni condenas para aquellas personas que viven en cohabitación en lugar de matrimonios formales. Ya dijimos reiteradamente que, a esta altura, no queremos entrar en el terreno de las admoniciones morales; sino señalar que los problemas de

72- *Ibidem*.

73- *Ibidem*.

74- *Ibidem*.

relación se hacen más complejos cuando las relaciones afectivas son más frágiles.

Las cifras parecen demostrar que cuando las personas deciden avanzar hacia una mayor formalización, el vínculo y las responsabilidades hacia el otro se consolidan y ello se refleja en los modos de comportamiento.

Y también que la existencia de varias relaciones seguidas crea situaciones muy duras en la relación madre-hijo-pareja, que pueden derivar en los episodios de violencia que marcan estas estadísticas. Para las familias ensambladas la convivencia se hace mucho más compleja, por razones que en algún sentido aparecen como normales, ya que la posibilidad de sostener y aumentar los afectos se dificulta ante la presencia de personas que tienen orígenes e historias diferentes («los tuyos, los míos, los nuestros»).

Nuevamente, no se trata de condenar. Se trata de saber para poder actuar en beneficio, sobre todo de los más débiles.

Y ya que tocamos el tema de la violencia familiar y de género, vale mencionar que la mayor visibilidad de estos eventos en los medios y las redes sociales, sumado a la centralidad que afortunadamente se otorga a los derechos de las mujeres y los niños en toda la arquitectura institucional, ha generado una comprensible demanda social por mayor dureza en el tratamiento de quienes someten a actos de violencia a mujeres y niños.

Variadas iniciativas parlamentarias no solo han aumentado penas, sino que han establecido la imprescriptibilidad de estas. Asimismo, la evidencia de que los violadores tienen un alto porcentaje de reincidencias ha llevado a instaurar que no pueden ser beneficiarios de salidas transitorias ni acortamiento de sus penas.

Pero una mirada más cuidadosa del problema debe llevar a cuestionarnos si es esta la mejor manera de reducir estos delitos aberrantes; y —más aún— si el castigo ejerce alguna influencia sobre la decisión de estas personas de cometer los actos violentos. ¿Podemos pensar que, además de sacar de circulación a estos violentos, estamos generando algún incentivo para que piensen bien lo que van a hacer antes de hacerlo y por lo tanto podremos conseguir que no maten o golpeen? ¿Conviene más invertir únicamente en castigar a quienes ya han violado, golpeado o asesinado o es preferible trabajar para revertir las causas que los han llevado a eso?

Si la solución cayese únicamente en el campo de la política criminal, poco es lo que podríamos decir en un libro dedicado a la familia.

Hay que hacer ambas cosas. Pero es necesario evitar los caminos fáciles, para centrarnos en los que ofrecen resultados más sólidos. Es decir que debemos actuar sobre las causas de estas conductas, no solo sobre los efectos. Y las causas están, en un altísimo porcentaje de los casos, en infancias y adolescencias signadas por el abandono y la violencia, producto de parejas que no pudieron consolidarse o no tuvieron la ayuda necesaria en los momentos más críticos.

Decir que las heridas provocadas por la violencia en la infancia producen también violencia en la juventud o adultez, y que debemos tener una mirada integral sobre estos problemas, está muy lejos de las posiciones judiciales frívolas que proponen la desaparición de las penas por razón del trauma que han heredado los violentos. Los delitos deben ser penados, no solo porque se debe castigar al delincuente, sino también porque esto representa una señal para el resto de la sociedad. Pero centrarse solo en las penas, tomando en

cuenta el alto nivel de reincidencia, no cura las heridas que arrastran a estas personas a cometer su delito.

En general, las situaciones de violencia son más frecuentes en aquellos casos en los que el agresor ha sido a su vez víctima de algún episodio violento en su niñez. Por eso mismo, un niño querido y cuidado por su familia tiene menos probabilidad de protagonizar episodios de agresión en la adultez.

Basta con ver las crónicas que aparecen regularmente en los diarios, que describen las historias de vida de malhechores que se convierten en el ejemplo de verdaderos monstruos, con delitos de todo tipo durante su adolescencia temprana y aun su niñez. Prácticamente no hay ningún caso en que estos delincuentes no hayan tenido una infancia caracterizada por todo tipo de violencias, en muchos casos brutales. Y, en todos los casos, leyendo su historia vemos que no han podido compensar las heridas de su hogar con el cariño de otro. Ese «otro», que pudo haber sido un docente, un trabajador social, un líder espiritual o deportivo, capaz de reducir la posibilidad de que convirtiera su frustración en violencia, no existió. Su único espacio de relación fue la esquina, el instituto de menores o la cárcel.

De allí la importancia de contar con redes públicas o sociales que puedan detectar los casos antes de que sea tarde, e intervenir con diversas herramientas, que van desde el diálogo y el consejo hasta la utilización de las instancias legales que protegen a las victimas de la violencia temprana. Solo más penas no sirven; porque ese delincuente en particular saldrá de circulación, pero su lugar lo ocuparán muchos otros con historias de vida similares.

Sobre esto volveremos en detalle al hablar de las acciones concretas.

Familia y felicidad

Así como la violencia por lo común genera más violencia, tener una buena relación con quienes nos rodean es siempre una fuente de felicidad. Desde luego, es importante contar con recursos materiales. Pero la experiencia cotidiana nos demuestra que, aun en los momentos en los que se obtienen mayores satisfacciones materiales, es la ruptura en los afectos el determinante de las mayores pérdidas en los niveles de felicidad de las personas.

La socióloga argentina Marita Carballo muestra en un estudio extenso que los aspectos más ligados a la felicidad, además del nivel económico, son: 1) las relaciones familiares y sociales; 2) la salud física y psíquica; 3) la libertad personal; 4) el trabajo digno como fuente de desarrollo personal y humano; 5) la religiosidad, la espiritualidad y sentido de la vida, y 6) la confianza mutua, el sentido de comunidad y la solidaridad.[75]

En esta lista, hay aspectos como el trabajo y el acceso a un buen sistema de salud que dependen menos de las personas individuales. Pero en los demás casos están presentes los «otros» con los que interactuamos en ámbitos más o menos cercanos, y que pueden ser (o no) una fuente de apoyo, sostén y potenciación de las propias capacidades.

El buen funcionamiento de la pareja es un componente importante de la felicidad de las personas. De modo que analizar el tema tiene interés no solo porque la felicidad bajo diversas formas es un objetivo esencial de la vida, sino también porque ser feliz potencia a las personas en la búsqueda

75- Carballo, Marita, «La felicidad como política de Estado», *La Nación*, 15 de octubre de 2015. Disponible en https://goo.gl/Jvqqvi

de un futuro mejor, lo que impacta positivamente en la comunidad. Además, la felicidad de unos alienta a los otros a desarrollar su propia energía positiva; lamentablemente, a la inversa también se da: la infelicidad, la frustración y la depresión reducen las aspiraciones y esto tiene efecto expansivo.[76]

Por otro lado, el fracaso de la pareja de los padres muchas veces da a los hijos una perspectiva negativa sobre cuestiones que marcarán su mirada y acción en la construcción de su vida, como la propensión a continuar en la escuela o no, a consolidar la propia pareja y a tener hijos o no. Se forman de tal manera círculos virtuosos que enriquecen a las personas y a las sociedades, o círculos negativos que al cabo las deprimen.

En el interior de las familias, cuando la relación es positiva, el «otro» es una fuente de energía que potencia la búsqueda de mejoría. Muchos estudios demuestran que los niveles de felicidad son más altos cuando las familias están más consolidadas. Y puesto que las familias son parte de la comunidad, lo que sucede en su interior se irradia. Familias felices potencian a la sociedad. Familias conflictivas transferirán los resultados de ese fracaso a través del impacto que ello tiene en sus miembros.[77]

Abundante bibliografía científica sostiene que quienes han sido criados en familias estables tienen más posibilidades de prosperar y de convertirse en adultos productivos. Mientras que aquellos que son criados en familias disfun-

76- Graham, Carol, Andrew Eggers y Sandip Sukhtankar, «Does happiness pay? An exploration based on panel data from Russia», *Journal of Economic Behavior & Organization*, vol. 55, Issue 3, noviembre de 2004, pp. 319-342. Disponible en https://goo.gl/1zDiUu

77- Un estudio reciente sobre la felicidad en el mundo corrobora esta percepción intuitiva y muestra que los niveles de felicidad son más altos cuando las parejas están más consolidadas. World Values Survey, 2010-2014.

cionales son más propensos a sufrir problemas sociales y psicológicos como la delincuencia, la depresión y la deserción escolar. Veamos estas cifras, muy impresionantes:

> El sociólogo Paul Amato calcula que si EE. UU. tuviese actualmente el mismo nivel de estabilidad familiar que tenía en 1960, el país tendría ahora 750.000 niños menos repitiendo curso, 1,2 millones de expulsiones escolares menos, aproximadamente 500.000 actos de delincuencia juvenil menos, alrededor de 600.000 niños menos recibiendo terapia y cerca de 70.000 intentos de suicidio menos cada año en Suecia.

> Incluso después de haber hecho los ajustes en los indicadores de los factores utilizados, los niños que viven en hogares monoparentales tienen, al menos, un 50% más de probabilidades de sufrir problemas psicológicos, como la adicción a las drogas o al alcohol o el intento o la comisión de suicidio, que los niños criados en familias biparentales.[78]

El afecto y el sentimiento de solidaridad compartida ayudan a las personas a sentirse queridas y acompañadas, y eso proporciona el bienestar que les permite vivir plenamente.[79] En consecuencia, las sociedades funcionan mejor cuando las relaciones interpersonales son sólidas.

En el otro extremo, si es cierto que los problemas familiares hacen que muchos chicos no logren terminar la escuela y por tanto tengan dificultades en el futuro para conseguir un trabajo productivo, o que hay una relación entre esos problemas y el fracaso escolar, el consumo de drogas y la delincuencia, entonces es razonable pensar que invertir en

78- Bradford, Wilcox y Carlos Cavallé, «El Dividendo Demográfico Sostenible», Social Trends Institute, p. 12 (el subrayado es nuestro).

79- Estrictamente hablando, felicidad y bienestar no son lo mismo. El bienestar hace referencia a un estado de satisfacción en los aspectos materiales de la vida, mientras que la felicidad se relaciona con la plenitud en múltiples dimensiones psicológicas como las mencionadas.

la consolidación familiar, y por lo tanto en la felicidad de los miembros de las familias consolidadas, tiene un sentido económico, además de social, que se prolongará en el tiempo a través de las próximas generaciones.

CAPÍTULO II

De padres e hijos

Por lo general, el vínculo entre padres e hijos está marcado por las experiencias de los primeros, tanto aquellas que provienen de su propia infancia como las que se derivan de las capacidades desarrolladas para encarar la vida adulta. Así, la convivencia en el interior de una familia sigue caminos tan diversos e impredecibles como lo son, en consecuencia, las relaciones de amor y desamor que se dan durante la crianza.

Pero lo cierto es que este vínculo tiene una relación directa con el futuro de los hijos. Tan cierto como que la nutrición en los primeros años de la vida de los chicos es esencial. Algunas publicaciones[80] han demostrado cómo incluso la placenta «lee» el medio ambiente y ejerce una influencia central en las múltiples características del crecimiento.

Pero un niño saludable es mucho más que la comida.

El cariño, la caricia, la conversación, la escucha, la palabra, el apego y el consecuente desarrollo cerebral asociado a las emociones conectan directamente con las posibilidades de tener una vida feliz. En el caso inverso, cuando se sufre déficit de afecto no solo se reduce la riqueza de la vida, sino que se corre el riesgo de extender esa carencia a la generación siguiente. Falta de cariño hoy puede traducirse en falta de cariño mañana.

80- https://bit.ly/2JeA83l

Existen infinidad de trabajos de investigación que muestran cómo, desde el vientre materno y a lo largo de las diversas etapas de crecimiento, el hecho de contar o no con amor, escucha y contacto físico resulta vital para aspectos esenciales de la vida interna y de relación.

Pero, sobre todo, estos trabajos prueban que las habilidades complejas se van construyendo sobre las básicas, y que en este proceso es muy importante que la familia dedique tiempo mirando, escuchando, hablando y queriendo.

Se trata de una verdadera revolución del conocimiento, que conecta el medio en el que se desarrollan los niños con la genética. Hace décadas, pocos se atrevían a pensar que podía haber una relación entre el desarrollo cerebral y emocional y las influencias del ambiente en el que se crían los niños en sus primeros años. Hoy la evidencia es concluyente y genera un desafío para las políticas públicas y el trabajo social, con miras a minimizar los daños y maximizar los resultados positivos.

No es nada fácil, en el reducido espacio de este libro, sintetizar estos estudios, por lo que me limitaré a mencionar aquellas cuestiones que tienen que ver con mi preocupación principal: el funcionamiento familiar.

El cariño como fórmula

Una verdadera explosión de investigaciones desarrolladas en el ámbito de las ciencias neurobiológicas, conductuales y sociales ha llevado a grandes avances en la comprensión de las condiciones que influyen en que los niños tengan o no una perspectiva prometedora en la vida.

Como aseguran los investigadores Jack Shonkoff y Deborah Philips:

> Estos avances científicos han generado una comprensión mucho más profunda de: 1) la importancia de las primeras experiencias de vida, así como las influencias inseparables y altamente interactivas de la genética y el medio ambiente sobre el desarrollo del cerebro y el despliegue del comportamiento humano; 2) el papel central de las relaciones tempranas como fuente de apoyo y adaptación o de riesgo y disfunción; 3) las poderosas capacidades, emociones complejas y habilidades sociales esenciales que se desarrollan durante los primeros meses y años de vida; y 4) la capacidad de aumentar las probabilidades de resultados de desarrollo favorables mediante intervenciones planificadas.[81]

Los múltiples trabajos que relacionan el desarrollo cerebral y las emociones con el medio en el que se crían los niños y las influencias que perciben van desde la evidencia en animales hasta el análisis de casos específicos en las personas en cada una de las etapas evolutivas a partir del nacimiento, con miras a comprobar hasta qué punto la presencia o carencia de afectos básicos determinan en uno u otro sentido la vida humana.

> Durante los dos primeros años de vida, los niños saben si sus cuidadores les responden y cuánto pueden confiar en ellos. Las relaciones receptivas y sensibles con quienes los cuidan son esenciales para enseñarles a confiar en otros y a lidiar efectivamente con la frustración, el miedo, la agresión y otras emociones negativas. Los niños pequeños y los bebés sanos manifiestan su apego preferencial a sus cuidadores: reconocen los rostros de sus padres entre la primera y la cuarta semana

81- Shonkoff, Jack P. y Deborah A. Philips (eds.), *From neurons to neighborhoods: the science of early child development*. Washington, National Academy Press, 2000. Disponible en https://doi.org/10.17226/9824

> de vida; sonríen a las cuatro o cinco semanas, responden a las voces de sus padres alrededor de los 7 meses y manifiestan sus deseos entre los 7 y los 15 meses. También se muestran inclinados a explorar objetos y espacios nuevos, y son capaces de manipular un juguete a los 4 meses, jugar a la pelota con un cuidador alrededor de los 10 meses, alimentar una muñeca a los 12 meses y participar en juegos de mesa a los 32 meses.[82]

La familia es la que mira, escucha, acompaña, y si ella no existe, no sabe o no puede cumplir cabalmente con esta serie de gestos esenciales, y nada ni nadie la sustituye, la cadena de desarrollo se interrumpe:

> [Los niños] disfrutan iniciando y respondiendo a las interacciones sociales, como decir adiós con la mano a los 7 meses; imitando actividades y bebiendo de una taza a partir de los 9 meses; ayudando en la casa, utilizando un tenedor/cuchara y quitándose la ropa entre el primer y segundo año, y cepillándose los dientes, lavándose y secándose las manos entre los 18 y los 24 meses. Durante el período preescolar, el desarrollo social y emocional se amplía para incluir la competencia social —cómo se relacionan con otros niños, maestros y adultos—, el manejo de la conducta —la capacidad para responder a instrucciones y cooperar en lo que se les pide—, la percepción social —la capacidad de identificar pensamientos y sentimientos en sí mismos y en los demás— y las habilidades autoregulatorias —control emocional y conductual, sobre todo en situaciones de estrés—. Todas estas destrezas son cruciales para el éxito de los niños en el colegio y a lo largo de la vida.[83]

Así como la violencia impacta negativamente en la capacidad de los niños para manejar aspectos clave de su vida, tales como la reacción ante las circunstancias complejas, el

82- Berlinski, Samuel y Norbert Schady, *Los primeros años: el bienestar infantil y el papel de las políticas públicas*. BID, 2015.

83- *Ibidem*.

cariño puede modificar su capacidad para mejorar su vida cotidiana y enfrentar situaciones críticas. En este sentido, los estudios realizados con ratones abrieron el campo y se convirtieron en una referencia obligada para comprender este fenómeno.

En un trabajo de investigación histórico, se demostró que existen grandes diferencias en el comportamiento de las ratas bebes, según hayan recibido o no ternura por parte de sus madres a través del lamido y el aseo durante los primeros diez días de su vida. El estudio indagó en las maneras en las que, a través de complejas modificaciones hormonales, el afecto influía en el manejo del estrés de las crías a medida que estas iban creciendo.[84]

Pero el descubrimiento más importante de esta investigación fue que los cuidados podían modificar las características genéticas que heredarían las nuevas ratas. Según las conclusiones de este estudio, las ratas que habían recibido más cariño

> … se movían mejor en los laberintos —en los que se les hacían pruebas para ver cómo salir de ellos rápidamente—; eran más sociables; eran más curiosas, menos agresivas, tenían más autocontrol; vivían más y eran más saludables, y el efecto no era solo de comportamiento sino también biológico, incluyendo grandes variaciones en el tamaño, forma y complejidad de las partes de sus cerebros que manejan el estrés… [Se probó que] comportamientos parentales sutiles generaban efectos predecibles y duraderos en el ADN que podían ser identificados y observados.[85]

84- Weaver, Ian, *et al.*, «Epigenetic programming by maternal behavior», *Nature Neuroscience*, n.° 7, 2004, pp. 847-854.

85- Tough, Paul, *Cómo hacer que los niños triunfen*. Madrid, Vergara, 2017.

Asimismo, se demostró que las ratas que no habían sido mimadas al principio por sus mamás —y por lo tanto no tenían comportamientos positivos— podían comportarse como las ratas más mimadas cuando una nueva mamá las lamía y limpiaba con cariño. De lo que se dedujo que se trataba de un fenómeno que podía ser revertido aplicando los cuidados correspondientes.

La investigadora Mary Ainsworth llevó a cabo un estudio similar con niños, y logró demostrar que aquellos cuyos padres respondían rápidamente a sus llantos en el primer mes de vida al año eran más independientes e intrépidos que los que habían sido ignorados en esa instancia. Además, los niños cuyos padres habían respondido a su llanto eran los que tenían conductas más autosuficientes en el jardín de infantes.[86]

Otro aspecto interesante de todas estas investigaciones —y que la vida cotidiana comprueba— es que ninguna situación de carencia afectiva es irreversible. Es cierto que a medida que pasa el tiempo, cuando las faltas y las frustraciones se acumulan, las personas sufren una terrible sensación de falta de destino y es cada vez más difícil la recuperación, pero no imposible.

El poder recuperador del amor está ampliamente probado. Una serie de trabajos que, siguiendo la evolución escolar de chicos nacidos en familias problemáticas, o que habían estado internados en institutos para menores, y que habían sido adoptados por familias amorosas y bien constituidas, llegaron a la conclusión de que los chicos mejoraban considerablemente una vez que se estabilizaban y saneaban sus relaciones afectivas. Se ha demostrado que incluso los niños con antecedentes más difíciles mejoran una vez que

86- Ainsworth, Mary, *Child care and the growth of love*. London, Penguin Books, 1965.

se los aparta de las circunstancias que los perjudican, y se les da la oportunidad de desarrollarse en familias estables, con recursos económicos y sobre todo con padres cariñosos.[87]

En consonancia con todos los estudios extranjeros, los investigadores argentinos Sebastián Lipina y María Soledad Segretin han desarrollado una línea de trabajo muy interesante en la que, además de describir de manera muy clara la influencia de los eventos afectivos sobre el desarrollo cerebral, proponen ampliar la mirada desde los ya conocidos «primeros 1000 días» hasta los 8000 días de vida.

Si bien es conocido y evidente —a partir de la prédica del reconocido Dr. Abel Albino— que los primeros mil días de vida resultan críticos por el impacto de la nutrición y condiciones sanitarias para el desarrollo cerebral en términos, Lipina y Segretin argumentan que es posible recuperar parte de lo perdido si se revierten las condiciones ambientales en las que se desarrollan los niños.[88]

El estudio neurocientífico de la pobreza infantil realizado por diferentes grupos de investigación durante las últimas dos décadas ha permitido acumular evidencia que indica que el impacto de las carencias materiales y simbólicas por pobreza, desde la concepción, puede limitar las oportunidades de desarrollo e inclusión social de las personas durante todo su ciclo vital. No obstante, la potencialidad de cambio inherente a la plasticidad neural, las diferencias individuales y las posibilidades de modificación del desarrollo autorregulatorio por intervención ambiental (i. e., familiar, escolar y comunitaria) también indican que los impactos no son iguales en todos los casos, que no hay un período crítico para el desarrollo cognitivo y las competencias de aprendizaje que

87- Shonkoff, Jack P. y Deborah A. Philips (eds.), óp. cit.

88- https://bit.ly/2Fgy46T

se limite a los primeros 1000 días, que la irreversibilidad del impacto de la pobreza no es un fenómeno que afecte a todos los niños que la padecen y que la pobreza no implica necesariamente déficit del desarrollo.

Esta propuesta —ampliar la mirada hacia los primeros 8000 días de desarrollo de los niños— representa un muy interesante desafío, sustentado en evidencias científicas muy sólidas, donde la palabra central es «plasticidad»; una suerte de llamado al optimismo sobre las posibilidades que efectivamente existen para modificar situaciones que parecen irreversibles.

Pero, además, la idea de los 8000 días amplía la importancia de la dinámica familiar para el desarrollo integral de los chicos. Cuando Lipina y Segretin hablan de «intervención ambiental» (i. e., familiar, escolar y comunitaria), nos están diciendo que, desde la perspectiva de las políticas públicas y la acción de la sociedad, tenemos que seguir con atención y afecto la evolución de los chicos, desde la niñez hasta la adolescencia. Que esos chicos/jóvenes estarán en condiciones de salir plenamente a la vida cuando hayan completado ese periplo en el que la familia los puede potenciar o anular; y que —como lo dijimos ya varias veces— nada está definitivamente dicho: la plasticidad del ser humano le permite recuperarse de los daños tempranos con una intensa dosis de amor, cercanía y atención. Si es de la familia original, mejor.

La palabra como herramienta

El inicio de la vida es un momento clave. Como ya vimos, en esa etapa crucial, las buenas relaciones con quienes nos

cuidan tienen un impacto decisivo en el desarrollo cognitivo, lingüístico, emocional, social y moral. Al nacer se experimenta un gran desamparo. Los bebés cuentan con herramientas limitadas para conectarse —aunque en otro sentido son verdaderas esponjas que absorben todas las señales que el exterior les provee—, lo que hace que dependan directamente del cuidado de otras personas.

Ese período de desamparo es, en verdad, una ventaja adaptativa de los seres humanos, porque hace posible que, en virtud de la flexibilidad que tienen nuestros complejos cerebros, estos se vayan desarrollando a partir de los insumos que les provee el medioambiente. Para ello, es necesario que las señales que se reciben durante los primeros meses de vida sean atentas, receptivas, recíprocas, y se adapten a la personalidad que despunta en cada niña o niño.

El afecto se transmite mediante caricias y abrazos, palabras respetuosas y amorosas, miradas, cercanía, y en esta relación afectuosa el juego tiene un lugar central. A través del juego, el adulto se vuelve cercano y de esa manera despierta en el bebé su alegría vital. Los bebés demandan una relación activa, con incentivos sensoriales de todo tipo: auditivos —a través de canciones—, visuales —a través del juego con objetos coloridos—, táctiles —a través de caricias—. Todo lo cual aporta una fuente de estímulos cuya función más importante es promover el buen desarrollo y maduración cerebral, y la buena adaptación al medio.

Por otro lado, cuando los bebés son recibidos en familias en las que existen buenas relaciones entre los padres, el proceso de crianza y transmisión de afecto se enriquece: el modo en el que los padres expresan su amor entre sí y hacia los hijos condiciona el modo en el que los hijos reciben ese

amor y eso influye directamente en el desarrollo de sus capacidades.[89]

El Observatorio de la Deuda Social Argentina investiga de forma sistemática en torno a estas cuestiones.[90] Y los datos que aportan las últimas encuestas dan cuenta del desafío que se debe asumir como sociedad si se pretende optimizar el funcionamiento de las familias como espacios de contención: no solo es imperioso promover las interacciones afectuosas que mejoran el desarrollo de las personas y por tanto de la comunidad, sino procurar que los beneficios estén al alcance de todos.

Sin embargo, son muchos los hogares en los que los padres no están presentes, no disponen del tiempo necesario, no saben cómo acercarse y ocuparse de sus hijos o bien carecen de las herramientas más elementales para hacerlo.

Algo tan básico como emplear la palabra como nexo y contar cuentos, por ejemplo, contribuye al intercambio afectivo mediante el juego, el diálogo, y a la par fomenta el desarrollo del lenguaje. Sin embargo, aún en aquellos hogares en los que técnicamente hay recursos para leer o contar cuentos, más del 25% de los padres no se ocupa de esto.

> Al 43,2% de los chicos/as de 0-12 años no les suelen contar cuentos ni narrar historias orales —30,4% en el grupo de 0-4 años y 50,5% en el de 5-12 años—. Es claro que a medida que los niños/as cumplen años, disminuye la probabilidad de que les cuenten cuentos. Cabe señalar que 50% de los chicos/as de 5 a 12 años no registran comportamiento lector de tex-

89- Un gesto que fortalece el vínculo con los hijos es la celebración del cumpleaños desde el primer año de vida. Lamentablemente, se trata de una actividad a la que no todos tienen acceso: el 25% de los chicos nacidos en los sectores más pobre de la sociedad no habían festejado su cumpleaños en 2015, porcentaje que es cinco veces superior al de los chicos nacidos en hogares con más recursos.

90- Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA), Universidad Católica Argentina.

> tos impresos. A los nenes de 5 a 12 años cada vez se les lee o cuenta menos cuentos y a las nenas también. Esta parece ser la tendencia que aleja a los niños/as de un recurso tan valioso y equipara a las niñas con los niños en un sentido negativo.
>
> Independientemente del sexo, el déficit se ubica en torno al 43%. Si bien la propensión a no leer ni contar cuentos se incrementa en las infancias más vulnerables, el déficit en los niños/as más aventajados es muy elevado —23,6% en el estrato medio profesional, y 32,7% en el medio alto—. Lógicamente, la brecha de desigualdad es regresiva para los niños/as más pobres, social y residencialmente segregados. Los niveles de déficit se ubican por encima de la media urbana en el conurbano bonaerense y en otras áreas metropolitanas del interior —48%—, mientras que en la ciudad de Buenos Aires la evolución ha sido positiva.[91]

Además de la manifestación de cariño que implica el hecho de leer cuentos y jugar a partir de esta actividad, la conexión con la literatura cumple una importante función en el desarrollo de los niños y niñas: la palabra es una herramienta vital, que permite ampliar el propio mundo. Sin embargo,

> … es muy elevado el porcentaje de niños/as que no tiene libros infantiles en su hogar —40,1% en 2015—; la tendencia es negativa y arroja un crecimiento de apenas 2% entre 2010-2015. El crecimiento del déficit fue mayor en las niñas que en los niños, también en los estratos medios y en otras áreas metropolitanas. […] Por cierto, las brechas de desigualdad social son muy significativas al respecto. Los niños/as en el estrato muy bajo quintuplican las chances de no tener libros infantiles en el hogar en comparación con sus pares del estrato medio alto. Y los niños/as que residen en espacios informales

91- Datos del Informe anual del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA). Encuesta de la Deuda Social Argentina (EDSA). Disponible en https://goo.gl/ZpTEvD

> triplican sus chances de no tener libros respecto de sus pares en barrios formales de nivel medio alto. Las infancias del conurbano bonaerense y otras áreas metropolitanas son las que siguen reuniendo los niveles más elevados de déficit —41,2% y 49,6%, respectivamente—.[92]

El ser humano, desde el principio de la vida, precisa la palabra. Esta es un medio de expresión de necesidades, una forma de comunicación y la herramienta que le permite pensar y adquirir conocimientos. Además, la palabra enriquece el acto de amar. Como bien dice la gran autora Ivonne Bordelois: «El amor es experiencia, gestos y, en gran medida, palabras; y cuando faltan las palabras, se esfuman la intimidad y el encanto del acontecer amoroso».[93]

Sin lenguaje no nos podemos conectar siquiera con nosotros mismos, y quedamos inermes para relacionarnos activamente. George Orwell, en su novela *1984*, imaginó esta pesadilla: un país totalitario en el que el dictador imponía un idioma que se reducía paulatinamente en cantidad de palabras, a fin de someter a la gente al limitarla en sus posibilidades de pensar y expresarse.[94]

Por ello, nos vuelve a recordar Ivonne Bordelois: «Cuando el adolescente es privado de la conciencia y el goce de la palabra […] más ataráxico, apático e indiferente se vuelve; la violencia física es entonces la expresión más común de la castración verbal».

92- *Ibidem*.

93- Bordelois, Ivonne, «Adolescencia, lenguaje y violencia», *El Arca*, n.º 60. Disponible en https://goo.gl/chuhiB

94- Como sucede en muchos aspectos de la vida, el acceso a la palabra, que cumple funciones tan trascendentes, no es igual para todos. Según estándares de medición generalizada, una persona medianamente informada utiliza alrededor de 5.000 palabras. Sin embargo, los jóvenes que han crecido en sectores más pobres de nuestra comunidad manejan menos de 400.

Las palabras nos permiten enriquecer el intelecto, porque las personas pensamos con palabras. Sin palabras la percepción del mundo y la expresión de lo que percibimos se reduce, y también nuestra posibilidad de construir sobre la base de lo que vivimos. Con palabras expresamos matices, ideas, sentimientos. Las palabras son una forma suprema de interacción, transmisoras de amor y también de lo contrario. Y de cómo se utilice este valioso recurso durante la crianza dependerá también qué posibilidades vitales tengan nuestros hijos.

Esas palabras que tienen tales méritos, y cuya carencia produce tantos resultados malignos, se adquieren en la vida familiar desde las primeras miradas y sonrisas; se van criando poco a poco en los intercambios de las sílabas iniciales; se afirman en los diálogos; se amplían gracias a las lecturas y se asientan en los diálogos que amplían el vocabulario, ayudan a descubrir la relación entre los sentimientos y las expresiones y sobre todo enriquecen el descubrimiento de los otros.

Agrega Ivonne Bordelois: «Como punto de partida fundamental, es preciso recordar que el lenguaje no es un mero instrumento de comunicación: es un cimiento solidario, una visión del mundo que nos conduce a lo más íntimo y precioso de nosotros. Aun amenazado y acorralado por los mercaderes de opio que se multiplican por el planeta, es un don y un bien inalienable que está siempre disponible y abierto a nuestra voluntad de rescate y de restitución".[95]

Pero las palabras, cada vez más escasas, son además un componente de la conversación, ese elemento tan esencial de la relación humana, que va desapareciendo a una preocupante velocidad, de la mano de la fugacidad de las relaciones y de la invasión de la tecnología comunicacional, que ha

95- https://bit.ly/2HmU6Hm

hecho que perdamos el hábito de conversar cara a cara, y que por tanto reduce nuestra posibilidad de conectarnos con las emociones de los otros.

Esta relación cara a cara dentro de la pareja y con los hijos es una herramienta insustituible para poder conectarse con las emociones del otro y de tal manera profundizar el vínculo y la posibilidad de entenderse y amarse aun más.

Sin embargo, «los padres les dan celulares a sus hijos; los chicos no dejan que los padres abandonen sus teléfonos, de modo que se refugian en los propios. Después, los padres usan esa concentración de los chicos en sus celulares como un permiso para estar con sus dispositivos todo lo que quieran»,[96] dice en su reciente libro *En defensa de la conversación. El poder del habla en la era digital* [97] la investigadora norteamericana Sherry Turkle, quien agrega que con un celular en la mesa «no hablaremos de cosas importantes, de sentimientos profundos, de nuestra intimidad, sino que conversaremos de trivialidades, de asuntos superficiales, de los que podremos desconectarnos con facilidad… el problema no es el celular o la tableta sino cómo nos afecta interiormente, cómo nos modifica y cómo cambia nuestras relaciones sociales».

Desde una perspectiva concurrente,[98] que marca la dimensión del desafío que tenemos por delante, dicen tres autores de la prestigiosa Brookings Institution:

96- Guyot, Héctor, «La conversación, un viejo hábito que se esta perdiendo», *La Nación*, 4 de noviembre de 2018.

97- Turkle, Sherry, *En defensa de la conversación. El poder de la conversación en la era digital*. Barcelona, Ático de los Libros, 2017, 493 pp.

98- Hirsh-Pasek, Kathy, Natalie Evans y Roberta Michnick Golinkoff, «Screen time for children: Good, bad, or it depends?», *Brookings*, 6 de febrero de 2019. Disponible en https://brook.gs/2VVtoca

> Hasta la fecha, la ciencia no puede decir definitivamente que hay un umbral para el uso del tiempo de pantalla, después del cual es perjudicial para los niños. Sin embargo, lo que la ciencia puede decirnos es que las interacciones cara a cara son de importancia crítica para el desarrollo y que a veces la tecnología digital se interpone. Cuando los adultos modelan los malos modales de la pantalla al atender una llamada telefónica en medio de una conversación y no les enseñan a los niños a elegir sabiamente entre las opciones de medios sociales, lo hacen bajo su propio riesgo. Nuestro trabajo como adultos es ayudar a los niños a elegir sabiamente qué programas mirar y por cuánto tiempo. Jordan Shapiro, en su nuevo libro *La nueva infancia: criar a los niños para que prosperen en un mundo conectado* sugiere que, cuando hagamos esto, necesitaremos menos vigilancia de nuestros niños y sus hábitos digitales. Podemos llegar a ser más como mentores, guiando a los niños a tomar decisiones inteligentes hasta que tengan la edad suficiente para hacerlo, al mismo tiempo que protegen su tiempo para participar en relaciones humanas cruciales y generar sus propios mundos imaginativos.

El panorama que describimos no es muy estimulante, pero, al mismo tiempo, muy desafiante. Para los más pobres, la carencia de palabras es una privación de herramientas para poder expresar plenamente sus sentimientos.

Para quienes no son pobres y pueden tener acceso a mejores materiales educativos en casa o en la escuela, los diálogos limitados por la ausencia paterna restringen el acercamiento.

Y a todos nos afecta la invasión tecnológica, que se ha convertido en una barrera a la conexión de los sentimientos, y ha pasado a formar parte de una verdadera revolución cultural de la que es difícil escapar porque se ha convertido en el escenario en el que vivimos y por el que somos aceptados.

No significa ello que dejar el celular o la tableta pueda implicar que habremos de generar amor y comprensión allí donde no existen; pero sí que las posibilidades de conocerse o de resolver los problemas propios de la relación se reducen francamente cuando las palabras no están o no alcanzan por todas estas limitaciones.

«Conversar es sintonizar con la frecuencia del otro»,[99] dice Héctor Guyot en el artículo citado. Esa sintonía es vital para sostener la pareja y es uno de los grandes desafíos que tenemos hoy día en nuestra preocupación por el funcionamiento líquido de las familias y los efectos sobre sus miembros.



100

99- Guyot, Héctor, óp.cit

100- Tutelandia, de Tute, publicado en-*La Nació*n el 5 de noviembre de 2018.

El apego: por qué somos lo que somos

El apego es un vínculo específico y especial que se da entre la madre o cuidador primario y el hijo: es el lazo afectivo que se desarrolla entre el niño y su figura materna. Se trata de una relación emocional perdurable que produce seguridad, sosiego, consuelo, agrado y placer, ayuda a superar las angustias y ofrece el andamiaje funcional para todas las relaciones subsecuentes que el niño desarrollará en su vida.[101]

Los niños, desde chiquitos, interactúan con sus padres de diversas formas buscando llamar su atención, a fin de sentirse mirados y queridos: la succión, las sonrisas reflejas, el balbuceo y el llanto son mecanismos de interacción que los hacen sentirse bien cuando son atendidos, y muestran su alegría o su miedo ante la posibilidad de separación o desatención.[102]

Los niños que son protegidos por sus padres pueden regular las emociones negativas, hacerle frente al estrés y conectarse positivamente. Las relaciones sólidas con el cuidador primario tienen una alta probabilidad de crear relaciones saludables con otras personas, mientras que un apego pobre se asocia con problemas emocionales y conductuales a lo largo de la vida.

Investigadores científicos y académicos han abordado estos temas en numerosos estudios. A continuación, algunos de los resultados.

101- Hernández G., Eduardo, «El apego: el vínculo especial madre-hijo», en *Psicología-Online*. Disponible en https://goo.gl/u6ZP2G

102- Existe evidencia de que es altamente posible la transmisión intergeneracional de los modelos de apego. Lo que quiere decir que los padres que han tenido un apego seguro tienden a repetir ese modelo con sus hijos; y lo mismo sucede con quienes han sido rechazados o ignorados. No obstante, hay eventos de la vida que pueden ayudar a reelaborar los antecedentes, como por ejemplo tener una buena relación de pareja y por tanto romper un ciclo negativo en la transmisión de los afectos.

Habilidades que nos determinan

Varios estudios recientes, inspirados en el trabajo central de John Bowlby, refuerzan la importancia de prestar atención a la teoría que promueve el apego.[103]

Una investigación llevada a cabo en el nivel preescolar de escuelas de Minnesota, por ejemplo, llegó a la conclusión de que

> … los alumnos que tenían una historia de apegos/vínculos seguros, que habían tenido una relación dinámica con sus padres, de ida y vuelta, de respuestas afectuosas, tenían también una autoestima más alta, eran más autosuficientes, mejores en la gestión de los impulsos, y se recuperaban más fácilmente de eventos negativos. […] En contraste, los niños con historias de apegos ansiosos e inseguros: a) tendieron a estar siempre cerca de los maestros; b) se convirtieron fácilmente en frustrados; c) fueron más propensos a ser vistos como «dependiente» por observadores externos; d) fueron menos competentes y pacientes con los rompecabezas y otros desafíos cognitivos. Y los niños con apegos indiferentes: a) tendían a ser apáticos hacia otros niños; b) no pedían ayuda a un adulto cuando estaban estresados; c) eran «a menudo autoaislados». Además, estos últimos grupos mostraron tasas más altas de ansiedad y depresión en la adolescencia.[104]

El apego temprano se relaciona significativamente con el éxito posterior: un caso en el que la dependencia construye independencia. Cuando los chicos han sentido cerca una presencia en la que han podido confiar, que les ha dado

103- Bowlby, John, *El vínculo afectivo*. Buenos Aires, Paidós, 1976.

104- Rodríguez, Edward y Richard Reeves, «Apego parental y desarrollo infantil», *Social Mobility Memos*, Brookings Institution, 2015.

seguridad, son capaces de construir una personalidad más autónoma.[105]

Pero tan importante como el entorno familiar es el entorno educativo, la actitud y la forma de mirar de los docentes.

> Cuando los maestros aprenden a hacer modestos esfuerzos para desarrollar una conexión personal con sus estudiantes —de manera tal que los estudiantes se sientan reconocidos— pueden mejorar dramáticamente su motivación en la escuela, así como el funcionamiento emocional fuera de ella. [106]

Esto tiene tanta importancia como la educación que se recibe en los primeros años: no solo cuenta el incremento de los conocimientos formales, sino la promoción del buen desempeño en las relaciones y el manejo del propio carácter. Me refiero a lo que se llama habilidades no cognitivas, lo que incluye la persistencia, el autocontrol, la curiosidad, la conciencia, la confianza en uno mismo, la memoria, la atención, la planificación, la madurez emocional, la empatía.[107]

Estas capacidades no se pueden medir fácilmente, por lo que no resulta simple detectar su presencia o promover su desarrollo. Pero aquellos que las desenvuelven tienen más probabilidades de avanzar a su vez en las habilidades cognitivas, lo que no se da necesariamente al revés. Estas habilidades están ligadas a los rasgos de la personalidad, y marcan la diferencia en el proceso de aceptar y procesar las

105- En diversas investigaciones se ha comprobado que los niños cuyos padres están frecuentemente ausentes tienen menos simpatías y gozan de relaciones menos satisfactorias con sus compañeros, al tiempo que presentan un menor desarrollo cognitivo respecto de los niños que gozan de la presencia regular y estable del padre.

106- Pianta, R., B. Hamre y J. Allen, «Teacher-student relationships and engagement: Conceptualizing, measuring, and improving the capacity of classroom interactions», Disponible en: https://bit.ly/2JeiCw1

107- Tough, Paul, óp. cit.

experiencias, administrar bien las relaciones, afrontar desafíos, resolver conflictos, sostener rutinas, aceptar fracasos y tener la fuerza necesaria para superarlos. Y a medida que los desafíos se complican, estas habilidades se van modificando.

En un mundo cada vez más complejo, la capacidad «no cognitiva» de adaptación a nuevas situaciones tiene un valor inestimable. De hecho, en los exámenes de aptitud para el ingreso a múltiples trabajos, esta habilidad es uno de los elementos que se toman en cuenta; y esto será así cada día más.

El avance de las nuevas tecnologías, la inteligencia artificial y los nuevos modos de relación ponen más énfasis en estas habilidades que en los conocimientos tradicionales:

> Las habilidades cognitivas pueden ayudar a los individuos a elegir ocupaciones con tareas más complejas, que impliquen procesar más información, tomar decisiones difíciles, planear secuencias de acciones que lleven a un producto o servicio de mayor calidad, o idear soluciones ante nuevos desafíos. Todos estos aspectos vuelven al trabajador más productivo, y deberían conducir a retribuciones monetarias —salarios— o no monetarias —mayor estabilidad, o mejor ambiente laboral— que hablen de una mejor calidad de la ocupación elegida.
>
> En cuanto a las habilidades no cognitivas, trabajadores con mayor desarrollo socioemocional son capaces de mostrar conductas más previsibles y armónicas con compañeros, subalternos y jefes —empatía y cooperación—, faltar menos al trabajo —responsabilidad o diligencia—, tardar menos en encontrar un trabajo luego de caer en el desempleo —resiliencia—, entre otras razones que se asocian con mayor éxito en el mundo laboral. Además, tanto las habilidades cognitivas como las socioemocionales pueden afectar el éxito en el trabajo a través de su influencia en la decisión de invertir en educa-

> ción, ya que, a su vez, una mejor educación está generalmente asociada con mejores condiciones laborales.[108]

Según el premio Nobel James Heckman, quien ha dedicado buena parte de su vida a investigar sobre este tema, el desarrollo de las habilidades no cognitivas en los primeros años de vida define el desarrollo laboral futuro. Y en este caso, la formación tardía encaminada a mejorar los resultados no es efectiva: lo que sucede en la infancia es determinante.

Dice Heckman:

> Los niños que obtienen un mayor desarrollo temprano van a absorber muchos más conocimientos en el futuro gracias a esa dinámica inicial. En cambio, los niños con problemas emocionales severos en la infancia tienen una capacidad mucho menor de adquisición de nuevos conocimientos.
>
> Los programas de formación laboral dirigidos a quienes han abandonado los estudios son altamente inefectivos. Pasada una cierta edad, el déficit acumulado en la motivación y capacidad de aprendizaje son un obstáculo insalvable.[109]

Otro autor que se ha dedicado intensamente a estos asuntos, Paul Tough, ha puesto el foco en experiencias concretas tomadas de escuelas pobres en los EE. UU., y dice al respecto:

> La parte del cerebro más afectada por el estrés temprano es la corteza prefrontal, que es fundamental en las actividades de autorregulación de todo tipo, tanto emocionales como cognitivas. Como resultado, a los niños que crecen en ambientes

108- «Más habilidades para el trabajo y la vida: Los aportes de la familia, la escuela, el entorno y el mundo laboral». RED 2016-CAF, p. 45.

109- Fernández, Abel, «Heckman y las habilidades no cognitivas en la educación», *Sintetia*. Disponible en: https://goo.gl/H3zoTV

> estresantes les resulta más difícil concentrarse, quedarse quietos, recuperarse de las decepciones y seguir instrucciones. Y eso tiene un efecto directo sobre su desempeño en la escuela.
>
> Las fortalezas de carácter que importan tanto para el éxito de los jóvenes no son innatas; no aparecen en nosotros por arte de magia, como resultado de la buena suerte o buenos genes. Y no son simplemente una elección. Ellas tienen sus raíces en la química del cerebro, y se moldean, en formas medibles y predecibles, por el entorno en el que los niños crecen. […] El hijo de una supermamá que recibe gran cantidad de tutoría adicional y un soporte uno a uno va a desarrollarse mucho mejor que un niño que recibe un amor promedio […] una buena crianza regular puede hacer una gran diferencia para las perspectivas de futuro.[110]

Si bien Tough ha trabajado especialmente sobre casos de niños y jóvenes criados en espacios carenciados, también ha analizado los problemas de quienes viven en ámbitos más acomodados, pero sufren de depresión y adicciones. En tales casos, la ventaja radica en la familia, en los recursos, y en el hecho de que tienen una red de seguridad social que los ayuda cuando pierden el norte. La mayoría de los niños de bajos ingresos, en cambio, no.

No cabe duda de que el conocimiento formal es importante. Sin embargo, ignorar las otras dimensiones de la formación para la vida hace que el aprendizaje enciclopédico pierda fuerza a la hora de posibilitar una vida mejor. Además, la falta de madurez emocional, de empatía, de aptitud para comunicar, dificulta la resolución de los conflictos cotidianos, entre los que se cuentan los asociados a la vida afectiva.

110- Tough, Paul, óp. cit.

Afecto, estrés y desarrollo cerebral

La otra línea de investigación en torno a estos temas trata la química cerebral y su impacto sobre el comportamiento.[111] Los trabajos de Martha Farah, Gary Evans y Michelle Schamberg han hecho aportes notables para entender los vínculos entre los niveles de violencia e inestabilidad y el desarrollo cerebral de los niños.[112]

Sus experiencias han demostrado que cuando los niños son expuestos a situaciones constantes de estrés, el resultado abarca desde una reducción en las capacidades básicas de la memoria hasta un desarrollo limitado de ciertas zonas del cerebro que son esenciales para la comprensión y el lenguaje. Y esto se da aunque los niños no hayan padecido déficit nutricional, algo que sucede en los sectores acomodados, en los que la carencia básica no es alimenticia sino afectiva.

En una descripción conmovedora, basada en una investigación de más de 4.500 casos, Farah explica cómo la secreción desordenada de cortisol, la llamada «hormona del estrés», hace que los chicos tengan subdesarrolladas sus habilidades del lenguaje, dificultades para recordar y resistir la atracción de estímulos inmediatos para maximizar beneficios de largo plazo. Estas limitaciones impactarán luego en el rendimiento escolar y seguirán reduciendo la posibilidad de que ese niño se convierta en un adulto que pueda materializar un proyecto de vida plena.

El estrés proviene de múltiples causas, pero, sobre todo, se genera por la sensación de que se lleva una vida

111- Amadeo, Eduardo, óp. cit., p. 98.

112- Hackman, Daniel A. y Martha J. Farah, *Socioeconomic status and the developing brain*. Pennsylvania, Center for Cognitive Neuroscience, 2009.

impredecible sobre la que no se tiene control, debido a razones como un ámbito familiar violento, inseguro económicamente o emocionalmente inestable. La contención maternal neutraliza el efecto del estrés y reduce sensiblemente el deterioro. Pero las madres, en especial las más pobres, muchas veces están a cargo del hogar sin el apoyo económico o afectivo de un padre, lo que les deja poco tiempo para contener a sus hijos.

Tanto el apego con los cuidadores primarios como los vínculos que el niño o niña establece con otros adultos, hermanos y compañeros son el cimiento sobre el cual se despliega el desarrollo cognitivo, lingüístico, emocional y moral. Las interacciones sociales tempranas sirven como vehículo esencial para que los niños aprendan cómo sus acciones provocan respuestas de otros, cómo explorar su ambiente con confianza y cómo experimentar y manejar pensamientos y sentimientos.

> Sea que la carga provenga de las dificultades de la pobreza, los retos del abuso de sustancias o la enfermedad de los padres, las tensiones de la guerra, las amenazas de violencia o negligencia crónica, o una combinación de esos factores, el hallazgo más común es que los niños que terminan construyendo bien su vida han tenido al menos una relación estable y comprometida con un padre, cuidador u otro adulto.[113]

Las relaciones positivas son herramientas para el desarrollo personal. Proporcionan un ámbito de energía, buenos modelos y una retroalimentación constructiva para el crecimiento físico, intelectual y social. «Las relaciones son la tierra en la que crecen las capacidades para el aprendizaje

113- «Supportive relationships and active skill-building strengthen the foundations of resilience», Working Paper 13. National Scientifc Council on the Developing Child, 2015. Cambridge, Center on the Developing Child at Harvard University. Disponible en www.developingchild.harvard.edu.

socioemocional».[114] En este sentido, ninguna sociedad puede sostenerse por largo tiempo a menos que sus miembros hayan aprendido las sensibilidades, motivaciones y habilidades involucradas en el cuidado de otros seres humanos.

El afecto es imprescindible para el desarrollo vital, y es también lo que cura la falta de afecto: en cualquier ámbito de socialización —como la escuela— se puede encontrar un vínculo de amor que sea reparador y funcione como estímulo compensatorio. La posibilidad de mantener relaciones afectivas estables es, entonces, central para el desarrollo humano sano y, por lo tanto, promoverlas debe ser un objetivo primordial de la intervención pública y social.

114- Jones, S. M. y S. M. Bouffard, «Social and emotional learning in schools: from programs to strategies. Social Policy Report», n.º 26, 2012, pp. 3-22. Disponible en https://www.srcd.org/

CAPÍTULO III

La paternidad-maternidad temprana

Tener un hijo puede no ser un acontecimiento positivo. En los casos en que se asume una paternidad temprana y no deseada, la llegada de un hijo es, muchas veces, un hecho disruptivo del proyecto de vida de los padres, y tiene consecuencias negativas para el hijo mismo, que puede percibir desde el vientre materno esa condición originaria.

Esta cuestión excede el tema del aborto, ya que «no deseado» no significa necesariamente que las parejas intentasen abortar —aunque un porcentaje lo haga—. Tiene que ver con la inserción del embarazo en un plan de vida, en un momento y condiciones concretos. Se trata de hijos que llegan «demasiado temprano», cuando sus padres no están aún en condiciones materiales ni afectivas de criarlos.

La edad promedio en la que se dan este tipo de situaciones es 16,6 años, y en un 20% de los casos se trata de madres adolescentes que pronto volverán a tener más hijos. La mayoría de ellas no quiere quedar embarazada nuevamente o prefiere esperar y, sin embargo, no pueden o no saben cómo acudir en busca de ayuda para prevenir un segundo embarazo.

Veamos entonces con más detalle la información acerca de los hechos, las causas y los efectos de este fenómeno que va asumiendo características epidémicas.

Los padres no deseados

Según la doctora Isabel Sawhill, experta en el tema, aproximadamente la mitad del total de embarazos que se contabilizan en los EE. UU. son no deseados, y la mayoría de los casos —al igual que en los países menos desarrollados— se dan entre las mujeres de las minorías menos educadas y más pobres.[115] En consecuencia, dice Sawhill, «está surgiendo en los EE. UU. una nueva clase social: la de los hijos no deseados de madres adolescentes pobres y no casadas»;[116] lo que funciona a la vez como una causa de inequidad y de freno a la movilidad social.

El uso del concepto «clase social» no es casual: habla de que esas condiciones originarias generan restricciones materiales que marcan y condicionan por el resto de la vida. Porque son pobres tienen menos posibilidades de contar con los recursos materiales que les permitirían superar los problemas que suele generar el embarazo temprano en un marco de debilidad familiar.

Y en la Argentina se repite esta tendencia: el 55% de los embarazos no son deseados, y el 48% de las adolescentes que dan a luz no buscaron ese embarazo. No obstante, cerca de dos tercios manifiesta no haber utilizado un método anticonceptivo en el momento de quedar embarazada, a pesar de que no deseaba tener un hijo.[117]

115- Sawhill, Isabel y Venator, Joanna, «Improving children's life chances through better family planning», in *Brookings*, n.° 55, enero de 2015.

116- Sawhill, Isabel, *Generation unbound*. Washington, Brookings Institution Press, 2014.

117- Informe: «Sexualidades y vida reproductiva». Iniciativa 10x10, Unicef, Instituto Gino Germani, Fundación Huésped, 2015.

> En la Argentina, donde la fecundidad total es relativamente baja —aproximadamente 2,2 según datos del Banco Mundial—, la tasa de fecundidad adolescente es desproporcionadamente alta y no ha descendido de la misma manera que la de las adultas —la tasa de fecundidad indica el número de nacidos vivos por cada grupo de 1.000 mujeres de determinada edad durante un año determinado. Según estimaciones de la CEPAL, la tasa de fecundidad adolescente de la Argentina muestra valores por encima de los observados en países como Haití, Costa Rica y Paraguay. De manera similar a lo que ocurre con la mortalidad materna, en el marco de la región, la situación de la Argentina es peor a la esperable, en especial cuando se consideran indicadores de nivel de desarrollo como el Producto Bruto Interno (PBI), el ingreso per cápita, y los niveles de pobreza, entre otros.[118]

Pero al mismo tiempo el dato preocupante es que algo más de un tercio de las adolescentes que dan a luz «quería» tener un hijo. La proporción de jóvenes que expresa haber «querido embarazarse» es mayor entre las que no están estudiando y entre las que conviven con sus parejas. Y, en un porcentaje significativo de los casos, se trata de chicas que vuelven a quedar embarazadas, no necesariamente de la misma pareja. Al menos en un 40% de los casos, el segundo embarazo es de una nueva pareja, lo que significa que casi la mitad de los primeros hijos crecerán con otro padre y hermanos de la nueva relación.

En cuanto a las condiciones socioeconómicas en las que se dan esos embarazos, la siguiente descripción es ilustrativa:

> La falta de oportunidades para el desarrollo personal, la pobreza, la desigualdad y la violencia, así como las dificultades

118- Brizuela, Vanessa, Edgardo Ábalos, Silvina Ramos y Mariano Romero, «El embarazo en la adolescencia», *Ossyr*, publicación del Observatorio de Salud Sexual y reproductiva, diciembre de 2014. Disponible en https://goo.gl/KDoWTK

> de acceso a los métodos anticonceptivos —incluyendo información y acceso a la atención de calidad— y la incapacidad del sistema educativo para retener a los alumnos/as actúan como determinantes sociales del embarazo en la adolescencia en nuestro país. La maternidad adolescente se presenta en contextos socioeconómicos con alta desigualdad: 7 de 10 madres jóvenes pertenecen a hogares con menores ingresos.[119]
>
> Pero no es la maternidad en la adolescencia lo que provoca la pobreza; es más probable que los/las jóvenes en situación de pobreza y vulnerabilidad tengan hijos/as a edades más tempranas. Esta situación podría reflejar la desigualdad en las relaciones de género y en la sexualidad, en los roles esperados para mujeres y varones y en las oportunidades de desarrollo personal. […] Las estadísticas demuestran, además, que a más nivel de escolaridad, hay más probabilidad de postergar el matrimonio y la maternidad, lo que trae aparejadas mejores oportunidades laborales y económicas para las familias. Se estima que cuando las adolescentes reciben al menos 7 años de educación postergarán el matrimonio 4 años y que, a más cantidad de años de escolarización, se obtienen mejores resultados en salud neonatal e infantil.[120]

Para revertir esto, la educación debería tener un papel decisivo. Sin embargo, en buena parte de los casos, cuando estas situaciones se presentan ya es demasiado tarde y aceleran el proceso de abandono de la escuela y, por tanto, de pérdida de las posibilidades de construir un proyecto de vida:

- Más de la mitad de las adolescentes madres ya han abandonado la escuela antes del embarazo.
- El 35% de las madres adolescentes no estudiaba ni trabajaba en el momento de quedar embarazada.

119- *Ibidem*.

120- *Ibidem*.

- La mayoría de las adolescentes deja la escuela en el momento de conocer la noticia del embarazo o en un corto lapso de tiempo.
- Solo 4 de cada 10 de las adolescentes que están estudiando al quedar embarazadas continúan con el ciclo lectivo.
- Algo más de un cuarto de las que estaban asistiendo a la escuela en el momento del embarazo continúa estudiando hasta el séptimo mes o hasta el final del embarazo.
- Solo un 13,5% de las adolescentes madres termina el secundario y continúa estudiando.[121]

Confirmando lo anterior, un trabajo del Instituto CEDLAS analizó en las provincias con más detalle si el tiempo pasado en la escuela incidía o no en el embarazo temprano, tomando como referencia el hecho de que la Ley Federal de Educación extendió la escolarización obligatoria de 7 a 10 años.Los resultados obtenidos por esta investigación confirman que la permanencia en la escuela ayuda a reducir la maternidad adolescente:

> … la reforma educativa de 1993 se asocia con una reducción en el número de hijos de aproximadamente 2,9 cada mil adolescentes de 15 a 19 años de edad. […] Efecto derivado de las mejores herramientas que la educación brinda a los jóvenes para una práctica responsable de su sexualidad, [en tanto] la educación sexual integra al currículo escolar el aprendizaje acerca de los diferentes métodos anticonceptivos.[122]

La educación, en este sentido, surte dos efectos. El primero es que permite a las jóvenes sentir que están cons-

121- *Ibidem*.

122- Velázquez, Cecilia, *El Impacto de la Ley Federal de Educación Argentina sobre la fecundidad adolescente*. La Plata, CEDLAS, Documento de Trabajo n.° 179, 2015.

truyendo un proyecto de vida que tiene para ellos una proyección que podría interrumpirse si deben hacerse cargo de las responsabilidades de la maternidad; y un efecto indirecto, ya que mejora la capacidad de los jóvenes de buscar y procesar información, en particular en lo referente a la anticoncepción. Así, permanecer más tiempo en la escuela, recibir información adecuada sobre salud sexual y reproductiva y métodos anticonceptivos es una herramienta vital para reducir el riesgo de embarazo temprano, en especial entre las jóvenes provenientes de ámbitos sociales muy pobres, en los que existe un mayor porcentaje de casos.

Una circunstancia que agrava el panorama es que solo el 27% de las madres adolescentes —a diferencia del 53% de las adolescentes no madres— tiene algún tipo de cobertura de salud, y la mitad habita casas precarias —cifra que ronda el 25% en la población general—. De manera que deben afrontar los riesgos naturales de su condición de madres precoces con las restricciones del sistema público de salud, y criar a sus hijos en un hábitat de enormes carencias, lo que termina de cerrar el círculo perverso de empobrecimiento.

En cuanto al trabajo, casi el 30% de las adolescentes que trabajaba en el momento de quedar embarazada —algo menos de la mitad del total— dejó de hacerlo inmediatamente; y una de cada cuatro trabajó durante todo el embarazo. De modo que, en un alto porcentaje, estas madres dependen para subsistir de la ayuda familiar.

El apoyo de la familia es importante en los primeros tiempos, y en este sentido las encuestas señalan que en el 70% de los casos la actitud de la familia frente al embarazo de la adolescente es positiva. No obstante, el hijo que llega en tales circunstancias se encuentra con un padre y una madre que no están preparados para recibirlo, y deben tratar de organizar su vida asumiendo la responsabilidad de quererlo

y cuidarlo con escasos recursos afectivos y económicos. Algunos tienen éxito. Pero la vida a partir de ese momento cambia drásticamente. A lo que se suma el hecho de que contar con un hogar propio es complejo. Y en un alto porcentaje de casos, estas parejas se rompen.

Un estudio reciente publicado en los EE. UU., realizado sobre un total de 11.000 casos, demostró que la llegada de un hijo no esperado se relaciona directamente con conflictos en la pareja, en un porcentaje que es casi un 50% mayor que en los casos de embarazos planeados; y que se da un aumento significativo en el porcentaje de depresiones posteriores al parto. El estudio confirma, para un número muy significativo de casos, que el hijo no esperado, antes que un factor de consolidación de la pareja, conduce a la ruptura, y la principal víctima es el propio hijo.[123]

El aumento de embarazos adolescentes en mujeres pobres es también una de las causas de lo que se ha dado en llamar la «infantilización de la pobreza». En muchos casos, las adolescentes pobres que tienen hijos quedan solas al poco tiempo de parir, y deben criarlos con escasos recursos. De modo que esos hijos pasan pronto a formar parte del creciente grupo de niños pobres,[124] que probablemente tendrán deficiencias alimentarias que condicionarán aún más su futuro.[125]

123- «Unplanned pregnancy and family turmoil», The national campaign to prevent teen and unplanned pregnancy, abril de 2008. Disponible en https://goo.gl/9ZmgkU

124- Un estudio reciente de Cippec, que actualiza las cifras que conocíamos, muestra que una de las características más preocupantes de la pobreza es: en el 2º semestre de 2014, 21,6% de los infantes eran pobres y 9,2% indigentes; frente a 12,9% y 5,5% de la población general, si se mide con las líneas de U$4 y U$2,5 al día. Ello es porque los ingresos son menores para las personas que viven con sus hijos.

125- En 2011, todavía el 46% de los niños no recibía lactancia materna exclusiva en sus primeros 6 meses, a pesar de estar ampliamente recomendada. Además, el documento de Cippec afirma que para 2014 el 10,5% de los niños de 2 a 5 años tenía déficit simultáneo en el consumo de frutas, verduras y lácteos, y más de la mitad consumía inadecuada o

Mientras los hogares de clase media y alta reducen cada vez más la cantidad de hijos que tienen —de 2,5 hijos a 2,2 hijos por hogar en los últimos 10 años—, en los hogares más pobres el número se mantiene. De modo que las familias que gozan de mayores ingresos redujeron tres veces más su tamaño promedio que las familias más pobres. Y si es cierto que para reducir la pobreza es necesario que se reduzca la natalidad en los hogares más pobres, la perspectiva es cada vez más difícil.

Sobre las libertades y los riesgos

Un fenómeno extendido, de raíces culturales, es el de las nuevas pautas de comportamiento sexual, en virtud de las cuales los jóvenes tienen sus primeras relaciones cada vez más temprano.[126] En 2014, casi el 60% de los adolescentes de entre 13 y 15 años había tenido su primera relación sexual antes de los 14 años, siendo esto mucho más frecuente en varones —66%— que en mujeres —48%—. Entre 2005 y 2012 hubo un 7% más de jóvenes que se iniciaron entre los 13 y los 15 años.

Este inicio cada vez más temprano de la vida sexual impacta en las cifras de fecundidad arriba descritas, con todo lo que eso significa:

insuficientemente verduras, frutas o pastas y arroz. Por su parte, también las madres gestantes sufren deficiencias dietarias reducibles: en 2005, 30,5% sufría anemia. […] Se ha vuelto más usual la obesidad infantil —en 2005, afectaba al 10,4% de los niños de entre 6 meses y 5 años— y todavía hay casos de acortamiento, desnutrición aguda o bajo peso en la primera infancia.

126- Informe: «Sexualidades y vida reproductiva», óp. cit.

> Un embarazo ajeno a todos los planes personales es una situación límite. […] Embarazos sostenidos involuntariamente implican el nacimiento de un hijo incómodo que nadie quiere o puede sostener emocionalmente. Gana la vida, sí, pero la ausencia de un deseo que funcione como cuna simbólica previa al nacimiento deja marcas. La maternidad es un proceso psicoafectivo que exige presencia y energía física y emocional. Hay que estar dispuesto. […] Y para las adolescentes, un hijo, en general, significa sentirse arrancadas de su tiempo e instaladas en el futuro, salto que tiene un precio alto que tarde o temprano pagan todos.[127]

A la mayor libertad que incentivan las pautas culturales se agrega la expansión en el consumo de sustancias psicoactivas que reducen las inhibiciones y agregan así un factor más de riesgo que aumenta las posibilidades del embarazo adolescente no deseado.[128] El aumento de la ingesta de alcohol —principalmente de cerveza, que dobló su nivel de consumo en 15 años—, se combina con los mensajes publicitarios y culturales que promueven la tolerancia social. En un proceso que se viene desarrollando desde hace unos 30 años, vemos un aumento sostenido en la edad de inicio de este consumo: los varones comienzan a beber a los 13 años, y las mujeres, a los 14.

Pero no se trata solo de comenzar a beber más temprano. Se trata de consumir en exceso, sin límites, como parte de rutinas que se relacionan con la aceptación social e impactan en otras conductas de riesgo. Así, por ejemplo, en la encuesta del proyecto 10x10, los jóvenes reconocen que la influencia del alcohol interfiere en la posibilidad de per-

127- De Biase, Tesy, «Alcohol, drogas y sexo: una combinación frecuente y peligrosa en la adolescencia», *La Nación*, 28 de abril de 2012. Disponible en https://goo.gl/mKYYtF

128- Para profundizar en este tema se pueden consultar los trabajos del Dr. Hugo Míguez en su página de Internet: miguezhugo.com.ar

cibirse en peligro y de tal modo implementar una conducta preventiva en el momento de tener relaciones sexuales.[129]

Cuando hablo de consumir en exceso, no exagero. En el conurbano bonaerense, el 23% de los jóvenes de 15 a 17 años —o sea, varias decenas de miles— abusan del alcohol, reconociendo que se han emborrachado al menos una vez en el último mes —con al menos 2 litros de cerveza y 1 litro de vino—, con pocas diferencias entre varones y mujeres. Lo que se combina con falta de contención y prevención a causa de padres ausentes, que no están allí para escuchar, acompañar y aconsejar.

El Dr. Míguez, un estudioso del campo de las adicciones en la juventud, dice respecto del impacto del alcohol:

> Los ámbitos de diversión y esparcimiento juveniles son espacios de disputa territorial donde se definen reglas estrictas para la competencia. El aislamiento, la humillación o el ridículo castigan un mal desempeño social. Los jóvenes deben calificar para ingresar a un lugar de baile por su aspecto y vestuario y, además, deberán responder cuando logren entrar a un guion social sobre lo que debe hacerse, con quién y durante cuánto tiempo. […] Las propiedades del alcohol son una alternativa para el arreglo cosmético del estado de ánimo, la percepción o el comportamiento de acuerdo con la demanda del lugar. Esta forma de control social domestica entonces la conducta espontánea frente al ambiente y facilita soterrar la emocionalidad que naturalmente devendría de una situación de esta clase.[130]

Consumir alcohol asegura pertenecer. Tener actividad sexual temprana también. La combinación de ambos, sin saber cómo funciona el propio cuerpo o sin contar con

129- «Situación de los niños, niñas y adolescentes con VIH en la Argentina». Informe Unicef, 2011.

130- Míguez, Hugo, «Alcohol y sociedad líquida», *Crepúsculo*, n.° 6.

recursos preventivos, y la falta de ámbitos de reflexión y contención, se conectan directamente con la posibilidad de embarazarse tempranamente. A esto se suma la sensación de «inmunidad» y la propensión al riesgo como característica juvenil. Asimismo, cierta pasividad en cuanto a asumir que el embarazo es algo que simplemente «pasa», que «viene solo», lo que habla de un desconocimiento profundo de las implicancias que tiene el embarazo y el hecho de tener que criar a un hijo.

La pregunta es, entonces, en un marco caracterizado por la falta de elementos culturales, educativos, ambientales y afectivos de contención, y donde otros factores como la sexualidad temprana y los consumos adictivos bajan los frenos y dificultan tomar decisiones, ¿qué lugar ocupa el embarazo en el proyecto de vida?

Según los informes antes citados, las motivaciones entre las adolescentes más pobres que asumen la responsabilidad de un embarazo son bien complejas y se conectan con la necesidad de construir una identidad y encontrar en quién o cómo tener «un lugar en el mundo», que no encuentran en otras dimensiones de la vida:

- Tener un objeto de afecto.
- Lograr respeto social cumpliendo con el mandato de la maternidad.
- Intentar escapar a situaciones conflictivas en el hogar.
- Tener hijos propios para no seguir cuidando a los hermanos.
- Obtener protección o apoyo económico de un varón.
- Superar la soledad tras la muerte de un ser querido.

- Reponerse tras la pérdida espontánea de un embarazo o por aborto provocado.

Estas razones funcionan como una suerte de escape de un presente incompleto o agresivo, en el que el hijo aparece como un refugio u objeto de un afecto que no tiene otro depositario. El hijo se constituye así en el medio por el que se cubren carencias, probablemente porque los ámbitos cercanos son débiles o no cuentan con las herramientas necesarias para promover en las jóvenes la búsqueda de sentido.

Y en relación con lo dicho cobra sentido la frase «el mejor anticonceptivo es tener un proyecto de vida». Porque un proyecto de vida implica fijarse metas, invertir tiempo en ellas, resignar ciertas actividades para consagrarse a otras. Cuando se tiene conciencia de esto, es posible a su vez tener conciencia de la necesidad de cuidarse, por ejemplo, de llegar al embarazo no deseado. Pero no se trata solo de voluntad. Para esto también hace falta apoyo humano, y no todos tienen las mismas posibilidades.

El hecho de no contar con la protección y guía afectiva de los padres aumenta la probabilidad de asumir las conductas riesgosas que ya mencionamos, como iniciarse demasiado temprano sexualmente y no usar protección. En la medida en que los jóvenes están más solos, la tendencia a asumir conductas de riesgo aumenta. Por ello, la importancia de la familia y la sociedad como espacios de diálogo y contención. Estar cerca, escuchar y aconsejar sin duda ayuda a reflexionar y a no tomar decisiones —o dejarse llevar por circunstancias— de las que no hay retorno.

La «capacidad» de cuidarse

A los factores que mencionamos en el acápite anterior; y que están detrás del aumento de los embarazos adolescentes no deseados, se suma el limitado conocimiento (y uso) acerca de los métodos anticonceptivos.

La información oficial acerca del uso de métodos anticonceptivos (MAC) para prevenir el embarazo señala que prácticamente todas las adolescentes conocen al menos un método anticonceptivo. No obstante, el 10% de las mujeres y el 13% de los varones aseguran no haber usado ningún método en la primera relación. Y con respecto al uso habitual de los métodos, los resultados no son más alentadores:

> Se preguntó a las madres de 14 a 19 años que no habían buscado el embarazo con qué frecuencia utilizaban anticonceptivos durante sus relaciones sexuales en esa época. Solo 17% indicó que siempre se cuidaba para la época en que tuvo su primer embarazo, mientras que el 36% reconoció que rara vez utilizaba algún método. El preservativo es el método más usado.
>
> Dentro de la población que utiliza actualmente algún MAC, los varones de 15 a 19 años son los que más utilizan el preservativo —90%—; entre las mujeres, el 66% afirman usar preservativos y el 36% pastillas. El porcentaje de uso del preservativo en 2016 fue del 61% —levemente inferior a la misma indagación en 2005—, con un porcentaje algo mayor en 13 a 16 años, varones y clase media.
>
> En Capital Federal y el conurbano el uso de métodos anticonceptivos alcanza el 66%; en NOA, el 51%, dato que se relaciona directamente con las diferencias en la fertilidad adolescente entre las diversas regiones del país. Pero, además de no ser usado en el 100% de los casos —dejando una cifra que va entre el 50% y el 34% librado al azar—, los anticoncepti-

> vos no son perfectos; y por tanto el método que se use tendrá una relación directa con la efectividad.[131]

En los EE. UU., un reciente informe desarrollado a partir de un intenso trabajo sobre el tema asegura que, si bien las altas tasas de embarazos no planificados sorprenden dada la disponibilidad de métodos anticonceptivos, el problema es que la mayoría no usa la anticoncepción de manera coherente.

> Los condones, una opción anticonceptiva popular entre adultos jóvenes solteros, tienen tasas de fracaso especialmente altas. Entre los usuarios típicos, el 63 % habrá experimentado un embarazo al final de cinco años —el 40% tendrá un aborto—. Los anticonceptivos reversibles de larga duración —conocidos en el campo como LARC e incluyendo implantes y DIU—, podrían transformar esta situación.
>
> La gran diferencia con el uso de preservativos es que cuando uno usa un DIU o un implante, embarazarse requiere una decisión muy deliberada de extraerlos. Por esta razón, los DIU son 17,8% más eficaces que los preservativos y 8,8% más eficaces que la píldora para prevenir el embarazo —aunque todos son mucho mejores que no usar protección alguna y todavía se necesitan preservativos para proteger contra las infecciones transmitidas sexualmente—.[132]

Por tanto, no se trata solo de decidirse a usar métodos anticonceptivos —lo que sería de por sí una decisión que hay que tomar—, sino también de usar aquellos que aseguren los resultados más eficaces.[133]

131- Informe: «Sexualidades y vida reproductiva», óp. cit.

132- Sawhill, Isabel y Joanna Venator, óp. cit.

133- Según un cuidadoso estudio, el diafragma tiene un 72% de posibilidades de no controlar embarazos después de diez años de uso; la píldora, 60%, y el DIU, 4%. Ver al respecto: Aisch, Gregor y Bill Marsh, «How likely is it that birth control could let you down?», *The New York Times*, 13 de septiembre de 2014. Disponible en https://goo.gl/PofUEX

Un programa anticonceptivo exitoso fue el encarado por el Reino Unido entre 1999 y 2010. Este partió de un enfoque sistémico que abordaba las múltiples dimensiones que llevan al embarazo adolescente, y logró una reducción del 51% en la tasa de embarazo en menores de 18 años. Además de haber sido diseñado sobre la base de un seguimiento riguroso de los datos y una gran coordinación entre todos los actores, este programa sumó a las herramientas tradicionales —información, educación sexual y disponibilidad de métodos anticonceptivos— otras que ampliaron sus resultados.[134]

En primer lugar, partió de definir cuáles eran las poblaciones de mayor riesgo, de modo de poder focalizar las acciones sobre ellas. La primera población riesgosa es aquella que forman aquellas personas que carecen de un proyecto de vida predecible. Esa falta de futuro se expresa en el abandono de la escuela y se vincula con el hecho de vivir en un ámbito de exclusión, y con dificultades de integración social, que pueden responder a causas económicas o afectivas. La soledad en los afectos es también una forma de sentir que la vida futura no tiene horizonte. Por lo que en tales casos, es preciso concentrar las acciones en esas poblaciones.

En segundo lugar, el programa hizo un seguimiento de los padres adolescentes, estuviesen o no en pareja, asumiendo que además de la necesidad que tienen de apoyo por la aparición no planeada del hijo, existe en tales casos una alta probabilidad de que muy pronto se repita el embarazo. O sea que, como lo muestran las cifras, hay un alto porcentaje de jóvenes que continuará teniendo embarazos no esperados luego del primero.

134- Hadley, A., V. Chandra-Mouli y R. Ingham, «Implementing the United Kingdom Government's 10-year teenage pregnancy strategy for England 1999 to 2010: applicable lessons for other countries», *Adolescent Health*, 2016.

Amartya Sen, premio Nobel de Economía, introdujo en la literatura social el concepto de «capacidades» para hablar del conjunto de elementos que permiten a las personas tomar decisiones —para poder convertir sus derechos en libertades reales—, y las oportunidades para «elegir y llevar una u otra clase de vida».[135] Estas capacidades no están igualmente distribuidas entre todas las personas; y se manifiestan en las diversas posibilidades que unos y otros tienen para desarrollar las múltiples opciones que se les presentan en pos de una vida mejor.

Para revertir el panorama antes descrito, las políticas públicas deben hacer foco en igualar las posibilidades de los sectores más débiles, en aumentar sus «capacidades», a fin de asegurar que puedan optar conscientemente. Es necesario asumir que la maternidad y la paternidad temprana y no deseada impactan sobre el total de la sociedad, ya que se traducen en problemas que, en muchos casos, acaban en conductas delictivas, que implican un costo económico en términos de cuidado y tratamiento público. A lo que se suma el hecho de que quienes nacen en situaciones de carencia económica y afectiva tendrán dificultades para construir una vida plena, lo que a su vez deriva en costo en términos de bienestar social. Sobre este tema volveremos en detalle en los capítulos finales, cuando discutamos el «qué hacer».

Todos se quieren casar, ¿y usted?

Está visto que las decisiones acerca del matrimonio han cambiado en el último tiempo. La reducción en el número

135- Cejudo C., Rafael, «Capacidades y libertad. Una aproximación a la teoría de Amartya Sen», *Revista Internacional de Sociología*, n.º 47, mayo-agosto, 2007.

de casamientos y el aumento de la cohabitación, de los divorcios y de los nacimientos fuera del matrimonio señalan una transformación que sugiere que la forma tradicional de la pareja ha perdido vigencia como institución base de la sociedad.

Más aún: si a esta altura del libro pudiese preguntarles a los lectores si piensan que el matrimonio sigue siendo una institución necesaria, intuyo que la respuesta mayoritaria sería que no. Que las personas están buscando otras maneras de relacionarse, que el amor ha perdido valor como factor de unión, que tener hijos no reviste la trascendencia que tenía en el pasado. O que el hecho de casarse —o tener pareja estable— ya no es una prioridad.

Sin embargo, una serie de estudios demuestran que, en general, las personas sostienen una perspectiva bastante más conservadora de lo que podría imaginarse acerca de la importancia de la familia, más allá de lo que parece a primera vista en función de los comportamientos concretos. De algún modo cambian las acciones, pero se mantienen las visiones.

Para entender qué sucede, analicemos los datos.

El ideal familiar

La llamada Encuesta mundial de valores, un proyecto global de investigación que explora las opiniones de la gente, cómo cambian con el tiempo y su impacto social y político, recogió información entre 1999 y 2007 a través de preguntas relacionadas con la importancia de la familia.[136]

136- Bradford, Wilcox y Carlos Cavallé, óp. cit.

La primera pregunta indagó en torno a si las personas piensan que los niños necesitan de una madre y de un padre, y la respuesta mayoritaria entre los adultos de todo el mundo fue que los niños necesitan criarse en hogares con una madre y un padre para crecer felices. Este sentimiento se evidenció muy fuerte en Sudamérica: más de un 75% de los adultos de Argentina —88%—, Chile —76%—, Colombia —86%— y Perú —93%— creen que un hogar con dos progenitores es necesario para lograr una infancia feliz.

Los norteamericanos se mostraron menos de acuerdo en esta cuestión, pero, aun así, un 63% de los adultos estadounidenses y un 65% de los canadienses afirmaron que una casa con una madre y un padre es el mejor lugar para criar niños felices.

El nivel de acuerdo respecto del ideal familiar de madre-padre resultó todavía más fuerte en Europa que en América, con la única excepción de Suecia. En este país, solo un 47% de los adultos estuvo de acuerdo en que un niño necesita ser criado por una madre y un padre para ser feliz. Pero la creencia en el ideal de madre-padre alcanzó el 93% en Italia y fue de 95% en Polonia, 86% en Francia y 88% en Alemania. Y en Asia las cifras fueron similares.

En general, esta opinión sobre la importancia de la relación de los niños con ambos padres se ha mantenido a lo largo de los últimos veinte años en la mayoría de países salvo en Chile, donde cayó del 93% en 1990 al 76% en el 2006, y en Suecia, donde cayó del 71% en 1982 al 47% en el 2006.

Otra de las preguntas que planteó esta encuesta indagaba en torno al acuerdo o desacuerdo con el hecho de que el matrimonio es una institución obsoleta, algo del pasado. La conclusión, en los veintinueve países analizados, fue que

cerca del 64% de los adultos estaba en desacuerdo con esa afirmación.

En el caso de los países americanos, entre el 70 y el 80% de los adultos se mostró en desacuerdo: Argentina en un 70%, Canadá en un 78%, Chile en un 72%, Colombia en un 75%, México en un 71% y Perú en un 80%. EE. UU., por su parte, sobrepasa un poco a sus vecinos, con un 87% de desacuerdo respecto de que el matrimonio es algo anticuado.[137]

Los adultos franceses fueron los que menos de acuerdo se mostraron —67%—. En cambio, el apoyo al matrimonio como institución fue del 78% en Alemania, del 78% en Suecia y del 74% en el Reino Unido. En Italia, el 81%, y en Polonia el 91% manifestó que el matrimonio aún es relevante. No obstante; y a pesar de tal contundencia sobre el horizonte ideal, en todos estos países la cohabitación se ha convertido en la forma predominante de vida en conjunto.

La tercera pregunta indagó acerca de si las personas creían que era necesario poner más énfasis —privado y público— en la vida familiar, y la gran mayoría respondió que sería algo positivo. En gran parte de los países de América, el 90% o más dijeron creer que un énfasis adicional en la vida familiar sería de provecho: Argentina en un 94%, Canadá en un 95%, Chile en un 90%, Colombia en un 99%, México en un 97% y Perú en un 96%, mientras que en EE. UU., el deseo de que haya mayor inversión en la familia fue de un 88%.

La última pregunta giró en torno a la actitud hacia el divorcio, y lo que surgió en este caso fue que hay un claro patrón de liberalización en las actitudes respecto del divorcio

137- *Ibidem*.

en América, Europa y Oceanía, con excepciones como Colombia, Perú e Italia.

En América, los países que muestran actitudes más conservadoras en relación con el divorcio son Perú y Colombia; y les siguen —con menos rigor— Argentina, Canadá, Chile, México y EE. UU. Pero, en general, la actitud predominante fue la aceptación del divorcio, no obstante atribuírsele una marcada importancia a la familia.

A partir de lo dicho, tal vez podamos interpretar que la gente acepta la posibilidad de que las parejas se divorcien, pero como parte de un proceso en el que lo importante sea la búsqueda que apunta a construir parejas estables como un componente importante de la felicidad.

Esta mirada «tradicional» que tienen varios países del mundo hacia la institución del matrimonio y el funcionamiento familiar se repite en la Argentina, a juzgar por un reciente estudio llevado adelante por el Instituto de Ciencias para la Familia de la Universidad Austral —que actualiza otro estudio realizado hace diez años.

Según los resultados de esta encuesta:

- Para el 75% —porcentaje decreciente respecto del 80% que se contabilizó en 2005—, la familia es el eje de una sociedad ideal.
- El 50% cree que la familia fundada sobre la base del matrimonio es la unidad fundamental de la sociedad.
- Para el 30% de los argentinos la seguridad económica (32%), el matrimonio duradero (28%) y un lugar seguro para vivir (25%) son las condiciones necesarias para lograr una buena calidad de vida familiar, atribuyendo cada vez más importancia al peso de las necesidades materiales.

- Hay un fuerte acuerdo —49% muy de acuerdo; 22% algo de acuerdo— en que el matrimonio se concibe como la unión de un hombre y una mujer.
- El 70% de los argentinos piensa que el matrimonio es una entrega de amor comprometido y por lo tanto procurará ser permanente.[138]

La principal impresión que se desprende de estos porcentajes es que también los argentinos tenemos un enfoque «conservador», en el que los aspectos más tradicionales de la familia son muy valorados. Al parecer, la mayoría quiere llegar al matrimonio y permanecer en él, pero no todos pueden. Lograr esto es tan complejo como imaginar y llevar a la práctica un proyecto para el que no todos tienen las mismas «capacidades». Y para muchos, esa distancia entre querer y poder es una fuente de frustración que se propaga.

Muchos divorcios se viven como fracasos, y eso impacta en la estima personal e impone obligaciones económicas y a veces legales difíciles de sobrellevar. Además, la frustración aumenta cuando las personas no tienen una fuente de contención afectiva y/o financiera que las ayude en este delicado trance. De modo que se produce un encadenamiento de sucesos desafortunados.

Y una vez más, la evidencia: el modo en que se dan las relaciones humanas en una sociedad no es una cuestión menor. Y tampoco lo es invertir en ello energía y recursos, e insistir en el valor de estas relaciones como un componente central de la realización personal y del bienestar social.

Para encarar esta tarea, en virtud de lo que expresan las cifras, contamos con un acuerdo mayoritario: la sociedad valora que las parejas tengan éxito en su objetivo de mante-

138- Estudio sobre matrimonio y familia, Instituto de Ciencias para la Familia Universidad Austral, 2015.

ner una relación estable y buena como parte de su proyecto de vida. Ahora, sabiendo que el matrimonio es una suerte de ideal al que aspira la mayoría, la pregunta que surge es… ¿por qué se casa la gente? y… ¿por qué no lo hace?

Veamos.

Modelos matrimoniales

¿El matrimonio es un compromiso entre dos personas, una formalidad, un mandato social, un arrebato de la pasión, una decisión pensada como parte de un plan o una combinación de todas estas cosas? Las motivaciones, ¿siempre son las mismas o han cambiado con el tiempo? ¿Son iguales para todos, al margen del nivel social y de la educación?

A lo largo de los últimos doscientos años, aproximadamente, el matrimonio ha sido una especie de compromiso obligatorio con funciones claramente divididas: un hombre proveedor y una mujer contenedora, en el marco de un contrato a largo plazo con fidelidad sexual —primordialmente a cargo de las mujeres—.

El costo del divorcio, en términos económicos y sociales, funcionaba como objeto disuasorio al pensar en una potencial separación. El matrimonio estaba hecho para durar, al menos para aparentarlo. Las parejas se casaban jóvenes. Las mujeres no tenían incentivos fuera de la maternidad y de la vida hogareña, y cada cual hacía lo que mejor sabía: unos generar recursos, otras ocuparse de los hijos. Y en el hogar se administraban el sexo, la felicidad y las finanzas.

En 1960, los hijos de madres no casadas no superaban el 5% —pasaron al 40% en la actualidad—; la cohabitación

era una rareza y el divorcio existía en menos de un cuarto de casos comparado con la cantidad actual. Aun cuando legalmente el divorcio estaba permitido, la cultura predominante era la de formar y mantener familias de este tipo.

En buena medida a partir de la liberación femenina —que favoreció el acceso de las mujeres a la educación, el mundo del trabajo y el derecho a decidir sobre su propio cuerpo—, comenzó a fragmentarse el modelo antes descrito, propiciando formas de relacionarse menos preocupadas por la formalización del vínculo o por su duración, en las que los hijos dejaron de ser el eje de la unión.

Al alterarse el modelo familiar más tradicional, y cambiar el concepto de lo que resulta esperable de unos y otras en una relación, fueron apareciendo las «familias líquidas» basadas en uniones más o menos transitorias y/o comprometidas. Esto ha dado lugar a modelos más laxos que, en muchos casos, luego de una sucesión de parejas distintas, se traducen en un rosario de padres en las ocasiones en que llegan hijos —con las consecuencias que venimos planteando—.

Pero estas nuevas configuraciones no son iguales en todos los niveles sociales. En el último tiempo, viene ganando terreno entre los sectores de ingresos medios y altos con educación universitaria un modelo de pareja que se caracteriza por la decisión de casarse y tener hijos una vez que se cuenta con las seguridades económicas mínimas. En este modelo ambos padres son proveedores de dinero y se ocupan del cuidado de los hijos. No hay separación de roles, sino búsqueda de complemento. Las tasas de divorcio en estos casos —se trata de parejas conformadas en su mayoría tras la cohabitación— son menores que el promedio.

La dinámica de este modelo es posible también gracias a los desarrollos tecnológicos, que hacen que las tareas del hogar sean menos pesadas, y el tiempo que se ahorra permite aprovechar mejor las oportunidades laborales que se obtienen gracias a la posibilidad de estudios previos. De este modo, ambos miembros de la pareja aportan luego los respectivos ingresos, y crían a sus hijos con una perspectiva de futuro sólida y privilegiada. Se trata de un esquema que permite ahorrar para invertir en el capital humano de un hijo, decisión importante ya que genera las bases para una posterior movilidad social ascendente.

Cuando ambos miembros de la pareja pueden aportar recursos económicos a la familia, entonces es posible construir con mayor seguridad un contrato implícito que agrega seguridad al conjunto y beneficia especialmente a los hijos.[139]

Así lo demuestra una encuesta reciente hecha en los EE. UU., según la cual las parejas casadas duran más que las que optan por la cohabitación: «Si lo medimos desde el nacimiento del primer hijo, solo el 30% de quienes estaban en cohabitación permanecían juntos; mientras que en el caso de las parejas casadas, ese porcentaje es del 75%».[140] Y cabe agregar también que las tasas de supervivencia del matrimonio son más altas entre personas con grado universitario que entre las que no han completado la escuela secundaria.

En relación con esto último, una encuesta realizada en nuestro país que indaga en torno a las maneras en que los

139- Para profundizar acerca de los modos de relación dentro de la pareja que optimizan el aporte de ambos miembros al proyecto común, leer: Cigno, Alessandro, «Marriage as a commitment device», *Review of Economics of the Household*, Springer, vol. 10. Disponible en https://goo.gl/yoqFNc

140- «Measuring cohabitation and family structure in the United States: assessing the impact of new data from the Current Population Survey». S. Kennedy, CA Fitch-Demography, 2012.

matrimonios cuidan a sus hijos refuerza la perspectiva social que mencionábamos más arriba:

> … un 61% de los grupos familiares en los que ambos padres poseen estudios superiores el cuidado de las niñas y los niños es una tarea compartida. En tanto, solo en un 35% de los casos en los que el jefe o jefa posee un bajo nivel de instrucción esta tarea involucra a miembros de diverso género.[141]

En relación con esto, Isabel Sawhill señala que lo que las evidencias indican es que en el campo de su vida reproductiva hay quienes van «a la deriva», a diferencia de quienes pueden planificar su vida. Así, algunos padres pueden postergar su paternidad hasta que, conscientemente, han completado ciertas etapas previas —educación, consolidación en el trabajo y en la pareja—, mientras que otros reciben al hijo sin haberlo planeado y cuando todas estas etapas están en una situación de fragilidad. O sea que los pobres tienen más posibilidades de estar «a la deriva» y de transmitir esa limitación en las capacidades a sus hijos.[142]

Cortar ese determinismo a través de acciones muy concretas es contribuir a revertir un cierto fatalismo que muestran las cifras según las que para algunos la natalidad potencia, mientras que para otros empobrece.

141- Díaz, Cintia y Pía Argagnon, «Estilos de crianza de los hogares argentinos». UNTREF, CINEA, noviembre de 2016.

142- Sawhill, Isabel y Joanna Venator, óp. cit.

CAPÍTULO IV

El impacto de lo económico

Llegados a este punto, podemos preguntarnos con más detalle acerca de las razones por las que los vínculos son tan frágiles y el número de fracasos definitivos tan elevados. La bibliografía al respecto centra su atención en dos bloques de causas: las de índole económica y las que remiten a cuestiones de carácter cultural y aun personal; ante esto, surgen nuevamente las preguntas: ¿es la pobreza material la que produce inestabilidad; o son las carencias afectivas previas; o es un marco cultural que —por diversas influencias— no promueve la persistencia de las relaciones?, ¿son las tres dimensiones igual de relevantes y afectan por igual a todas las personas? ¿Cómo se combinan?

Según constatan los estudios que ya citamos, hay relación entre las carencias afectivas que vienen desde la cuna —y que, en muchos casos, se remonta a otras generaciones—, y la dificultad para consolidar estabilidad en las parejas. Las situaciones de estrés extremo que los niños sienten aun desde el vientre materno, las tensiones generadas por las relaciones violentas entre los padres, la incertidumbre producida por la partida y abandono paterno y por la convivencia forzada con hermanos ensamblados dejan marcas que son difíciles de resolver e impactan luego en las propias relaciones afectivas. Muchos de estos hijos repiten entonces las historias de sus padres, porque quien llega frágil a formar

pareja tiene menos recursos al momento de afrontar los desafíos que se le presentan en la vida en común.

El impacto de las carencias económicas tiene múltiples dimensiones, que van desde la dificultad diaria para el sustento hasta la imposibilidad de imaginar el destino del proyecto común que representa la familia. Pero, además, en el caso de nuestro país, la cronicidad de la pobreza a través de varias generaciones ha ido acumulando restricciones de todo tipo, como las que se dan en el campo de la educación, las habilidades para el trabajo y el entorno donde se vive.

Estos problemas son especialmente acuciantes en el caso de los jóvenes, quienes —no casualmente— registran las tasas más altas de problemas de inclusión social y laboral y de desarrollo familiar.

El mayor nivel de fracasos familiares se da entre los jóvenes pobres, tanto por el impacto de un hijo no esperado como por la dificultad para sostener relaciones de pareja que exigen previsibilidad en la cotidianeidad y en vida futura.

Que las parejas constituidas por jóvenes pobres sufran ese nivel de vulnerabilidad no es extraño en tanto veamos las limitadas capacidades con las que construyen su propia vida y de las que no pueden desprenderse.

Las cifras acerca de la cronificada pobreza que sufren los niños y jóvenes argentinos no dejan lugar a dudas acerca de las enormes dificultades con las que ellos encaran esa etapa central de su vida que es la pareja (y que en la enorme mayoría empieza con un embarazo no deseado).

El 48% de los niños, niñas y adolescentes en Argentina es pobre según un estudio de Unicef[143] que mide la pobreza multidimensional, una metodología que toma en cuenta diferentes dimensiones, desde el acceso a una vivien-

143- https://uni.cf/2HAha4G

da adecuada de los niños hasta la escolaridad. De ese 48%, 20 puntos porcentuales corresponden a privaciones «severas», tales como vivir en una zona inundable y cerca de un basural o no haber ido nunca a la escuela entre los 7 y los 17 años.

El análisis de privaciones no monetarias toma en cuenta distintas dimensiones que vulneran los derechos en la infancia y adolescencia y determinan situaciones de pobreza: educación, protección social, vivienda adecuada, saneamiento básico, acceso al agua segura y un hábitat seguro. Los datos revelan que la pobreza entre las personas menores de 18 años se sitúa 18 puntos por encima de la población en general (30%): esto es 6,3 millones de niñas y niños que ven vulnerado el ejercicio efectivo de sus derechos.

Con esos antecedentes —una pesadísima «mochila» llena de carencias— esos jóvenes intentan con muy limitado éxito entrar en un mercado de trabajo que les brinde la estabilidad mínima necesaria para dar cimientos a su nueva familia. Pero no lo logran.

El trabajo puede funcionar como una base sólida de progreso, que permite cubrir necesidades básicas con un mínimo nivel de bienestar, o como una fuente de permanente inestabilidad en múltiples campos. En nuestro país, a los problemas habituales de inserción laboral que castigan a las personas más pobres por cuestiones múltiples, se suma el drama crónico del empleo informal, lo que agrega incertidumbre en varios sentidos: no solo respecto de la economía en sí y de la permanencia en el lugar de trabajo, sino también del acceso a la salud y a la jubilación, y en relación con la posibilidad de desarrollar una carrera laboral. Esto último se conecta con otra causa que margina y dificulta la vida estable: la educación limitada de quienes no trabajan formalmente.

Repitiendo lo que sucede en buena parte del mundo, el desempleo juvenil es mucho más importante que el desempleo promedio; y lo es en peores condiciones. Con una tasa media del 9,2% para la población general, la desocupación en los varones que tienen entre 14 y 29 años asciende al 17,2% y entre las mujeres de esa franja de edad sube al 20,1%, de acuerdo con las cifras del Indec de 2018. El 53,3% de los desocupados tiene menos de 29 años, lo que equivale a 900.000 personas sin empleo sobre un total de 1,7 millones que se encuentran en ese segmento.

Y ello, otra vez, con un gran componente de inequidad: mientras el 26% de los jóvenes del quintil más bajo de ingreso es desempleado, solo el 9% de los jóvenes del quintil más alto está en esa situación.

La estabilidad y la formalidad en el empleo permiten acceder a capacitaciones que mejoran la productividad y las posibilidades laborales y remunerativas y a los obvios beneficios de los servicios sociales.

Pero nada de esto está disponible para el 34% de los trabajadores que está en situación de informalidad, pero si se consideran solamente los trabajadores jóvenes, ese porcentaje asciende al 60%, es decir que seis de cada diez jóvenes que trabajan lo hacen de forma precaria. Entonces, más allá del desempleo, entre los jóvenes, ello se traduce en que a menudo ganan el salario mínimo o menos, trabajan por jornadas extendidas, en situaciones insalubres y sin protección social (sin vacaciones pagas, licencias por estudio, por maternidad o paternidad en caso de tener un hijo, ni aportes jubilatorios).[144]

Dentro del conjunto de jóvenes que están con graves problemas de marginación a causa de sus historias de pobre-

144- https://bit.ly/2UCZnNX

za, están aquellos que la bibliografía ha caracterizado como «ni-ni», porque se asume que ni estudian ni trabajan; y que por tanto tienen absolutamente cerrada la posibilidad de futura integración social.

Ser «ni-ni» es un pasaje a un futuro con pocas posibilidades: inestabilidad frustrante que condena a la marginación, discriminación y exclusión social; y que corren el peligro del fracaso definitivo por la carencia de las herramientas más elementales de integración a un mundo laboral que cada vez exige más competencias que ellos no poseen.

Hoy, Argentina tiene casi el doble de «ni-ni» que hace veinticinco años: en 1992 eran 470 mil, según la base de datos del Banco Mundial. El aumento responde en parte a causas demográficas: la población joven creció un 65% —de 2,6 a 4,3 millones—. Pero mientras que en varios países de América Latina se redujo el porcentaje, en Argentina se agravó en un 1,6%.

De los 4,4 millones de jóvenes de nuestro país un 24,6% —1 millón— no estudia ni trabaja. Y entre ellos, un 17,3% —760.000— no estudia, no trabaja ni busca empleo. De ese total, 179 mil son hombres y 589 mil son mujeres. Estas últimas, en su mayoría, abandonan la escuela o el trabajo, obligadas por la realidad de sus hogares.

El tema de la obligación de cuidado en el hogar es central para entender por qué tantos jóvenes — y muy especialmente mujeres— forman parte de este colectivo. Un trabajo reciente de Cippec[145] que indaga sobre este tema dice que

145- El Cippec (Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento) es una organización independiente y sin fines de lucro que produce conocimiento y ofrece recomendaciones para construir mejores políticas públicas. Para más información se puede consultar su página web: www.cippec.org

> Casi 4 de cada 10 jóvenes en el país tiene responsabilidades de cuidado, sobre todo de niños. Sin embargo, este dato oculta una gran diferencia de género: la proporción de mujeres que realiza esta importante función social duplica la de los varones. El 30% de jóvenes manifestó haber tenido que abandonar sus estudios o su trabajo debido a las responsabilidades de cuidado.[146]

La interrupción de la trayectoria escolar y laboral confina a estas jóvenes al ámbito doméstico, afectando su autonomía y su posibilidad de desarrollo, con consecuencias críticas. Lejos de tratarse de una población que «no hace nada», se trata de jóvenes que realizan tareas de cuidado esenciales para el sostenimiento y la reproducción de la sociedad de forma no remunerada. Y si no logran transformar ese destino, sus hijos heredarán las consecuencias de su exclusión.

Jóvenes que arrastran una historia de pobreza, empeorada por una educación deficiente; y, dentro de ese grupo, ciertas mujeres que deben abandonar la educación para cuidar de sus familias constituyen el núcleo socialmente más crítico de nuestra sociedad y a quienes hay que dedicarles especial atención si queremos que —además de construir una vida estable— puedan fundar y sostener una pareja que les ayude a desarrollar una vida plena.

A lo largo del texto incluimos muchas referencias a la importancia de la educación para las numerosas dimensiones que impactan en el desarrollo de las parejas. Hablamos de la importancia de la permanencia en la escuela para reducir el embarazo adolescente; del desarrollo afectivo, etc., y a esas citas nos referimos.

146- De León, Jimena, «Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión social». Cippec, Documento de trabajo n.º 158, marzo de 2017.

En este punto, al referirnos a la pobreza, cabe agregar con énfasis que contra lo que ha sido parte de nuestra mejor historia, y contra lo que es la base del desarrollo de los países líderes, la educación en la Argentina se ha convertido en un factor de desigualdad.

Basta con decir que mientras que en las escuelas privadas se gradúa el 62% de los alumnos, en las estatales este porcentaje apenas llega a un 32%; y que los estudiantes secundarios en las zonas más pobres tienen niveles de conocimiento de matemáticas que simplemente les impedirán de por vida acceder a un trabajo que requiera un mínimo de productividad. Esto refleja las oportunidades desiguales a las que accederán los jóvenes en función de su nivel social y explica también porque —apenas su situación económica se lo permite— los padres mudan sus hijos de la escuela pública a la privada, cuestión a la que no es ajena la crueldad del comportamiento sindical.

Si agregamos a ello que, según un informe producido por la Fundación CIEPP en 2015, los estudiantes secundarios tienen un promedio de 2,88 horas libres a la semana porque faltan sus profesores, y casi el 40% de los docentes de escuelas estatales faltan más de 4 horas a la semana, mientras que en las privadas esto se da solo en el 23% de los casos; entenderemos también las dificultades que tienen los jóvenes más pobres para integrarse a procesos productivos que exigen un mínimo de formalización laboral y para encontrar otros espacios de socialización diferentes a los de sus hogares que —en tantos casos— no existen.

Todas estas cifras demuestran la importancia vital que tiene una reforma educativa en la que, además de la mejora en los salarios, se incorporen como temas centrales el ausentismo, la capacitación y la promoción de los docentes según los saberes y no solo basándose en el paso del tiempo.

Resultan cuando menos incongruentes —por no decir perversas— las manifestaciones políticas que en defensa de un supuesto «progresismo» defienden la escuela pública, pero se niegan a aceptar la calidad como eje de esa educación pública. En todo caso, son defensas de una corporación que perjudican a un colectivo tan vulnerable como lo son los jóvenes pobres.

Por todas las razones que acabamos de señalar, es necesario que todas las políticas sociales se construyan con una perspectiva de trayecto de vida, en el que estemos en condición de ayudar a los más débiles en cada momento concreto de su devenir, reparando las carencias heredadas que —de otro modo— los condenarían a repetir las historias de sus padres; entre ellas la de una familia fracasada.

Otros de los aspectos esenciales del desarrollo personal y la integración social son la vivienda y el hábitat.

El impacto de la vivienda propia sobre el funcionamiento familiar es grande. Uno de los trabajos pioneros sobre este tema, desarrollado por Sebastián Galiani y Ernesto Schargrodsky, que pudo medir las diferencias en el desarrollo de la vida entre personas —todas muy pobres— que habían (o no) accedido a la propiedad de sus lotes, demostró que el hecho de contar con un título de propiedad induce a las familias al ahorro, reduce la cantidad de embarazos y mejora los resultados educativos de los hijos.[147]

Los resultados de este trabajo y de otros similares son un gran incentivo para el desarrollo de acciones que instalen el futuro en la construcción de la vida, pues muestran cómo las personas —aun luego de muchos años de privación—

147- Galiani, Sebastián y Ernesto Schargrodsky, «Effects of land titling on child health», *Economics and Human Biology*, n.° 2, 2004, pp. 353-72; Galiani, Sebastián y Ernesto Schargrodsky, «Property rights for the poor: effects of land titling», *Journal of Public Economics*, n.° 94, 2010.

responden a los incentivos adecuando sus vidas para tratar de construir un mejor porvenir para sus hijos.[148]

Lamentablemente, las condiciones de acceso a la vivienda en Argentina se han degradado durante mucho tiempo, como expresión de una sociedad que no puede salir de una suerte de «eterno presente», al que las crisis recurrentes le agregan una cuota importante de incentivos negativos.

La Argentina genera anualmente alrededor de 200.000 hogares, de los cuales 35.000 no llega a tener un techo para vivir.[149] Más específicamente, según un estudio de la Universidad Torcuato Di Tella, si una familia con cuatro hijos, con los padres sin estudios, que provienen de una provincia distinta de aquella en la que se han asentado, intenta tener una vivienda formal, y viven en el Gran Buenos Aires, las posibilidades de lograrlo serán menores al 50%. Si comparamos este número con los aspectos virtuosos de tener una vivienda propia —según lo decía el estudio de Galiani y Schargrodsky que mencionamos más arriba—, podremos imaginar a cuántas familias se les hace tan difícil progresar en todo sentido cuando están condenados a la inestabilidad y a la posibilidad de planificar su vida.

En lo estrictamente urbano, de 2001 a 2016, el porcentaje de familias que alquila en la ciudad de Buenos Aires pasó del 22 al 30%, mientras que el de propietarios cayó del 68 al 56%. Este proceso de «inquilinización» respondió a múltiples factores, entre los que destacan la falta de créditos hipotecarios (durante esa década los bancos se concentraron en los créditos personales —40% del total de los créditos vs.

148- Rebossio, Alejandro, «El título de propiedad reduce la pobreza», *La Nación*, 26 de diciembre de 2010. Disponible en https://goo.gl/UbgMSn

149- https://bit.ly/2GqESgr

el 10% de créditos largos, respectivamente—)[150] y el aumento sostenido del precio del metro cuadrado.

Esta situación da cuenta de un problema cultural y social: Argentina se ha convertido en una sociedad cortoplacista, en la que el consumo es más importante que la inversión y en la que el ahorro que permite acceder a los bienes que aseguran la movilidad social —como la vivienda— queda restringido a los sectores de mejores ingresos. En tanto los sectores de menos ingresos son condenados a habitar viviendas de baja calidad, en ámbitos urbanos degradados que reducen las aspiraciones.

Por eso ha sido tan importante el esfuerzo reciente por reinstalar la cultura del ahorro hipotecario, no solo por el efecto económico de la construcción sino —y sobre todo— por los múltiples impactos culturales que mencionamos.

En cuanto al hábitat, en los barrios carenciados lo que se vive es la exclusión y la desesperanza, lo que reduce las aspiraciones. La frustración se naturaliza. Además, el barrio convertido en un gueto conecta de manera perversa con el consumo de drogas[151] y sobre todo con la pérdida de horizontes.

Como dice el economista hindú Debray Raj,[152] cuando una persona abra la ventana y solo ve desesperanza, esa desesperanza comenzará a formar parte de su vida y perderá las aspiraciones. Y lo mismo se aplica a la realidad familiar que les rodea en los barrios.

Por ello es tan importante sostener las inversiones en la urbanización de los barrios más pobres; no solo porque

150- Argentina es uno de los países con menor participación del crédito hipotecario en relación con su producto bruto (1%) si lo comparamos, por ejemplo, con Chile —donde es 7 veces mayor— y con Brasil, que nos triplica.

151- Observatorio Argentino de Drogas. Encuesta de consumo de drogas 2017.

152- https://debrajray.com/

mejora las condiciones cotidianas de la vida (agua, cloacas, higiene, etc.), sino porque un hábitat más «humano» también ayuda a pensar la vida con una perspectiva de largo plazo, dentro de la cual la familia tiene el lugar que señalamos tantas veces y puede ayudar a romper con la reproducción de la pobreza entre generaciones.

Pero todos los problemas que señalamos no son únicamente un problema de los varones. La vida es aún más difícil para las mujeres, quienes en condiciones ideales podrían complementar el ingreso del hogar y así facilitar el desarrollo de todos sus miembros. Pero la cosa no es tan fácil.

Las mujeres: «pegadas al suelo»

Gracias a la consolidación de sus derechos políticos, a la existencia de pastillas anticonceptivas y a la aceptación plena de su participación en todas las esferas de la vida pública, la vida de las mujeres ha dado un vuelco en este siglo. No obstante, más allá de las transformaciones culturales que diversifican los roles de género, ellas siguen siendo, en un alto porcentaje de casos, las que asumen por completo las rutinas del hogar y el seguimiento de los hijos.

Un estudio en nuestro país mostró que «un varón promedio participa en apenas un décimo del trabajo cotidiano de la casa».[153] En España, un estudio similar arrojó las siguientes estadísticas: el 38% de las madres vuelve a casa más temprano para cuidar a sus hijos; el 90% les prepara la ropa

153- Wainerman, C., «Los desafíos de una política de familia», en Arriagada, I., *El futuro de la familia*. Santiago de Chile, CEPAL, 2008, pp. 35-40.

a diario; el 74% los lleva al médico; el 71% se levanta por la noche si lloran y el 69% los lleva a la escuela.[154]

Y lo cierto es que, sobre todo en los sectores más pobres o con menor nivel de educación, la libertad conquistada fuera del hogar no se replica adentro. En muchos sentidos, las mujeres de estos sectores están tan restringidas como lo estaban sus madres y sus abuelas. No pueden despegarse de lo que se vive como una suerte de destino, que las limita a privilegiar su rol reproductivo. En este contexto, «la combinación que produce más deterioro psicológico es ser mujer, soltera, sometida a obligaciones parentales y pobre».[155]

Al cuidado de los hijos se suma en estos casos las tareas del hogar y eventualmente el cuidado de adultos mayores. Estas mujeres cuidan a otros sin cuidarse a sí mismas. Cumplen un rol de contención sin desarrollar sus propias capacidades a través de la educación y el acceso al mercado de trabajo en las mismas condiciones que los hombres. El ejercicio del papel de madres y la consagración obligatoria a actividades no remuneradas vinculadas con la vida doméstica impiden la inserción exitosa en el sistema educativo o en la vida laboral fuera del hogar, del que no pueden salir.[156]

Como decíamos antes, muchos de los mal llamados «ni-ni»:

> … son en realidad mujeres que cumplen tareas de cuidado en el interior de sus hogares, cuidan a sus hijos, a sus hermanos, a sus abuelos, a sus parejas. […] Lavan, planchan, cocinan, barren, limpian, llevan al médico, a la escuela, educan. Todas

154- Castells, M., M. Subirats, *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible*? Madrid, Alianza, 2007.

155- Blanc, G. A., «Las mujeres en la pobreza: Una perspectiva psicológica», *Género y desigualdad*, n. 5, 2004.

156- Amadeo, Eduardo, óp. cit.

> tareas necesarias para que los otros miembros de sus hogares puedan vivir sus vidas.[157]

El factor que complica el panorama es la fecundidad: estas mujeres tienen más hijos y con ellos más compromisos para permanecer en el hogar, sin trabajar ni completar su educación.

En nuestro país, las mujeres tienen un promedio de 2,4 hijos a lo largo de su vida. Pero mientras que las no pobres tienen 1,9 hijos, las indigentes —que en general no completaron la escuela primaria— tienen 3,7 hijos, con un máximo de 4,2 hijos en las zonas más pobres —noroeste y noreste—. Las universitarias, en cambio, tienen en promedio 2 hijos, y un mínimo de 1,8. Como dijimos, baja educación y fecundidad se acompañan.[158]

Pero es muy notable confirmar que en Argentina las mujeres tienen mejor performance educativa que los hombres: al comienzo de la secundaria son más los hombres que las mujeres (51,5 contra 48,5%), pero en el último año ellas son la mayoría (54,6%). En todo el país, en las aulas de quinto o sexto año —de acuerdo con el sistema de cada provincia— hay 40 mil mujeres más que varones.

En porcentajes, el 68,3% de las chicas que comienzan logran finalizar su trayectoria escolar. En cambio, en los hombres ese índice es de apenas el 53,5%.

El informe brinda tres posibles hipótesis que explican el fenómeno, aunque —aclaran— ninguna es concluyente. En primer lugar, lo asocian a que los varones suelen ser

157- «En Argentina, cada mil nacimientos 54,4% corresponde a madres adolescentes», en *Misiones Online*, 26 de julio 26 de 2016. Disponible en: https://goo.gl/zz5SGs

158- Este trabajo demuestra que existe una correlación entre la reducción del número de hijos y la reducción de la pobreza. Badaracco, Nicolás, *Fecundidad y cambios distributivos en América Latina*. CEDLAS-FCE-UNLP, 2014.

quienes se insertan más temprano en el mercado laboral, lo cual los retrasa en su progreso en el colegio. Por otro, puede obedecer a una percepción de que terminar la secundaria no ayuda a conseguir luego un mejor puesto de trabajo.

La tercera posible razón se vincula al mejor rendimiento escolar que suelen tener las mujeres. Tanto en evaluaciones nacionales como internacionales se observa que el alumnado femenino consigue mejores puntuaciones que el masculino. Eso —dicen— las puede motivar a continuar y, al contrario, puede incentivar la deserción.

Pero a pesar de esta ventaja educativa, las mujeres trabajan menos y en peores condiciones. En 2017, en Argentina la tasa de actividad femenina —el porcentaje de las que trabajan o buscan hacerlo— fue de 47,6%, considerando a la población de entre 25 y 54 años; entre los hombres —para ese rango de edades—, el índice llegó a 69,7%.

Y, como sucede en todos los fenómenos sociales, hay una fuerte desventaja de las más pobres. Entre las mujeres que han recibido baja instrucción, un 52,3% participa en el mercado de trabajo; entre las que llegan a un nivel medio el índice asciende a 66%, y entre las universitarias, a 87,8%. Lo que demuestra como mínimo dos cosas: a) las mujeres menos educadas son más dependientes de los hombres proveedores; b) los hogares más pobres subsisten con un solo salario que, presumiblemente, es de por sí escaso.

Pero las buenas noticias para las mujeres en el campo educativo no se reflejan en el campo laboral. El mercado las castiga con inferiores condiciones de trabajo o directamente las rechaza: solo una de cada cuatro mujeres con estudios terciarios o universitarios —un 24,6% del total— trabaja como profesional —entre varones esto se da en un 38,1% de

los casos—. Un hombre tiene casi el doble de probabilidades que una mujer de ejercitarse en aquello que estudió.[159]

Sintetizando, en palabras del Ministerio de Trabajo:[160]

- La tasa de actividad de las mujeres argentinas es, como en todo el mundo, inferior a la de los varones. Sin embargo, en nuestro país la brecha de participación es mayor que en otros países de la región. El nivel de participación laboral de las mujeres está directamente relacionado con el rol asignado en la división sexual del trabajo. En los hogares pobres no indigentes el 41% trabaja. Y en los hogares indigentes solo el 35% trabaja. La situación más crítica para las mujeres jóvenes está en el conurbano bonaerense, donde su tasa de desempleo alcanza al 25%. Esto implica casi 8 puntos de diferencia respecto de los varones de esa edad, para quienes la falta de trabajo afecta en un 17,7%.
- Asimismo, se observan diferencias muy significativas entre regiones del interior del país: en los aglomerados más grandes la participación de la mujer es superior a la que se registra en los más pequeños.
- La desocupación afecta siempre más a las mujeres que a los hombres, sin importar la edad, el nivel educativo o la posición en el hogar. Además, la duración del desempleo es más prolongada en las mujeres que en los hombres, lo cual puede relacionarse con el rol ocupado por unos y otras tanto dentro como fuera del hogar.

159- Dillon, Alfredo, «A las mujeres, el título les sirve menos que a ellos», *Clarín*, 19 de marzo, 2015. Disponible en https://goo.gl/PkpXc4

160- http://www.trabajo.gob.ar/downloads/estadisticas/mujeres_mercado_de_trabajo_argentino-3trim2017.pdf

- Las mujeres ocupadas se concentran en el trabajo en casas particulares, la enseñanza y los servicios sociales y de salud. De esta forma extienden en el espacio extradoméstico los roles reproductivos y de cuidado, tradicionalmente asignados a ellas.
- Dos de cada tres mujeres se ocupan en puestos de baja calificación. La gran mayoría se ocupa en tareas de servicios generales, comercialización o gestión administrativa. A la vez que muestran una menor presencia en cargos de jefatura y dirección.
- La tasa de empleo no registrado es mayor en las mujeres que en los hombres. Esto se explica por la presencia casi exclusiva de mujeres en el trabajo en casas particulares, que muestra tasas de no registración del 75%. Sin considerar a este sector, que es uno de los principales empleadores de las mujeres, la tasa de no registro de los hombres resulta superior.
- Más de la mitad de las mujeres se ocupa en puestos a tiempo parcial, lo que explica la brecha en los ingresos laborales. En efecto, el ingreso mensual de ellas es el 75% del de los hombres. Al considerar el ingreso horario, la brecha desaparece.
- Sin embargo, aunque la diferencia salarial entre hombres y mujeres se matiza al observar los valores del ingreso horario, la brecha es significativa considerando el ingreso laboral total obtenido en el mercado de trabajo. Las implicancias de esta situación exceden el ámbito de lo laboral e irradian su injerencia en el interior de los hogares, porque, al restar independencia a las mujeres, contribuye a reproducir relaciones de género que las subordinan.

Estas diferencias afectan a todas las mujeres, pero se acentúan entre las menos educadas, que cobran la mitad de lo que perciben los hombres con igual nivel educativo.

La teoría ha dado a esta última situación el nombre de «efecto de piso pegajoso». Se grafica de este modo la situación en virtud de la cual las mujeres no pueden superar sus restricciones y por ello quedan «pegadas al suelo», y no levantan vuelo.

> Una posible explicación al fenómeno de piso pegajoso es la percepción general de que las mujeres tienen mayor probabilidad de interrumpir sus actividades laborales por diversas razones —maternidad, por ejemplo—, lo que las coloca en desventaja especialmente al inicio de la carrera laboral.[161]

El «piso pegajoso» funciona así como una trampa que ancla a la pobreza: si es cierto que el miedo a que las mujeres abandonen su trabajo pronto —o no puedan cumplir con sus obligaciones— se traduce en peores condiciones de trabajo, entonces ello profundiza su debilidad relativa y las hace más vulnerables. Sobre todo, en los casos de mujeres de estratos más pobres que suman a la inestabilidad laboral la dificultad para capacitarse e intentar elevar el nivel de sus deprimidos salarios, cuando estos existen.

Además de afectar a esas mujeres individualmente, esto es un despropósito para el país: este «retorno laboral insuficiente» es una oportunidad desperdiciada, ya que si las mujeres participaran en ocupaciones de calidad en igualdad de condiciones, «las profesionales podrían contribuir a mejorar la productividad en los mercados laborales».[162]

161- Farfán María Gabriela y María Florencia Ruiz Díaz, «Discriminación salarial en la Argentina: un análisis distributivo», CEDLAS Documento de trabajo n.° 60, noviembre de 2007.

162- *Ibidem*.

Los estudios señalan, además, que cuanto mayor es la cantidad de hijos y más bajo el nivel educativo, peor es la situación laboral y social: el 42,5% de las madres con poca educación y que tienen uno o dos hijos trabajan en el sector informal de la economía, porcentaje que asciende al 63,4% entre las que tienen más de cuatro hijos.[163] Y la ecuación es evidente: más hijos, sumado a menos recursos, equivale a más pobreza.

La principal fuente de empleo para las mujeres pobres es el servicio doméstico, una ocupación de alta volatilidad y nula posibilidad de progreso personal. Este representa el 17% del empleo femenino total, y es la actividad en la que se desempeña la mayor cantidad de mujeres con empleos precarios —el 52% de las ocupadas no registradas— y el sector en el que trabaja una de cada tres mujeres con bajo nivel de educación.

El hecho de no estar registrado significa que no se efectúan aportes jubilatorios ni se tiene un contrato, es decir, que se trata de una situación de precariedad laboral en la que ni siquiera se cuenta con una obra social frente a un problema de salud. Y así continúa la espiral de pobreza: menos educación, más hijos, peores trabajos, más vulnerabilidad.

Según un reciente trabajo realizado en la Universidad de La Plata, cuando las autoridades laborales «aprietan» a las empresas con controles sobre el cumplimiento de las leyes laborales, los empresarios se regularizan con los hombres, pero no con las mujeres:

> … Cuando el Estado exige un mayor cumplimiento de las leyes laborales, las empresas aumentan el cumplimiento de las

163- Lupica, Carina y Gisell Cogliandro, «Empleos maternales de baja calificación: el impacto negativo en el desarrollo de las madres y el entorno familiar» [Observatorio de la maternidad], *Newsletter del Observatorio* n.º 14, enero de 2009.

> normas del mercado de trabajo entre los hombres y compensan los mayores costos laborales a través del despido de las empleadas, que logran obtener un empleo como asalariadas sin los beneficios obligatorios. Estos resultados aportan evidencia adicional sobre cómo el entorno regulatorio puede impactar en las decisiones que toman las firmas, los trabajadores y las trabajadoras sobre la participación en el sector informal.[164]

De modo que las mujeres que trabajan en estas condiciones —sin que se les pague los beneficios correspondientes o que directamente están en negro— corren el peligro de ser despedidas si el Estado exige cumplir con todas las leyes; en consecuencia, son el factor de ajuste y por tanto pagan el mayor costo. Entre otras razones, este comportamiento se basa en el supuesto de que son más caras a la hora de contratar, a causa de la incertidumbre asociada a la potencial maternidad y a las obligaciones que de esa posibilidad se derivan.

Un fallo reciente de la justicia ha dado un plazo perentorio al Ejecutivo para reglamentar la ley que obliga a instalar guarderías en todas las empresas.[165] En efecto, el artículo 179 de la Ley de Contrato de Trabajo estipula que:

> … las empresas deben habilitar salas maternales y guarderías para niños cuando contraten mujeres. El tamaño de empresas que quedan obligadas, la edad de los niños hasta la cual las guarderías serán habilitadas y las condiciones en que el servicio será brindado es delegado a la reglamentación.[166]

164- Viollaz, Mariana, «Enforcement of labor market regulations: heterogeneous compliance and adjustment across gender». Documento de trabajo n.° 199, junio de 2016.

165- Información proporcionada por IDESA, Instituto para el Desarrollo Social Argentino. Disponible en http://www.idesa.org/informes/1633.

166- Régimen de Contrato de Trabajo. Ley N.° 20.744. Texto ordenado por decreto 390/1976. Buenos Aires, 13/05/1976.

Desde el año 1974, cuando fue sancionada la norma, nunca se dio operatividad a este artículo**.** Tras cuarenta y dos años de espera, la justicia ordenó al Poder Ejecutivo que reglamentase la obligación de las empresas de brindar salas maternales y guarderías. Sin embargo, el problema es que entre las mujeres más pobres —las que representan el 30% de los hogares de más bajos ingresos y con más hijos—, solo el 6% tiene un trabajo formal registrado.

La decisión de implementar guarderías en las empresas, en principio, es progresista, pero puede acabar siendo contraproducente por dos motivos: a) no ayuda a las mujeres más pobres porque en general estas no están en blanco; b) las empresas pueden acabar optando por no contratar mujeres para evitar ese costo adicional.

Se trata, entonces, de que sea el Estado el que brinde el cuidado para que los niños tengan contención mientras las madres trabajan; de modo que, por un lado, todas tengan acceso a este beneficio y, por el otro, se evite una reacción discriminatoria por parte de las empresas.

No obstante, aun existe una limitada oferta de guarderías y otros sistemas de cuidado de niños. Además, la posibilidad de acceder a centros de cuidado infantil no está distribuida equitativamente en el país —en función de los niveles de pobreza—: los datos muestran desigualdades regionales —un 61,7% se encuentra en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, un 15,5% en el NEA y un 19,2% en el NOA.[167]

Asimismo, las licencias por maternidad también pueden valorarse en términos de equidad-inequidad. Las mujeres que trabajan en negro no tienen acceso a este beneficio,

167- Por eso es tan importante el Plan Nacional de Centros de Cuidado Infantil, que ha de abrir cuatro mil centros en nuestro país hasta 2019. Este programa, que se ha lanzado en todo el país a partir del Presupuesto 2017, aumentará de forma progresiva la cobertura a lo largo de los próximos cuatro años.

porque no existen para el derecho laboral. Por otro lado, tampoco existe un régimen que regule las licencias parentales, lo que profundiza una diferencia injusta entre hombres y mujeres. [168]

Las licencias por maternidad y paternidad tienen claras ventajas. Por un lado promueven la cercanía con los hijos, y por otro el esfuerzo compartido, evitando que este recaiga exclusivamente sobre las madres y eso afecte su desarrollo personal. Pero en nuestro país aún no se utiliza este sistema como herramienta de apoyo al funcionamiento familiar, en condiciones de equidad. Según refiere un excelente trabajo reciente del Cippec, en la Argentina el acceso a los distintos tipos de prestaciones de la protección social está determinado por el tipo de inserción de los trabajadores en el mercado laboral.

> En este contexto, existe una importante inequidad en el acceso a la protección social entre los trabajadores formales y los trabajadores informales y desocupados. Las licencias por maternidad, paternidad y parentales constituyen un claro ejemplo de las prestaciones de la protección social en las que se evidencian las asimetrías en el acceso que surgen de los determinantes que impone el mercado laboral.
>
> En primer lugar, estas licencias resultan fundamentales para el desarrollo infantil. En segundo lugar, las diferencias de duración entre las licencias por maternidad y paternidad contribuyen a generar condiciones de discriminación por género en

168- Establece noventa días de licencia por maternidad, de los que se computan cuarenta y cinco días antes de la fecha de parto y cuarenta y cinco días después. La licencia es paga durante ese período, las trabajadoras reciben una asignación familiar igual al sueldo, que es financiada por Anses. Las trabajadoras embarazadas pueden modificar estos períodos, solicitando trabajar hasta treinta días antes del parto y pasar los quince días restantes para cuando nazca el bebé. La Ley del Régimen de Trabajo Agrario n.° 26727/11 iguala este beneficio, como también la Ley Sobre el Régimen de Trabajo de las trabajadoras de Casas Particulares.

> el mercado laboral. En tercer lugar, constituyen un ejemplo paradigmático de las políticas necesarias para conciliar la vida productiva con la reproductiva.[169]

En nuestro país, la Ley de Contrato de Trabajo establece una licencia por maternidad de noventa días —y una licencia por paternidad de solo dos días—, durante los cuales se percibe el total del salario, que es financiado por Anses, y un permiso por lactancia de una hora diaria dividida en dos descansos. A su vez, existen variaciones establecidas por convenios especiales, según los diferentes regímenes de empleo público, y recientemente se incorporó a las trabajadoras rurales y a las empleadas particulares.

> Sin embargo, siguen excluidos los que no son asalariados registrados: trabajadores informales, autónomos y monotributistas. Así, los niños y niñas de la Argentina reciben desde su primera infancia un trato discriminatorio de acuerdo con la inserción en el mercado laboral que tienen sus padres. Esta inequidad de origen incide en todo el ciclo de vida de la persona, al afectar el desarrollo —básico y superior— del capital humano.[170]

En función de los objetivos planteados para el mejoramiento del funcionamiento familiar, la modificación integral del régimen de licencias es imprescindible. La ley actualmente en tratamiento en el Congreso prevé, entre otras cosas, la extensión de la licencia por paternidad que en la actualidad es de 2 días. Entre sus principales reformas, la iniciativa propone ampliar la licencia a 15 días a los padres biológicos, adoptivos y madres no-gestantes por nacimiento

169- Repetto, Fabián, Damián Bonari y Gala Díaz Langou, «Recomendaciones para una nueva ley nacional de licencias por maternidad, paternidad y familiares». Disponible en https://goo.gl/djjCbw

170- *Ibidem*.

o adopción. Además, incorpora una licencia de 10 días para casos de violencia de género, 5 días por fertilización asistida y 10 días por trámites previos a la adopción. El proyecto plantea también la incorporación de un período de retorno flexible de seis meses en las licencias por maternidad, asimila la adopción al nacimiento e incorpora la modalidad de jornada reducida para los padres con hijos e hijas de menos de cuatro años.[171]

En síntesis, todas las desigualdades que mostramos producen varios efectos negativos para la pareja, además de para la mujer misma.

La desigualdad de ingresos significa una injusta manera de reducir el bienestar para la familia, a pesar del esfuerzo de la mujer al trabajar. Pero, además, los desincentivos laborales de todo tipo funcionan como un freno al desarrollo personal de la mujer y afectan también la estabilidad de la pareja. Las parejas funcionan mejor cuando ambos miembros se benefician del vivir en conjunto porque crecen sus potencialidades. Mujeres que tienen cada vez más educación pero encuentran pocos espacios para desarrollarse, y quedan «condenadas» al trabajo doméstico, valorarán menos la vida en pareja. Todo ello afecta la vida de relación.

El tiempo como lujo

Para desarrollarnos en la vida a través de la educación y el trabajo necesitamos, entre otras cosas, de tiempo. La poca

171- https://bit.ly/2TAr1u8

disponibilidad de este es un impedimento fundamental, y un factor de desigualdad.[172]

En principio, para optimizar el uso de su tiempo las personas deben adecuarse a dos limitaciones:

- la vida es un período finito, y hay tiempos biológicas que imponen restricciones y delimitan las etapas en las que resulta más factible educarse, perfeccionarse, acumular capital humano, social y financiero;
- cada día tiene un tiempo acotado, que exige organizar el trabajo y las actividades básicas a lo largo de veinticuatro horas, en semanas compuestas por siete días.

Pero no todos tienen las mismas posibilidades de manejar sus tiempos de manera libre y eficazmente o, como diría Sen, de convertir el tiempo en una herramienta de ampliación de las «capacidades». Y ello porque la libertad con la que se pueda usar el tiempo depende de nuestros recursos y de nuestras responsabilidades: diferente dotación de recursos y diversas cargas de responsabilidades definirán de cuánto tiempo disponemos para dedicar a actividades específicas, y para lo que se denomina «tiempo discrecional», tiempo libre o tiempo para uno mismo.

En virtud de lo dicho, las personas más ricas dispondrán de más tiempo para sí comprándolo —por ejemplo— pagando niñeras, escuelas privadas con doble escolaridad o actividades extraescolares en el caso de que tengan hijos. En este sentido, cabe destacar que

> … una hora del trabajo de un profesional puede comprar mu-

172- Burchardt, Mara, «Time and income poverty», London School of Economics, Case Report n.° 57, 2008.

> chas horas de cuidado infantil, porque sus ingresos son varias veces más altos que los de una *baby sitter*; mientras que, para un trabajador manual, una hora solo alcanza para pagar el equivalente de tiempo, lo que hace que el trabajo sea antieconómico a menos que se incorporen al proceso otras formas de capital —por ejemplo, capital social en forma de cuidado gratuito provisto por abuelos, u otros beneficios de este tipo—. Esto implica que, en un conjunto dado de responsabilidades —y manteniendo formas de capital constantes— la libertad de uso del tiempo es mayor para el profesional que para el trabajador manual.[173]

Con esta perspectiva, podemos inferir que una madre sola tiene poco tiempo propio; y que un matrimonio con hijos en el que ambos cónyuges trabajen y, no obstante, vivan limitaciones económicas, tendrá dificultades para disponer de tiempo de ocio o para poder interactuar más con sus hijos.

Muchas personas experimentan problemas vinculados con el uso de su tiempo y deben pagar un alto precio personal para conciliar las demandas laborales y familiares: menos horas de sueño, menos recreación, sobrecarga y estrés; una situación común para la mayoría de las madres que tienen la doble responsabilidad de desempeñar un trabajo remunerado y hacerse cargo del cuidado de sus hijos.[174]

En este marco, cobra importancia un factor de discriminación cuyo impacto es raramente considerado: los medios de transporte como limitantes del tiempo. Vistos así, los sistemas de transporte son una expresión de inequidad, pues marginan a los más pobres con servicios deficientes, que exigen largas esperas y viajes de entre dos y tres horas diarias,

173- *Ibidem*.

174- Lupica, Carina y Gisell Cogliandro, óp. cit.

en condiciones poco confortables, a lo que debe sumarse la incertidumbre sobre la efectiva prestación del servicio.

Una investigación reciente sobre el conurbano bonaerense demostró que —hasta que se inauguró el servicio de Metrobus— había una relación directa entre accesibilidad y nivel económico, con cifras tan impresionantes como que los municipios de la zona norte —Vicente López y San Isidro— eran entre cinco y diez veces más accesibles, en términos de redes de transporte que los sirven, que los más pobres de la zona oeste y sur. Ello implicaba más tiempo de viaje, peor calidad, más trasbordos, más costo y, por tanto, menos tiempo en el hogar, para sí o para compartir con los hijos.[175]

Pero a pesar de los avances que se han registrado en los últimos años en los sistemas de transporte público, las mismas restricciones existen en aquellas zonas en las que se requieren varios transbordos para poder desplazarse desde el hogar hasta el trabajo, cuestión difícil de resolver por el tamaño del conurbano bonaerense o por las deficiencias de los sistemas de transporte en otras áreas.

El acceso equitativo al tiempo libre es una de las dimensiones que no aparecen en la superficie cuando pensamos en los problemas que enfrentan las familias en su vida cotidiana. Pero en la medida en que lo incluimos, ello nos sirve para entender cuántas cuestiones debemos tomar en cuenta si nuestro objetivo es que las familias funcionen bien; y cómo debemos mirar con atención esa dinámica interna de las familias para ayudarlas en su realización.

Planteado esto, es preciso alentar propuestas[176] —y discursos— que aborden las condiciones de transporte desde

175- «Transporte público en el área metropolitana de Buenos Aires», en *Fundación Poder Ciudadano*, julio de 2007. Disponible en: http://poderciudadano.org/

176- Aunque a primera vista no parecen tener relación con lo social, las obras previstas para instalar centros de intercambio entre líneas de trenes en CABA tienen un impacto positivo.

una perspectiva de equidad, ligada al valor del tiempo y a la posibilidad de disponer de él para el fortalecimiento de los vínculos, de las relaciones familiares, de pareja, entre padres e hijos.

Cárcel y familia

Como parte de los problemas que surgen en el universo de los hombres (y sus implicancias para el desarrollo de sus familias), es necesario dedicar un párrafo a un problema que habitualmente es invisibilizado: el de los hombres encarcelados; y que tiene un enorme impacto en las familias más pobres

Aunque Argentina tiene una de las tasas de encarcelamiento más bajas de la región (175 presos cada 100.000 habitantes contra 666 en USA y 319 en Brasil), la cantidad de presos en Argentina aumentó casi un 190 por ciento en los últimos 20 años, al pasar de 25.163 en 1996 hasta 72.693 a fines de 2015, una "tendencia que se mantiene hasta los primeros meses de este año".[177]

El informe estadístico anual de la Procuración Penitenciaria de la Nación, que reúne la información de los servicios penitenciarios provinciales y el federal, sin contabilizar las personas detenidas en comisarías, detalla que el 62 por ciento de las personas presas en cárceles tenía en 2015 menos de 34 años y el 85 por ciento menos de 44; que el 96 por ciento eran hombres, el 94 por ciento argentinos y el 90 por ciento vivían en ámbitos urbanos en el momento de ser detenido. Y que en cuanto al nivel de instrucción: el 72 por

177- https://bit.ly/2O8VFZZ

ciento no había alcanzado o pasado del nivel de escolaridad básica: el 38 por ciento contaba con primario completo, el 28 con primario incompleto y el 6 por ciento no registraba ningún nivel educativo formal.

Aun cuando el número de presos representa un porcentaje relativamente bajo en función de nuestra población total, las cosas cambian cuando, gracias a la Encuesta de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina, sabemos que 3,8% de los niños/as y adolescentes de entre 0 y 17 años residen en hogares en los que algún adulto estuvo o está privado de su libertad (1,1% en un hogar donde actualmente un adulto está privado de su libertad y 2,7% en un hogar donde en algún momento un adulto estuvo privado de su libertad). Es decir, que 468 mil chicos/as residen en hogares en donde algún adulto estuvo o está privado de su libertad (135 mil varones y 333 mil niñas, respectivamente).[178]

Al entrar a la cárcel los presos, mayoritariamente jóvenes y con muy bajo nivel de instrucción, tienen poquísimas posibilidades de reconstruir luego su vida y por lo tanto de consolidar su relación de pareja, no solo por las carencias económicas, sino por la incertidumbre, la ruptura de los lazos de pareja, el peligro de la reincidencia y sobre todo por lo que significa para los padres —en un alto porcentaje de bajísimo nivel educativo— la convivencia en el mundo carcelario.

Aun cuando no hay estudios que hayan seguido detalladamente las trayectorias de los miembros de las familias de las personas encarceladas, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que esta es una población a la que debemos prestar atención especial, de modo de minimizar los daños

178- https://bit.ly/2VZq3J2

para todos los miembros de la pareja, a los que seguramente estuvieron sometidos durante un tiempo clave para su vida.

Puede hacerse con acciones focalizadas en la pareja misma (facilitar la visita cotidiana, asegurar la disponibilidad de recursos sociales para los más pobres, acompañar preferentemente a los hijos en su proceso educativo, brindar contención comunitaria a través de organizaciones sociales, etc.).

Fuera de la agenda habitual de las preocupaciones sociales, este tema debe ser, sin embargo, objeto de una mirada cuidadosa para quienes nos interesa el tema del funcionamiento de la familia en lo sectores más excluidos de la sociedad.

El impacto de la cultura

Entrar en el campo de la cultura y sus influencias sobre las relaciones humanas debería ser el objeto de un libro completo, como de hecho existen cientos. Es por ello que en lugar de teorizar sobre las mil definiciones de cultura resulta más práctico comenzar adoptando una definición —dada por la Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural de la Unesco— según la cual "la cultura debe ser considerada como el conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias";[179]

179- Unesco. Declaración Universal sobre Diversidad Cultural. Una visión, una plataforma conceptual, un semillero de ideas, un paradigma nuevo. p. 4

definición que, además de la descripción de sus componentes, nos abre la puerta a la apasionante tarea de mirar cómo evolucionan esos rasgos en el tiempo (y su influencia sobre lo que nos preocupa en este libro: las relaciones de familia).

Más concretamente, acerca de la familia y la cultura, otro autor dice que «la diversidad de formas, comportamientos, acciones y valores muestra que no se puede hablar de un concepto unívoco de familia, puesto que a lo largo de la historia se ha ido perfilando que lo permanente no es la forma, sino una cierta función específica que la familia debe cumplir en cada etapa. Las funciones básicas de la familia como la satisfacción de necesidades biológicas, psicológicas, de socialización, mediadora y funciones económicas, y la transmisión de valores, creencias y conocimientos comunes influidos por su cultura, se ordenan y transmiten para garantizar el desarrollo de sus miembros y estabilidad de la familia; pero al mismo tiempo la estructura familiar influye en la forma de satisfacer las necesidades de sus integrantes y en la jerarquización de las mismas, determinando la forma en que se asignan roles entre sus miembros bajo el marco de la división sexual del trabajo y según los cambios culturales de la sociedad.[180]

Los factores culturales inciden en las reglas de conducta, en los hábitos y en las costumbres, en la forma en que las personas desarrollan sus relaciones con los demás. Y por consecuencia en los modos en que construyen y desarman sus parejas, y asumen sus responsabilidades paternales.

Lo cultural se manifiesta además en cuestiones como los criterios de planificación de la vida, la posibilidad de separar o no la sexualidad de la procreación, el valor del matrimonio como institución, la importancia del amor y la consi-

180- https://bit.ly/2qi8uUo

deración del otro en las relaciones afectivas, los criterios con que se educa a los hijos y la manera en la que se distribuyen los roles en función del género.

La cultura brinda entonces un marco general de referencia dentro del cual se mueven las personas, y determina también lo que es aceptable o no como criterio de pertenencia o de rechazo social. Este marco está mediado por al menos dos elementos: la influencia de la economía y la capacidad puntual de cada persona para adaptarse, aceptar o no y actuar de acuerdo con lo que propone la cultura dominante. Y esa compleja matriz de relaciones da lugar a reacciones y comportamientos diversos.

Las tendencias culturales en los aspectos que detallamos más arriba son dadas para cada generación en cada momento del tiempo y en cada lugar. Sin embargo, sacar de ellas lo mejor o sufrir lo peor depende de cuán preparadas están las personas para decisiones que no son simples. El caso sobre el que más hemos hablado, la sexualidad, puede ser un factor de plenitud personal o por el contrario una causa de acciones que tendrán efectos de los que es difícil volver. Lo mismo con las maneras de entender y vivir el amor, relacionarse con el otro, etc.

Veamos algunos ejemplos que marcan la importancia de las pautas culturales en relación con otros factores.

Natalidad y pautas culturales

Hay interesantes ejemplos que demuestran cómo los cambios culturales transforman los incentivos que vienen desde la economía.

En su libro *Our kids*, Robert Putnam demuestra que momentos económicos similares no producen impactos idénticos sobre las relaciones humanas, casualmente por la influencia de los factores culturales predominantes. Dice el autor en un artículo al respecto:

> … la cultura también es importante: mientras que el aumento del desempleo produce disfunción social en todas las sociedades, las tensiones de la Gran Depresión en los años treinta no dieron lugar a una explosión de las familias monoparentales, debido a las normas culturales que existían en ese momento, tales como la estigmatización de la paternidad fuera del matrimonio y los casamientos forzados por esa misma razón.[181]

O sea que el hecho de que las crisis económicas afecten duramente la estabilidad de las familias no ha sido una constante a lo largo de la historia, como lo prueba lo que sucedió durante la Gran Depresión de los años 30. Las normas culturales ligadas a la familia han funcionado en esos momentos como factor de cohesión y de contención.

En otra investigación, un grupo de economistas norteamericanos se preguntó cuánto influía una mejora en el nivel de ingresos de la gente en su decisión de tener hijos y de casarse. Indagaron hasta qué punto las parejas, ante el hipotético caso de que sus ingresos mejoraran mucho, se animaban a tener más hijos y preferían el casamiento antes que la vida en cohabitación.[182]

Este estudio se desarrolló en el marco de la explosión de la industria petrolera debido a la nueva tecnología conocida como *fracking*, algo que no solo generó nuevos puestos

181- Putnam, Robert, «"Our kids": The american dream in crisis», *The New York Times,* 6 de marzo de 2015. Disponible en https://goo.gl/cK8ktY

182- Dubner, Stephen J., «The fracking boom, a baby boom, and the retreat from marriage», *Freakonomics*, 5 de julio de 2017. Disponible en https://goo.gl/y6Jgua

de trabajo, sino que incrementó enormemente los salarios en cinco estados: Pensilvania, Oklahoma, Texas, Virginia Occidental y Ohio. Esto permitió comparar lo que ocurría en las familias a partir del *boom* petrolero actual con lo que había sucedido en otros momentos de la historia, cuando también aumentaron los ingresos de muchas personas en lugares determinados.

En este caso, si bien los ingresos aumentaron notablemente y las mejores condiciones económicas indujeron un aumento generalizado de la natalidad, no creció el porcentaje de parejas que decidieron casarse, y la mayoría de los hijos «nuevos» eran de mamás y papás que no estaban casados.

Fue muy interesante comparar esta situación con otra similar que se dio cuatro décadas atrás, en el marco del *boom* del carbón. En ese entonces, mucha gente también mejoró su nivel de vida en otro contexto cultural. Y, en ese caso, lo que ocurrió fue que la mejor situación económica produjo más casamientos y más niños de parejas casadas.

La conclusión obvia fue que más allá del impacto económico, lo más importante en relación con estas decisiones es el contexto social en el que viven las parejas. En los años setenta y ochenta, había pocos nacimientos fuera del matrimonio y existía un gran estigma social asociado con los nacimientos de padres no casados. Por lo tanto, en esos años, cuando mejoraba el ingreso, aumentaban los nacimientos, pero dentro del ámbito matrimonial.

Matrimonios de escopeta

El impacto cultural se da en muchísimos otros aspectos de lo sexual y afectivo. Hay instituciones que en algún momento formaban parte de los criterios básicos de aceptación social y que hoy han desaparecido.

Un caso interesante es el que conecta la maternidad con la obligación de casamiento (lo que en los EE. UU. se llama los «matrimonios a punta de escopeta»), una costumbre que afortunadamente ha pasado a la historia.[183] Hasta la década del setenta el estigma de la maternidad soltera era tan grande que la promesa de un casamiento inmediato en caso de embarazo era una condición para que las mujeres aceptasen tener relaciones prematrimoniales. Y los hombres, a su vez, estaban dispuestos a cumplir con su palabra y a comprometerse porque existía una presión social en ese sentido.

Con el tiempo, la vida sexual sin compromiso comenzó a presumirse cada vez más como algo habitual en las relaciones prematrimoniales. Y muchas mujeres que, llegado el caso, no querían practicarse un aborto por razones morales o religiosas, y temían que negándose a la actividad sexual podrían perder a sus parejas, se resignaron a correr el riesgo de asumir un embarazo sin contar con la promesa de su marido.

Hoy en día, los avances en torno a la tecnología reproductiva están en relación directa con la tasa decreciente de este tipo de enlaces. La mayor disponibilidad de recursos de control de la natalidad hizo que las mujeres ya no consideraran necesario condicionar las relaciones sexuales a una promesa de matrimonio en caso de embarazo. Pero lo cierto es que, si bien antes las mujeres se permitían menos libertad,

183- Sawhill, Isabel y Joana Venator, óp. cit.

de algún modo los hombres se veían obligados a hacerse responsables ante la posibilidad de un hijo, mientras que hoy ellas son libres a la hora de elegir, pero los hombres ya no están dispuestos a «sacrificarse». En consecuencia, la decisión acerca de tener o no un hijo está del lado de las madres, en tanto el matrimonio y la manutención de los hijos se han convertido en una elección social del padre.

La actitud de muchos hombres ante los embarazos no planificados ha cambiado a tal punto que la lógica pareciera ser: «Ya que la decisión de tener o no un hijo depende exclusivamente de la madre, no es justo que ambos padres deban ser responsables de ese hijo», lo que hace mucho menos probable que los hombres propongan el matrimonio como una posibilidad ante el embarazo no planificado, y se traduce en que hay un gran número de mujeres solas a cargo de la crianza de esos hijos que no fueron consensuados.

Por otro lado, así como en los viejos tiempos las adolescentes que quedaban embarazadas eran expulsadas de las escuelas y marginadas, y debían dar a luz en secreto, hoy, en la mayoría de los casos, reciben apoyo. En definitiva, la maternidad fuera del matrimonio ya no resulta en ostracismo social, y los matrimonios en general ya no se dan a punta de escopeta. Sin embargo, el embarazo fuera del compromiso de pareja que sustenta el matrimonio tiene, como se desprende de los datos aportados previamente, sus efectos negativos para madres e hijos.

Los cambios culturales no se dan de forma aislada: las costumbres sexuales tienen relación con las tecnologías en el campo reproductivo, con la concepción del matrimonio y con sus marcos legales, con la percepción y el ejercicio de los derechos de las mujeres. La vida de las parejas en este nuevo contexto se ha transformado. Y no todos los cambios son positivos —no lo es, por ejemplo, la tendencia al abandono

parental—, pero en cualquier caso el campo es diferente y exige jugar dentro de límites nuevos, sobre todo si la idea es modificar algunas de sus reglas.

El amor en tiempos de lo *light*

En este nuevo marco cultural proliferan las uniones de baja intensidad e implicación amorosa, y palabras como novio o novia, familia, esposos, parecieran haber perdido peso. La ambigüedad ha invadido el discurso de quienes, por un lado, añoran una relación trascendente y duradera y en lo profundo mantienen un ideal de familia y, por el otro, abundan en referencias a lo *light* y al bajo nivel de compromiso. El lenguaje desnuda corazones: la palabra amor se usa como un pin con un emoticón que puede prenderse a cualquier cosa, pero al mismo tiempo emplearla como base para el compromiso duradero provoca cierta vergüenza y aún rechazo.

No obstante, una línea de análisis en torno a los aspectos culturales de las relaciones humanas asegura que no solo es posible sino necesario trabajar esta dimensión en los jóvenes, pues sirve para ayudarlos a desarrollar la idea de que el amor es un componente básico para mantener relaciones satisfactorias, que son imprescindibles, a su vez, para llevar adelante un proyecto de vida pleno y exitoso.

Dos estudiosos de este tema como Richard Weissbourd y Rebecca Givens Rolland aseguran que

> Las relaciones románticas exitosas —parejas con apego seguro que promueven la estabilidad y la confianza entre sus miembros— se correlacionan con salarios más altos, con menos problemas de salud y con la gratificación en muchos ámbitos

> de la vida. […] Como un estudiante de secundaria le dijo a la reportera del *New York Times* Laurie Abraham: «La sociedad nos dice que trabajemos duro, que solo nos preocupemos por la escuela, que no pensemos en chicas o en chicos porque podremos preocuparnos de esas cosas más adelante, porque esas cosas se resuelven solas»; pero la realidad es que no se resuelven solas.[184]

Y no se resuelven solas cuando no se sabe o no se siente cómo construir esas relaciones virtuosas con el amor como herramienta. Pero no es un trabajo fácil.

Ante todo porque amar exige niveles de compromiso, desprendimiento y afecto que implican exigencias para las que no todos estamos preparados ni dispuestos.

Zygmunt Bauman, en su monumental *Amor líquido*, nos recuerda que «el amor es la supervivencia del yo a través de la alteridad del yo. Y por eso, el amor implica el impulso de proteger, de nutrir, de dar refugio, y también de acariciar y mimar, o de proteger celosamente, cercar, encarcelar. Amar significa estar al servicio, estar a disposición, esperando órdenes, pero también puede significar la expropiación y confiscación de toda responsabilidad. Dominio a través de la entrega, sacrificio que paga con engrandecimiento. El amor y el ansia de poder son gemelos siameses: ninguno de los dos podría sobrevivir a la separación».[185]

Sostener esas virtudes, y descartar esos vicios para vivir plenamente los beneficios de amar, no es fácil en la modernidad («líquida», como la ha calificado el mismo Bauman).

Los fracasos de las parejas de los padres; los mensajes mediáticos, los clichés sobre las relaciones fugaces e incluso

184- Weissbourd, Richard y Rebecca Givens Rolland, «Learning about love. How schools can better prepare students for romantic relationships». *Harvard Education Letter*, vol. 29, n.° 2, marzo-abril de 2013.

185- Bauman, óp.cit., p. 11

violentas, la misoginia, la violencia en las relaciones cotidianas en la misma escuela, y la generalización de ideas acerca de la fugacidad amorosa como parte del «sentido común» van construyendo un ámbito cultural sesgado respecto del amor, que hace que este pierda el valor primordial que tiene para establecer relaciones humanas.

Tampoco ayudan la volatilidad y rapidez de las relaciones que se establecen con la ayuda de la tecnología.

Con las disculpas del caso —confiando en que el lector comprenderá la deuda intelectual que tenemos con él en este tema— me permito citar otra vez a Bauman, quien a este respecto nos dice que «las conexiones son "relaciones virtuales". A diferencia de las relaciones a la antigua (por no hablar de las relaciones "comprometidas", y menos aún de los compromisos a largo plazo), parecen estar hechas a la medida del entorno de la moderna vida líquida, en la que se supone y espera que las "posibilidades románticas" (y no solo las "románticas") fluctúen cada vez con mayor velocidad entre multitudes que no decrecen, desalojándose entre sí con la promesa "de ser más gratificante y satisfactoria" que las anteriores. A diferencia de las "verdaderas relaciones", las "relaciones virtuales" son de fácil acceso y salida. Parecen sensatas e higiénicas, fáciles de usar y amistosas con el usuario, cuando se las compara con la "cosa real", pesada, lenta, inerte y complicada. Un hombre de Bath, de 28 años, entrevistado en relación con la creciente popularidad de las citas por Internet en desmedro de los bares de solas y solos y las columnas de corazones solitarios, señaló una ventaja decisiva de la relación electrónica: "Uno siempre puede oprimir la tecla *delete*"».

No se trata obviamente de tomar una posición puritana respecto de lo que es hoy parte inescindible de nuestra vida cotidiana, sino simplemente marcar el enorme desafío

de asumir, proponer, difundir el valor positivo de las relaciones estables cuando la fugacidad parece ser a la vez el marco y la regla aceptada.

Frente a todas estas evidencias; y a la importancia que atribuimos al amor, vale que nos preguntemos si se puede «enseñar el amor». Más aún, que pensemos si es posible balancear estos incentivos a la volatilidad, o compensar las carencias que muchos traemos desde nuestra historia personal para que finalmente el amor sea un componente de nuestras relaciones que agregue no solo estabilidad sino también todas las virtudes que mencionaba Bauman más arriba y que enriquecen a ambas partes de la pareja («Y por eso, el amor implica el impulso de proteger, de nutrir, de dar refugio, y también de acariciar y mimar»).

Una primera forma de «enseñar el amor» es la reflexión positiva que surge cuando los hijos tienen la oportunidad de convivir con el ejemplo y la influencia de padres que han podido edificar una relación sana y madura en la que predominan las virtudes del amor. Pero aún cuando los padres que viven en hogares monoparentales pueden ser magníficas guías para ayudar a sus hijos en su propio desarrollo afectivo, lo cierto es que los números sobre fracasos de parejas que mostramos indican que muchos jóvenes no pueden acceder a esos ejemplos para construir su propia vida… Necesitan apoyos externos, porque es difícil pedirle amor a quien no lo ha tenido.

A este respecto, Miguel Espeche, con su habitual profundidad, reflexiona acerca de los múltiples desafíos que entraña la paternidad, en especial en relación con aquellos aspectos que definen la capacidad de los hijos para crecer en libertad y relacionarse positivamente con su entorno. Y destaca que los chicos serán lo que vean, sientan y reciban; y a su vez darán a otros lo que hayan absorbido en su crianza.

Dice Espeche:

> Al chico lo sostiene la confianza. Esta tiene por ingredientes coraje, deseo, entusiasmo… y lo que lleve de sus padres en el corazón y la mente. Allí, en su interior y no tanto en el afuera, se va forjando el punto de equilibrio y energía, el referente a partir del cual todo encuentra su lugar y sobre el cual se construye todo un destino. […] Las fuentes de la confianza, aunque a veces son difíciles de discernir, surgen de la vida misma, del contacto con lo que es vital y, sobre todo, con lo que nos vincula a unos con otros y con el mundo. […] La confianza se vive como energía vital, que suele quedar bloqueada cuando nos aislamos o cuando interfieren ideas oscuras o sentimientos de los cuales estamos presos. Muchas veces, los puntos irresueltos de nuestra propia vida, las heridas que los padres llevamos dentro, los imaginarios que nos nublan la mirada o las ideologías que militan por la glorificación del temor y del recelo dificultan ese contacto vital. […] Cuando perdemos vitalidad, perdemos energía y, de este modo, la posibilidad de habitar la confianza. […] Vale recordar que la autoridad no es una mera cuestión de formas vacías, repetidas y clonadas. La autoridad de los padres es una actitud habitada por la confianza en la vida, una postura vital ante los hijos y la familia, más que una forma de conducta determinada.[186]

En alguna otra parte de este libro nos referimos a los ámbitos de socialización de los jóvenes, que son básicamente tres: la familia, la esquina y la escuela; y que son espacios que muchas veces compiten entre sí respecto de los mensajes que generan y los valores y comportamientos que promueven.

Cuando la familia no existe como ámbito ejemplar, es difícil pensar que la esquina sea un ámbito virtuoso para que los chicos desarrollen los conceptos y sentimientos relacio-

186- Espeche, Miguel, *Criar sin miedo*. Buenos Aires, Aguilar, 2010.

nados con el amor; y es por ello que son tan importantes los otros dos ámbitos, cuando existen.

Pero podemos también —como incentivo a lo que quisiéramos lograr— imaginar un mundo ideal en el que, como parte de una educación madura, los padres, los maestros y los educadores sexuales (que no tienen que ser necesariamente parte de la escuela) puedan desarrollar conversaciones profundas sobre las múltiples dimensiones que se relacionan con el amor.

La educación sexual, con lo importante que es en este sentido, requiere una reflexión muy profunda que deje de lado los estereotipos en torno a las relaciones afectivas y sexuales que inducen a ver en el otro a un objeto de satisfacción personal antes que a un par con quien sería posible construir una relación. Y no basarse solo en una descripción de los aspectos médicos dejando de lado la dimensión afectiva, casi a modo de «prevención de desastres», sin ninguna referencia a dimensiones más profundas.

En cambio, es posible encarar una educación sexual en la que se discuta por qué y cómo las relaciones románticas pueden ser significativas y gratificantes; cómo distinguir el amor inmaduro del amor maduro; cómo analizar la atracción, el enamoramiento y el amor; por qué las relaciones se desmoronan y cómo saber romper con respeto y cuidado.

También, conversar sobre relaciones saludables o dañinas; y aún pensar por qué podemos sentirnos atraídos por las personas que no son saludables para nosotros. Y aunque parezca totalmente fuera de moda, hablar sobre las muchas formas de amor romántico; y sobre como cambia el amor a lo largo de la vida; una cuestión esencial para poder entender cómo se mantienen las relaciones a lo largo de la vida.

También puede ser útil incorporar en las charlas cuestiones éticas, como las referidas a la fidelidad; un tema en el que se puede llegar fácilmente a hablar de valores y lealtades y derechos humanos bajo la forma del derecho del otro cercano.

En fin, que aunque estas charlas tan complejas puedan parecer idealistas para ser encaradas en ámbitos en los que prevalecen otras preocupaciones, o en los que claramente no están desarrolladas todas las capacidades para trabajar temas que aparecen como muy difíciles, no está de más proponerlos como metas.

A poco que pensemos, encontraremos muchos lugares en los que podremos proponer, al menos, abrir estas discusiones. La escuela es el ámbito ideal, pero también las organizaciones comunitarias, que viven cotidianamente en relación con personas que necesitan de su consejo y de apoyos de todo tipo; y obviamente el hogar.

Con esta herramienta, la educación y el diálogo para el amor, podremos ayudar a nuestros chicos a ubicar los mensajes y las costumbres que les provee la cultura predominante, en el marco más noble de la relación con el otro como una forma de crecimiento conjunto.

Ya comentamos más arriba los complejos incentivos culturales asociados a la sexualidad temprana; el consumo de sustancias adictivas y otras cuestiones que se asocian finalmente al embarazo adolescente y a la fugacidad de las relaciones.

Asociado con ello, resulta también impactante ver cómo una parte importante del discurso cultural actual pasa por el predominio casi absoluto de los «derechos» de todo tipo; muchos de ellos relacionados con la vida sexual.

Sin dudar por un instante sobre el valor del placer y el desarrollo del propio cuerpo resulta impactante escuchar algunos de estos principios que privilegian el derecho propio, totalmente desconectados de cualquier relación sana y constructiva con los otros.

Paradójicamente, la experiencia indica que las principales víctimas de la predominancia absoluta del «derecho a» son las mujeres. Y digo «paradójicamente» porque el discurso del derecho absoluto proviene primordialmente de colectivos feministas que, inspirados por el derecho al manejo del propio cuerpo y el goce sexual, no han podido poner límites a la primacía de los derechos sobre las responsabilidades, dejando de tal manera una veta por la cual se cuelan comportamientos que agreden a las mujeres, y en general a muchos otros en las relaciones de pareja.

Las cifras sobre hogares monoparentales, violencia doméstica y abandono son absolutamente claras; y sin duda se reducirían si los derechos (muchas veces concebidos como ilimitados) fuesen ejercidos en un marco de respeto igualmente intenso, no solo por los derechos del otro sino también por la valoración de la relación como una herramienta del crecimiento conjunto y personal.

CAPÍTULO V

¿Cómo pasar a los hechos?

Ha llegado entonces el momento de empezar a pensar en construir una agenda de acciones que puedan encararse, no solo para poner el tema de la «familia líquida» en la plataforma de la opinión pública, sino también para trabajar en múltiples campos de modo de modificar causas y efectos que agreden las capacidades personales y las relaciones interpersonales por causa de la disfuncionalidad familiar.

Creemos que, para construir esa agenda, es importante partir de las evidencias y por ello mostramos muchas cifras que sin duda son impactantes y tal vez puedan motivar críticas, pero sirven para que veamos dónde estamos parados. Las evidencias sacuden pero también despiertan.

Puede resultar polémico, por ejemplo, señalar que se dan menos casos de violencia en los matrimonios que en las parejas que viven en cohabitación. Se trata de resultados estadísticos y, al exponerlos, no es mi propósito cuestionar a quienes eligen la cohabitación como opción de vida en común, sino aportar información que prueba la importancia de construir proyectos de vida basados sobre vínculos estables, desde lo afectivo hasta lo económico, y que según los prueban esas y otras cifras mejoran la calidad de la relación. Cuando las personas piensan en términos de un contrato en el que ambos aportan, ceden y se enriquecen humanamente, la relación y el respeto mutuo se potencian.

Por otro lado, las cifras que muestran que la llegada de un hijo en un momento de la vida en el que los padres no están preparados económica o culturalmente para recibirlo es una causa frecuente de crisis que puede romper las parejas también son controversiales. Alguien podría inferir que estoy haciendo apología del aborto, pero nada más lejos de mi intención. Se trata más bien de llamar la atención acerca de la necesidad de ayudar a las parejas a planificar la maternidad-paternidad y sus consecuencias a fin de que puedan maximizar las virtudes de estar y crecer juntos.

Asimismo, exponer que el 40% de los padres que se separan al cabo de cinco años solo ven a sus hijos una vez por año; o que los niños que viven solo con su madre, en un alto porcentaje, reciben menos cuidados que aquellos que viven con ambos padres; o que más del 60% de las adolescentes que llevan a término embarazos no planeados no deseaban tener esos hijos, puede parecer muy duro (y casi increíble).

Sin embargo, sacar la información a la luz y valorarla sin prejuicios es el primer paso para tomar conciencia y pasar a los hechos. Los números sirven para «correr la cortina» y mostrar que tenemos un problema que no ha aparecido regularmente entre las prioridades de la cuestión social, pero que sin embargo está allí y debemos ocuparnos de él, sin etiquetas que nos paralicen y nos impidan encontrar caminos nuevos.

Vaclav Havel, extraordinario escritor y político checo, escribió que «los problemas se resuelven cuando las sociedades son capaces ante todo de tomar conciencia. La conciencia precede al ser». Es necesario, pues, que tomemos conciencia como sociedad sobre la complejidad del problema que estamos tratando y asumamos plenamente nuestras circunstancias, ya que de la conciencia surgirán las acciones y las soluciones posibles.

Para ello es imprescindible prestar atención no solo a lo que sucede en los ámbitos académicos y políticos, sino en los espacios de la vida cotidiana, sin dar nada por sentado, por sabido o por resuelto. El secreto para dar comienzo al cambio es indagar, conocer, aceptar, por más dura que sea la realidad a la que nos enfrentamos.

La familia ha evolucionado mucho —familias monoparentales, ampliadas, ensambladas y obviamente parejas convivientes—, a tal punto que, como dijimos al principio, parece más adecuado hablar de «familias» antes que de «familia». Con todas ellas debemos trabajar para que sus relaciones enriquezcan a sus miembros, para que puedan superar los problemas que les presenta la vida cotidiana y para que elijan un camino que los potencie y haga felices.

Para entender todos estos cambios, hay que analizarlos con la mente abierta, detectar lo positivo que hay en ellos y tratar de modificar lo que se revela como objetivamente pernicioso.

Por eso mismo, es muy importante que en nuestro país aumentemos los esfuerzos para seguir investigando las múltiples causas, efectos y relaciones que se conectan con la dinámica de las familias, un proceso tan dinámico que no puede seguirse (y actuar sobre él) sin una reflexión basada en el conocimiento con perspectiva multidimensional, tan complejo como son las influencias que reciben las parejas en su propio desarrollo.

Pero por más que ocuparse de la familia suene como un objetivo bueno para una sociedad, ello no es tan fácil en nuestra Argentina de aquí y ahora.

Hay al menos tres razones por lo que ello es así, y trataremos de explicarlas en las páginas siguientes.

La primera razón es que la familia tiene poco *rating* en el espacio de la comunicación y en los diálogos cotidianos de las personas.

La segunda dificultad proviene de prejuicios instalados sobre la familia.

La tercera se refiere a las capacidades que tienen las instituciones sociales y políticas para adecuarse a la velocidad de los cambios en la familia, sus conflictos y los resultados de estos.

Recuperando la frase de Havel, que nos dice que no habrá acción sin conciencia previa, necesitamos que la sociedad tenga percepción de que estamos frente a una cuestión compleja, que afecta la calidad de vida y que es posible —y necesario— desarrollar acciones que puedan modificar los aspectos más negativos.

Pero hoy en día, en los medios de comunicación, la familia es un tema poco atractivo y que tiene poco *rating* porque —cuando aparecen temas conectados con las relaciones humanas— la familia ha sido desplazada por otros que tienden a ubicarse como cuestiones centrales en el espacio mediático y sobre los cuales se desatan debates acalorados que dejan de lado las causas y efectos complejos que marcamos frecuentemente y que por tanto funcionan como distracciones.

Tal vez el más impactante sea precisamente el aborto, que ha monopolizado el escenario cuando se trata de discutir cuestiones referidas a la sexualidad y a los hijos. Se asume que es una cuestión esencial porque además de responder a un derecho relacionado con el propio cuerpo y la sexualidad, permitiría reducir el embarazo adolescente, los hogares de madres solas y la mortalidad materna, entre otras. Incluso que las familias serán más sólidas si tienen la posibilidad de

decidir libremente y con seguridad sobre el nacimiento de nuevos hijos (como si esta fuese la única razón de continuidad —o no— de las parejas).

Más allá de las cuestiones de orden moral, que inevitablemente surgen al tocar este tema, plantear que el aborto es una suerte de solución mágica ante un problema tan sensible y difícil de resolver parece más bien un atajo que evita entrar en la cuestión de fondo, la cual, para ser abordada, requiere lidiar con variables y resultados muy complejos.

El embarazo adolescente no se resuelve mágicamente; y no poderlo resolver afecta gravemente la construcción de la vida de los jóvenes, tal vez para siempre. Es un asunto muy arduo cuya resolución exige acciones que surten efecto en el largo plazo e implican trabajar con detenimiento con la familia de origen, en escuelas y hospitales, en los distintos ámbitos de socialización y cara a cara con los jóvenes, tal como lo está haciendo el Ministerio de Desarrollo Social a través del Plan Nacional de Prevención del Embarazo No Intencional en la Adolescencia. Pero, sobre todo, ayudaría mucho si cada vez que hablamos del problema, incluyéramos la palabra familia en la conversación; porque efectivamente estamos hablando no de una cuestión individual —una suerte de «sálvese quien pueda»— sino de un espacio humano de relación que se acaba de constituir con la llegada del bebé y que durará para siempre.

Otro tema que ha ocupado el centro de la escena mediática es el matrimonio igualitario. Ese estrellato comunicacional no toma en cuenta que se trata de un asunto en el que están involucradas relativamente muy pocas personas y que, más allá de que representa un gran avance en términos de sus derechos, tiene un limitadísimo efecto para cuestiones sociales muchos más universales (como las referidas a la crianza de los hijos, la adopción, etc.). En algún sentido,

pretender que el matrimonio igualitario pueda sustituir en la agenda pública las cuestiones de la disfuncionalidad familiar y sus impactos, que afectan a millones de personas, es casi una frivolidad.

Últimamente, la conversación también se ha concentrado en nuevos y muy diversos métodos de fertilización como si fueran el ícono de la «familia moderna», reduciendo cuestiones como la importancia del cariño, de la cercanía familiar, del buen trato entre los miembros de estos grupos a piezas de museo. Otra vez, avances interesantes para muy pocas personas si los comparamos con los números que expusimos a lo largo del texto. Una cosa es ocupar la tapa de los diarios o ser popular en las redes sociales mostrando las novedades en las formas de concebir un hijo con combinaciones ingeniosas y otra muy diferente es concentrar nuestras energías en trabajar para resolver cuestiones trascendentes por su impacto numérico y psicológico sobre las personas. Aunque parezca una afirmación antigua, un niño concebido con un vientre prestado —u otra combinación— será en todo caso una curiosidad periodística, pero está bien lejos de representar los problemas y posibilidades que tienen las familias de la vida cotidiana.

Otra cuestión que ocupa la agenda pública es la de la adolescencia; pero lo hace de una manera tal que reduce o ignora la importancia que tiene la familia en la construcción de la vida de los adolescentes. Por ello, es que —lamentablemente— el eje mediático pasa únicamente por la demanda de represión a los hechos delictivos cometidos por menores.

Es muy difícil encontrar, en las crónicas periodísticas, referencias explícitas a la relación entre el presente violento de tantos jóvenes y su pasado dramático originado en historias de abandono y violencia en la infancia. Ellos parecen ser

los únicos responsables de su compulsión al delito y por lo tanto la única respuesta posible es la máxima represión.

Estos asuntos muestran hasta qué punto se ha construido una imagen negativa de los jóvenes —en especial de los más pobres—, como si fuesen una suerte de violentos crónicos que deben ser reprimidos al margen de las razones por las que han llegado a esa situación. Todos los meses (y a veces todas las semanas), aparecen en los medios las historias de jóvenes con antecedentes criminales terribles, que se convierten en las principales razones para alimentar no solo el miedo, sino también los discursos de dureza y represión. Desde Robledo Puch hasta el Polaquito, cotidianamente algún caso da la razón a quien supone que esta supuesta epidemia solo puede solucionarse a sangre y fuego.[187]

Al igual que en los otros temas que esconden —voluntaria o involuntariamente— la importancia de la familia, la sociedad pierde cotidianamente oportunidades para reflexionar y sensibilizarse sobre realidades habituales que permitirían avanzar en soluciones. Pero matar o encarcelar parece más fácil que acercarse.

La segunda dificultad que mencionamos se refiere a prejuicios instalados sobre el tema familia. En principio, cuando se habla de familia, inmediatamente aparecen algunas «sospechas» relacionadas con el prejuicio de que, por debajo de cualquier preocupación, investigación o propuesta ligada a la palabra familia, haya una intención religiosa, o una crítica a las nuevas formas de familias o —peor aún— prejuicios sobre la vida sexual o las mismas relaciones de pareja.

En el caso concreto de nuestro país, la virulencia que tomaron las discusiones sobre el aborto y cuestiones conexas

187- Sugiero mi artículo sobre el caso del Polaquito: https://bit.ly/2ObqcXb

nos ha mostrado cuán profundas son las diferencias sobre aspectos de la vida social en los que debería ser posible encontrar caminos de pensamiento y acción que respetasen las diferencias y al mismo tiempo tuviesen mínimos comunes denominadores que permitiesen resolver problemas muy graves, muchos de los cuales revelamos en este texto. Algunas personas afirman que la familia es un espacio de intimidad y por tanto se preguntan si es lícito pretender que el Estado interfiera en lo que hace la gente de su vida puertas adentro. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Implica eso no respetar las opciones más personales? ¿Más aún, es posible meterse dentro del hogar para resolver los problemas de las relaciones humanas?

Hay también quienes acusan a las propuestas que ponen énfasis en el desarrollo armónico de la pareja de ser «neoliberales» y «conservadoras»,[188] argumentando que apuntar a la familia como responsable y esperar que allí se resuelvan las cosas es una forma de justificar el supuesto abandono de las obligaciones por parte del Estado, ya que les estaríamos endosando a las familias responsabilidades que le corresponde asumir al sector público. Un supuesto muy sesgado que —por razones políticas— piensa una separación total entre instituciones que deben ser complementarias. En el mismo sentido, otros afirman que es un paso atrás en cuestiones de género, ya que poniendo el foco en la familia se correría el riesgo de volver al viejo modelo en el que las mujeres acababan asumiendo un compromiso «excesivo» con el funcionamiento del hogar, sin poder atender a sus propios deseos.

Es extraño ver que muchas de estas observaciones provienen de personas y entidades relacionadas con lo que genéricamente podemos llamar «feminismo», cuando el trabajo

188- https://bit.ly/2TdSYY0

que hagamos para lograr familias armónicas va en claro beneficio de las mujeres, ya que son ellas las que llevan la peor parte en las rupturas de las parejas.

Las cifras sobre la cantidad de hogares monoparentales con jefatura femenina son contundentes, y ellas serían las primeras beneficiarias de un modelo familiar asentado sobre la base de parejas bien constituidas, capaces de durar y de crecer a partir del respeto y el afecto mutuos.

Pero aceptando y respetando esos puntos de vista, mi impresión es que estas posiciones minimizan el impacto que tienen los efectos de la disfuncionalidad familiar que desarrollamos in extenso en este libro; y que por tanto es muy relevante tratar de dejar de lado los prejuicios para concentrar la energía en posibles soluciones que mejoren el presente y el futuro de las personas concretas.

Una tercera dificultad para pasar a los hechos es que las instituciones que rodean a la familia se modifican a una velocidad diferente de aquella a la que cambian las circunstancias vitales y culturales en las que se desenvuelven las familias mismas. Ya repetimos hasta el cansancio cifras sobre la relación entre cohabitación y matrimonio, aumento de divorcios y reducción de matrimonios, sexualidad temprana, violencia y abandono parental. Y, también, cómo han crecido exigencias sociales por soluciones, tales como la justa demanda de las madres por desarrollar plenamente sus capacidades a través de la plena inserción en el mercado de trabajo, y lo que ello puede significar para parejas que no están siempre preparadas para este desafío. O los pedidos por resolver la situación de las parejas jóvenes sin recursos y/o la vulneración de los derechos de los niños.

Estas nuevas velocidades de generación de problemas y demandas de solución exigen que las instituciones que

deben atenderlas estén en condiciones de hacerlo; lo que significa no solo que haya marcos legales adecuados, sino también que las personas que intervienen en ellas tengan la conciencia, apertura y formación necesarias para escuchar, mirar y actuar. Imaginemos por ejemplo lo que significa para la Justicia (los textos y su aplicación concreta) el hecho de que estemos hoy hablando genéricamente de «familias», cuando históricamente el derecho estaba pensado para la «familia» nuclear. Leyes como la del matrimonio igualitario han generado un espacio legal y de derecho más consolidado; pero permanentemente se presentan nuevas situaciones, preguntas y problemas.

Los nuevos derechos de los niños han crecido tanto como las formas de infringirlos. Entonces, surge la pregunta: ¿están nuestras instituciones jurídicas en condiciones legales y operativas de cuidar todos esos derechos? (Una jueza de familia del interior de nuestro país me decía que «la principal diferencia entre un juez comercial y yo es que el juez comercial tiene solo dos actores de los que ocuparse, acreedor y deudor, mientras que yo nunca tengo menos de 6 u 8: mamá, papá y 4 o 6 chicos, y la mitad de los recursos humanos y económicos para atenderlos»).

Y cuando hablamos sobre la forma en que los conflictos familiares afectan a los niños, nos preguntamos enseguida si está la escuela en condiciones de compensar esas carencias.

En algún lado citamos una frase muy descriptiva: «Las escuelas trabajan con los chicos que les traen las familias». Si es así, ¿pueden las escuelas de aquí y ahora identificar los problemas que sufren chicos que viven en hogares cuya forma habitual de relación es el conflicto?; o —más difícil aún— ¿pueden las escuelas influir directamente sobre lo que sucede dentro de esos hogares para mejorar las relaciones

entre padres e hijos? También ¿puede el sistema de salud afrontar la velocidad de los cambios en la sexualidad y sus efectos? ¿Tiene capacidad para escuchar y prevenir? Y, en el sumun de la complejidad, ¿están todos esos sistemas e instituciones conectados de modo de optimizar sus acciones de prevención e intervención? ¿Funcionan todos ellos con un mismo paradigma sobre lo que constituye una familia y cuáles pueden ser sus problemas?

En síntesis, no podemos afirmar que el tema familia esté en el centro de las agendas públicas o de las iniciativas sociales, porque, además de las razones que hemos mencionado, ese lugar está ocupado por otras cuestiones enormemente relevantes —como la pobreza— de la que se observan mucho más los aspectos individuales que su relación con la vida de pareja.

Pretendo que eso se cambie porque, como afirma el sociólogo norteamericano Dennis McCann, «el bien común es la búsqueda del bien en común».[189] En este sentido, la familia es la semilla de la que germina el comportamiento social. Por lo tanto, si queremos alcanzar el bien común, debemos lograr familias armónicas, capaces de propiciar el bienestar de todos, familias que valoren al otro como individuo y respeten sus derechos, familias que ayuden a construir una sociedad con los mismos valores y resultados.

189- McCann, Dennis, «The good to be pursued in common», en Williams, Oliver y John Houck (eds.), *The common good and U.S. capitalism*. Lanham, London University Press of America, 1987.

Los derechos de los niños como marco general

Vamos entonces aproximándonos al campo de las acciones.

Es nuestra obligación trabajar para que todos los miembros de la familia puedan desarrollarse plenamente gracias a la relación de pareja; pero es obvio que los más vulnerables son los niños y por ello es necesario trabajar para que las familias puedan proteger sus derechos básicos y contribuir a que se desarrollen en plenitud.

En la Argentina, como ya lo señalamos, la situación de los niños es dramática: son el sector social más castigado por la pobreza en sus múltiples dimensiones (48% con carencias elementales), con una perspectiva muy compleja, pues no se trata solo de carencias primarias —como la alimenticia—, sino también de otras concurrentes como el hábitat, la educación y la estructura familiar. Y a ello se agrega cuánto más sufren los chicos pobres el abandono paterno y la vulnerabilidad de sus mamás, porque tienen menos recursos para compensarlos.

Por ello, la concentración de los recursos públicos y sociales en el bienestar de los niños es una de las decisiones estratégicas más importantes que debe tomar la sociedad argentina; pero debemos reconocer que no es fácil de implementar: el 65% del presupuesto nacional está concentrado en el sistema previsional y quedan casi migajas para atender al resto de los problemas, en especial a los niños.

Si bien los jubilados han sufrido retrasos en sus ingresos por las crisis y la inflación recurrente, su situación de pobreza estructural es menos grave que la de los niños pobres; tienen una obra social que los contiene y una mayor representación social. Los niños, en cambio, no tienen quien

pida por ellos. De allí la importancia de trabajar con los niños y las familias con una perspectiva que los reúna, a través de programas de la máxima eficiencia posible.

Aunque sea obvio que niños y familia son en principio una unidad desde el punto de vista de la mirada y la acción, es necesario remarcar cómo y por qué debemos concentrar nuestra preocupación en los niños y sus derechos y desde allí integrarlos con las cuestiones familiares, tanto las cotidianas como las críticas. La construcción de las vidas de los niños es el resultado de decisiones cotidianas que los padres deciden con las herramientas económicas, ambientales y culturales de las que disponen. Ellos empiezan por decidir cuándo y cómo los traerán al mundo. Algunos pueden hacerlo de manera consciente, pero otros asumirán su paternidad o maternidad resignándose a las consecuencias de decisiones que, por distintos motivos, no fueron conscientemente tomadas.[190]

Los padres deciden luego qué les darán de comer, dónde vivirán, qué ropa vestirán. También tendrán que decidir cuándo llevarlos al médico, y si conviene seguir o no sus consejos. Tomarán decisiones acerca de cómo educarlos, de cómo y cuándo hablarles, de cómo estimular las conductas aceptables y desalentar aquellas que no lo son. Desde luego, puede que también resuelvan delegar parte del tiempo de cuidado en el jardín, en la escuela o en otras personas, como parientes o cuidadores ocasionales. En cada uno de esos pasos hay una dinámica de las relaciones familiares que es necesario acompañar y reforzar, en beneficio de los niños y de las relaciones de la pareja; pero también en cada paso hay derechos que respetar y aun potenciar.

Para el ejercicio y defensa de esos derechos, los niños de todo el mundo tienen un marco legal que los protege, y

190- Berlinski, Samuel y Norbert Schady, óp. cit.

que ha sido desarrollado no solo a través de acuerdos diplomáticos —como la Convención de los Derechos del Niño (que para los argentinos tiene rango constitucional)—, sino también gracias a infinitos aportes académicos y de políticas que han formado un cuerpo conceptual y operativo de enorme importancia.

El desafío entonces —en el marco de nuestra preocupación por las familias— consiste en optimizar la relación entre ambas dimensiones: la dimensión individual de los niños y la dimensión familiar. Mejores familias para niños más plenos y más felices.

La Convención establece que todo niño o niña tiene derecho a su desarrollo armónico y a su felicidad y que ese derecho general se compone de derechos puntuales que en conjunto cumplen con el objetivo general de protección integral:

- Derecho a la vida, a la supervivencia y al desarrollo.
- Derecho de prioridad.
- Derecho a la identidad.
- Derecho a vivir en familia.
- Derecho a la igualdad sustantiva.
- Derecho a no ser discriminado.
- Derecho a vivir en condiciones de bienestar.
- Derecho a una vida libre de violencia y a la integridad personal.
- Derecho a la protección de la salud y a la seguridad social.
- Derecho a la inclusión.
- Derecho a la educación.
- Derecho al descanso y al esparcimiento.

- ξ Derecho a la intimidad.

Y por lo que se refiere específicamente a la relación con la familia:

- ξ Derecho a no ser separado de sus padres, salvo en interés propio.
- ξ Derecho a mantener relaciones personales con ambos padres.
- ξ Derecho a estar informado del paradero de familiares ausentes.
- ξ Derecho a mantener relaciones personales directas con los padres.
- ξ Derecho a que los padres asuman la responsabilidad primordial de su crianza y desarrollo.
- ξ Derecho a que, para tal efecto, los Estados asistan a los padres apropiadamente.

La mención de los derechos que consagra y protege la Convención nos da pie para introducir el tema de la Justicia como una herramienta central en la defensa y promoción de la familia y sus miembros.

Sobre esta base, los Estados tienen la obligación de intervenir en las diversas etapas de la vida, tales como el derecho a la vida en la infancia, la supervivencia y el desarrollo de los adolescentes a través de medidas positivas destinadas a protegerla, así como brindar las instituciones que aseguren el respeto a los derechos básicos o asistir en caso de carencias graves —como puede ser el caso de desnutrición o diversas formas de violencia—.

En nuestro país, a partir de la sanción de la Ley 26061[191] de protección integral de los derechos de niños,

191- De este modo, la Ley 26061 puso fin al patronato de menores, en el orden nacional y provincial, al derogar la Ley 10903 que imponía en cabeza de los jueces la protección de

niñas y adolescentes, se ha dado un avance importante desde el punto de vista conceptual para este camino. Así, en su artículo 4º, la ley introduce explícitamente la participación de las familias como uno de los ejes del logro de ese objetivo:

> Art. 4. — POLÍTICAS PÚBLICAS. Las políticas públicas de la niñez y adolescencia se elaborarán de acuerdo con las siguientes pautas: a) Fortalecimiento del rol de la familia en la efectivización de los derechos de las niñas, niños y adolescentes; b) Descentralización de los organismos de aplicación y de los planes y programas específicos de las distintas políticas de protección de derechos, a fin de garantizar mayor autonomía, agilidad y eficacia; c) Gestión asociada de los organismos de gobierno en sus distintos niveles en coordinación con la sociedad civil, con capacitación y fiscalización permanente; d) Promoción de redes intersectoriales locales; e) Propiciar la constitución de organizaciones y organismos para la defensa y protección de los derechos de las niñas, niños y adolescentes.

Sin profundizar en un tema en el que no tenemos experiencia, cabe sin embargo mencionar que la nueva ley abre una serie de espacios para que los niños y sus familias puedan ser más protagonistas de los procesos judiciales que los involucran —cuando antes eran solo recipientes pasivos de las decisiones de los magistrados—; y poder recibir la ayuda del aparato estatal a través de diversos organismos.

Ello exige que el Poder Judicial y el Ejecutivo (en especial provincial y municipal) puedan actuar en conjunto en las diversas etapas no solamente del juicio, sino —y sobre todo— en el seguimiento posterior de la evolución del caso.

los menores, atendiendo a su salud, seguridad, educación moral e intelectual del menor, proveyendo a su tutela. En otras palabras, ante la situación de desamparo y riesgo, los niños quedaban bajo la tutela del juez de familia, quien era el encargado de velar por su integral protección, quedando ahora a cargo de los dispositivos administrativos la función de concretar el cuidado integral de la niñez, a través de las llamadas medidas de abrigo provisionales.

En este proceso, es también muy importante la participación de la sociedad civil para intervenir en las diversas acciones que pueden contribuir a la plena inserción de los chicos en la vida, desde la adopción hasta la contención y orientación de los adolescentes que han tenido problemas legales y no cuentan con una familia en la que integrarse.

La colaboración plena entre el Poder Judicial, las instancias administrativas y la sociedad civil es un proceso muy complejo por múltiples razones. No todos interpretan el nuevo paradigma de la misma forma; muchas veces la comunicación no es lo fluida e intensa que debería ser y los funcionarios ejecutivos no cuentan con los recursos presupuestarios suficientes para atender a los niños y adolescentes como ellos lo necesitan.

Pero estos enunciados se enfrentan con una realidad por demás compleja. En un simposio que realizamos recientemente con la Universidad de San Andrés sobre el tema de la disfuncionalidad familiar,[192] los prestigiosos participantes dijeron frases que muestran el conjunto de temas relacionados con la Justicia que afectan la vida de los niños y adolescentes y sus familias y los desafíos consecuentes.

- «Otra barrera de acceso a la justicia es lo sociocultural. A los jueces les gusta hablar con lenguaje técnico y complicado, pero las familias y las víctimas no entienden ese lenguaje. Por ello, conviene reflexionar qué prácticas hacemos para reconocer al otro como sujeto de derecho y cómo se puede contribuir a una política pública de largo alcance». (Mariana Rey Galindo, jueza de familia, Tucumán)

192- http://www.observatoriosocial.com.ar/

- «Es importante analizar el vínculo entre pobreza, acceso a la justicia y justicia constitucionalizada. La pobreza es un factor de exclusión social y desigualdad que no solo tiene que ver con ingresos, sino con la diferenciación en el acceso a los derechos. El acceso a la justicia se ve vulnerado en condiciones de desigualdad, ya sea por vivir en situaciones de pobreza, poseer alguna discapacidad o encontrarse privado de la libertad. El rol de los abogados y del juez debe buscar resolver el conflicto desde una nueva visión y mirada donde exista la participación de operadores jurídicos comprometidos con la resolución del caso. Este juez debe caracterizarse por ser más activo, acercar a la parte y comprometerse con un proceso judicial que sirva a la gente». (Marina Ditieri, presidenta de la Comisión de Niños, Niñas y Adolescentes de la AABA).

- «Mi experiencia como jueza hace que trate con jóvenes de bajos recursos que no están escolarizados. En general, estos jóvenes pertenecen a hogares monoparentales, muchos nunca conocieron a su padre y la gran mayoría carece de redes de contención. El 85% de estos jóvenes tienen relación con la droga (principalmente el paco). Desde la justicia hemos aprendido que la víctima se tiene que sentir parte del proceso, hay que hacer que el joven se responsabilice por lo que hizo. La familia tiene que entender que no hay soluciones inmediatas. Todos somos responsables de trabajar en los procesos restaurativos y la construcción de puentes para la sociedad. (Marta Pascual. Presidente del Tribunal Penal Juve-

nil Único del Departamento Judicial de Lomas de Zamora desde 2016 hasta la fecha).

- «En nuestra sociedad repercute el tema de la violencia intrafamiliar sobre todo en el grupo familiar extenso y en ciertos grupos etarios como las personas mayores y las personas con discapacidad. Otro problema creciente es la violencia sexual contra niños, niñas y adolescentes y la ejercida con medios digitales. El 16,3% de las mujeres entrevistadas en Argentina (2015) sufrieron violencia sexual desde los 16 años. Entre 2006 y 2016 hubo 5.000 casos de violencia infantil. La respuesta del derecho hacia este último punto es un sistema institucional fragmentado. Existe una falta de coordinación institucional y excesiva burocratización y una deficiencia en la aplicación de las leyes. No hacen falta más leyes». (Graciela Medina, jueza de cámara de la sala III en lo civil y comercial federal.)

- «Si bien la perspectiva de la familia está amparada en la mayoría de las garantías internacionales, no se ha podido avanzar significativamente en acciones concretas para hacer cumplir los derechos humanos básicos. Esto excede la materia del derecho y nos involucra en cuestiones de valores. Se ha perdido la mirada colectiva y el Estado, que debería encargarse de garantizar estos derechos primordiales (salud, justicia, educación, trabajo, etc.), no logra cumplirlo, dificultando el rol de operatividad de la organización familiar. La cultura individualista lleva a no ocuparnos de forma integrada de los más vulne-

> rables y excluidos, provocando una "injusta felicidad". Hay que volver a la mirada macrofamiliar, la familia como operador de la comunidad, teniendo el Estado un rol activo en el acompañamiento familiar y la promoción del trabajo como actividad primaria y fundamental del hombre».(Carlos Romano, juez de familia, presidente del tribunal colegiado de instancia única del fuero de familia nro. 1 del Departamento Judicial de Morón, provincia de Buenos Aires, desde el año 1997 hasta el 6 de agosto de 2012).

En síntesis, un gran desafío intelectual y político que tenemos por delante es asegurar que los derechos que consagra la Convención sean puestos en acto no solo a través de la defensa «pasiva» de los niños, sino también con una mirada en la que la protección y promoción de las familias les agregue valor y los potencie. Defender es importante, pero construir vidas felices lo es mucho más.

Perspectivas y propuestas

Diálogo cotidiano y cuestión de Estado

Pero para que todas estas ideas —y muchas otras— que proponemos sobre el tema de la familia sean viables, es necesario que el tema de las familias y su importancia individual y social forme parte del diálogo cotidiano, tanto en el ámbito del gobierno como entre las personas, lo que no sucede hoy, por razones múltiples; y que se instale como cuestión de Es-

tado, estando presente en las numerosas decisiones cotidianas que se toman desde la política.

O sea, es necesario que la «conciencia social» [193] de la que hablábamos más arriba se concrete en hechos que vayan desde la vida cotidiana de las personas hasta las decisiones mayores del sistema político.

La forma predominante de la comunicación actual no se da a través de los medios —escritos, radiales o televisivos—, sino a través de infinitas interacciones, directas o a través de las redes, que han sido calificadas como «conversaciones». Las personas conversan entre ellas de manera libre, reproduciendo noticias que les llaman la atención sin aceptar mecánicamente los discursos de quienes tienen algún tipo de autoridad

Por ello, la capacidad de los líderes religiosos y políticos para instalar temas desde una posición de supremacía es cada vez menor si es que no logran establecer una relación de escucha con la gente que haga que los mensajes penetren porque se siente que están conectados con necesidades cotidianas o del desarrollo de su vida.

Por ello, es —afortunadamente— tan difícil instalar el tema de la familia a través de sermones o ignorando la libertad que las personas tienen para construir su vida afectiva.

La «estrategia», entonces, no es el mandato sino la cercanía, la comprensión, la escucha y la interacción. También contribuye la difusión de información sobre la manera en

193- Según Wikipedia, el sentido de uso más extenso de este concepto se refiere a la captación, el reconocimiento del sentido y la relevancia de cualquier aspecto de la realidad o de uno/a mismo/a. O sea, comprender la importancia que un concepto tiene para la vida social o individual. En otros términos, el «darnos cuenta» de que un fenómeno existe y es importante para nuestra vida, cuestión a la que podremos —o no— agregar un sentido moral sobre lo que está bien o mal.

que un cierto tema afecta la vida de las personas; y a ello apuntamos con este libro.

Si logramos que la cuestión comience a instalarse, entonces es posible que los problemas asociados a ella comiencen a resolverse de una manera diferente, agregándoles complejidad y dejando de lado los lugares comunes, la ignorancia, la simplicidad o el reduccionismo.

Para ello, hay que empezar de algún modo, y el mejor modo es que nosotros, los ciudadanos, podamos prestar atención, reconocer y desmenuzar las causas de la disfuncionalidad familiar en los temas de la vida cotidiana, así como los efectos que de allí se derivan y la manera en la que unas y otros se conectan.

Esta es, precisamente, una de las razones de este libro, cuyo mayor éxito sería que algunas de sus afirmaciones, evidencias o propuestas entrasen en las conversaciones; y que personas con responsabilidades sobre otras personas considerasen la posibilidad de incorporar algunas de estas ideas a sus actividades cotidianas.

Las oportunidades de hacer esto son muchas más de las que nos imaginamos. Permanentemente estamos rodeados de situaciones que tienen relación con el funcionamiento de las familias, algunas más cercanas y cotidianas y otras más lejanas. Es cierto que, como ciudadanos, no tenemos la obligación de formular propuestas de políticas para resolver lo que nos impacta o nos duele. Pero también es cierto que sería muy útil y provechoso si cada uno de nosotros pudiese agregar su mirada alerta, crítica o constructiva en sus conversaciones cotidianas para evitar que los eventos que implican a las familias pasen sin ninguna trascendencia.

Como ciudadanos de a pie, podemos recordar a quienes nos rodean que detrás de muchos de los eventos cotidia-

nos hay una causa que se remonta a un problema familiar. Recordemos, por ejemplo, lo que dijimos sobre los problemas de la violencia en la adolescencia, para los que la única solución posible no es el castigo, sino también la cercanía y el afecto; o la cantidad de dimensiones que explican el embarazo adolescente (y evitar su repetición); o lo que puede hacer la familia para neutralizar, a través del diálogo y el cariño, algunas tendencias culturales francamente negativas como el desorden sexual o el consumo de sustancias adictivas. O ayudar a la mujer, desde el lugar que nos toque, a desarrollarse en plenitud para que de tal manera ella y su pareja puedan progresar mejor.

Y sobre todo quisiéramos que si quienes leen este libro tienen alguna responsabilidad pública o privada que impacta sobre la vida de los demás, puedan aprovechar esa responsabilidad para agregar elementos positivos que mejoren esta cuestión tan primordial en el funcionamiento de una sociedad. Los docentes que ven diariamente el comportamiento de sus alumnos menores o que interactúan con los más jóvenes pueden darse cuenta de que el mal rendimiento de los alumnos puede ser una señal de crisis o violencia en el hogar, y actuar en consecuencia. La Justicia puede actuar solo como una institución punitiva o puede, en cambio, tener una vocación restaurativa que intente recomponer vínculos o reducir el daño que sufren los miembros de las familias. Las políticas sociales pueden dedicarse solo a transferir recursos materiales o también aprovechar la relación cotidiana con los beneficiarios para ayudarles en sus problemas de relación familiar e instalar nuevas acciones e instituciones que aumenten la cercanía con ellos. Las políticas económicas pueden incorporar muchas dimensiones relacionadas con la familia, si es que existe la conciencia de su importancia. Los líderes sociales (deportivos, comunitarios y religiosos) tienen

una situación inmejorable no solo para detectar problemas en las familias, sino también para ayudar a resolverlos.

Obviamente, es el Estado el que tiene más herramientas para contribuir a actuar sobre el tema de diversas formas: planteándolo como un objetivo de su política, dedicándole espacios concretos a fin de que sea tratado, recopilando información, promoviendo la legislación e impulsando alianzas con la sociedad civil. Pero, volviendo a nuestra idea de «instalar el tema», es interesante ver que existen valiosos ejemplos en todo el mundo para tomar en cuenta. En muchas administraciones públicas la familia cuenta con su Ministerio o con Secretarías, en algunos casos asociados específicamente a los niños, a las personas mayores o en general al desarrollo social.

En Alemania, por ejemplo, el objetivo del Ministerio Federal de Familia, Tercera Edad, Mujeres y Juventud es «apoyar una buena conciliación de la familia y el trabajo, mantener la estabilidad económica de las familias, promover el bienestar de los niños y ayudar a las personas a cumplir el deseo de tener hijos» —este último objetivo está en relación directa con el hecho de que se trata de un país en el que la población viene reduciéndose sistemáticamente—.

Pero, sin duda, el caso más relevante que hallamos en la literatura y en la práctica es el del Reino Unido, donde el ex primer ministro David Cameron decidió en 2014 poner a la familia en el centro de las políticas sociales, y lo describió en un histórico discurso que pronunció el 18 de agosto de aquel año.[194]

Además de las acciones concretas que propone y que marcan toda una línea de acción que se ha mantenido y ampliado en el tiempo hasta convertir al Reino Unido en un

194- https://bit.ly/1td9gj6

referente necesario en todo el mundo en políticas para la familia, lo interesante de este discurso es que le dice a la sociedad inglesa por qué la familia es importante para su vida cotidiana y qué piensa hacer desde su Gobierno para concretar y potenciar esa significación:

> Porque, en muchos sentidos, es en la familia donde reside el verdadero poder. Entonces, para aquellos de nosotros que queremos fortalecer y mejorar la sociedad, no hay mejor manera que fortalecer a las familias y fortalecer las relaciones sobre las cuales se construyen las familias.
>
> Ya sea para enfrentar el crimen y el comportamiento antisocial o la deuda y la adicción a las drogas, ya sea que se trate de la dependencia de los programas sociales o la mejora de los resultados educativos, independientemente de la cuestión social que queramos atacar, la respuesta siempre debe comenzar con la familia. Mucho antes de llegar al estado de bienestar, es la familia la que cuida de usted cuando está enfermo o cuando cae en tiempos difíciles.
>
> Es la familia la que cría niños, enseña valores, transmite conocimientos, inculca en nosotros toda la responsabilidad de ser buenos ciudadanos y vivir en armonía con los demás.
>
> Y así, para alguien desde mi punto de vista político que cree en la construcción de una sociedad más fuerte de abajo hacia arriba, no hay mejor lugar para comenzar que con la familia.
>
> Ahora sé que a veces los políticos evitan hablar de la familia. Entiendo que tememos ser juzgados. Así que déjame ser claro. Sé que estoy lejos del perfecto padre y esposo. Y nunca pretenderé lo contrario.
>
> También tememos ser vistos juzgando a los demás. Entonces, cuando hablemos sobre la importancia de ayudar a las parejas a permanecer juntas, seamos absolutamente claros acerca de

la importancia de los padres solteros que son realmente inspiradores en nuestro país y que hacen un trabajo increíble al criar a sus hijos.

Y, de hecho, también seamos claros diciendo que hay algunas parejas para quienes separarse es lo correcto en muchas circunstancias, por difícil que sea la decisión.

Además, también hay casos de violencia doméstica en los que lo importante es asegurarse de que las personas estén seguras, en lugar de mantener unida a la familia.

Pero nunca debemos permitir que esto nos detenga a decir en voz alta y con orgullo que las familias fuertes son importantes.

Desde los resultados de salud y educación hasta las perspectivas de empleo, existe una poderosa evidencia de que una unidad familiar fuerte puede tener un gran impacto en mejorar las oportunidades de vida de nuestros hijos.

Y luego, por supuesto, está el costo económico de la ruptura de la relación.

Si bien los costos emocionales y sociales no se pueden medir completamente, las estimaciones sugieren que la ruptura de la relación le cuesta a nuestra economía hasta £ 44 mil millones cada año.

Así que creo que es absolutamente correcto que el gobierno debería hacer todo lo posible para ayudar a apoyar y fortalecer la vida familiar en el Reino Unido hoy.

Y hacer eso significa hacernos algunas preguntas clave.

Primero, ¿cómo podemos ayudar a las familias a unirse? ¿Cómo podemos ayudar a las personas a construir un compromiso duradero entre sí? ¿Y cómo podemos apoyar ese compromiso para todas las parejas?

Segundo, ¿cómo podemos ayudar a las familias a permanecer

> juntas? ¿Cómo podemos ayudar económicamente a las familias? ¿Cómo podemos ayudar a las familias a tener más tiempo para pasarlo juntas? ¿Y cómo podemos ayudar a las familias en algunos de esos momentos que pueden ejercer una presión adicional en las relaciones, como el desafío de ser padres?
>
> Y tercero, ¿cómo podemos ayudar a las familias con problemas, y a aquellos niños que ni siquiera tienen familias?
>
> La respuesta a cada una de estas preguntas puede tener un profundo impacto en la vida familiar, en las oportunidades de vida de nuestros hijos y en el país que estamos construyendo para su futuro. Al mismo tiempo, quiero que todos los departamentos gubernamentales rindan cuentas por el impacto de sus políticas en la familia.
>
> La realidad es que en el pasado la familia simplemente no ha sido fundamental en la forma en que el gobierno piensa. De modo que se han tomado una gran cantidad de decisiones políticas que no tienen en cuenta a la familia y que a veces empeoran estas cosas. Ya sea el sistema de beneficios que incentiva a las parejas a vivir separadas o penaliza a quienes salen a trabajar, o una burocracia excesiva que impide que las parejas amorosas adopten niños sin familia.

Pero las declaraciones no sirven si no van acompañadas de medidas que concreten en la acción lo que se dice.

Por eso es muy interesante ver la idea novedosa que ejecutó el Gobierno inglés a través de una herramienta denominada «Family Test», por la cual todas las áreas de su Gobierno debían formularse preguntas acerca del impacto que sus acciones pudiesen tener sobre la vida de las familias.

O sea que, además de afirmar que la familia es importante para las personas y la sociedad y explicar en detalle el porqué, Cameron puso a todo el aparato estatal en sintonía con esa decisión y de alguna manera le «marcó la cancha».

El criterio de éxito (y mérito) en todos los niveles de la administración pública inglesa pasó a ser su capacidad para ser coherentes con la línea estratégica del Gobierno que priorizaba el fortalecimiento de la familia.

La burocracia inglesa tomó conciencia y debió actuar en consecuencia.

Dice el «Family Test»:[195]

1. ¿Qué tipo de impacto podría tener la política sobre la formación de la familia?

Las relaciones de pareja son el punto de partida para la mayoría de las familias y las buenas relaciones de parejas traen beneficios significativos para las personas y los niños en esas familias. La formación de relaciones de pareja es un asunto privado de los individuos, pero la política del Gobierno puede actuar para apoyar, por ejemplo, a través de la ley de matrimonio y uniones civiles, o inadvertidamente socavar el compromiso de las personas, a través de la estructura del sistema de beneficios impositivos o financieros. Por ello, los responsables de las políticas necesitan pensar cuidadosamente sobre cómo están apoyando u obligando a las parejas a tomar las mejores opciones para ellos y sus familias.

2. ¿Qué tipo de impacto tendrá la política en las familias que están pasando por momentos clave, tales como convertirse en padres, casarse, acoger o adoptar, separarse, asumir nuevas responsabilidades de cuidado o afrontar una nueva situación de salud de largo plazo?

Las transiciones de vida significativas pueden poner a las familias bajo un estrés inesperado y los servicios públicos tienen un papel importante que desempeñar en el apoyo a las familias en estos momentos. Los responsables políticos deberían pensar cuidadosamente acerca de cómo una cierta

195- https://bit.ly/2OclwA8

política podría agregar problemas a los que ya están enfrentando, y cómo podrían proporcionarles apoyo. Por ejemplo, sabemos que el embarazo y el nacimiento de un niño pueden ejercer una enorme presión sobre las personas, las parejas y las familias, pero una atención prenatal y postnatal de alta calidad puede jugar un papel importante en el apoyo a los nuevos padres. El estrés financiero y emocional que puede generar el desempleo de larga duración puede tener un impacto significativo en la salud mental de la persona y, por lo tanto, la vida familiar, pero un asesoramiento y apoyo para obtener trabajo puede ayudar a las familias a reducir el impacto negativo. O sea que los responsables de diseñar y aplicar políticas deberían pensar detenidamente sobre qué transiciones particulares podrían ser relevantes; cual es la naturaleza y la escala del impacto potencial, y si cualquier impacto negativo puede ser mitigado de alguna manera.

3. ¿Qué impacto tendrá una cierta política sobre la capacidad de los miembros de la familia para desempeñar un papel pleno en la vida familiar, incluyendo la paternidad y otras responsabilidades de cuidado?

Todos los miembros de la familia tienen un papel que desempeñar en la vida familiar, ya sea el de los padres en la crianza de los hijos, o que los abuelos actúen para apoyar a los padres, incluyendo a los padres solos, o que los adultos participen en el cuidado de parientes ancianos o familiares discapacitados

Si bien la mayoría de la gente reconocería este aspecto de la vida familiar, aquellas personas que planifican y ejecutan acciones de política a veces pueden fallar en tener una perspectiva familiar completa cuando se piensa en el diseño y la prestación de servicios públicos, por ejemplo minimizando o descontando la contribución de los miembros en

particular, o al no ver las oportunidades para apoyar y mejorar la forma en que las familias se apoyan mutuamente.

Los factores para considerar incluyen el tomar en cuenta cómo la política afecta la capacidad de los miembros de la familia para equilibrar el trabajo y la vida familiar, el tiempo que las familias pueden pasar juntas, y las necesidades (a veces competitivas entre ellas) de cuidar a los miembros ancianos de la familia y a los niños.

4. ¿Cómo afecta una política a las familias antes, durante y después de la separación de pareja?

Las parejas se separan, y eso puede ser necesario para las personas y sus niños. No obstante, la separación puede tener un impacto significativo en el bienestar de todos los involucrados. El gobierno tiene que desempeñar un papel en el apoyo a las familias que pasan por estas dificultades, ayudándolos a navegar por la separación de una manera que mitigue el impacto en los niños en particular. Después de la separación, el Gobierno debe asegurarse de que los padres cumplan sus responsabilidades con sus hijos y, cuando sea en el mejor interés de los niños, tomar una intervención más directa en sus vidas. La política del Gobierno puede apoyar a las familias en todas las etapas de separación.

Por ejemplo, el Gobierno puede financiar servicios de apoyo psicológico para parejas que enfrentan dificultades, proveyendo los servicios de mediación para parejas que ya se han separado, y apoyar a los padres a llegar a un acuerdo para cubrir los costos de criar a sus hijos. Los funcionarios deberían considerar cómo sus acciones podrían afectar a las familias en etapas particulares, y mirar más allá de las familias o los hogares intactos cuando se piensa en los impactos.

5 ¿Cómo afecta la política a las familias en mayor riesgo de deterioro de la calidad de la relación y de ruptura?

Existe una amplia gama de factores que pueden socavar la calidad de las relaciones familiares y contribuir a la descomposición. Algunos de estos están relacionados con comportamientos dentro de la familia, tales como la dependencia del alcohol, la violencia doméstica o problema con el juego Otros incluyen a familiares con deficiencias físicas y/o mentales, problemas de salud, los que enfrentan problemas financieros, la pobreza o el desempleo, donde a los miembros de la familia les resulta difícil equilibrar el trabajo con la vida familiar y las responsabilidades de cuidado; o cuando un miembro de la familia está en prisión, o en las transiciones clave de la vida que describimos más arriba.

Por esas razones, los responsables de las políticas deben conocer el potencial impacto directo e indirecto de sus decisiones sobre las familias en mayor grado de riesgo y pensar en cómo ayudarlas.

Este discurso demuestra que incluir la palabra «familia» es ya un avance importante, porque da cuenta de que existe una inquietud al respecto y esto obliga a poner atención en el tema. Pero con esto no alcanza: se lo debe abordar de manera integral, ya que si bien hay cuestiones que afectan a las familias de forma puntual, el verdadero desafío es pensar y actuar integralmente.

En este sentido, en nuestro país se han llevado a cabo acciones dirigidas a hacer frente a la violencia de género y a las diversas formas de discriminación —entre ellas la laboral— que sufren las mujeres. También hay legislación que promueve la protección de los niños por desnutrición, violencia o abandono, e interviene en temas como la adopción o el derecho a la identidad. Y un avance importante se ha dado en relación con las transferencias monetarias condicio-

nadas, como es el caso de la AUH.[196] Asimismo, las madres adolescentes reciben apoyo en forma de asignaciones monetarias y pueden asistir a centros de cuidado.

Desde diversas áreas se están ejecutando acciones que conciernen a los distintos miembros de las familias. Se ha enviado al Congreso un proyecto que regula las licencias por maternidad e interviene en las condiciones de empleo de las mujeres. También se está trabajando sobre el trabajo informal para reducir su incidencia y favorecer de esta manera a las mujeres —principales víctimas de este fenómeno perverso— para que puedan tener pleno acceso a las ventajas de la seguridad social. En el campo de la justicia, hay reglamentaciones dirigidas a normar las relaciones internas de las familias, así como sus formas de constitución, desarrollo y disolución. Tal es el caso del nuevo Código Civil, recientemente aprobado.

Pero para que estas acciones tengan éxito en un marco más amplio, es decir, para que esto derive en un fortalecimiento de las familias, es necesario que haya un alto nivel de coordinación y que, como lo plantea el «Family Test» inglés, el objetivo esté claro: la familia debe ser un asunto político de primer orden, pensado no solo a la luz de los bienes que produce en relación con la vida íntima de las personas, sino también —y especialmente— en virtud de los bienes públicos que genera para la comunidad en su conjunto. [197]

196- La Asignación Universal por Hijo es una asignación mensual por cada hijo menor de 18 años (hasta 5 niños). En los casos de hijos con discapacidad no hay límite de edad.

197- Siles, Catalina, «Una política para la familia», *IES Chile*, 7 de febrero de 2017. Disponible en https://goo.gl/XAeMmf

Las familias en las políticas sociales

La estrategia implementada por Cameron se distinguió por su integralidad —tomó muchas dimensiones relacionadas con el tema— y por su trascendencia: a pesar de la posterior renuncia de su inspirador, muchas de las instituciones que propuso se siguieron desarrollando.

Pero, en general, también en el mundo hay una tendencia hacia una mayor atención y complejidad por el tema que nos preocupa.

Hay algunas cuestiones cuya relación con el desarrollo de las parejas es más que evidente, como por ejemplo el de las licencias laborales y las ayudas económicas, o las acciones de protección de la infancia, y que se han ido desarrollando sistemáticamente como parte de la evolución del estado de bienestar.

Pero no son muchos los países que han acompañado la mayor complejidad en las relaciones de pareja con acciones concomitantes, y es ese un campo en el que todavía debemos avanzar mucho. Veamos entonces esas diversas evoluciones, como fuente de inspiración para nuestra propia realidad.

¿Por qué se concentran en las familias?

En concordancia con las transformaciones económicas y culturales que son tan evidentes, hay un viraje conceptual importante en las políticas públicas en todo el mundo, pasando desde un enfoque transaccional basado en la provisión de bienes y servicios a uno relacional en el que lo importante es nutrir las relaciones y los vínculos de las personas.

Esos cambios están originados en las evidencias científicas que demuestran que la manera en que funciona la familia y la calidad de las relaciones son determinantes cruciales en la salud mental del niño, en su bienestar, en sus logros educativos y en sus futuras oportunidades de vida.

Otro dato importante en el giro de las políticas sociales es haber comprendido que invertir en la familia es la mejor manera de invertir a largo plazo, por las mismas razones que mencionábamos en el acápite anterior. Expertos en psicología, psiquiatría y diversos estudios, como los ya mencionados especialistas argentinos Lipina y Segretin, han comprobado que el aprendizaje social y emocional de los niños y la buena relación con sus padres dentro del hogar fomenta procesos y mecanismos que incentivan cualidades humanas positivas (empatía, compasión, altruismo, resiliencia) que tienen impactos muy positivos para su socialización, inserción laboral y productividad.

La evidencia internacional sostiene también que los programas de apoyo a las familias muestran los efectos positivos que tiene el *counselling* de parejas y como esto mejora la relación con sus hijos. O sea que todo programa integral de familia debe enfocarse tanto en la relación de pareja como en la relación padre-hijo.

Pero, además, la calidad de la relación entre los padres y el nivel de estrés en el hogar son importantes no solo por el impacto que tienen sobre el desarrollo de los hijos, sino también para poder contener y reducir el impacto negativo en caso de separación. Recordando lo que planteaba el «Family test» de Cameron, cuando preguntaba: «¿Cómo afecta una política a las familias antes, durante y después de la separación de pareja?», debemos concluir que es importante que las políticas de apoyo a las familias incluyan también esta dimensión que, como lo muestran las cifras, es cada vez más

frecuente en las parejas y concluye con efectos muy graves para los hijos.

Otro aspecto muy relevante del trabajo con las familias es que —bien implementado— reduce notablemente el costo de las intervenciones sociales. Cuando se hace un trabajo preventivo que avanza sobre las causas antes que sobre los efectos, el costo de intervenir temprano es mucho menor que el de recuperar a las personas que han sufrido las consecuencias de las crisis familiares.

Así, por ejemplo, en los programas ingleses que mencionaremos en el acápite siguiente se ha probado que ha resultado mucho más barato prevenir los problemas que conducen a situaciones graves entre los niños, jóvenes y miembros de las parejas, en lugar de acudir a las internaciones (y aun encarcelamientos) posteriores, como sucede con el proceso de entrada a las drogas.

Y esto es el resultado de poder mirar los procesos que suceden en el interior de las parejas, y actuar antes que el problema «explote» y haya que intervenir de apuro cuando las posibilidades de superación son mucho más reducidas (y caras).

Todo este nuevo enfoque, con tantas vetas positivas, abre un camino de mucha esperanza para nuestra preocupación por el buen desarrollo de las familias.

Estado: ayudas y acción directa

Las políticas dirigidas a proteger y reforzar la familia en la mayoría de los países de Occidente se han compuesto en los inicios del estado de bienestar de instrumentos que combi-

naron la protección a la infancia, los incentivos económicos y legales para ayudar el desarrollo de la pareja y aquellos orientados a ayudar a la mujer.

A estos paquetes tradicionales se les han sumado, en los últimos años, múltiples programas que actúan en el territorio con aquellas familias que presentan problemas sociales graves. El ejemplo más interesante son las políticas del Reino Unido que señalamos y varias de otros países que detallaremos en las páginas siguientes.

Pero lo que es más interesante es que se ha dejado atrás definitivamente el modelo según el cual las familias eran responsables de su propia evolución; o —en todo caso— en el que el Estado proveía un marco económico general de bienestar, pero no intervenía directamente en los problemas familiares.

La visión actual, que se ha ido expandiendo entre la mayoría de los países, es mucho más integral y parte de reconocer que, para apoyar la complejidad de la vida en común, no alcanza solo con incentivos económicos o herramientas legales generales, sino que el Estado debe dedicar mucho tiempo al seguimiento y atención de una evolución tan variada de la familia como la que ya es evidente.

Asimismo, se ha incorporado una perspectiva que atribuye mayor importancia a la mujer en las políticas sociales y que representa un avance muy importante, pues deja atrás la visión tradicional del hogar donde el hombre es el único que «gana el pan», hacia una mirada más integrada y equilibrada de la distribución de los roles, como la que primó históricamente en los países nórdicos.

Los avances en aceptar las nuevas formas de familia han exigido también que otras prestaciones y reconocimien-

tos de derechos acompañen este escenario cultural más diverso y complejo.

Primero, fueron acciones basadas sobre todo en lo económico, donde predominaban incentivos fiscales y ayudas monetarias, en especial para aliviar las finanzas de la pareja ante la llegada de los hijos y para ayudar en la crianza. Pero la creciente importancia de los aspectos culturales, la regulación de deberes y derechos dentro de las familias, las nuevas causas de dificultades en la vida de las parejas, como la sexualidad temprana y el embarazo adolescente masivo, hogares monoparentales, entre otros, fueron demandando del Estado no solo una mirada permanente y abierta a las novedades, sino también una gran capacidad de adaptación para crear nuevas instituciones.

Las instituciones jurídicas —y no solo las directamente conectadas con el derecho de familia— debieron transformarse en buena parte del mundo para hacer frente tanto a las nuevas formas de familia como a la enorme volatilidad de los vínculos, cuyos números y efectos vimos en los primeros capítulos de este libro.

Recordemos por ejemplo lo que decía una prestigiosa camarista argentina, la Dra. Graciela Medina, reflexionando sobre su experiencia de tantos años en Tribunales: «La violencia doméstica es un modo patológico de comunicación humana instalado en la familia, que, pensada como un sistema, no funciona adecuadamente. En ella se producen constantemente comportamientos que comunican el rechazo y la descalificación del otro, y aun la desconfirmación (cuando el otro es "invisible"), y este comportamiento es crónico, permanente y periódico».

Si la violencia entre los miembros de la pareja es grave, imaginemos el desafío que significa para los jueces y opera-

dores sociales hacer frente a episodios violentos en familias ensambladas o en aquellos casos en los que los padres no tienen ninguna capacidad para hacerse cargo de los impactos de sus hechos.

Cuando se dan estas situaciones, la decisión de intervenir directamente en la vida de relación de las personas es de una enorme complejidad para sistemas burocráticos acostumbrados a relaciones frías y distantes con sus beneficiarios.

Otro tema relativamente nuevo para las familias, y muy concentrado en Europa, es la caída vertical de la natalidad, que tiene graves implicancias culturales, de convivencia, fiscales y —por todo ello— políticas. A diferencia de lo que ocurre en los países de menor desarrollo relativo, en los que el control de la natalidad y la calidad del crecimiento en los primeros años son variables centrales, en los europeos se ha hecho necesario introducir explícitamente —y con poco éxito, por ahora— la promoción del crecimiento poblacional.

Y, en consonancia, con el envejecimiento masivo que muestran las estadísticas, es necesario también desarrollar acciones de apoyo a los mayores, pues la combinación de menos hijos y más supervivencia, con parejas volátiles y matrimonios efímeros, constituye una suerte de laberinto que se acelera permanentemente, ya que cada vez hay menos familia para acompañar a los ancianos.

Pero la atención de estas cuestiones propias de la evolución cultural de las familias en todo el mundo se problematiza enormemente cuando le agregamos los niveles de pobreza y exclusión que son tan intensos en nuestros países, donde, por ejemplo, las dificultades para entrar al mercado de trabajo formal hacen que haya que imaginar y aplicar

otras herramientas de apoyo, como las transferencias condicionadas de dinero a las madres.

Para las personas y familias más pobres, estar fuera del mercado de trabajo es mucho más que no tener un recibo de sueldo a fin de mes. Es no poder participar de servicios de salud que aseguran prevención y consejo para el desarrollo de los hijos. Es vivir con incertidumbre permanente, es tener que buscar guarderías que de otro modo se obtendrían automáticamente en el empleo, etc.

Y como veremos más adelante para el caso de nuestro país, a la pobreza de hoy se agrega una mochila llena de carencias, producto de muchos años de degradación social, laboral y educativa. Por eso es por lo que reducir la pobreza en todos sus aspectos es una manera de ayudar a la estabilidad de las familias.

El problema de la relación entre la equidad y la familia no es exclusivo de los países menos desarrollados. En su momento citamos a la profesora norteamericana Isabel Sawhill cuando dice que ««está surgiendo en los EE. UU. una nueva clase social: la de los hijos no deseados de madres adolescentes pobres y no casadas». Es muy fuerte caracterizar a una tendencia en los comportamientos como generando «una nueva clase social», pero los números que muestran Sawhill y muchos otros académicos lo muestran de manera incontrastable. Sawhill demostró que, aunque no se trate de personas extremadamente pobres, la posibilidad de planificar su destino, teniendo hijos en el momento económicamente más conveniente, se ha convertido en muchos países en un lujo de quienes tienen formación universitaria y un buen empleo; y se contrapone con el vivir a la deriva de un porcentaje creciente de la población con menor educación e ingresos.

Por ello, es muy importante incorporar, en las decisiones públicas que se tomen, esta mirada que conecta el presente con el futuro de esas familias, y que, de no modificarse, las condena a ellas y a sus descendientes a la marginación social.

En consecuencia, la protección de las familias pasa a ser un capítulo central de las políticas contra la pobreza y la exclusión, no solo en los países en desarrollo, sino también en muchos países centrales.

Las medidas más tradicionales que tomaron muchos gobiernos para ayudar a las familias incluyeron desde el principio:[198]

- Prestaciones monetarias: ayudas monetarias por matrimonio y nacimiento; ayudas especiales por partos múltiples.
- Políticas de empleo: empleo a tiempo parcial; licencias especiales para padre y madre.

Pero como un reflejo de una visión más integral sobre la necesidad de mejor conciliar la relación entre la vida profesional y la vida familiar, a mediados de 2018, el Consejo de la Unión Europea aprobó[199] una directiva que incorporó nuevas acciones, como los permisos y las fórmulas de trabajo flexible para progenitores y cuidadores. La decisión se propone inducir a los hombres a solicitar permisos por razones familiares, lo que contribuiría a incrementar la participación de las mujeres en el mercado de trabajo.

Entre las nuevas medidas:

- La Directiva introduce nuevas normas mínimas relativas a los permisos de paternidad que permiten al

198- «La política familiar como instrumento de igualdad: distintas concepciones europeas», María José Martínez Herrero, Departamento de Economía Aplicada I UPV/EHU.

199- https://bit.ly/2HFvXeo

padre o al segundo progenitor disfrutar de al menos diez días laborables de permiso en torno a la fecha del nacimiento del hijo, con una remuneración cuyo nivel determinará el Estado miembro en cuestión.

- También actualiza la norma mínima sobre permisos parentales, manteniendo el derecho individual vigente de cuatro meses, pero con dos meses intransferibles y al menos un mes y medio remunerado al nivel que determine el Estado miembro en cuestión.
- La Directiva introduciría un derecho individual al permiso para cuidadores, anteriormente no reconocido a escala de la UE.
- También amplía el derecho a solicitar fórmulas de trabajo flexible, tanto en el caso de los cuidadores como en el de los progenitores, al menos hasta que el niño cumpla los ocho años de edad. Progenitores y cuidadores podrían solicitar, por ejemplo, un horario o un calendario de trabajo flexibles o el derecho a trabajar a distancia.

Sin embargo, este componente tan importante en el desarrollo de los niños (y de las relaciones de pareja) que está adoptando la Unión Europea no es universal.

Los permisos de maternidad y paternidad dependen mucho del país y de sus leyes laborales. Según la Organización Internacional del Trabajo el mínimo de días libres tras el parto debería ser de 14 semanas (98 días), en el caso de la madre. Sin embargo, tan solo 34 países en el mundo superan esta cifra. En cuanto a los permisos paternales, los números son mucho más alarmantes, ya que países como Grecia, México o Rusia ni siquiera los contemplan.

En el caso de América Latina, solo Chile (126 días), Cuba (120 días) y Brasil (120 días) superan la recomendación de la OIT en cuanto a la licencia maternal. En contraposición, los permisos de paternidad distan mucho de estas cifras, con tan solo cinco días laborales cada uno. Se destacan Cuba y Chile, que sí cuentan con licencias parentales.[200]

Pero cerca de 90 millones de niños menores de un año viven en lugares donde el padre no tiene derecho a un solo día de permiso remunerado para cuidar de ellos. Casi dos terceras partes de los bebés en esta franja de edad en todo el mundo, según un reciente análisis de Unicef, residen en los 92 países que carecen de políticas nacionales que garanticen una baja para los hombres.[201]

En nuestro país, mientras se escribían estas líneas, la situación es la siguiente (copiamos textualmente de un trabajo de Cippec, la institución modelo en su preocupación por este tema tan esencial).[202]

1. **En la Argentina solo el 50,4% de las trabajadoras y el 49% de los trabajadores reciben licencias por maternidad y paternidad**. Cippec propone un esquema universal que cubra a todos los trabajadores y trabajadoras a partir de un único sistema que alcance tanto a quienes se desempeñan en el sector formal e informal y los grupos actualmente no cubiertos: los trabajadores formales independientes (monotributistas no sociales y autónomos) y los trabajadores informales no cubiertos por la AUE y la AUH.

200- https://bit.ly/2OdpNng

201- https://bit.ly/2TdVsFO

202- https://bit.ly/2TJlpC9

2. **No contempla diferencias en casos de partos múltiples y no cubre casos de adopción, incluyendo a las parejas del mismo sexo.** Cippec propone que el plazo total de licencias que tienen los padres biológicos debería ser igual al que gocen los padres y madres adoptivos, se trate o no de parejas del mismo sexo.
3. **No contempla extensión en caso de discapacidad.** Una nueva ley debería contemplar los casos específicos en los que se requiera una licencia de mayor extensión. Tal es el caso, por ejemplo, de los niños y niñas con discapacidad. Las prestaciones que hoy existen para los niños y niñas con síndrome de Down podrían ser extendidos a todas las discapacidades atendiendo a la demanda que cada tipo de discapacidad requiere.
4. **No concibe al cuidado como un trabajo remunerado.** El hecho de que las licencias por maternidad en la actualidad no incluyan aportes resulta discriminativo, dado que las madres deben trabajar más años para cubrir la misma cantidad de aportes que un padre en las mismas condiciones.

En las sesiones de 2018 se ha presentado en el Congreso argentino un proyecto del PEN que, para regularizar esta situación, establece:

- Ampliar la licencia a 15 días a los padres biológicos, adoptivos y madres no gestantes por nacimiento o adopción.
- Incorporar una licencia de 10 días para casos de violencia de género, 5 días por fertilización asistida y 10 días por trámites previos a la adopción.

- Incorpora un período de retorno flexible de seis meses en las licencias por maternidad, asimila la adopción al nacimiento e incorpora la modalidad de jornada reducida para los padres con hijos e hijas de menos de cuatro años.

En el mismo sentido se ha presentado un proyecto que modifica el esquema de licencias por paternidad para los empleados públicos de la CABA que aumenta hasta 75 los días que el varón puede quedarse en casa durante el primer año del hijo. Asimismo:

- El periodo que tendría el padre para ausentarse de su puesto laboral con goce de sueldo pasaría a ser de 15 jornadas (actualmente el límite es 12), mientras que para la madre seguiría siendo de entre 4 y 5 meses y medio, dependiendo del cargo que ocupe.
- Si así lo desea, la mujer podrá transferirle los últimos 30 días de su licencia al hombre y de esta manera volver antes a su empleo.
- Además, el progenitor no gestante contaría también con otros treinta días de corrido que puede solicitar y que son exclusivos e intransferibles, a los que pueden acceder en cualquier momento durante el primer año del hijo.

En síntesis, estamos en vísperas de un importante cambio en la estructura legal que regula —como decíamos más arriba— la relación entre el trabajo y la vida familiar.

Sin embargo, el problema más grave que enfrentamos los argentinos es el altísimo porcentaje de trabajadores/as en negro que se ven privados de estos beneficios y que enfrentan la posibilidad de perder su empleo —en especial las mujeres— si optan por dedicar más tiempo al cuidado de sus hijos. Por eso también la mejora en las condiciones del

mercado de trabajo servirá para ayudar a que las familias más pobres puedan contar con una mayor y mejor presencia de ambos padres en el desarrollo de sus hijos.

Programas sociales basados en la familia en el mundo

Como complemento de las acciones públicas que recorrimos, en diferentes países del mundo existen institutos gubernamentales y *think tanks* dedicados al estudio de los problemas y las políticas familiares, que demuestran que en este tema se cuenta con una base teórica densa, en plena evolución y recogiendo experiencias que enriquecen la acción pública y social que también están en desarrollo, como lo muestran los casos que mencionamos.

Estudian diversos temas partiendo del análisis de la situación de las familias y los problemas que los aquejan, buscan instalar el tema de la familia en la agenda pública, y remarcan cómo, si bien la economía ha crecido, la calidad de vida se ha estancado incluso en países con un alto desarrollo humano, como Canadá (Human Early Learning Partnership, HELP, Canadá). Constatan también que los adultos de la presente generación dedican más tiempo al trabajo que los de las generaciones anteriores y que por ello tienen cada vez menos tiempo para dedicar a sus hijos y dinero para su manutención y para contratar servicios de cuidado (HELP, Canadá).

En general, en varios países se busca que las políticas pasen de estar dirigidas a los sujetos que componen las familias hacia las mismas familias, y que se legisle con perspectiva de familia, entendiendo a la familia como un medio afecti-

vo, económico y social (Instituto de Políticas Familiares de España, IPFE).

En la Brookings Institution, en Washington D. C., un programa de investigaciones sobre familia[203] (Centro de Niños y Familias) se halla entre los más avanzados en el desarrollo de contenidos teóricos y evidencias acerca del desarrollo de la vida familiar, habiendo escrito varios libros en los que se muestran claramente las implicancias sociales del cambio en el funcionamiento de las parejas. Allí trabaja Isabel Sawhill, a quien acabamos de mencionar

En Estados Unidos la Alliance for Early Success (Alianza para el éxito temprano)[204] funciona como una suerte de catalizador para reunir a todos los que desarrollan y financian acciones en el territorio destinadas a asegurar el desarrollo pleno de los niños desde su nacimiento hasta los ocho años, lo que naturalmente incluye la situación familiar. Esta Alianza actúa sobre el supuesto, cierto, de que la interacción mejora y acelera el aprendizaje.

En Chile se creó un Ministerio de Familias, y el programa Chile Solidario[205] trabaja en la formación y acompañamiento psicosocial y sociolaboral de familias (en condición de pobreza) durante 24 meses para mejorar su bienestar económico y emocional a través de planes de trabajo personalizados sobre distintas dimensiones de su vida: trabajo y seguridad social, vivienda, salud, entorno, ingresos y educación. Se trabaja en el plano individual, familiar y comunitario, comenzando desde los controles y acciones prenatales.

En Uruguay hay Centros de Atención a Infancia y a la Familia donde se trabaja en el ámbito comunitario buscando

203- https://www.brookings.edu/center/center-on-children-and-families/

204- http://earlysuccess.org/home

205- http://www.crececontigo.gob.cl/?s=familia

promover el desarrollo y la protección de los derechos de los niños de 0 a 3 años

Ya vimos lo que ha sucedido en el Reino Unido, donde ante la iniciativa del ex primer ministro Cameron se lanzaron una serie de programas muy interesantes, como Troubled Familes[206] y Crewe[207] entre los de mayor efecto, así como diversas iniciativas de evaluación permanente del impacto de todos los programas sociales —como What Works (Qué funciona)[208] y Early Intervention Foundation (Fundación para la intervención temprana).[209]

Entre las políticas universales aplicadas en Reino Unido durante el mandato del primer ministro Cameron se incluyeron beneficios para los padres y madres en los primeros 18 meses del hijo, acceso a servicios de cuidado, horarios de trabajo flexibles y beneficios para equilibrar las tareas de padre y madre y trabajador.

Tal vez la mayor contribución de todos estos programas e investigaciones a la preocupación que el Estado y la sociedad civil pueden tener por los problemas asociados a las familias es que subraya el valor central que tiene la cercanía como un eje de la concepción y de la acción.

Ya hemos visto cómo han evolucionado algunas decisiones legislativas que mejoran las licencias de las madres y padres; o cómo la Justicia va avanzando poco a poco para asegurar el respeto por los derechos básicos de las personas, en especial de los niños. Pero esos progresos solo contemplan una parte de los complejos problemas que enfrentan las parejas, y que solo pueden intentar resolverse con acciones

206- https://bit.ly/2sduO6E

207- https://bit.ly/2TgibB4

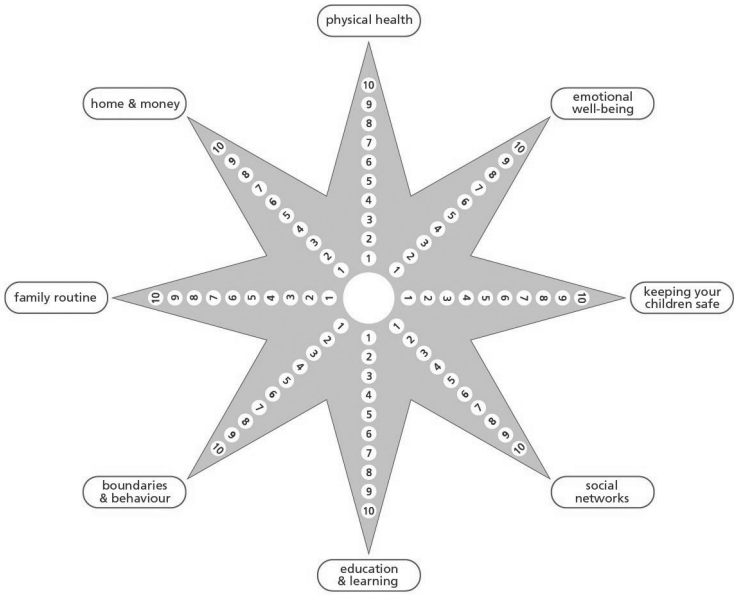
208- https://bit.ly/29eoe5f

209- https://www.eif.org.uk/

en las que primen el contacto directo, la escucha y el seguimiento de todos los miembros de la familia y su entorno.

La cercanía, además, permite explorar todo lo que se ve y se escucha, como lo hace el programa Family Action sobre la base de una matriz en forma de estrella que introduce la mayoría de las dimensiones que afectan el bienestar y desarrollo de las parejas y que permite seguir su evolución en el tiempo. La evaluación realizada sobre este método de análisis y trabajo dice que

- Proporciona una estructura clara y efectiva para brindar los elementos de apoyo familiar que se muestran en la investigación con objeto de mejorar los resultados de la familia y los niños.
- Es una herramienta efectiva de medición y gestión para el trabajo de apoyo familiar.
- Involucra a profesionales, usuarios de servicios, gerentes y comisionados para que entiendan el camino del cambio que recorren las familias.
- La evaluación señaló a Family Star como una herramienta efectiva de gestión y medición para el trabajo de apoyo familiar. Una característica única de la herramienta es que involucra a las familias y al personal de primera línea, así como a los gerentes y comisionados en el proceso de cambio, y proporciona información de gestión oportuna para evaluar el desempeño a un nivel agregado.



Family Star™ (2nd Edition) © Triangle Consulting Social Enterprise Ltd
Authors: Sara Burns and Joy MacKeith
www.outcomesstar.org.uk

((Variables: Salud física //Bienestar emocional //Mantener a sus hijos seguros// Redes sociales // Educación y aprendizaje //Límites y comportamiento //Rutinas de familia // Hogar y dinero.))

Con este enfoque complejo, basado en las capacidades que ayudan a que las personas puedan desarrollarse personalmente y en grupo, es también posible coordinar el trabajo de varias áreas gubernamentales y sociales que tienen responsabilidad sobre ellas; y concentrarse no solo en cada una de esas dimensiones/capacidades, sino también en sus interacciones, pero, insistimos, siempre basándose en estar en contacto directo con las personas y en potenciarlas en sus herramientas básicas de crecimiento.

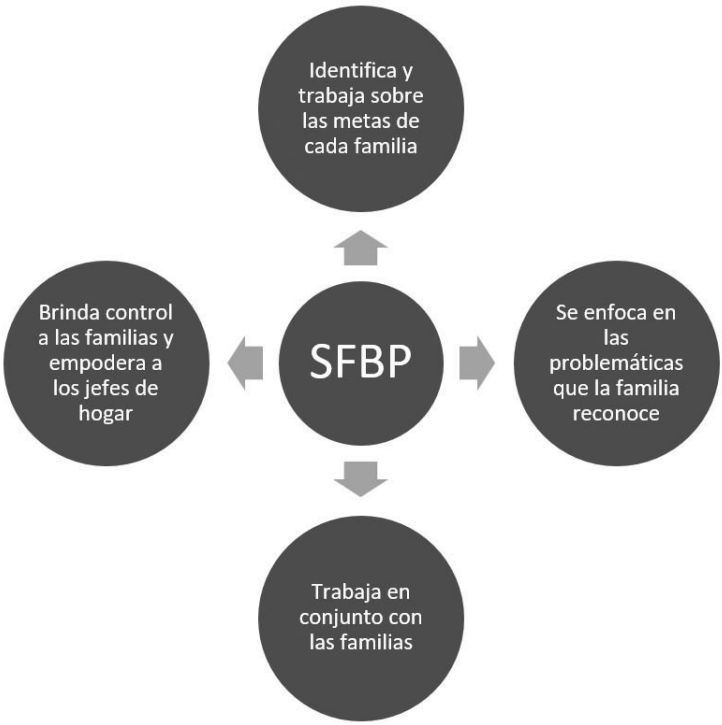
Otro caso muy interesante es el de dos proyectos ingleses, que han tenido mucha inversión (y desarrollo), que han servido para abrir otros caminos en la optimización de la inversión social.

El Crewe Project en el Reino Unido brinda apoyo y asistencia a niños con problemas a través de asistentes sociales (llamados family practitioners, FP). Estos brindan apoyo intensivo y contacto frecuente y flexible con las familias que tienen hijos con problemas. Trabajan con los niños y con sus padres. Es importante mencionar que el FP no es un trabajador social calificado. Son personas que tienen trayectorias diversas (maestros, policías, enfermeros) y experiencias de trabajo comunitario (ONG, fundaciones, etc.).

Los FP están en coordinación con autoridades educativas, médicos y otras agencias estatales y reciben diferentes cursos virtuales y presenciales en temáticas diversas: abuso, consumos problemáticos, salud mental, salud preventiva, salud sexual, nutrición, violencia doméstica, promoción de hábitos saludables, etc. Las capacitaciones se arman de acuerdo con el contexto local. Se toman en cuenta las necesidades de los trabajadores para armar nuevos cursos y su *feedback* sobre los cursos realizados para mejorarlos. El tiempo promedio para empezar y cerrar un caso de niños con problemas ronda entre los 100 y los 300 días. Los resultados del programa muestran que las familias experimentaron cambios positivos a partir de su interacción con los FP. Esto se tradujo en una mayor presencia de los niños en las escuelas y mejora de rutinas en el interior del hogar y que los padres mejoraron su bienestar socioemocional.

Para el Crewe, cada FP trabajó con alrededor de 12 familias, haciendo un promedio de 11 visitas por mes. El proyecto pone énfasis en que el número de visitas sea de acuerdo con las necesidades de cada familia y que el servi-

cio esté diseñado a la medida de sus necesidades y problemas. Durante las visitas se procura construir una relación de confianza, contacto frecuente y un cuidado personalizado. La metodología que utilizan los FP es conocida como Solution Focused Brief Therapy (Terapia corta orientada a soluciones).[210]



EL SFBP se basa en el cambio de un enfoque directivo (donde el trabajador social les dice a las familias qué hay que hacer o busca imponer soluciones) hacia uno dialógico,

210- Elaboración propia con base en Crewe Project Partnership, p. 36

donde la familia pasa a ser protagonista, es decir, propone lo que hay que hacer. Una cita de un FP en el Reino Unido dice: «Las familias son expertas en sus propias vidas y eso les gusta».

El enfoque SFBP no puede aplicarse en situaciones de peligro extremo, por ejemplo violencia doméstica, padres que están a punto de perder la tenencia legal de sus hijos, etc. Mientras el proyecto Crewe estaba enfocado solamente en familias que tenían un niño con problemas, el de Troubled Familes (TF) estaba dirigido a familias que tuvieran problemas mucho más complejos (crimen, comportamiento antisocial, desempleo, problemas de salud mental, niños y adolescentes que faltan repetidamente o no asisten a la escuela).

Los objetivos del programa eran aumentar la asistencia de niños a la escuela, reducir el crimen o actividades criminales juveniles, mejorar el comportamiento antisocial y emplear a los adultos desocupados.

El gobierno del Reino Unido invirtió 10.000 libras por cada familia. De esta cifra, el 40% estaba destinado al Gobierno local que lograra demostrar que había resuelto los problemas de la familia. Entre 2012 y 2015 el gobierno invirtió 448 millones de libras. Los Gobiernos locales trabajaron con más de 120.000 familias. Se eligieron 16 áreas para lanzar el programa en fase piloto.

Los Gobiernos locales eran los encargados de seleccionar a las familias, adaptar el programa al contexto local y brindar las capacitaciones a los FP. Los FP trabajan en coordinación con las agencias estatales para resolver las dificultades de las familias, derivando hacia ellas las demandas de servicios, lo que ayuda mucho a las familias a obtener prestaciones que de otro modo no lograrían. El número de

familias asignado a cada trabajador depende de las dificultades que tenga cada una de ellas.

Los FP cuentan con la supervisión de autoridades y, en algunos casos, con apoyo psicológico. Las evaluaciones no solo detectaron cambios positivos en las familias beneficiarias del programa (sobre todo con el tema de reincorporar jóvenes y niños a la escuela), sino también un cambio en la manera en que los gobiernos locales brindan servicios públicos. Las evaluaciones muestran que fue más difícil incidir en el tema de la empleabilidad de los jefes de hogar desocupados.

El Programa Primeros Años de Argentina[211] brinda herramientas para asesorar, fortalecer y acompañar a familias, docentes y otros agentes que trabajan en instituciones educativas de atención y cuidado de niños y niñas de 0 a 5 años en temáticas relacionadas con la crianza y el mejoramiento de la calidad de vida. Para ejecutarlo se seleccionaron facilitadores con base en su experiencia de trabajo barrial o comunitario, así como en las experiencias previas que hayan tenido en otros programas sociales.

Las autoridades de Primeros Años hicieron una alianza con el Programa Nacional de Competencias Laborales del Ministerio del Trabajo para entrenar a los facilitadores a través de capacitaciones continuas y especializadas en el campo del desarrollo infantil temprano. Se los formó en temas como embarazo e inicio de vida, pautas de crianza familiares, respeto a la diversidad cultural, derechos de niños y mujeres, estereotipos de género, violencia doméstica, abuso, etc. Se trabajó con esquemas pedagógicos participativos y el Ministerio del Trabajo extendió cerca de 400 certificaciones para facilitadores del conurbano. Los facilitadores tenían

211- https://bit.ly/2Oaz6UU

como responsabilidad relevar e identificar necesidades de las familias, planificar y organizar actividades, implementar las actividades y evaluarlas.

A diferencia de los profesionales, los facilitadores tenían un trato cotidiano con las familias y se consolidaron como referentes del desarrollo infantil en sus barrios. Algunos de los obstáculos que enfrentaron los facilitadores fueron la dificultad de acceder a ciertas instituciones públicas para resolver problemas, sobre todo lo que tiene que ver con la violencia doméstica o la violencia de género. Algunos contaban que, cuando acompañaban a la víctima a hacer la denuncia ante la policía, estos decían que la persona debía regresar a su hogar.

La evaluación 2016 del programa Primeros Años mostró que hubo cambios positivos en la crianza de las familias (controles de salud, salud sexual y reproductiva, hábitos alimenticos).

La Vicejefatura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires ha creado el Programa de Desarrollo Familiar,[212] una iniciativa muy creativa que aborda el tema de la familia desde varias perspectivas, que incluyen un área de estudios, así como el «Espacio Familia: un espacio anónimo atendido por profesionales especializados en temas de familia en donde vas a encontrar contención, asesoramiento, consejos y guías útiles para afrontar con más facilidad todas esas situaciones cotidianas, o no tan cotidianas, que se nos presentan a todos». Asimismo ofrece un servicio de orientación familiar cuya «acción específica es la prevención. Su prioridad es evitar el desborde de las disfunciones en torno a la familia, buscando acortar los tiempos en la resolución de problemas. La estrategia es captar el potencial propio de cada familia y ser

212- https://bit.ly/2JuBAP0

eficaz en controlar las dificultades variadas que se presentan de manera insoslayable en la sociedad, por medio de un asesoramiento y acompañamiento activo y eficiente».

Estos servicios se desarrollan de manera regular en los barrios, y complementan diversas actividades de sensibilización y difusión sobre cuestiones relacionadas con los temas de familia, configurando una iniciativa de avanzada que bien puede ser reproducida en otras provincias

Lecciones aprendidas de los programas que trabajan con familias

Ante todo, cabe remarcar que para solucionar los problemas que hasta aquí detallamos, y generar las condiciones para que cada vez haya más familias que se desarrollen en plenitud, no existen fórmulas mágicas ni inmediatas (como en todos los problemas sociales). No hay *una* sola acción[213] que pueda cambiar definitivamente un comportamiento cuando están en juego los sentimientos, la «mochila» personal, el marco cultural, los estímulos económicos, las creencias religiosas. La decisión de constituir y sostener una pareja recibe la influencia de todos esos incentivos que se complementan (o compiten) con el componente decisivo —e invisible— para la permanencia y la felicidad, que es el amor.

De lo que se trata entonces es de generar condiciones propicias para la toma de decisiones por parte de las parejas, tanto cuando estas puedan estar influenciadas por causas que el Estado puede manejar como cuando su vida recibe la influencia de los factores afectivos que los rodean.

213- Cohen, Philip, «Divergent responses to family inequality», en Amato, Paul, Alan Booth, Susan McHale y Jennifer Van Hook (eds.), *Families in an era of increasing inequality Diverging destinies*. New York, 2015.

Como dijimos, las soluciones no serán instantáneas. Algunas podrán surtir efectos más rápidos en inducir comportamientos — como puede suceder con los incentivos económicos—, otras irán modificando perspectivas culturales con efectos retardados —como sucede con la educación o la sexualidad, donde buenas políticas mostrarán sus efectos años después ayudando a que se consoliden mejor las parejas gracias a la mejor capacidad para entender y amar—. Los cambios institucionales deberían acompañar los procesos y consolidar la dimensión de los derechos.

Se trata, en suma, de sostener una política hacia el fortalecimiento de las familias sustentada por una decisión previa y comprehensiva que impregne todas las acciones del Estado y que también induzca a la sociedad civil a actuar en el mismo sentido a lo largo del tiempo. La decisión que la sociedad debe tomar, e implementar a través de sus gobernantes, es incorporar (y hacerlo explícito) a la familia como un valor importante para su presente y su futuro y estar dispuesta a contribuir a su realización.

Las acciones concretas pueden darse en los diversos tiempos del desarrollo de las parejas, que tiene un antes, un durante y —si falla— un después, tal como vimos en el muy interesante enfoque que propuso el primer ministro inglés Cameron.

El «antes» está formado por todas las herramientas (económicas y culturales) con las que las personas llegan al momento, voluntario o no, de formar una pareja. Incluye las capacidades materiales, que ayudan a que las personas puedan asumir el desafío de ampliar sus gastos e inversiones; pero también sus capacidades culturales y afectivas, que les permitan convivir y muy especialmente dialogar, compartir, amar y superar las naturales crisis de esa convivencia.

Como veremos en las propuestas, es posible desarrollar acciones que faciliten la aventura de vivir juntos, como —entre muchas otras— ayudar a los jóvenes a contar con un mínimo capital que les permita acceder a las bases de una vivienda propia.

El «durante» incluye también la seguridad económica, la planificación familiar y varias acciones que —como el cuidado y la buena crianza— ayudan a que las madres puedan desarrollarse laboral o profesionalmente sin perder su rol materno. Y, obviamente, el apoyo concreto que ayude al diálogo y evite, bien las rupturas tempranas, bien los daños de la separación, y por supuesto la violencia.

El «después» se refiere sobre todo a la protección de los derechos de las madres y los hijos luego de que la pareja se ha roto, e incluye no solo los aspectos jurídicos, sino también los referidos a mantener los vínculos elementales y evitar el abandono total que tan perjudicial resulta para el desarrollo integral de los niños.

Esta perspectiva de antes, durante y después deben constituir no solo una política pública, sino también una mirada social, ya que, en el logro de objetivos elementales referidos al crecimiento y la felicidad de las personas, todos podemos poner algo, en nuestro círculo más cercano o en los lugares en los que vivimos.

Otros de los aprendizajes que surgen de la lectura de los programas y proyectos exitosos en el campo de la familia son:

- Coordinación interministerial y entre diferentes niveles de Gobierno nacional, provincial y local; capacidad para adaptar los programas a las necesidades locales (los programas «enlatados» y cerrados no sirven).

- Importancia de contar con actores en diferentes escalas políticas y territoriales que coloquen y promuevan el tema de la infancia y la familia como prioridad en las políticas públicas. Gente comprometida, ubicada allí donde pueda influir.
- Importancia de hacer acuerdos y sinergias con otros programas nacionales e iniciativas sociales. Por ejemplo, el Programa Primeros Años del Ministerio de Desarrollo Social hizo un acuerdo con el INTA para promover el tema de la seguridad alimentaria. O sea, aprovechar plenamente el despliegue del Estado y potenciarlo en relación con la energía social disponible.
- Conformación de mesas o espacios participativos donde los actores políticos puedan sugerir propuestas para adaptar o mejorar el programa. La escucha mutua es muy importante, pues no solo hay problemas que no son evidentes, sino que también hay energías y saberes que pueden aparecer en el diálogo.
- *Road map* o estrategia del «escritorio al territorio». Fue un mecanismo que hizo el programa «Troubled Families» para adaptar el programa (consensuado en el ámbito nacional) al plano local. Se hizo una guía de implementación para los Gobiernos locales.
- Perspectiva de género e intercultural. En el programa de Canadá de apoyo a las familias se formó un comité aborigen para adaptar los programas y proyectos a su cultura y forma de vida. De esta forma se aprovecha la diversidad.
- Trabajar coordinadamente con todos los miembros de la familia, reconociendo sus interconexiones

para aprender sobre la complejidad de sus problemas. Eso se logra, por ejemplo, virando el eje de las políticas sociales, desde la mera entrega de recursos materiales, hacia el trabajo en el interior de los hogares, poniendo énfasis en las relaciones.

- Considerar la dinámica de la familia en el sentido más amplio. Por ejemplo, el rol de algunos abuelos en el cuidado de los nietos y el valor de las relaciones comunitarias para ayudar a las familias en la vida cotidiana y cuando surgen necesidades.
- Transformar la manera en que los servicios públicos alrededor de la familia interaccionan con ella. Ya hablamos de la importancia de temas que aparecen ocultos pero que tienen mucha importancia, como el transporte.
- Importancia de integrar políticas focalizadas y universales en torno a las familias. Las políticas universales, como las transferencias monetarias, cumplen un rol básico de apoyo alimentario, pero deben ser complementadas con acciones cara a cara, para escuchar y ayudar.

Familia, pobreza y movilidad social

Vamos a entrar ahora en algunas cuestiones puntuales más propias de la realidad de nuestro país, cuya solución va a contribuir también a mejorar la situación de las familias.

A lo largo del texto señalamos repetidamente la relación entre pobreza y situaciones críticas en las familias, una preocupación más que relevante en tanto vemos cómo la pobreza se ha cronificado en la Argentina y cuán difícil re-

sulta superarla mientras que no podamos abandonar nuestro karma de crisis económicas periódicas.

Como bien dice el economista Jorge Colina cuando analiza las razones por las que se conecta la pobreza con la familia (y funciona como un eslabón de pobreza entre generaciones):

> Crecimiento económico, empleos, educación, redistribución, son ingredientes para erradicar la pobreza. Pero el receptáculo donde deben combinarse para transformarse en desarrollo social es la familia. Para ilustrar, según la encuesta de hogares del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos —Indec—, si se considera el 10% de los hogares de menor nivel de ingreso —o sea, los hogares indigentes—, en la mitad de ellas la jefatura es ejercida por una mujer que en la mitad de los casos no trabaja; cuando el jefe es varón, el 75% de las mujeres no trabaja. Entre estos hogares hay 2,7 niños por familia, donde también hay nietos, lo cual implica que medió un embarazo temprano de las hijas de estas familias. […]
>
> Si se mira en cambio al 10% de la población con mayor nivel de ingreso —o sea, a la clase media—, en el 65% de los casos la jefatura es del varón, el 75% de las mujeres también trabaja; cuando a las mujeres les toca ser jefas de hogar, en el 70% de los casos trabajan. La cantidad de niños por hogar es de 0,3, o sea que hay un niño cada 3 hogares, y prácticamente no hay nietos viviendo con el núcleo familiar, lo que señala que el embarazo temprano es raro.[214]

Resolver el problema de la pobreza y sus efectos en nuestra Argentina va a tomar mucho tiempo. Por razones múltiples.

Obviamente, porque existe una precondición macroeconómica: se necesita un período largo de estabilidad de

214- Colina, Jorge, «La familia es el motor del desarrollo social», *La Nación*, 26 de marzo de 2017. Disponible en https://goo.gl/nEDh78

precios, crecimiento del producto y del empleo, de modo que las personas puedan recomponer de manera sostenida sus ingresos. Y la experiencia demuestra que ello puede lograrse solo si se respetan ciertas reglas mínimas (tales como el equilibrio fiscal), por cuyo cumplimiento, lamentablemente, no nos hemos caracterizado en el pasado.

Pero, además, el crecimiento deberá incluir un componente dirigido a impulsar los sectores que —como la construcción y la obra pública— generan oportunidades para las personas con menores calificaciones, al tiempo que se instalen condiciones laborales que faciliten e induzcan la formalización de quienes trabajan en el mercado informal.

El proceso será largo, pues la pobreza está muy cronificada y ello ha consolidado los daños que bien conocemos los argentinos: degradación educativa, pérdida de activos elementales —vivienda, ahorros—, familias numerosas, informalidad laboral crónica, disminución de las aspiraciones, todos temas que se profundizan en los jóvenes.

Si bien la reducción de la pobreza por mejora en las condiciones económicas es el corazón del proceso que dará a las personas y familias más pobres un horizonte de vida más positivo, ello no significa que en paralelo a esa mejoría no se puedan encarar acciones que modifiquen los diversos condicionantes que afectan las posibilidades de desarrollo de las parejas y sus entornos.

Será inevitable y necesario sostener las asignaciones monetarias que aseguren un piso mínimo de dignidad a las personas más pobres. Sabemos que existen muchas controversias alrededor de estos programas, pero también debemos considerar que la carencia de alimentación básica afecta a casi un 10% de la población, y como sociedad no podemos permitirnos que haya hambre en nuestro país.

Pero, al mismo tiempo que permiten que las familias puedan tener un piso alimentario básico al inicio del mes, estos programas también dan oportunidades para trabajar cara a cara con esas personas de modo que puedan participar de actividades diversas en las que se empodere a las mujeres, se hable de los vínculos, se dialogue sobre la importancia de la buena crianza y sobre todo se escuche a quienes tienen problemas en su vida familiar. También es posible aprovechar estas conexiones para transmitir mensajes sobre la prevención del embarazo adolescente y sexualidad en general.

En líneas generales, las acciones que transfieren dinero deben privilegiar la autonomía de las personas antes que fomentar la dependencia, lo que implica que ellas puedan tomar decisiones sobre la base de sus propias elecciones de vida, en lugar de depender de manera sistemática de programas públicos o de decisiones que han sido tomadas por otros. Para ello, hay muchas técnicas de intervención que priorizan que las personas —las parejas, las familias— no sean meros receptáculos, sino que tomen parte activa en su propia transformación generando la sinergia necesaria para dar lugar a soluciones efectivas, como de hecho lo están haciendo varios programas de los ministerios nacionales y provinciales.

También el equilibrio macroeconómico con crecimiento debe complementarse con políticas orientadas a otras carencias (además de la falta de ingresos) que impiden construir una vida plena.

Así, por ejemplo, el hábitat es un determinante para el funcionamiento de las parejas, en dos sentidos: la vivienda propia y el entorno en el que se vive. De eso hablaremos en pocas páginas.

Pero antes de entrar en el campo concreto de cada una de las acciones, vale hacer un comentario general acerca de

la calidad y efectividad de las políticas públicas, sin las que todas estas propuestas serán solo enunciados sin ningún impacto concreto.

Poniéndolo con una frase simple y directa: para que las acciones sociales tengan un impacto que le cambie la vida a la gente, no alcanza con el corazón, sino que es esencial la cabeza. O sea, tomar decisiones (y asignar recursos) basados en evidencia sobre el punto de partida y la meta de llegada. Y poder modificar lo que se hace cuando el impacto no es el deseado.

Ha sucedido en el pasado que cada vez que un ministro venía al Congreso a exponer sobre sus proyectos, ante la pregunta sobre los resultados (más precisamente: ¿en qué le ha cambiado la vida a la gente lo que usted hace?), la respuesta era la cifra que se había invertido, o sea, ninguna respuesta.

La Argentina tiene una larga tradición de inversión social ineficiente —además de otros vicios, como el clientelismo— con una absoluta carencia de datos objetivos. Los programas que fueron objeto de una evaluación rigurosa de impacto pueden contarse con los dedos de una mano. Solo para comparar, vale mirar la diferencia en la reducción de la mortalidad infantil (ponderada por los montos invertidos) entre Chile y Argentina, que demuestra que el cambio permanente de autoridades y estrategias —sumado a la falta de una evaluación rigurosa de impacto— demoró la disminución de la mortalidad infantil en nuestro país mucho más que en Chile aun cuando en varios momentos invertimos más.

Durante el año 2018, el PEN aprobó el decreto 292, que establece la evaluación obligatoria de todos los programas sociales ejecutados por el Gobierno, y la difusión pública de sus resultados, lo que significa un enorme avance

que sin duda se verá reflejado en el más rápido y eficiente logro de sus objetivos (y, teóricamente, en una mejora en las competencias profesionales en todos los niveles de la administración pública).

Con esta expectativa podemos entonces hablar de programas concretos.

Infancia

Para frenar la reproducción de la pobreza es vital comenzar desde la infancia. Como ha señalado en reiteradas ocasiones el Observatorio de la Deuda Social de la UCA, crecer en la pobreza aumenta la probabilidad de sufrir traumas físicos y psicológicos que limitan cada vez más el bienestar futuro.

Dada la complejidad del proceso de crecimiento, las acciones de la misma familia, del Estado y de la comunidad, deben responder a esa complejidad con una perspectiva integral en la que todos actúen armónicamente sobre la persona. Y esta perspectiva integral (física y psicológica) deberá completarse si entendemos a la infancia no solo como un momento de la vida —importante como es— sino como el inicio de un proceso en el que habrá eslabones que se integrarán para que los niños puedan crecer y participar de la movilidad social y construir un destino en el que cada una de las etapas se vaya encadenando con la siguiente.

Podemos pensar entonces a la vida como una serie de etapas en las que hay condiciones mínimas ideales que se deben cumplir, de modo que podamos compararlas con las que efectivamente pueden lograr las familias más pobres[215] y

215- https://brook.gs/2OdH8w1

de tal modo entender en qué se debe poner el esfuerzo para que las personas vayan superando cada valla:

- **Nacimiento**: nacer con un peso normal, de una madre no pobre, casada, con al menos un título secundario.
- **Primera infancia**: desarrollar habilidades aceptables de pre-lectura y matemáticas y un comportamiento apropiado para estar en la escuela.
- **Infancia intermedia**: desarrollar destrezas básicas de lectura y matemáticas y habilidades socioemocionales.
- **Adolescencia**: graduarse en la escuela secundaria con promedio mayor o igual a 6,5, sin haber sido condenado por delitos ni ser padre.
- **Transición a la adultez**: vivir solo y tener grado universitario o un ingreso familiar de al menos 2,5 veces el del nivel de pobreza.
- **Adultez**: llegar a la clase media con un ingreso familiar de al menos tres veces el del nivel de pobreza.

Comparar esta «fórmula» para ser exitoso en el proceso de movilidad social (hasta llegar a ser parte de la clase media) que vemos hoy en nuestro país puede ser un incentivo al desánimo o a la acción.

Si decidimos que sea un incentivo a la acción, tenemos que operar en cada momento, desde el nacimiento hasta los 5 años, cuando los niños están en condiciones de desarrollar a un ritmo acelerado las capacidades fundamentales en las que se sustenta su desarrollo posterior.

Además de los progresos lingüísticos y cognitivos, despliegan sus capacidades emotivas, sociales, reguladoras y morales. Estas dimensiones están enlazadas, y cada una

requiere una atención específica, ya que su desarrollo es altamente vulnerable: al tiempo que progresan de forma sorprendente, los niños pueden caer en períodos de tristeza, dolor y desorganización en respuesta al trauma, a la pérdida y al rechazo afectivo temprano.

Por ello, se requiere una gran inversión en este periodo, para que los niños ingresen a la escuela en buenas condiciones y prosigan la socialización, como lo vimos al hablar de los primeros 1000 días de vida.

La aplicación sostenida de programas integrales que aseguren la nutrición, el afecto y el estímulo apropiado es lo único que puede dar vuelta un destino que parece marcado: no hay desarrollo posible sin esos componentes. Y estas acciones precisan que la familia se involucre.

Pero también, desde la perspectiva concreta de la familia, es esencial que los padres puedan crecer a la par y en su relación con los hijos participando activamente, por más que se trate de una actividad asistencial provista por el Estado o por una organización social. Así, pueden aprender no solo acerca de la mecánica de la nutrición sino también a desplegar las formas del cariño, transformando prácticas que muchas veces son violentas o carentes de afecto y haciendo del hogar un espacio de desarrollo conjunto.

Para alcanzar estos objetivos, las transferencias monetarias destinadas a asegurar la alimentación de los niños son un precedente positivo que asegura el mínimo más elemental para poder «abrir la puerta» a principios de mes sin la amenaza del hambre. Aquí las madres son la vía de acceso principal, pero es primordial que los padres también se involucren, ya que la mejor contribución al desarrollo pleno de un niño es que haya un contacto intenso con ambos padres.

Y en paralelo, al asimilar prácticas que les permitirán disfrutar del crecimiento de sus hijos, muchas parejas lograrán darle sentido a su paternidad. El desafío es, entonces, contribuir al compromiso familiar, ya sea a través de la intervención de visitadores sociales o de acciones en escuelas o en instituciones comunitarias, haciendo partícipes a los municipios y a toda la sociedad civil.[216]

Para todo ello, y sobre todo para las personas más pobres, existen los programas sociales basados en la familia que citamos más arriba (en especial el Primeros Años) y en los que —como veíamos— existen profesionales especializados que trabajan cotidianamente con esas parejas para acompañarlos en la resolución de los problemas más elementales, y cuya instalación masiva en todos los niveles del Estado es uno de los mayores desafíos que enfrentan nuestras políticas sociales.

Existen también muchas experiencias en el mundo que buscan acercar a los padres a las escuelas y a las actividades relacionadas con los primeros años del crecimiento. De tal modo, se producen varios efectos virtuosos:

- Los niños ven a ambos padres preocupados por su crecimiento.
- Se estimula el diálogo en el hogar alrededor de lo que se está haciendo, de modo que la salud, el desarrollo afectivo y otras dimensiones importantes formen parte de lo que ambos padres miran y por lo que se ocupan.
- Los padres miran temas nuevos que probablemente no formaban parte de las interacciones habituales entre los miembros de la familia.

216- Shonkoff, Jack P. y Deborah A. Philips (eds.), óp. cit.

- Se establecen puentes desde el hogar hacia otros espacios de la vida del niño, como la escuela u organizaciones comunitarias.

Estas acciones no son únicamente desarrolladas por el Estado, sino que hay infinidad de organizaciones comunitarias que trabajan en estas dimensiones de la vida familiar, por ejemplo, integrando a los padres a los comedores, o hablando de estas cuestiones en los encuentros de la comunidad (como lo hacen las iglesias), o simplemente conteniendo o aconsejando. Para que este programa avance, la «energía social» existente en nuestro país puede ser promovida y ampliada para dar apoyo a las parejas y a las madres jóvenes en los lugares más críticos, a fin de asegurar que los hijos lleguen a la escuela en condiciones tales de educabilidad que les aseguren mayores chances de completar el proceso educativo. En este campo, la posibilidad de interacción con los municipios, a través de una acción intensa de capacitación, transferencia de tecnologías, capacidad de planeamiento y evaluación, servirá para generar una red nacional que ayude a las familias a cumplir con los objetivos deseados.

Por ello, integrar esa «energía social» a las acciones en pro de la familia no solo amplía la llegada a más personas, sino que lo hace con la capilaridad que las personas comprometidas tienen (y que no siempre el Estado puede lograr). Dentro de este conjunto de acciones, el tema del cuidado de los niños en instituciones fuera del hogar tiene especial relevancia, porque además de ayudar a las madres a poder usar su tiempo para trabajar, cuando se hace con calidad permite agregar algunas prestaciones que muchas veces las madres no están en condiciones de aportar y que tienen un impacto directo en la salud y el desarrollo de los niños, y a la par cumple con un objetivo básico de equidad.

Como vimos, los primeros mil días de vida hacen una diferencia fundamental para el resto de la vida, y los niños que sufren carencias tienen, con este apoyo adicional, chances de pasar esa barrera y de contar con las herramientas que les permitirán entrar a la escuela en las mismas condiciones que los demás niños.[217]

> Varios estudios reconocidos de Estados Unidos, como los proyectos Abecedarian, High/Scopes Perry Preschool y Early Head Start, han encontrado efectos significativos y de largo plazo en servicios de cuidado de calidad, bien diseñados e implementados. Entre los impactos de largo plazo identificados, se destacan menores índices de delincuencia, menos embarazos en adolescentes, menor dependencia de programas de asistencia social y menor uso de drogas, así como mayores salarios y tasas de empleo.[218]

En los EE. UU., varios programas basados en estos principios han demostrado su efectividad con resultados estimulantes, como da cuenta el sitio «Social Program That Works».[219]

Pero el cuidado de los niños no es solamente una actividad solidaria que cualquiera puede prestar. Para que tenga efectos positivos sobre el desarrollo de los chicos —e impacto sobre las familias— debe cumplir con un mínimo de condiciones, que han sido analizadas por el Banco Interamericano de Desarrollo:

> De acuerdo con la opinión de los expertos consultados por el BID (Barnett, 2012 y BID Advisory Committee, 2012),

217- Los Centros de Cuidado Infantil en la Ciudad de Buenos Aires son un modelo que el actual Gobierno nacional se propone reproducir en todo el país, a una escala que cubra los ámbitos más críticos.

218- Shonkoff, Jack P. y Deborah A. Philips (eds.), óp. cit.

219- «Social Program That Works», Laura and John Arnold Foundation's (LJAF) Evidence-Based Policy team. Disponible en: http://evidencebasedprograms.org/

> los seis elementos críticos que deberían definir la calidad en centros de cuidado para el grupo de 0-3 años de edad son los siguientes: 1. La provisión de una alimentación nutritiva, en condiciones óptimas de higiene, saneamiento y seguridad; 2. La cantidad de niños a cargo de cada cuidador, que no debería ser mayor a seis niños por adulto en el grupo de edad de 12-36 meses y que debería ser aún menor para los bebés; 3. La calidad de las interacciones entre los cuidadores y los niños, su frecuencia e intensidad; 4. La existencia de un sistema que monitorea la calidad con regularidad en todos los centros; 5. Los esfuerzos de capacitación y desarrollo profesional para los cuidadores y maestros; 6. Actividades, materiales de juego y espacios estimulantes.[220]

Si a ello le sumamos —como decíamos más arriba— que contar con Centros de Cuidado permite que las mamás se inserten y mantengan en el mercado de trabajo y con ello no solo aporten un ingreso más al hogar, sino también se desarrollen personalmente, comprenderemos cuán importante es esta política para las familias y para los niños.

En este sentido, Argentina está avanzando paulatinamente hacia la instalación de sistemas semejantes que se complementan con las prestaciones monetarias ya existentes, y que incluyen desde guarderías hasta el apoyo a redes familiares y barriales de contención.[221] Si las acciones de las que estamos hablando tienen éxito en asegurar a los niños un capital nutricional y afectivo básico que les permita entender, relacionarse, querer, entonces estarán en condiciones de encarar el próximo paso: la educación.

220- López Boo, Florencia, ¿Cómo se mide la calidad de los servicios de cuidado infantil?, BID, 2016.

221- Un precedente en este sentido son los dos programas que llevó adelante la Secretaría de Desarrollo Social en los años noventa, «Cuidadores domiciliarios» y «Padres y madres cuidadores», que incluían desde capacitación y registro de los participantes hasta incentivos económicos.

Educación de calidad

Ningún camino de movilidad social y de superación de la pobreza será viable si no se sustenta en un buen proceso educativo.

Pero, cuando hablamos de «un buen proceso educativo», estamos tratando de sintetizar en cuatro palabras lo que es increíblemente complejo. Porque en la medida en que queramos trabajar para que la educación sea una etapa virtuosa en la construcción de una vida plena (y hacerlo con sentido de equidad), no podremos quedarnos solo en los contenidos habituales de la enseñanza.

La educación que potencia, transforma y ayuda a los jóvenes a progresar es mucho más que aquella que transmite conocimientos convencionales, tal como lo remarcamos al hablar de las habilidades no cognitivas y su importancia para la futura integración social y laboral de las personas. Porque estas habilidades comienzan a desarrollarse desde muy temprano, es aquí donde la relación escuela-familia muestra toda su importancia.

Para que los chicos crezcan en sus habilidades complejas, hace falta que los docentes estén atentos y ejercitados para mirar, escuchar y acercarse a sus alumnos a fin de promover en ellos la predisposición y sensibilidad para conectarse con ellos mismos y con los otros, que son las bases profundas no solo de su inserción social, sino también de su capacidad de amar.

Un ejercicio reciente del Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires propone que

> La escuela también puede ayudar en el aprendizaje emocional, como potenciador del aprendizaje formal establecido en el cu-

> rrículum escolar para brindar oportunidades para favorecer el desarrollo integral de niños, jóvenes y adultos. Este es un gran desafío, ya que la educación se ha centrado tradicionalmente en lo cognitivo, con un olvido generalizado de la dimensión emocional. La educación emocional tiene como propósito la potenciación de la persona de manera integral tomando en cuenta la evolución emocional como complemento indispensable del desarrollo cognitivo. Esto incluye el perfeccionamiento de capacidades emocionales, personales y sociales, promoviendo el autoconocimiento y las habilidades sociales como, por ejemplo, la regulación emocional y la empatía, a fin de entablar relaciones sanas con los demás. Propugnamos la educación emocional entendida como un proceso educativo, continuo y permanente, que pretende potenciar la mejora de las competencias emocionales como elemento esencial del desarrollo integral. En este sentido el autoconocimiento es la puerta de entrada hacia el aumento de las capacidades individuales que nos conforman como seres integrales. Esta capacidad constituye la base de la construcción de todas las demás capacidades, ya que conocer las emociones, los recursos y fortalezas de uno mismo nos ayuda a movernos en la vida con certeza de que podemos ser autores de nuestro futuro y entender cómo formar parte de aquellos grupos sociales que constituimos. El autoconocimiento nos ayuda a tener una percepción clara de nuestra personalidad, incluyendo nuestras fortalezas, debilidades, pensamientos, creencias, motivaciones y emociones. Desarrollar autoconocimiento nos permite comprender a otras personas, percibir sus emociones, sus actitudes y sus respuestas en el momento presente.[222]

Un rol esencial de la escuela es detectar y compensar eventuales carencias de estímulo y afecto. Y por ello tiene especial importancia la capacidad de los docentes para involucrar activamente a los padres en las distintas etapas de la educación de niños y jóvenes. Ello, además, puede y debe

222- https://bit.ly/2HHEDRx

funcionar como una forma de mejorar la dinámica en el interior de las familias, al promover el diálogo acerca de las problemáticas de los alumnos y de las posibilidades de resolverlas con la participación de los padres.

Una herramienta en este sentido son las escuelas para padres, cuyo objetivo es promover el involucramiento de estos en la educación de sus hijos, a través de técnicas e incentivos que les induzcan a mejorar sus aportes, aún en los casos en los que ellos mismos cuentan con poca educación.[223] Asimismo, una buena educación debe transmitir valores que incentiven el respeto por el otro, en especial entre los hombres y las mujeres, ayudando a erradicar posturas sexistas y misóginas, revalorizando el amor como un componente esencial de todo tipo de relaciones, y la capacidad de reflexionar sobre cuestiones de la vida cotidiana que afectan la constitución de una pareja estable.

Muchos se preguntarán, a partir de lo planteado, si con la sobrecarga de tareas que tienen las escuelas es viable incorporar nuevas actividades que además exigen de los docentes una preparación y una actitud vital especial. Es claro que se trata de un proceso paulatino y que no debe desarrollarse solo en las escuelas, sino extenderse a los barrios y a toda la comunidad, a través de los diversos espacios de reunión existentes. De hecho, se trata de temas que también pueden surgir en los diálogos de niños y jóvenes con otros actores sociales, como por ejemplo los entrenadores deportivos.

Los adultos pueden promover las relaciones saludables de los jóvenes y prevenir la misoginia y el acoso sexual hablando con ellos, ayudándolos a comprender la diferencia

223- «La participación de los padres en las escuelas». Informe del IIPE, Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación. Buenos Aires. Disponible en https://goo.gl/W5bN4Z

entre un amor maduro y otras formas de atracción intensa, orientándolos para que sepan identificar las relaciones sanas y hablando sobre lo que significa ser una persona ética.

Independientemente de sus propios éxitos y fracasos en las relaciones, todos los adultos pueden compartir lo que saben, y hacer preguntas orientativas que les permitan a los niños y jóvenes identificar la diferencia entre las relaciones saludables y las insalubres:

> Un indicador importante es si una relación romántica hace a ambas parejas más respetuosas, compasivas, generadoras, esperanzadoras. Es preciso ir más allá de los lugares comunes para enseñarles a los jóvenes a ser «respetuosos», ya que muchos adolescentes no saben lo que esto significa realmente en diferentes situaciones románticas y sexuales.
>
> Los adultos deben mostrarles a los adolescentes en qué consisten las diversas formas de la misoginia y el hostigamiento, como atacar o usar insultos basados en el género, y deben hablar específicamente con ellos acerca de lo que el respeto y el cuidado significan en cualquier tipo de relación romántica.[224]

En este proceso, es importante poner atención no solo en los contenidos propios de la educación formal, sino también en los mensajes mediáticos explícitos y en los ejemplos de la vida cotidiana.

Todo lo anterior constituye un conjunto de ideas cuyos principios son evidentes, cuya ejecución es extremadamente compleja y va a tomar mucho tiempo. Pero es esencial que se inicie un proceso con una perspectiva sistémica (contemplando todos los temas y todos los ámbitos en los

224- Weissbourd, Richard, Trisha Ross Anderson, Alison Cashin y Joe McIntyre, «The talk. How adults can promote young people's healthy relationships and prevent misogyny and sexual harassment». Making Caring Common Project, Harvard University. Disponible en https://goo.gl/G1uJbE

que pueden desarrollarse), aprovechando todos los espacios posibles (en particular la escuela y otros ámbitos de socialización como clubes, organizaciones sociales y deportivas) con un programa de interacción cuidadosamente desarrollado, con capacitación de facilitadores y evaluación permanente de resultados.

Dignidad, vivienda y hábitat

Para hacer efectivo el camino hacia la movilidad social, además de contar con una infancia digna, educación e ingresos provenientes de un empleo decente —y la estabilidad para pensar un proyecto de vida—, las familias necesitan raíces, espacios que sientan como propios y en los que se los reconozca como miembros de ámbitos sociales. Hablar de espacio propio quiere decir concretamente contar con la propia vivienda, y el reconocimiento hace referencia al vínculo con el barrio y específicamente a las diversas relaciones comunitarias.

En páginas anteriores se hizo hincapié sobre el hecho de que la falta de vivienda y el hábitat degradado perjudican a las parejas, en especial a las más jóvenes. En estos casos, la llegada inesperada de un hijo puede fracturar el vínculo, y una de las razones de ese quiebre muchas veces es el hecho de no tener dónde vivir, sobre todo en los casos en los que los padres provienen de hogares con limitaciones que a veces llegan al hacinamiento. En tales condiciones, es difícil sobrevivir a las nuevas obligaciones que impone la paternidad.

Por ello es importante la existencia de programas de ahorro previo por parte de los padres para asegurar la vivien-

da de sus hijos, una iniciativa que bien puede desarrollarse utilizando diversos mecanismos de ahorro indexado.

Pero nada de ello será posible sin estabilidad económica. La desaparición del peso como moneda de ahorro es un duro golpe contra las posibilidades de invertir en el futuro, y otro ejemplo más de la conexión directa que existe entre la inflación y la pobreza.

Existen investigaciones que demuestran el impacto que tiene el hecho de contar o no con una vivienda propia en el funcionamiento familiar. El trabajo pionero de los investigadores Sebastián Galiani y Ernesto Schargrodsky,[225] ya citado, muestra cómo un título de propiedad puede inducir a las familias al ahorro con miras a invertir en sus hogares, además de en sus hijos, lo que no solo corta con la cadena de reproducción intergeneracional de la pobreza, sino que tiene otros efectos positivos en la perspectiva que los hijos tienen acerca de cómo construir su propio futuro.

En este momento, se están desarrollando diversas políticas para acrecentar las posibilidades de acceso a una casa propia, como por ejemplo la recuperación del crédito hipotecario, que había desaparecido del mapa social argentino, y los programas masivos de vivienda social. En ellos, es importante darles prioridad a las parejas jóvenes asignándoles puntajes preferenciales, para colaborar con la consolidación de familias que pueden mostrar resultados positivos en un corto tiempo.

En cuanto al hábitat, el barrio degradado en el que solo se puede ver desesperanza es una traba a las aspiraciones de los jóvenes. No obstante, son muchos los ejemplos que demuestran que los barrios pueden pasar de ser ámbitos de desaliento a convertirse en lugares de potenciación de lo

225- Galiani, Sebastián y Ernesto Schargrodsky, óp. cit.

mejor de cada uno, tal y como sucedió en la ciudad de Medellín. Allí, desde la transformación del espacio urbano, a través de programas que promueven la participación creativa de los jóvenes, se han desarrollado diversas intervenciones que impactan positivamente en su perspectiva de la vida cotidiana.[226] Y también pueden tomarse como modelos los proyectos promovidos por Naciones Unidas bajo la forma de «ciudades resilientes», que apuntan a una idea similar para convertir las ciudades en espacios inclusivos y promotores del crecimiento pleno de las personas.[227]

El proyecto RENABAP (Registro Nacional de Barrios Populares), en desarrollo, reúne información sobre los más de 4.400 barrios populares que hay en nuestro país y sus habitantes como base para su posterior urbanización. Es una herramienta fundamental para planificar políticas públicas que permitirán mejorar la calidad de vida de las personas que viven allí.

Cabe enfatizar, en relación con el hábitat, la importancia de mejorar los sistemas de transporte público con miras a potenciar el uso del tiempo desde una perspectiva de equidad. Menos tiempo de viaje se traduce en más tiempo con la familia, y por tanto en más cercanía en las parejas y con los hijos. Esta es una dimensión que rara vez se usa como criterio de asignación de recursos, lo que ha resultado en decisiones que favorecen a sectores de mayor nivel adquisitivo y perjudican a los más pobres, quienes a su vez cuen-

226- En tan solo doce años, a partir de la implementación de un Plan de Desarrollo, la ciudad colombiana de Medellín se convirtió en un modelo urbano. «Los más humildes a los lugares más bellos» fue uno de los principios de la gestión que, por un lado, unió el territorio con los sistemas de transporte (el Metro, el Metrocable y el Metroplus) y, por otro, creó espacios y equipamientos públicos de calidad.

227- «Programa de Perfiles de Ciudades Resilientes» (CRPP), ONU-Hábitat, Naciones Unidas. Disponible en https://goo.gl/ghFmNz

tan con menos recursos para compensar el tiempo perdido en esperas y desplazamientos.[228]

Saber y poder cuidarse

Como fue señalado en apartados previos, el embarazo adolescente no planeado es una de las causas más comunes de ruptura entre parejas jóvenes, y la razón del abandono escolar entre las madres, lo que a su vez se traduce en una serie de problemas en los hijos. Hay quienes explican el asunto argumentando que el trasfondo es el deseo de «un objeto de afecto» y de «mayor respeto social al cumplir con el mandato de la maternidad», o el resultado de la baja autoestima producto de las circunstancias, combinado con la búsqueda de realización a través de los únicos medios disponibles.

El embarazo no deseado en un contexto de vulnerabilidad familiar y económica solo empeora la situación de padres e hijos. Por ello, desde el punto de vista del bienestar individual y social es imprescindible que todas las personas cuenten con los recursos materiales y afectivos para planificar la propia vida y sean capaces de decidir, en vez de dejarse llevar por situaciones de frustración o falta de control. Pero está demostrado que dicha capacidad no está igualmente distribuida, por lo que es importante que este tema sea objeto de políticas públicas específicas, a través de las cuales se cumpla el objetivo de ayudar a las familias a constituirse y planearse como parte de un proceso que afirme el futuro de sus integrantes.

228- Un caso emblemático es el de los infinitos recursos asignados a compensar el déficit estructural de Aerolíneas Argentinas, mientras los trenes suburbanos se convertían en la fotografía de la ineficiencia y la miseria.

Lograr una reducción sensible de las tasas de embarazo adolescente es una tarea compleja, por la cantidad de factores que entran en juego. Vimos que una de las experiencias más exitosas en este sentido tuvo lugar en el Reino Unido, y logró reducir la tasa en un 50%. La estrategia se desarrolló a partir de acciones conjuntas en todo el país y contó con un plan de educación sobre prevención y relaciones sexuales y con acceso a elementos para la anticoncepción, así como con una campaña nacional de comunicación para llegar a jóvenes y padres y un plan de apoyo para padres adolescentes.

La organización territorial y el control cotidiano de la evolución del programa fueron fundamentales. Un sistema coordinado de medición en el avance de cada variable hizo posible mejorar los contenidos y ajustar la implementación en los lugares donde había peores resultados. Y no solo se involucró al Sistema Nacional de Salud Pública, sino también a organizaciones intermedias de profesionales, padres, docentes, con una estrategia común en cuyo diseño colaboraron y de cuyo control participaron.

Según la directora del Programa, Alison Hadley, tras detectar que el Reino Unido, en comparación con otras regiones, tenía altas tasas de embarazo adolescente, e identificar que este fenómeno era un factor clave de exclusión e inequidad, el gobierno comprendió que debía cambiar esa situación con un programa nacional de alta intensidad.

Dice Hadley al respecto:

> Lo primero que hicimos fue analizar los motivos de las altas tasas, y se identificaron tres razones principales. Una, conocimiento muy pobre sobre cómo funciona el cuerpo, la fertilidad; discusiones pobres sobre relaciones y sobre ser padres. El segundo factor fue que los jóvenes recibían mensajes confusos. Si bien veían sexo por todas partes, tenían vergüenza de

> hablar con amigos y padres sobre el tema y estaban ansiosos por conseguir anticonceptivos. Era una mezcla entre sentirse presionados por los mensajes de los medios de comunicación para tener sexo y sentir miedo a consultar sobre el tema. El tercer factor fue que en muchas zonas donde había desempleo, baja expectativa de crecimiento y de progreso social, las adolescentes iban derivando hacia el embarazo temprano. Analizamos los motivos para desarrollar una estrategia exitosa. Una de las claves era tener acceso fácil a servicios de anticonceptivos y mejorar la educación sexual y la educación de relaciones. Todos los jóvenes necesitan esto, pero los que tienen bajo nivel de aspiraciones necesitan más apoyo para quedarse en la escuela y seguir adelante.[229]

La experiencia británica ofrece una perspectiva optimista que de hecho esta sirviendo como modelo para nuestro excelente Plan de Prevención del Embarazo no Intencional en la Adolescencia.[230]

Los países que han tenido éxito en la prevención del embarazo no intencional han actuado sobre la base de un programa que funciona como columna de todo el sistema, complementándolo con otras iniciativas locales y con otras herramientas imprescindibles, como lo es la educación sexual integral, que además de proveer de información básica sobre cómo funciona el cuerpo y cuáles son los métodos anticonceptivos existentes, debería servir para potenciar el diálogo entre los jóvenes, los padres y los maestros, para detectar y resolver situaciones críticas. Si el diálogo es profundo, se convierte en una herramienta valiosa para concientizar acerca de la fecundidad, el inicio sexual temprano y la construcción del propio futuro, tomando en cuenta el

229- Santoro, Sonia, «La educación sexual protege a los niños», entrevista a Alison Hadley, *Página 12*, 3 de julio de 2017. Disponible en https://goo.gl/X9kJM3

230- https://bit.ly/2RfiYSG

eventual impacto de un embarazo no planeado o de uno buscado en un momento inconveniente.

Otras experiencias han recurrido a la TV o a los medios digitales para llegar a los jóvenes, impactando positivamente en la reducción de las tasas de embarazo de adolescentes. Tal es el caso de *16 and pregnant*, un *reality show* en el que adolescentes embarazadas cuentan sus historias de forma descarnada.[231] El programa tuvo gran impacto en las redes sociales y por tanto en los adolescentes. Entre otras cosas, este programa incluía una campaña llamada «Sexo. ¿Pensaste en ello lo suficiente?», con mensajes sobre la resistencia a la presión de los compañeros para tener relaciones sexuales precoces. A través de esta campaña se alentó el acceso temprano a los servicios confidenciales de apoyo y anticoncepción para prevenir embarazos y enfermedades de transmisión sexual.

En relación con esto, para ayudar efectivamente a los jóvenes a evitar embarazos no deseados, es necesario que las propuestas busquen a la par reforzar el valor del amor, el respeto por el otro y la estabilidad de las parejas, porque de ese modo se ofrece un mensaje realmente sólido y coherente con lo que se busca promover. De lo contrario, se corre el riesgo de fracasar en el objetivo y, por otro lado, de depositar la responsabilidad de la concepción en las mujeres, e inducir a los varones a comportarse menos responsablemente. Es imprescindible partir de la base de que anticoncepción y estabilidad son complementos, y no sustitutos.[232]

Debe considerarse asimismo que no todos los métodos anticonceptivos tienen la misma efectividad. De hecho, existen grandes diferencias entre ellos, no solo respecto de su

231- Díaz, Ana, «Show de MTV ayuda a reducir los embarazos adolescentes», *Nueva Mujer*, 26 de marzo de 2014. Disponible en https://goo.gl/W2fYXd

232- Rauch, Jonathan, óp. cit.

eficacia sino de los costos, lo que profundiza la inequidad. Con los anticonceptivos de liberación prolongada reversible —como los DIU o los implantes—, se obtienen mejores resultados. La posibilidad de quedar embarazada no obstante usar métodos anticonceptivos es veinte veces mayor si se recurre a la píldora, al anillo transdérmico o al parche hormonal que si se usa un anticonceptivo de liberación prolongada reversible, cuyo riesgo es del 1%. En tanto que con preservativos la posibilidad de embarazo al cabo de un año es del 18%.

Los hombres reniegan del preservativo por razones múltiples —aducen que sienten menos placer, o que se interrumpe el acto si no lo tienen a mano— y ello se refleja en las altas tasas de fracaso de este método que resultan en embarazos no planeados. El problema es que otros sistemas son mucho más caros. En consecuencia, quienes cuentan con más recursos pueden controlar mejor su capacidad reproductiva, porque además de tener más herramientas para planificar su vida en general disponen de métodos más seguros para regular su fertilidad en particular.

Pero sea cual sea el método que se adopte, es la provisión de información y en paralelo de motivación lo que puede generar cambios relevantes en los jóvenes. Por eso es tan importante que el Estado asuma la responsabilidad de ofrecer elementos anticonceptivos como parte de una política sostenida en el tiempo, y que brinde a su vez las herramientas emocionales necesarias para tomar decisiones sexuales conscientes. Informar de manera consistente es también una forma de reducir los embarazos no planeados. Este aspecto está contemplado en el Plan de Prevención del Embarazo no Intencional en la Adolescencia, en el que se están batiendo records de provisión de estos elementos a través de un mo-

delo que combina disponibilidad con apoyo de información y seguimiento.

Otra iniciativa exitosa, de carácter local y desarrollada en EE. UU. con la participación del Estado y de organizaciones sociales, fue la «One key question» (Una pregunta clave).[233] Esta intentó sondear las intenciones de embarazo de las mujeres a través de una «pregunta clave» hecha por los proveedores de atención primaria: «¿Te gustaría quedar embarazada el próximo año?». A las que respondieron que sí se les ofreció consejería y exámenes previos a la concepción; a las que respondieron que no se les propuso una gama de opciones anticonceptivas para que eligieran según sus circunstancias; en tanto a las que fueron ambivalentes en sus intenciones se les ofreció una combinación de ambos servicios. La iniciativa se propuso tanto apoyar más activamente las necesidades preventivas de salud reproductiva de las mujeres como evitar un embarazo no deseado o prepararse para un embarazo saludable. Los resultados demostraron que solo el 10% de las mujeres consultadas quería quedar embarazada, y del otro 90% solo un tercio estaba usando métodos anticonceptivos, de modo que era altamente posible encontrarse con futuros embarazos no deseados.

Esta iniciativa bien podría ser adoptada en provincias o municipios de Argentina, como un programa colaborativo de bajo costo entre Gobiernos y organizaciones sociales que complementase al programa central.

Otras iniciativas que tuvieron impacto en este terreno fueron «Sexwise», una línea gratuita para ofrecer información sobre salud sexual y reproductiva destinada a los jóvenes, y el programa «Tiempo para hablar», que animó a los

233- Fue llevada a cabo por la Fundación para la Salud Reproductiva de Oregon (Oregon Foundation for Reproductive Health), una organización sin fines de lucro dedicada a mejorar el acceso a un cuidado de la salud reproductiva e integral.

padres a hablar con sus hijos sobre sexo y relaciones, a través de la ONG Parentline Plus. Asimismo, diversas experiencias han utilizado las redes sociales como herramientas para transferir información y promover el diálogo en torno a la sexualidad y el embarazo con probado éxito.

Hay quienes acusan a las redes sociales de promover una sexualidad desordenada o de ser una vía para ejercer el abuso y la violencia de género. Es cierto que esto sucede, y también que muchas veces son un medio funcional a delitos como la trata de personas, el consumo de pornografía y otros similares.

Sin embargo, el acceso masivo a las redes sociales es un fenómeno comunicacional irreversible en el que los jóvenes son protagonistas, lo que constituye una oportunidad valiosa para llegar a ellos. La cercanía de estos lenguajes puede propiciar el diálogo y hacer visibles sus preguntas, preocupaciones e incertidumbres, y contrarrestar la presión cultural y de los pares hacia la precocidad sexual con mensajes positivos que promuevan relaciones afectivas de mutuo respeto. Asimismo, las redes pueden ser de gran utilidad para el sistema de salud, como detectoras de las problemáticas presentes en una instancia previa a la derivación a especialistas que puedan colaborar en su resolución.

En cuanto a los medios de comunicación tradicionales, si bien su llegada a los jóvenes es limitada en proporción al impacto de las redes, tienen cierta presencia. Por lo tanto es vital reducir en ellos los mensajes que inducen a la tolerancia social hacia la violencia, el consumo de sustancias adictivas y la frivolidad en las relaciones, y potenciar aquellos que promueven hábitos saludables y relaciones humanas que contribuyen a una mejor construcción de la vida. Un minuto de malos mensajes en un programa de alta audiencia puede echar por tierra el esfuerzo de campañas contra el

bullying, la misoginia, el consumo de alcohol o la promiscuidad sexual.

Potenciar la energía social

En nuestro país existe más energía social de la que se aprovecha. Se trata de una capacidad de transformación de la realidad que se genera y canaliza a través de grupos de personas organizadas con diversos grados de formalidad, que se reúnen con vocación de trabajo comunitario. La base de organizaciones registradas en el CENOC, el Centro Nacional de Organizaciones de la Comunidad,[234] incluye a veinte mil instituciones. Son cooperativas, clubes, sociedades de fomento, iglesias de todas las denominaciones y diversas formas asociativas que conforman uno de los capitales más ricos que tiene nuestra sociedad.

Cualquiera que recorra el conurbano encontrará decenas de templos y capillas en los que miles de personas se reúnen de manera sistemática, no solo para desarrollar sus prácticas religiosas, sino también para dialogar sobre los temas de la vida cotidiana. Lo religioso no se limita a la relación de las personas con sus creencias, sino que penetra en los acontecimientos de la vida diaria, en torno a la fe, pero buscando solución a problemas relacionados con la familia, las adicciones, el desempleo y su impacto, como parte de una rutina que favorece el diálogo fructífero. Allí se brindan consejos, apoyo y cobijo, lo que convierte a estos espacios en un complemento de las acciones públicas que es necesario

234- https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial/cenoc

potenciar, brindándoles ayuda para desarrollarse y optimizar su trabajo.

Lo mismo sucede en las Sociedades de Fomento, clubes en los que el diálogo, la escucha y la solidaridad funcionan como irreemplazables herramientas de apoyo.

En este sentido, es importante recordar que

> Las comunidades que abordan sus problemas aprovechando el conocimiento, las capacidades y los recursos de todos los sectores en colaboración obtendrán mejores resultados. En muchos lugares ha resultado útil crear grupos intermediarios —o reformar los existentes— para asegurar que esta colaboración tenga lugar.[235]

Una pareja joven de sectores medios altos que encara un embarazo inesperado probablemente cuente con apoyo —económico y afectivo— para procesar su situación sufriendo el menor daño posible. En cambio, cuando esto le sucede a una pareja de sectores de ingresos bajos, las carencias superan con creces a los activos a los que se puede recurrir y por tanto el panorama puede oscurecerse rápidamente. Más allá del compromiso afectivo, la familia directa suele tener dificultades materiales y la escuela está demasiado lejos. La única salida es acudir a la comunidad, en sus diversas formas: el cura o pastor, la cooperadora, el entrenador del club, la salita de salud del barrio; pues todos pueden tener un poco de tiempo, experiencia y algún recurso para ayudar.

Por ello, desde una perspectiva estatal que priorice el trabajo conjunto con la energía social pueden surgir conexiones no previstas capaces de constituirse en nuevos espacios de trabajo, con capacidad estratégica para entender los

235- Katz, Bruce y Ross Tilchin, «Investing in the next generation: a bottom-up approach to creating better outcomes for children and youth». Brookings Institution. Centennial Scholar Initiative.

problemas y las posibilidades de resolverlos, sensibilizando a otros sectores de la sociedad que abran a su vez espacios de complementación y ayuden a los funcionarios a expandir el foco de sus acciones.

Y al hablar de energía social no debe pensarse solo en la que surge de la sociedad civil, sino también de la que existe, muchas veces oculta, en la misma estructura del Estado y que aparece cuando alguien sabe conectar lo que el sector público tiene con lo que el sector social sabe.

En relación con el tema «familia» y la dinámica de las parejas, la energía social cuenta con un elemento esencial que diferencia a estas organizaciones del Estado (y que este puede aprovechar): la cercanía. Cuando las personas se reúnen para ayudarse, ya no son más un expediente, como suele suceder en las instituciones públicas. Si a esa cercanía le agregamos amor y comprensión, la capacidad de ayuda se multiplica enormemente.

Además, las organizaciones sociales ayudan a generar agenda y a movilizar voluntades detrás de determinados objetivos. Cuestiones como la violencia de género y el VIH se han instalado en la agenda pública por la movilización ciudadana y han logrado avances en materia legislativa y de asignación de fondos. Esa interacción entre las percepciones de los ciudadanos en la vida cotidiana y el poder es lo que mantiene alerta y viva a una sociedad.

Se trata de ampliar horizontes para movilizar energías, llenar los enormes vacíos existentes evitando estancarse en el campo burocrático, promover el trabajo de aquellas personas que quieren y están preparadas para acercarse y ayudar, como sucedió en su momento con los programas de «Cuidadores domiciliarios»[236] y «Padres y madres cuidadores», crea-

236- https://bit.ly/2UGx6Gr

dos en 1996, que canalizaron esas energías para colaborar en los hogares que los necesitaban.

Asimismo, existen experiencias exitosas de extensión de prácticas nutricionales y de educación para la crianza de niños desarrolladas en comunidades y hogares a través de agentes sociales y comunitarios, a los que el Estado acompaña.[237]

El Estado, entonces, puede ver en la energía social a un socio en el complejo trabajo de ayudar a sostener a las familias y reducir los impactos negativos de las que se desarticulan. Este es uno de los grandes cambios en la calidad de las acciones sociales que se está produciendo en la Argentina: lograr, sobre la base de estrategias nacionales nacidas de adecuados diagnósticos y de una planificación profesional, la ejecución de las acciones en el ámbito local, y que sean las provincias y los municipios los que lleguen a las personas con recursos de calidad en los que prime la cercanía y el seguimiento.

Completar este proceso requiere cambios vitales en nuestras provincias y municipios que implican una transformación cultural. Es preciso desarrollar burocracias bien entrenadas en las que prime el mérito como condición de permanencia y ascenso. Luego, aceptar que la evaluación constante de los resultados es una condición fundamental del éxito, y hacer de la sinergia entre los diversos actores públicos un principio operativo, tratando de articular las acciones y maximizando lo que cada uno puede poner en coordinación con los demás. Por último, aceptar que las acciones en el campo social deben encararse al margen de sesgos partidarios, y utilizar los recursos comunitarios que existen y los que puedan potenciarse para estar cerca de la gente.

237- Berlinski, Samuel y Norbert Schady, óp. cit.

Adolescencia

No quisiera terminar este libro sin algunas palabras sobre el complejo tema de la adolescencia, que está tan relacionado con nuestra preocupación por la familia de diferentes maneras.

La más obvia es el tema del embarazo adolescente, y sus fenómenos concurrentes, como la sexualidad temprana. Los adolescentes pasan de tal manera a convertirse en inesperados (y muchas veces no deseados) jefes de familia; y, por lo tanto, deben ser sujetos preferentes de múltiples acciones públicas, que van desde la educación y la prevención del embarazo hasta la contención, pasando por las ayudas directas para poder formar y sostener su hogar.

Pero hay otra dimensión de la vida de los adolescentes que es necesario considerar especialmente, donde ellos ya no son actores, sino victimas.

Se trata de la presencia reiterada de los adolescentes en las crónicas de los hechos de violencia, en las que pareciera haber una tendencia a marcar su presencia, y que nos deja la impresión de una predominancia de estos jóvenes, lo que requeriría acciones especialmente focalizadas en ellos. Es comprensible que, ante lo que desata el miedo y por lo tanto se vive como una amenaza, las personas exijan protección. Y es justo que los poderes constitucionales se ocupen primordialmente de defender a los ciudadanos de a pie, víctimas inocentes de la brutalidad de algunos.

Pero, como sociedad, debemos poner atención en las causas y no solo en los efectos; o sea, en lo estructural más que en los casos individuales que generan temor y rechazo.

La baja de imputabilidad que se solicita masivamente es solo una parte de la solución y por tanto no puede ser

la única respuesta de una sociedad al problema de la adolescencia marginal que, de este modo, es condenada a vivir aún más marginada. Más allá de la importancia de sacar de circulación a quienes no pueden dominar sus impulsos agresivos para proteger al resto de la sociedad, las estrategias de encarcelamiento masivo resuelven poco y están produciendo rechazos en todo el mundo, entre otras razones porque no modifican las conductas de los delincuentes al mismo tiempo que, como lo vimos más arriba, dejan a mujeres e hijos en el desamparo más absoluto y por tanto reproducen en ellos la pobreza, las adicciones y la violencia.

Por ello es importante que las decisiones que se tomen en referencia a la reducción de la edad de imputabilidad combinen las sanciones con los mecanismos de resocialización. Se trata de instalar sistemas y no solo de «sacar de circulación». Pero, en conexión directa con el tema de la familia, nuestro convencimiento es que la cuestión es mucho más profunda que concentrarnos en si encarcelamos o no a los adolescentes que cometen delitos y que, en lugar de proponer soluciones mágicas, debemos comprender que en el trasfondo de esas vidas perdidas hay dramas tales como la violencia sufrida por las madres que criaron a esos adolescentes sin recursos, la dificultad de estos chicos para expresar sus emociones por su falta de conexión con los padres, la frustración generada por la imposibilidad de construir un proyecto de vida en un contexto que los expulsa, o aun situaciones más brutales como el abuso o la violencia física sobre los bebes. O sea, los efectos más crueles de la combinación entre «familia líquida» y pobreza profunda.

Es allí donde hay que trabajar para lograr resultados duraderos, ya que el puro encarcelamiento temprano solo sirve para sellar una vida de delincuencia sin capacidad de recuperación, aumentando el peligro para el resto de la so-

ciedad. Cuestiones todas ellas conectadas con nuestra preocupación por el mal funcionamiento de las parejas.

Pero, además de la conexión con la violencia que se atribuye a los adolescentes marginados, el caso es que en general los adolescentes —a diferencia de los niños, que, en general, generan mayor compromiso— son visualizados por un lado como una fuente de creatividad y por otro como un problema para la sociedad cuando se los conecta mecánicamente con cuestiones críticas como la droga, como si este fuese un componente natural de ese momento de la vida.

Los comentarios críticos ignoran las marcas que muchos de ellos arrastran desde la niñez, e impiden ver que ellos cuentan con muy pocas herramientas con las que deben enfrentar disyuntivas cotidianas que los obligan a tomar decisiones para las que muchas veces no están preparados y necesitan apoyo, afecto, seguimiento.

Basta con imaginarnos cómo se compararía en términos de éxito mediático una campaña de sensibilización sobre los problemas de los adolescentes con relación a otra que nos hablase de los problemas de la nutrición infantil del tipo de las que vemos todos los días.

Por razones muy comprensibles, los primeros mil días de los niños movilizan voluntades y recursos mientras que los problemas que encuentran los adolescentes para construir su difícil vida no solo emocionan poco, sino que producen rechazo cuando se mezclan con los problemas de violencia que bien conocemos.

Si tomáramos conciencia de que el origen de estos problemas, y por lo tanto de que el eje en el que estos podrían revertirse, está en las familias, tal vez se les consagraría más tiempo y esfuerzo desde una perspectiva menos facilista que la que ofrecen las páginas de policiales y dedicándole el

tiempo y el esfuerzo necesarios. Pero para eso hay que mirar sin prejuicios.

El fracaso familiar y el abandono de los hijos son un eslabón en la cadena de pobreza que condena a estos chicos. Por ello es importante evitar las perspectivas estereotipadas y no dejar que los prejuicios «nos tapen el bosque», invisibilizando más aún a los que ya han sido invisibilizados.

En este sentido, el Régimen Penal Juvenil, en tratamiento legislativo mientras se escriben estas líneas, propone la creación de espacios de contención y socialización, combinados con un sistema especial de sanciones que reduce el contacto perverso de los jóvenes con los adultos encarcelados, a la vez que evita que sigan cometiendo delitos.

Habiendo dicho entonces que es necesario evitar que los lugares comunes nos distraigan o nos muestren como simple y rápido lo que es muy complejo, podemos empezar a pensar en las acciones concretas. El caso de Medellín es una experiencia riquísima, en la que se logró sacar lo mejor de los jóvenes a través de actividades lúdicas, incentivos para completar la educación y sobre todo mucha cercanía, reduciendo de tal modo las cifras de violencia y crimen. Es un ejemplo de pensamiento positivo y compasivo, en el que se prioriza creer en el otro, en lugar de recorrer el camino más simple de la exclusión y el castigo.

PALABRAS FINALES

Estamos frente a una transformación profunda de la estructura y la dinámica familiar, en la fase «líquida» de la familia, caracterizada por relaciones cada vez más cortas, prevalencia de la cohabitación sobre el matrimonio, hijos que conviven con varios padres, relaciones paternales que se disipan con el tiempo, inicio prematuro de la sexualidad y de la paternidad en situaciones caracterizadas por la baja planificación, algo que se agudiza en los sectores más carenciados. Esto, como hemos podido apreciar a lo largo de estas páginas, tiene efectos negativos sobre los miembros del grupo, e impacta en toda la estructura social. Las razones de esta situación son económicas y culturales, y su resolución requiere voluntad, tiempo y recursos.

La urgencia de pasar a la acción tiene que ver con el hecho de que estas «familias líquidas» son un factor de inequidad, ya que afectan más a los más vulnerables: los pobres y los niños. Para tratar de limitar el impacto de esta situación y reducir los daños, se han esbozado en apartados precedentes una serie de medidas posibles. En este proceso, la calidad de la crianza de los hijos es un aspecto esencial, por lo que las familias deben ser un objetivo central de las políticas públicas en las diversas áreas de análisis y acción.

En la base de este planteo está la paternidad responsable: algo tan básico como tener un hijo en el momento en el que se lo desea y se cuenta con los medios suficientes para

cuidarlo de forma adecuada. Esto es: una pareja amorosa y estable, una vivienda digna, madurez afectiva y solidez material. Es imperioso, pues, promover una nueva ética de la paternidad. Por lo demás, la resolución de este y de todos los asuntos que aquí han sido planteados no solo tiene efectos virtuosos desde el punto de vista humano, sino un claro impacto positivo en el ámbito económico y macrosocial.

Nos daríamos más que satisfechos si estas páginas, imperfectas sin duda, sirviesen para que el tema de las familias, sus potencialidades y problemas, comenzasen a formar parte, poco a poco, de las conversaciones sociales y —más aún de lo que están hoy— de las decisiones públicas.

ANEXO 1

Sobre las capacidades

En varios pasajes se ha hecho referencia a las «capacidades» como componentes esenciales de la posibilidad que tiene una persona de construir un proyecto de vida. A continuación, una lista de aquellas capacidades básicas que deberían asegurársele a cada persona en virtud de su dignidad humana.

1) Vida: toda persona debería ser capaz de llevar una vida de una duración normal.
2) Salud corporal: toda persona debería tener condiciones adecuadas de salud, alimentación y vivienda.
3) Integridad corporal: toda persona debería gozar de libertad de movimientos y seguridad.
4) Sentidos, imaginación y pensamiento: toda persona debería recibir una educación que le permita desarrollar estas capacidades y un ambiente de libertad para manifestar gustos y creencias.
5) Emociones: toda persona debería tener la capacidad de amar, de estar agradecido en las diversas formas de asociación humana.
6) Razón práctica: toda persona debería ser capaz de formular una concepción del bien y un plan de vida.

7) Afiliación: toda persona debería ser capaz de vivir con otros, de establecer relaciones sociales, de ser respetado y no discriminado.

8) Otras especies: toda persona debería ser capaz de respetar a los animales, a las plantas y a las demás especies del mundo natural.

9) Juego: toda persona debería ser capaz de jugar y de reír.

10) Control sobre el propio ambiente: toda persona debería gozar de oportunidades de participación política, de derechos de propiedad y del trabajo.

ANEXO 2

Relación entre los afectos en la vida familiar y el Uso Indebido de Drogas (UID)

¿Sentís que contás con tu familia cuando te encontrás en problemas?	UID sí	UID no
Nunca	20,0	9,2
Cuando hay problemas en tu casa, ¿hablan de ellos entre todos?		
Nunca	27,5	15,2
En tu casa, ¿las decisiones importantes se toman en conjunto?		
Nunca	20,4	14,0
¿Los fines de semana son compartidos por todos los que viven en tu casa?		
Nunca	20,0	5,4
¿Sentís que tu familia te quiere?		
Nunca	7,8	1,7

¿Tu papá habla con vos de los problemas que traen el cigarrillo y la bebida?		
Nunca	13,7	13,5
¿Tu papá habla con vos de los problemas que traen el cigarrillo y la bebida?		
Nunca	22,0	21,0
¿Tu mamá habla con vos de los problemas que traen las drogas?		
Nunca	15,7	20,9
¿Tu papá habla con vos de los problemas que traen las drogas?		
Nunca	23,5	18,4

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, M., El costo de las políticas prioritarias de primera infancia. Buenos Aires, Cippec, inédito.

Adaszko, A., «Trayectorias de vida y manejo de la enfermedad en la vida cotidiana de adolescentes que crecieron viviendo con VIH», *Actualizaciones en Sida*, n.° 20, 2012.

Ainsworth, Mary, *Child care and the growth of love*. London, Penguin Books, 1965.

Aisch, Gregor y Bill Marsh, «How likely is it that birth control could let you down?», *The New York Times*, 13 de septiembre de 2014. Disponible en https://goo.gl/PofUEX

Amadeo, Eduardo, *País rico, país pobre*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Amador, Diego y Raquel Bernal «¿Unión libre o matrimonio? Efectos en el bienestar de los hijos», *El Trimestre Económico*, vol. lxxix, n.° 315, julio-septiembre 2012.

Amato, Paul. «The impact of family formation change on the cognitive, social and emotional well-being of the next generation», *The Future of Children*, n.° 15, 2005.

Anderson Moore, Kristin, Susan Jekielek y Carol Emig, «Marriage from a child's perspective: how does family structure affect children, and what can be done about it?», *Research Brief*, Washington, Child Trends, junio de 2002.

Araujo, M. C. y F. López-Boo, *Invertir en los primeros años de vida:*

una prioridad para el BID y los países de América Latina y el Caribe. Nota técnica, División de la Protección Social y Salud, n.° 188. Washington, BID, 2010.

Arenes, Carolina, «Las nuevas familias», *La Nación*, 7 de diciembre de 2003. Disponible en https://goo.gl/sKHrTC

Ayllón, Sara y Natalia Ferreira-Batista, «"Mommy, I miss daddy". The effect of family structure on children's health in Brazil», *Economics & Human Biology*, vol. 19, diciembre de 2015.

Badaracco, Nicolás, *Fecundidad y cambios distributivos en América Latina*. CEDLAS-FCE-UNLP, 2014.

Bauman, Zygmunt, *Amor líquido*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

_____, *Modernidad líquida*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Baker-Henningham, H. y F. López-Boo, *Intervenciones de estimulación infantil temprana en los países en vías de desarrollo: lo que funciona, por qué y para quién*. Nota técnica, División de la Protección Social y Salud, n.° 540. Washington, BID, 2013.

Batiuk, V. y J. Coria, *Oportunidades educativas en el nivel inicial en Argentina. Aportes para mejorar la calidad de la enseñanza*. Buenos Aires, Unicef-OEI, en prensa.

Bellah, Robert, Richard Madsen, Steve Tipton, William Sullivan y Ann Swidler, *The good society*. Nueva York, Random House, 1992.

Berlinski, Samuel y Norbert Schady, *Los primeros años: el bienestar infantil y el papel de las políticas públicas*. BID, 2015.

Binstock, Georgina, *Cambios en las pautas de formación y disolución de la familia entre las mujeres de la Ciudad de Buenos Aires*. Dirección General de Estadística y Censos, Buenos Aires,

julio de 2004.

_____, «La iniciación sexual entre mujeres de sectores vulnerables en cuatro provincias argentinas». VI Congreso de ALAP, Lima, 2014.

_____ y M. Gogna, «Entornos del primer y segundo embarazo en la adolescencia». XII Jornadas Argentinas de Estudios de Población, Bahía Blanca, 2013.

Bjorklund, Anders, Donna Ginther y Marianne Sundstrom, «Family structure and children's educational attainment: a comparison of outcomes in Sweden and the United States». Informe presentado en las conferencias ESPE, Bilbao, 2002.

Blanc, G. A., «Las mujeres en la pobreza: Una perspectiva psicológica», *Género y desigualdad*, n. 5, 2004.

Bordelois, Ivonne, «Adolescencia, lenguaje y violencia», *El Arca*, n.° 60. Disponible en https://goo.gl/chuhiB

Bowlby, John, *El vínculo afectivo*. Buenos Aires, Paidós, 1976.

Brown, J., *Atención ginecológica de lesbianas y bisexuales. Notas sobre el estado de situación en Argentina*. Interface, 2014.

Bradford, Wilcox y Carlos Cavallé, «El dividendo demográfico sostenible», Social Trends Institute.

Breivik, Kyrre y Dan Olweus, «Children of divorce in a scandinavian welfare state: are they less affected than U.S. children?», *Scandinavian Journal of Psychology*, n. 47, 2006.

Brizuela, Vanessa, Edgardo Ábalos, Silvina Ramos y Mariano Romero, «El embarazo en la adolescencia», *Ossyr*, publicación del Observatorio de Salud Sexual y reproductiva, diciembre de 2014. Disponible en https://goo.gl/KDoWTK

Brown, Susan, «Family structure and child well-being: the significance of parental cohabitation», *Journal of Marriage and Family*, n.° 66, 2004.

Bucheli, Marisa, «Transferencias y visitas entre padres e hijos no corresidentes», *Nuevas Formas de Familia. Perspectivas nacionales e internacionales*. Montevideo, Udelar-Unicef, 2003.

Burchardt, Mara, «Time and income poverty», London School of Economics, Case Report n.° 57, 2008.

Carballo, Marita, «La felicidad como política de Estado», *La Nación*, 15 de octubre de 2015. Disponible en https://goo.gl/Jvqqvi

Castells, M., M. Subirats, *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible*? Madrid, Alianza, 2007.

Castro Martín, Teresa, Teresa Martín García y Dolores Puga González, «Matrimonio vs. unión consensual en Latinoamérica: contrastes desde una perspectiva de género». III Conferencia de la Asociación Latinoamericana de Población. Córdoba, Argentina, 4-6 de septiembre de 2007.

_____, «Consensual unions in Latin America: persistence of a dual nuptiality system», *Journal of Comparative Family Studies*, n.° 33, 2002.

Cejudo C., Rafael, «Capacidades y libertad. Una aproximación a la teoría de Amartya Sen», *Revista Internacional de Sociología*, n.° 47, mayo-agosto, 2007

Cerrutti, Marcela y Georgina Binstock, *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*. Santiago de Chile, CEPAL, 2009.

Cherlin, Andrew, *The marriage-go-round: the state of marriage and the family in America today*. Nueva York, Vintage Books, 2010.

_____, Lindsay Chase-Lansdale y Christine McRae, «Effects of parental divorce on mental health throughout the life course», *American Sociological Review*, n.° 63.

Chetty, Raj, Nathaniel Hendren, Patrick Kline y Emmanuel

Saez, «Where is the Land of Opportunity? The Geography of Intergenerational Mobility in the United States», *Quarterly Journal of Economics*, n.° 129, 2014.

Ciaravino, H., A. Martínez, S. Benvenuto, R. Gómez Ponce de León, S. Torres y C. Robles, «Aborto en adolescentes menores de 16 años», *Revista del Hospital Materno Infantil Ramón Sardá*, vol. 25, n.° 4, Buenos Aires, 2006.

Cigno, Alessandro, «Marriage as a commitment device», *Review of Economics of the Household*, Springer, vol. 10. Disponible en https://goo.gl/yoqFNc

Climent, G., «Estilos parentales educativos, relaciones familiares y el significado del embarazo adolescente», *Revista de la Sociedad Argentina de Ginecología Infanto-Juvenil*, n.° 18, 2011.

_____, «Voces, silencios y gritos: los significados del embarazo en la adolescencia y los estilos parentales educativos», *Revista Argentina de Sociología*, n.° 7, 2009.

Cohen, Philip, «Divergent responses to family inequality», en Amato, Paul, Alan Booth, Susan McHale y Jennifer Van Hook (eds.), *Families in an era of increasing inequality Diverging destinies*. New York, 2015.

Colina, Jorge, «La familia es el motor del desarrollo social», *La Nación*, 26 de marzo de 2017. Disponible en https://goo.gl/nEDh78

Coughlin, Chris y Samuel Vuchinich, «Family experience in preadolescence and the development of male delinquency», *Journal of Marriage and Family*, n.° 58, 1996.

De Biase, Tesy, «Alcohol, drogas y sexo: una combinación frecuente y peligrosa en la adolescencia», *La Nación*, 28 de abril de 2012. Disponible en https://goo.gl/mKYYtF

De León, Jimena, «Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión

social». Cippec, Documento de trabajo n.° 158, marzo de 2017.

Díaz, Cintia y Pía Argagnon, «Estilos de crianza de los hogares argentinos». UNTREF, CINEA, noviembre de 2016.

Díaz, Ana, «Show de MTV ayuda a reducir los embarazos adolescentes», *Nueva Mujer*, 26 de marzo de 2014. Disponible en https://goo.gl/W2fYXd

Dillon, Alfredo, «A las mujeres, el título les sirve menos que a ellos», *Clarín*, 19 de marzo de 2015. Disponible en https://goo.gl/PkpXc4

Dubner, Stephen J., «The fracking boom, a baby boom, and the retreat from marriage», *Freakonomics*, 5 de julio de 2017. Disponible en https://goo.gl/y6Jgua

Durán, A., A. Adaszko, M. Vila y E. Carrizo, Situación de los niños, niñas y adolescentes con VIH en Argentina. Un diagnóstico colectivo del estado de la respuesta en los servicios de salud. Ministerio de Salud de la Nación, Sociedad Argentina de Pediatría, 2011.

Duranti, R., «Diversidad sexual: conceptos para pensar y trabajar en salud». Dirección de Sida y ETS. Ministerio de Salud de la Nación, 2011.

Duryea, Suzanne y Marcos Robles, «Pulso social de América Latina y el Caribe: realidades y perspectivas». Monografía del BID, 2016.

Espeche, Miguel, *Criar sin miedo*. Buenos Aires, Aguilar, 2010.

_____, «Hijos a la medida del propio deseo», *La Nación*, 26 de junio de 2017. Disponible en https://goo.gl/V1uJqs

Farfán María Gabriela y María Florencia Ruíz Díaz, «Discriminación salarial en la Argentina: un análisis distributivo»,

CEDLAS Documento de trabajo n.° 60, noviembre 2007.

Fernández, Abel, «Heckman y las habilidades no cognitivas en la educación», *Sintetia*. Disponible en https://goo.gl/H3zoTV

Figari, C. y F. Gemetro, «Escritas en el silencio. Mujeres que deseaban a otras mujeres en la Argentina del siglo XX», *Sexualidad, salud y sociedad*, n.° 3, Brasil, CLAM, 2009.

Fleischer, Débora, *Clínica de las transformaciones familiares*. Buenos Aires, Grama, 2004.

Flewelling, Robert y Karl Bauman, «Family structure as a predictor of initial substance use and sexual intercourse in adolescence», *Journal of Marriage and Family*, n.° 52, 1990.

Fretwell Wilson, Robin, «Children at risk: the sexual exploitation of female children after divorce», *Cornell Law Review*, n.° 86, 2001.

Gallagher, M., *The case for marriage*. Nueva York, Doubleday, 2000.

Galiani, Sebastián, «Matrimonio: distinto tiempo», *Foco Económico*, 20 de julio de 2013. Disponible en https://goo.gl/b6vtPo

_____ y Ernesto Schargrodsky, «Effects of land titling on child health», *Economics and Human Biology*, n.° 2, 2004, pp. 353-72.

_____, «Property rights for the poor: effects of land titling», *Journal of Public Economics*, n.° 94, 2010.

Geldstein, R. y M. Schufer, *Problemas actuales de salud reproductiva, familia, género y sexualidad*. Buenos Aires, UNFPA/ Biblos, 2011.

Gogna, M., *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Buenos Aires,

CEDES, 2005.

_____, Binstock, G., S. Fernández, I. Ibarlucía. y N. Zamberlin, «Embarazo en la adolescencia en Argentina: recomendaciones de política basadas en la evidencia», *Reproductive Health Matters*, 2008.

Gordon, Harold, Daniel Acquah, Ruth Sellers y Haroon Chowdry, «What works to enhance inter-parental relationships and improve outcomes for children», University of Sussex, 2016.

Graham, Carol, Andrew Eggers y Sandip Sukhtankar, «Does happiness pay? An exploration based on panel data from Russia», *Journal of Economic Behavior & Organization*, vol. 55, Issue 3, noviembre de 2004, pp. 319-342. Disponible en https://goo.gl/1zDiUu

Gutiérrez, M. A., «Prevención y promoción de la salud sexual y reproductiva con adolescentes en un barrio de bajos recursos». Jornadas del Área de Salud. Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2005.

_____, S. Vázquez, N. Calandra. y E. Berner, «El aborto en la adolescencia: investigación sobre el uso de misoprostol para la interrupción del embarazo en adolescentes», en Checa, S. (comp.), *Realidades y coyunturas del aborto: entre el derecho y la necesidad*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

Guyot, Héctor, «La conversación, un viejo hábito que se esta perdiendo», *La Nación*, 4 de noviembre de 2018.

Hackman, Daniel A. y Martha J. Farah, *Socioeconomic status and the developing brain*. Pennsylvania, Center for Cognitive Neuroscience, 2009.

Hadley, A., V. Chandra-Mouli y R. Ingham, «Implementing the United Kingdom Government's 10-year teenage pregnancy

strategy for England 1999 to 2010: applicable lessons for other countries», *Adolescent Health*, 2016.

Hair, E., K. Moore, S. Garrett, A. Kinukawa, H. Laura y E. Michelson, «The parent-adolescent relationship scale», *Adolescent & Family Health*, n.° 4, 2005.

Harari, Yuval, *Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*. Buenos Aires, Debate, 2014.

Harper, Cynthia y Sara McLanahan, «Father absence and youth incarceration», *Journal of Research*, 2004.

Heckman, J. y P. Carneiro, *Human Capital Policy*. Working Paper n.° 94952003.

Hernández G., Eduardo, «El apego: el vínculo especial madre-hijo», *Psicología-Online*. Disponible en https://goo.gl/u6ZP2G

Himitian, Evangelina, «La educación no posterga la edad de iniciación sexual», *La Nación*, 1 de febrero de 2012.

Hirsh-Pasek, Kathy, Natalie Evans y Roberta Michnick Golinkoff, «Screen time for children: Good, bad, or it depends?», *Brookings*, 6 de febrero de 2019. Disponible en https://brook.gs/2VVtoca

Hofferth, Sandra y K. Anderson, «Are all dads equal? Biology versus marriage as a basis for paternal involvement», *Journal of Marriage and Family*, n.° 65, 2003.

Itoitz J., J. Marchetto, E. Montero y N. Trupa, «El discurso en el cuerpo: los estereotipos de género en los jóvenes de Junín». V Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, 2009.

Jones, S. M. y S. M. Bouffard, «Social and emotional learning in schools: from programs to strategies». *Social Policy Report*, n.° 26, 2012, pp. 3-22. Disponible en https://www.srcd.org/

_____, *Sexualidades adolescentes*. Buenos Aires, CLACSO/CICCUS.

_____, «Bajo presión: primera relación sexual de adolescentes de Trelew», *Estudios Feministas*, n.° 18, 2010.

Katz, Bruce y Ross Tilchin, «Investing in the next generation: a bottom-up approach to creating better outcomes for children and youth». Brookings Institution. Centennial Scholar Initiative.

Kornblit, A. L., «Dimensiones de la sexualidad: prácticas y representaciones de los jóvenes varones en Argentina», en J. Olavarría (comp.), *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago de Chile, FLACSO, 2003.

_____ y S. Sustas, *La educación sexual va a la escuela*. Buenos Aires, Biblos, 2014.

López, María Helena, «La figura paterna aporta seguridad en los hijos», *El Tiempo*, 10 de junio de 2014. Disponible en https://goo.gl/YpQAoV

López Boo, Florencia, ¿Cómo se mide la calidad de los servicios de cuidado infantil?, BID, 2016.

Lupica, Carina, «Formación familiar y nacimiento de los hijos: una etapa clave en la transición de los jóvenes a la vida adulta», *Newsletter del Observatorio* [Observatorio de la maternidad], n.° 75, abril de 2014.

_____ y Gisell Cogliandro, «Empleos maternales de baja calificación: el impacto negativo en el desarrollo de las madres y el entorno familiar» [Observatorio de la maternidad], *Newsletter del Observatorio* n.° 14, enero de 2009.

Manning, Wendy y Kathleen Lamb, «Adolescent well-being in cohabiting, married, and single-parent families», *Journal of*

Marriage and Family, n.° 65, 2003.

_____, Pamela Smock, «First comes cohabitation, then comes marriage?», *Journal of Marriage and Family*, n.° 23, 2002.

Marcó Navarro, Flavia, *Calidad del cuidado y la educación para la primera infancia en América Latina: igualdad para hoy y mañana*. Santiago de Chile, CEPAL, 2014.

Mazzeo, Victoria, «Divorcios: hay uno cada hora y media en la Capital», *La Nación*, 17 de septiembre de 2013.

_____, «La nupcialidad como objeto de estudio de la demografía». Cátedra Demografía Social FCS-UBA, Serie Apuntes de Clase n.° 6. Buenos Aires, 2015.

McCann, Dennis, «The good to be pursued in common», en Williams, Oliver y John Houck (eds.), *The common good and U.S. capitalism*. Lanham, London University Press of America, 1987.

McLanahan, Sara, *Fragile families and children's opportunities*. Washington, Princeton University Press, 2012.

_____ y Gary Sandefur, *Growing up with a single parent*. Cambridge, Harvard University Press, 1994.

Míguez, Hugo, «Alcohol y sociedad líquida», *Crepúsculo*, n.° 6.

Nock, Steven, «A comparison of marriages and cohabiting relationships», *Journal of Family*, n.° 16, 1995.

Pecheny. M., «Identidades discretas», en L. Arfuch (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades: narrativas de la diferencia*. Buenos Aires, Prometeo, 2002.

_____, «Desigualdades estructurales, salud de jóvenes LGBT y lagunas de conocimiento, ¿qué sabemos y qué preguntamos?», *Temas de psicología*, vol. 21, n.° 3, 2013.

Phipps, Shelley, *An international comparison of policies and outcomes for young children*. Ottawa, Renouf Publishing, 1999.

Pianta, R., B. Hamre y J. Allen, «Teacher-student relationships and engagement: Conceptualizing, measuring, and improving the capacity of classroom interactions», Disponible en https://bit.ly/2JeiCw1

Pliego Carrasco, Fernando, *Tipos de familia*. Edición del autor, 2013.

Putnam, Robert, «"Our kids": The american dream in crisis», *The New York Times,* 6 de marzo de 2015. Disponible en: https://goo.gl/cK8ktY

Rebossio, Alejandro, «El título de propiedad reduce la pobreza», *La Nación*, 26 de diciembre de 2010. Disponible en https://goo.gl/UbgMSn

Rees, Anthony, *Right in principle and in practice: a review of the social and economic returns to investing in children*. Social and Economy Working Paper. Nueva York, Unicef, 2012.

Repetto, Fabián, Damián Bonari y Gala Díaz Langou, «Recomendaciones para una nueva ley nacional de licencias por maternidad, paternidad y familiares». Disponible en https://goo.gl/djjCbw

Ringback Weitoft, Gunilla, Anders Hjern, Bengt Haglung y Mans Rosen, «Mortality, severe morbidity, and injury in children living with single parents in Sweden: a population-based study», *The Lancet*, n.° 36, 2003.

Roberts, Paula, «I can't give you anything but love: would poor couples with children be better off economically if they married?», CLASP *Policy Brief*, n.° 5, agosto de 2004.

Rodríguez, Enrique, *La organización del cuidado de niños y niñas en Argentina y Uruguay*. Santiago de Chile, CEPAL, 2007

Rodríguez, Edward y Richard Reeves, «Apego parental y desarrollo infantil», *Social Mobility Memos*, Brookings Institution, 2015.

Rodríguez Vignoli, Jorge, *Unión y cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión, diversidad?* Santiago de Chile, CEPAL, 2005.

Sampson, Robert y J. H. Laub, «Urban Poverty and the Family Context of Delinquency: A New Look at Structure and Process in a Classic Study», *Child Development*, n.° 65, 1994.

Santillán, María M. y Constanza Street, «La primera unión y la ruptura conyugal en el curso de vida femenino. Algunas evidencias a partir de la ESF», en Torrado, Susana (dir.), *Trayectorias nupciales, familias ocultas*. Buenos Aires, CIEPP, FCS-UBA, Miño y Dávila, 2005.

Santoro, Sonia, «La educación sexual protege a los niños», entrevista a Alison Hadley, *Página 12*, 3 de julio de 2017. Disponible en https://goo.gl/X9kJM

Sawhill, Isabel, «Why marriage is the best environment for kids», *Brookings*, 17 de octubre de 2014.

_____, *Generation unbound*. Washington, Brookings Institution Press, 2014.

_____, Joanna Venator «Improving children's life chances through better family planning», *Brookings*, n.° 55, enero de 2015.

Schiller, Kathryn S., Vladimir T. Khmelkov y Xiao-Qing Wang, «Economic development and the effects of family characteristics on mathematics achievement», *Journal of Marriage and Family*, n.° 64, 2002, pp. 730-742.

Shonkoff, Jack P. y Deborah A. Philips (eds.), *From neurons to neighborhoods: the science of early child development*. Wash-

ington, National Academy Press, 2000. Disponible en https://doi.org/10.17226/9824

Siles, Catalina, «Una política para la familia», *IES Chile*, 7 de febrero de 2017. Disponible en https://goo.gl/XAeMmf

Smock, Pamela J. y Wendy D. Manning, «Living together unmarried in the United States: demographic perspectives and implications for family policy», *Law and Policy*, n.° 26, 2004.

_____, Debarum Majumdar, «The relative stability of cohabiting and marital unions for children», *Population Research and Development Review*, n.° 23, 2004.

Szames, C., S. Vázquez y V. Discacciati, «Conocimiento, utilización y obtención de la anticoncepción hormonal de emergencia por adolescentes en Rauch», *Revista Argentina de Salud Pública*, vol. 3, n.° 11, 2012.

Tough, Paul, *Cómo hacer que los niños triunfen*. Madrid, Vergara, 2017.

Turkle, Sherry, *En defensa de la conversación. El poder de la conversación en la era digital*. Barcelona, Ático de los libros, 2017.

Waite, L., «Does marriage matter?», *Demography*, n.° 32, 1995.

Vázquez, S., M. Gutiérrez, *et al.*, «El aborto en la adolescencia. Investigación sobre el uso de misoprostol para la interrupción del embarazo en la adolescencia», en Checa, S. (comp.), *Realidades y coyunturas del aborto*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

Velázquez, Cecilia, *El Impacto de la Ley Federal de Educación Argentina sobre la fecundidad adolescente*. La Plata, CEDLAS, Documento de Trabajo n.° 179, 2015.

Villa, A., *Cuerpo, sexualidad y socialización*. Buenos Aires, Noveduc, 2007.

_____, (comp.), *Sexualidad, relaciones de género y generación*.

Buenos Aires, Noveduc, 2009.

Viollaz, Mariana, «Enforcement of labor market regulations: heterogeneous compliance and adjustment across gender». Documento de trabajo n.° 199, junio de 2016.

Wainerman, C., «Los desafíos de una política de familia», en Arriagada, I., *El futuro de la familia*. Santiago de Chile, CEPAL, 2008.

Weaver, Ian, *et al.*, «Epigenetic programming by maternal behavior», *Nature Neuroscience*, n.° 7, 2004, pp. 847-854.

Weissbourd, Richard y Rebecca Givens Rolland, «Learning about love. How schools can better prepare students for romantic relationships». *Harvard Education Letter*, vol. 29, n.° 2, marzo-abril de 2013.

_____, Trisha Ross Anderson, Alison Cashin y Joe McIntyre, «The talk. How adults can promote young people's healthy relationships and prevent misogyny and sexual harassment». Making Caring Common Project, Harvard University. Disponible en https://goo.gl/G1uJbE

Wilcox, Bradford, «Children are better off with a father than without one», *The New York Times*, 16 de diciembre de 2013.

Zamberlin, N., *Percepciones y conductas de las/los adolescentes frente al embarazo y la maternidad/paternidad*. Jornadas Nacionales de Debate Interdisciplinario en Salud y Población. Buenos Aires, Instituto Gino Germani, 2005.

Documentos y sitios consultados

Asignación Universal por Hijo para Protección Social, Boletín Cuatrimestral. Buenos Aires, Administración Nacional de la Seguridad Social, 2013.

Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Buenos Aires, Indec, 2010.

Censos de Población y Vivienda, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, México, 2000-2010.

Dirección de Sida y ETS. Ministerio de Salud de la Nación.

EPH, Encuesta permanente de hogares. Buenos Aires, 2013.

ENNYS, Encuesta Nacional de Nutrición y Salud, Ministerio de Salud de la Nación. Dirección Nacional de Maternidad e Infancia, Buenos Aires, 2005.

ENAPROSS, Encuesta Nacional de Protección y Seguridad Social. Buenos Aires, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación, 2011.

Encuesta de Condiciones de Vida, Ecuador, 2014.

Encuesta de Situación Familiar en el Área Metropolitana, Buenos Aires, 2000.

Encuesta sobre condiciones de vida de niñez y adolescencia. Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, 2012.

FCE, UNLP y Ministerio de Salud de la Nación, Lecciones aprendidas y desafíos futuros bajo nuevos esquemas de gestión de la salud en Argentina: la experiencia conjunta Plan Nacer y Programa Sumar del Ministerio de Salud de la Nación y Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de La Plata. Buenos Aires, 2014.

Fundación Huésped, Conocimientos, actitudes y prácticas en HIV y salud sexual y reproductiva y uso de tecnologías de la información y la comunicación entre adolescentes de Argentina, 2012.

FUSA, Adolescencia: un servicio amigable para la atención integral de la salud. Hospital General de Agudos Cosme Argerich, 2009.

Informe de la Dirección General de Estadísticas y Censos.

Observatorio de Empleo y Dinámica Empresarial. Boletín de estadísticas de género y mercado de trabajo. Buenos Aires, Ministerio de trabajo, Empleo y Seguridad Social, 2013.

Observatorio ANSES.

ODSA Observatorio de la Deuda Social Argentina, Universidad Católica Argentina.

Observatorio Argentino de Drogas. Encuesta de consumo de drogas, 2017.

OIT, Licencias y responsabilidades familiares. Notas sobre Trabajo y Familia n.° 6, Subregional para el Cono Sur y para Centroamérica, 2009.

PNUD, Aportes para el desarrollo humano en Argentina. Género en cifras: mujeres y varones en la sociedad argentina, 2011.

PNUD-UNFPA, Situación de la población en Argentina. Primeras Jornadas Nacionales sobre Diagnóstico Participativo. Ministerio de Salud, 2011.

Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable. Balance 2003-2011.

Programa Nacional de Salud Integral en la Adolescencia, Resumen de indicadores extraído de «Situación de salud de los/as adolescentes en la Argentina, 2014».

Programa Nacional de Salud Sexual y Procreación Responsable, Encuesta nacional sobre Salud Sexual y Reproductiva, 2013.

Secretaría de Promoción Social, Área de Diversidad Sexual, Secretaría de Salud Pública, Municipalidad de Rosario, Aportes para la Atención Integral de las Personas Trans desde una Perspectiva Local, 2007.

Sistema Informático Perinatal, SIP, 2008.

SEDLAC, Base de datos socioeconómicos para América Latina y el Caribe.

Unicef, Situación de la población en la Argentina, 2014; Situación del embarazo adolescente en Argentina, en el día mundial de la población, 2011; Estado mundial de la infancia, 2011; Salud materno-infanto-juvenil en cifras, 2013; Situación del embarazo adolescente en Argentina, en el día mundial de la población, 2013; Situación de Niños, Niñas y Adolescentes en la Argentina, 2006.

ÍNDICE

Palabras preliminares 7

Capítulo I
Nuevas configuraciones familiares 19
Familias informales 20
Entre el amor y el amorío 24
Menos matrimonios, más carencias 30
La soledad de las mujeres 31
El impacto sobre los hijos: estar y estar bien 34
Los padres ausentes 44
Violencia 53
Familia y felicidad 63

Capítulo II
De padres e hijos 67
El cariño como fórmula 68
La palabra como herramienta 74
El apego: por qué somos lo que somos 83
Habilidades que nos determinan 84
Afecto, estrés y desarrollo cerebral 89

Capítulo III
La paternidad-maternidad temprana 93
Los padres no deseados 94
Sobre las libertades y los riesgos 100
La «capacidad» de cuidarse 105
Todos se quieren casar, ¿y usted? 108
El ideal familiar 109
Modelos matrimoniales 114

Capítulo IV
El impacto de lo económico 119
Las mujeres: «pegadas al suelo» 129

El tiempo como lujo 141
Cárcel y familia 145
El impacto de la cultura 147
Natalidad y pautas culturales 149
Matrimonios de escopeta 152
El amor en tiempos de lo *light* 154

Capítulo V
¿Cómo pasar a los hechos? 163
Los derechos de los niños como marco general 174
Perspectivas y propuestas 182
Diálogo cotidiano y cuestión de Estado 182
Las familias en las políticas sociales 195
¿Por qué se concentran en las familias? 195
Estado: ayudas y acción directa 197
Programas sociales basados en la familia en el mundo ... 207
Lecciones aprendidas de los programas que trabajan con familias 217
Familia, pobreza y movilidad social 221
Infancia 226
Educación de calidad 233
Dignidad, vivienda y hábitat 237
Saber y poder cuidarse 240
Potenciar la energía social 247
Adolescencia 251

Palabras finales 255
Anexo 1
Sobre las capacidades 257
Anexo 2
Relación entre los afectos en la vida familiar y el Uso Indebido de Drogas (UID) 259
Bibliografía 261
Documentos y sitios consultados 276